

Carlos Montenegro

Hombres sin mujer



Edición al cuidado:
Imeldo Álvarez

Edición: Imeldo Álvarez
Diseño de cubierta: Alfredo Montoto Sánchez
Ilustración de cubierta: Luis Carlos Rámila
Corrección: Alicia Díaz
Composición computarizada: Tatiana Sapríkina

Edición en línea: Luis Rafael

© 2000-copyright Editorial *Letras Cubanas*
Editorial *CubaLiteraria*
Todos los derechos reservados

Editorial *CubaLiteraria*
Instituto Cubano del Libro
Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly 4, esquina a Tacón
La Habana, Cuba
www.cubaliteraria.com

AL LECTOR

Preferiría este libro sin palabras preliminares; que el lector entrase en él con la misma ignorancia e imprevisión de lo que va a leer que caracteriza, respecto al presidio, al sentenciado a cumplir una condena. Pero juicios previos a su publicación me fuerzan a considerar tal preferencia. Debo decir, antes que nada, que no es mi objetivo el logro de un éxito literario más o menos resonante, ya que para ser leído con complacencia hubiera tenido que sacrificar demasiado la realidad, limitando con ello las posibilidades de alcanzar lo que me propongo, y que es la denuncia del régimen penitenciario a que me vi sometido —no por excepción, desde luego— durante doce años.

Bajo este punto de vista —y no habiendo variado en lo fundamental el crimen colectivo que intento denunciar—, considero un deber ineludible describir en toda su crudeza lo que viví. El que acuse estas páginas de inmorales, que no olvide que todo lo que dicen corresponde a un mal existente, a que por lo tanto es éste, y no su exposición, lo que primeramente debe enjuiciarse. El gusto contrariado o el pudor ofendido, que no traten de pedirme cuentas por lo escrito, sino que se las exijan a los que hacen posible, en plena civilización, la existencia de estos antros que gentes ingenuas o

Publicaciones cubanas en la Red
criminalmente despreocupadas, insisten en llamar reformatorios. No me interesa quien se sonroje o indigne por la lectura de estas páginas, mientras se considere ajeno a la realidad ominosa que divulgan: a su agitada moral de superficie opongo, en la medida de mi capacidad, el propósito auténtica-mente moral de desenmascarar la ignominia que supone arrojar el pudridero a seres que más tarde o más temprano han de regresar al medio común, aportando a éste todas las taras adquiridas; opongo también la desesperación de esos seres, su dolor humano y su inevitable regresión a la bestia; opongo el interés mismo de la humanidad.

Ahora bien, no vacilo en colocar mi libro ante la crítica de las personas capaces de inmutarse y de sublevarse, aunque ello suponga que también mi procedimiento y aun mi veracidad serán enjuiciados; pero a ellos voy, más que como escritor, como un hombre que perdió los mejores años de su juventud en el reformatorio que ahora denuncia.

C.M.
La Habana, 1937.

UNA PIEDRA EN EL CAMINO

1

El negro Pascasio Speek abrió los ojos, estiró brazos y piernas violentamente, hasta el calambre, y tornó a quedarse inmóvil, recostado contra la pared al pie de la cual estaba sentado. Un segundo después bostezó, e impedido de escupir en el suelo, porque el reglamento lo prohibía, se tragó la saliva, pastosa por la hora de sueño que acababa de descabezar, mientras se disponía a encender un cigarro. Con éste en una mano y el fósforo en la otra se quedó rondando la inconsciencia; los párpados se le fueron cerrando poco a poco, y la cabeza comenzó a declinar sobre su hombro izquierdo, hasta que, perdida la gravedad, se le cayó de golpe contra el pecho, espantándole la modorra. Se sacudió, volvió a estirarse y, chasqueando la lengua, encendió el cigarro, al que dio una profunda chupada.

Mientras guardaba el fósforo usado en la misma caja de donde lo había extraído, dejó escapar lentamente el humo, que se elevó en una columna simple, en la calma absoluta del día tropical. A la tercer aspiración, como la ceniza del cigarro ya estaba crecida, se la echó en la palma de la mano y, aplastándola con un dedo, la aventó, soplando sobre ella.

Fue entonces cuando paseó la mirada sin curiosidades por su alrededor. Hacía ocho años que todo estaba igual para él, tan igual, que aun en sueños hubiera podido decir quiénes

Publicaciones cubanas en la Red
estaban a aquella hora en el patiecito, quiénes estaban y que hacían y, tal vez, hasta lo que pensaba cada uno.

Desperzándose, abrió en cruz los brazos, rematados por los puños poderosos, y bostezó ruidosamente; dos gritos le interrumpieron el desahogo físico:

—¡Animal!

—¡Yegua!

Miró de reojo. Estaba bien que el chocho de don Juan le dijera animal, pero que aquel quídam de Candela se metiera con él todos los días llamándole yegua o cosas por el estilo, no estaba dispuesto a soportarlo. Ya se lo había dicho otras veces, amenazándolo con romperle un hueso. Esta vez se levantó decidido a todo, mientras, en el extremo del patio, Candela se hacía el disimulado.

Pascasio caminó hasta él y, plantándosele delante, le espetó con tono reconcentrado:

—Oye, ¡tu madre! Yeguas se les dice a los afeminados. Levántate, que te voy a partir las narices.

Candela se rió:

—Está bien, mi tierra! No se ponga bravo por eso, todo el mundo sabe que usted es un varón y...

—Levántate, si no quieres que te parta esa boca de chayote de una patada. Te quiero enseñar a que respetes a los hombres.

—Vaya, vaya; tengamos paz—intervino don Juan, subiéndose los espejuelos hasta la frente y rascándose una mejilla con la punta de la aguja con que hacía calceta—; miren que las celdas están endemoniadas. ¿Qué es lo que te pasa, Pascasio?

A éste se le había llenado la boca de saliva para provocar la pelea de un escupitajo, cuando Valentín el loco salió de una galera con la boca abotagada por el sueño:

—¡Tenían que ser estos dos mierdas! ¡Jijos de aura y mono! ¡No se puede ya ni dormir con estos malditos negros! ¿Cómo se atreven a despertar a un hijo de la raza blanca europea? ¡Niches nacidos en cueva! Ya les he dicho que les voy a poner la cola que les quité y a mandarlos para las selvas africanas.

—¿Y tú eres blanco, Valentín? —intervino por segunda vez don Juan.

—¡Blanco, viejo cabrón! ¡Blanco de la raza ácrata europea! ¡Francés! Nací en la mismísima Guayana, y tuve el honor de conocer al capitán Dreyfus en la Isla del Diablo. ¡No soy como ustedes, que se dan tanta importancia porque están en este presidio de mierda! ¡A ver! ¿Qué lío es el que se traen?

Dio una patada en el suelo, y echándose hacia atrás, comenzó a tirar golpes con el brazo extendido, como si lo tuviera armado de un sable.

—¡Zas! ¡Zas! ¡Zas! ¡Cabezas de niche rodando! ¡En cuanto afile mi machete no va a quedar ni uno solo para semilla. Después acabaré con las negras, después con las gallegas y..., ¡con los cubanos, que el que no tiene de congo tiene de carabalí! Me voy a quedar solo con las hembras blancas y..., ¡jierro!, ¡jierro!, ¡jierro!

Y Valentín, el mulato loco, abandonando la actitud bélica, se llevó las manos a la cintura y comenzó a moverse deshonestamente, acosado por la lujuria. Sin cesar de moverse, empezó a decir palabras amorosas cargadas de obscenidad, hasta violentarse el sexo, y de súbito, lanzándose al centro del patio, alzó los puños al cielo y gritó estentóreamente:

—¡Yo quiero comer ganllinan blanca! ¡Ay! ¡Ganllinan blanca!

Luego, echándose sobre la cuenca del ojo que le faltaba el gorro de presidiario, se fue dando grandes pasos, en actitud desafiante, repitiendo despectivo:

—¡Negros de mierda! ¡Jijos de mono y tiñosa!

Pascasio miró a Candela, que no se había movido y que le sonreía.

—Oye, por última vez: si vuelves a meterte conmigo la vas a pasar mal.

—Está bien, mi tierra.

Y al ver alejarse a Pascasio, añadió:

—¿No sabes? La Morita me dio recuerdos para ti.

El otro se detuvo en seco; fijó la mirada profundamente en su interlocutor, y después de dudar un instante optó por seguir su camino, diciendo:

—Dáselos a tu madre.

—Dice que está metida contigo y que te tiene medio conseguido.

Pascasio no se contuvo más. Retrocedió de un salto y agarró a Candela por el cuello de la guerrera, lo levantó del suelo y le clavó el puño en plena boca.

—Esto le hago yo a los degradados como tú.

Por efecto del golpe, Candela se había ido contra la pared, y ya se disponía a responder el ataque, cuando vio entrar en el patio al brigada del Orden Interior, que dijo:

—¿Qué ocurre aquí?

—Nada, brigada Basilio —contestó Candela, reponiéndose—; estábamos jugando de manos.

—El juego de manos ya saben lo que trae. Está bien, ¡jahuequen!

Pascasio, aún sin control, se movió indeciso, pero el temor de verse envuelto en un enredo sodomita lo decidió a aceptar aquella solución. Echó a andar hacia la cocina, donde ya se sentían ruidos de peroles y de poleas y, preocupado, se mezcló con los compañeros que lo habían precedido en la faena.

Trabajó febrilmente; a pesar del calor intenso que hacía, se dejaba bañar por el vapor escapado de las marmitas. De vez

en vez, la luz roja de una llama se fugaba de los hornos y le alumbraba el rostro, que se le contraía en gestos de defensa. Entonces se pasaba el gorro por la cara, no se sabía si para secarse el sudor o para borrarle la mueca dolorosa que lo martirizaba.

Miró hacia todos lados con desconfianza. A un lado y a otro estaban sus compañeros entregados al trabajo o a la conversación, acaso mirándolo a él, leyéndosele en las facciones el cúmulo de pensamientos que lo acosaban.

Allí estaban a su alrededor, mezclados en una masa cuya liga era el vicio, nacido de la abstinencia y de la promiscuidad; allí estaban luchando a brazo partido, con sus riñones derritiéndose al fuego del trópico, viviendo inconscientemente una tragedia que les agarraba de los testículos y sobre la que gastaban un afán de palabras. Dos de ellos hablaban a sus espaldas:

—¿Qué hubo, Comencubo?

—Aquí, compay.

—¿Fuiste a los Ingresos hoy? Dicen que ha entrado una clase de rubito que parte el alma. Bueno, yo lo vi; es una verdadera lea. Ya Manuel Chiquito lo está trabajando y le mandó cigarros y una lata de leche; anda contando por ahí que recibió una carta de la madre del muchacho, recomendándosele.

—Tal vez sea cierto, Cayohueso.

—¡No fastidies! Lo que sucede es que está bronqueado con la Chambelona, y como no puede vivir sin mujer...

—Mire, compay, ése no es más que un pasmador. Levanta la pieza que otro se va a comer. Acuértese de la Viudita, de Alma Guajira: una se le corrió con el Colombiano y a la otra se la está trajinando Santinguanzo.

—Sí, pero él fue el primero que los llevó al hoyo. Lo que ocurre es que los afeminados son como los gatos: no miran la mano que les da de comer.

—¿Y qué quieres tú? ¿Que encima de todo vivan agradecidos? Aquí lo que pasa es que la mitad de los bugas no son más que alarde puro, no tienen muchacho sino para pasearlo a la hora del patio, para guillarse de chulos y pasmar con ellos hasta el último quilo. Estos verras son los que tienen el asunto maleado. Los pájaros capaces de caminar para el muerto de verdad se han buscado a un primavera y no hay modo de cogerlos cansados; acaban por amistarse con otro de su calaña y, ¡listos para las tablas! Son peores que las mujeres cuando se enredan entre ellas mismas. No hay macho que les pueda entrar.

Las palabras hervían como el guiso en los peroles; el vapor de ellas llegaba hasta Pascasio y lo envolvía, lo zarandeaba, aguzándosele dentro las inquietudes.

¡Siempre, siempre lo mismo! ¿No serán capaces de pensar en otra cosa? ¿Por qué no hablaban, siquiera, de la libertad, del campo, de cuando estaban en el cañaveral?

Pascasio sacudió bruscamente la cabeza. ¡Cómo tumbaba él arrobos de caña! Si no fuera porque la guardia rural se figuraba que el lomo de los trabajadores era buena piedra para amolar el filo de sus machetes, el cañaveral hubiera sido el paraíso. Con la distancia se le olvidaba lo malo pasado: el jornal de hambre, la tarea agobiadora, el barracón lleno de bichos, los meses sin trabajo, la persecución contra los que intentaban organizarse; el terror, a veces subterráneo y a veces descarnado, que los obligaba a lanzarse en masa a los caminos como si huyeran de un terremoto o de la peste.

Ahora sólo sabía que estaba allí, entre leas y bugas, como les decían a los pederastas, que no pensaban más que meterse en el hoyo para refocilarse, y que, no contentos con eso, se

Publicaciones cubanas en la Red pasaban el día hablando de lo mismo, con palabras pegajosas y espesas como semen.

Comencubo seguía analizando la sicología de los pederastas:

—Aquí los que se llevan el gato al agua son los guillados de serios. ¿No viste a don Pancho? Todos los días, cuando estaba detrás del mostrador de la zapatería, hablando con el vigilante que cuidaba el taller, le daban fatigas. ¡Claro, con tantísimos años de prisión! Como era don Pancho le dieron a tomar poción yacú, le mejoraron la comida, le concedieron patio por las noches. ¡El mundo colorado! Hasta que se supo que no había tales fatigas, sino que metía debajo del mostrador a los aprendices.

—¡Ese fue un chisme! —intervino Pascasio.

—¿Chisme? Mire, compay, ¿cómo no le dan fatigas ahora que no está en el taller? No crea en hombres serios; serio es el chivo y se hace lo que le hacían los aprendices a don Pancho. Después que uno cumple más de un año, ya está listo; y esto es como la guerra, que el que no sirve para matar, sirve para que lo maten.

—¿Es que tú me sabes algo a mí? —interrogó Pascasio, agresivo.

—¡Eh! ¿Y quién te ha metido a ti en la procesión?

—No, por si acaso. Ustedes suelen confundir a los hombres.

—Yo no confundo a nadie. Pero sé que esta es la casa del jabonero: que el que no cae, resbala. Si no, al tiempo; aquí ni los ocambos se escapan; andan salidos por ahí, como gatos en cuaresma, dando consejos a los jovencitos: «Oye, yo ya soy viejo y tengo experiencia; no te reúnas con Fulano, que es un empedernido». Y al cabo ya tú sabes; no son otra cosa que asaltadores de portañuelas.

—¡Y bien! —asintió Cayohueso, envalentonado. □

Pascasio paseó la mirada de uno a otro, y alzando los hombros, se volvió hacia los peroles.

Comencubo, guiñando un ojo a su compañero, dijo en alta voz:

—Oye, Pascasio. La Morita anda diciendo por ahí...

El rápido giro del interpelado cortó la frase en la mitad. Los dos hombres se miraron hostilmente un segundo.

—¿Qué es lo que anda diciendo?

—No, nada; si es que usted lo va a tomar así. Chismes de la gente.

—Pues por eso mismo le acabo de romper la boca a Candela. El que me meta a mí en líos de pájaros lo va a pasar mal.

—Pero de ti nadie habla; es de la Morita, compay. ¿Quién puede evitar que una lea se enamore de uno?

—A la Morita le voy a romper un hueso.

—¡Y estás completo! Te aseguro que a ese juicio voy yo. Ya me parece estar oyendo al oficial: «¡Ah!, ¿conque líos de marido y mujer? ¡Treinta días de celda!» ¡Y enredarse con el Trágico. Eso, si no te empujan para los Incorregibles; y después sí es verdad que no le puedes hacer el cuento a la gente de que la Morita y tú no están amancebados. Mira, más vale que te vayas de coba con ella y le digas que te deje tranquilo. Es un consejo de preso viejo, compay. Estos pájaros, cada vez que pueden desprestigiar a un hombre, se arrebatan por hacerlo.

Pascasio era lo que se llama un hombre bruto; un hombre poco dispuesto a orillar dificultades si le asistía la razón, pero sintió que Comencubo decía la verdad. El solo hecho de ir a juicio con la Morita era denigrante; aunque todo se aclarase, ya le quedaba el antecedente, y, además..., ¿cómo evitar el comentario de tanto preso? Pero eso de hablarle, de darle

coba, era diferente. ¡Que se anduviera con pies de plomo si no quería pasar un susto que la sacase de cantadora!

—Si la ven...

Se detuvo al precisar que empleaba el género femenino para designar al invertido.

—...si ven a ese degradado y quieren hacerle un buen favor, díganle que me deje tranquilo, que siga su camino a fatalizar a otro.

Hablaba sin violencias, como si se sometiese a un destino superior a sus fuerzas, como si ya estuviera «dando coba». Los ochos años de régimen presidiario lo tenían romo, limado, le habían acabado de destruir aquellas rebeldías que ya en el corte de caña se le esponjaban en las faenas de sol a sol, cuando con la mocha tenía que tumbar un monte de caña para ganar veinte míseros centavos. Además, no quería fracasar; en el cajón de la galera tenía guardadas ocho papeletas de buena conducta, por cada una de las cuales le rebajaban dos meses de condena. Un poco más y ya estaría cerca de la libertad, fuera de toda aquella podredumbre que ahora lo rodeaba. ¡Libre! ¡Al sol del campo! Perdido en las plantaciones de caña, que lo obsedían ahora como un sueño maravilloso. Pudiendo gritar a pleno pulmón en medio de la tarde incendiada y coger un buey por los tarros y humillarle el testuz, frotándole el hocico húmedo en la tierra roja, y solitario después de verlo correr, brincando, mientras él, loco de alegría, borracho, se tiraba al suelo, rodando por una pendiente, espantando con sus carcajadas a los venados del monte, y rodando, rodando, no solo, sino con ella, con su hembra, hasta perderse en la yerba alta del río, o en los manglares.

Cuando ingresó en el presidio, su conciencia de hombre primitivo se asombró de que existiera tanto fango. No podía creer lo que veían sus ojos y que lo que veía sucediera precisamente allí, bajo la vigilancia de los carceleros y a pesar

Publicaciones cubanas en la Red de todos los castigos. La primera sensación fue de asco; después, dentro le fue creciendo la indignación y, al fin, acabó por habituarse, pero escapando de todo trato, disimulándose en los rincones. Cada vez que se había acercado a alguien le había descubierto, más o menos profunda, la veta vergonzosa; algunos ya la traían de la calle, de la ciudad, y a él se le hacía como si todos estuvieran leprosos y lo fueran a contaminar. Los que encontraba que pensaran como él no tardaban en abandonarlo, bien porque siguieran la corriente general, bien porque acabaran por creerlo exagerado, demasiado exigente. ¿Qué otra cosa era posible allí? El hombre privado de mujer años tras años acaba por descubrir en otro hombre lo que echa de menos, lo que necesita tan perentoriamente, que aun en sueños le hace hervir la sangre, y despierto le coge todos los pensamientos y forma con ellos un mazacote que dedos invisibles modelan de mil maneras distintas, todas apuntando a lo anormal, a la locura. No importa que de pronto no se vea la carne; el sexo está en todo. El sexo está, recóndito, en la calceta de don Juan; en aquel que tiene domesticada una araña; en el que se ha abrazado a Allan Kardec. Está afanoso en la locura de Valentín, aun en el momento que machetea con su brazo inerme los zis-zas mortíferos. Está en todas partes: en los rincones, detrás de las columnas, en dondequiera que cae un poco de sombra o de sol; está, sobre todo, en las sábanas de los petates, en el reglamento que prohíbe el uso de jabones y talcos perfumados. ¡En el clima!

Pero Pascasio permanecía inmovible; para él, todo aquello no era más que un asco. ¿Cómo es posible que un hombre se pusiera a enamorar a otro? Había acabado por reírse a carcajadas. ¡Vamos! él también tenía con qué. Y sangre. Y potencia. Y..., ¡rayos! Mas cuando estaba muy desesperado soñaba con Encarnación, con Tomasa, con un palo de escoba que fuera, pero con sayas, y listo, ¡para la

Publicaciones cubanas en la Red próxima! Y si no, allí estaban los calderos de la cocina, grandes y pesados como hombres. Él los llevaba y los traía, se gastaba sobre ellos. Tenía advertido que un día de trabajo intenso lo dejaba más tranquilo, y que si no se bañaba después, mucho mejor aún. Cansado y sucio se iba a tirar en el rincón del patio y echaba su siesta, no sin antes hacer mentalmente la cuenta de lo que le faltaba por cumplir, rebajando de antemano los meses que le descontarían por buena conducta. De noche, cuando lo encerraban en la galera de los rancheros, no hablaba con nadie; cien hombres le gritaban a su silencio, pero él permanecía hostilmente callado, llegando frecuentemente a la abstracción, envuelto en pensamientos que lo trasladaban lejos, bien a lo suyo pasado, bien a lo que le esperaba cuando saliera.

Pero ahora, de súbito, todo se había complicado; había una piedra en su camino. Ya tuvo que pegarle a Candela y sabe Dios lo que tendría por delante con el asunto de la Morita. Sabía por experiencia que caer en la boca de los presos era lo mismo que caer en un río sin saber nadar. Y ahora estaba él resbalando, con los pies ya en el agua, agarrándose para que el torrente no lo arrastrara.

Primero Candela, después Comencubo. ¿Cuál sería el próximo? Cerró una mano y con la otra se acarició el puño. Pero, ¿y sus dos meses de buena conducta, que ya estaba a punto de ganar? ¿Y si se iba derecho al brigada del Orden Interior y se lo contaba todo?

Hizo un gesto de repugnancia. Más que a los afeminados, odiaba él a los chivatones, y, además, ¿no era una irrisión irse a plantar delante del brigada para decirle que otro hombre lo estaba enamorando? A lo mejor al brigada se le ocurría abrir juicio y tendría que presentarse delante de todos los presos con la Morita, Comencubo y Candela. Solamente de pensarlo se estremeció. El brigada diría: «¿Qué ocurre, penado 5062,

Pascasio Speek. ?» La Morita lo miraría irónicamente y todos se reirían. ¡Mal rayo los parta!

Y Pascasio se revolvió sobre sí mismo como si ya hubiera llegado el momento, con los puños cerrados y la mirada desafiante. Los hombres que trabajaban a su alrededor lo miraron sorprendidos. Uno de ellos dijo:

—¿Qué le pasa, compañero? ¿Se va a usted a guillar?

Y volviéndose al que estaba a su lado, añadió en voz baja:

Todavía no he visto a uno de estos que andan solos por los rincones, que acabe bien. Todos, más tarde o más temprano, se fastidian. ¡Se traen siempre un trajín!

Pascasio se pasó el dorso de la mano por el rostro. El gesto fiero había sido sustituido por uno de impotencia. Estaba alelado. De pronto sintió toda su soledad, todo su aislamiento. Era un hombre perdido en un desierto; los que lo rodeaban le eran hostiles, peor aún, estériles como arena. Se sentía demasiado cansado para poder llegar a la meta. Hasta aquel momento había podido ir tirando solo, pero comprendía que estaba desarmado, que tenía a todo el presidio entre él y la libertad; que se encontraba sin defensas, sin un amigo en quien confiar, sin siquiera una mocha y delante un cañaveral entero para hacer como Valentín, el loco, hasta caer rendido, o hasta quedarse solo de verdad; todo rodado a sus pies, hecho trizas.

En cambio, allí se estaba con el corazón desanimado y el calor de los hornos prendido en el bajo vientre como una maldición; más distante de los hombres que lo rodeaban que del hierro de los peroles, ya que éstos, al menos, le ayudaban a comerse las energías sobrantes en ayuntamientos de sudores.

Dándose cuenta de que era el punto de todas las miradas, hizo un esfuerzo sobre sí mismo y explicó:

—No fue nada. Una piedrecita de carbón se me metió en los ojos.

Y mientras forzaba una sonrisa, llegó a través del ruido que hacían las poleas de la cocina la verborrea de Valentín, el loco:

—¡Yo soy don Valentín Pérez Daysón! ¡Niche, pichón de aura y mono, date cuenta de que ser blanco es una carrera!

EN LA GALERA

2

El gallego Prendes, penado-presidente de la galera Primera Central, se paseaba malhumorado a lo largo de la doble fila de presos que en perfecta formación esperaban que el oficial de guardia los contase.

Bajo, rechoncho y fornido como un torete, caminaba a grandes pasos, con las manos cruzadas a la espalda, como un grotesco Napoleón, a la vez que dirigía miradas reconcentradas a los hombres alineados a lo largo de la galera.

Tan absoluto era el silencio, que si dos cucarachas se hubieran peleado en uno de los cajones donde los presos guardaban sus cachivaches, el ruido de la lucha se habría sentido. Pero ni las cucarachas se movían; ya lo harían después, cuando escuchasen el toque de silencio y los presos se durmieran. Ahora estaba el gallego Prendes malhumorado, a la escucha de cualquier infracción, y no se sabía lo que podría salir de su disgusto; a lo mejor un baldeo general con agua caliente que las achicharrase a todas, menos a la pareja elegida para la reproducción de la especie.

El presidente se detuvo en sus paseos, plantándose, con los brazos en jarras, delante de uno de los reclusos:

—¿Y tú? ¿Quién te trasladó para aquí? ¡Oye! ¿Por qué no contestas? —insistió, alzando la voz al ver que el interrogado seguía sin responder, en la posición reglamentaria de atención:

brazos cruzados sobre el pecho y la mirada baja—: ¿Quién ordenó tu traslado?

—El brigada del Orden Interior —respondió por fin el preso.

—¡Toma! ¿Pero tú no estabas en la Aldecoa? ¿No te habían trasladado a ella por afeminado?

—Esa fue una combinación que me hicieron. El brigada se enteró de que era un muchacho serio y me sacó de allí.

—¡Ja, ja! ¿Serio? ¿No es a ti a quien le dicen por ahí la Duquesa?

—El mismo.

—¿Y eres serio?

—Así parece.

—Pues entonces mis berocos son claveles.

Una escala de risas corrió por las filas.

—¡Vamos, a callarse, que esta noche duerme alguien en las celdas! ¿Y quién te recomendó con el brigada? Seguro que algún socio tuyo de influencia, ¿no? Eso es lo que tiene todo echado a perder aquí. ¿Quién fue?

—Brai —y el muchacho, entre orgulloso y desafiante, le clavó la vista al presidente al pronunciar el nombre de su padrino.

—¡Ah! ¿Brai? —el gallego se quedó un momento sin saber qu decir, pero reaccionó, sintiéndose espiado por el resto de la galera—. ¿Y qué me dices a mí con eso de Brai? Yo sí que no creo en guapetones, ¿lo oyes? Para guapo, yo, que tengo las tiras en el brazo. Aquí, lo otro se deja en el rastrillo al ingresar, colgando de un perchero, para tratar de recogerlo a la salida.

—Eso dígaselo a él —replicó irónico la Duquesa.

—¿Qué te figuras, sarnoso? Mañana mismo, tan pronto abran las galeras, se lo digo.

La Duquesa acentuó la ironía:

—Si quiere se lo puede decir ahora mismo; también a él lo trasladaron para aquí.

—¿Cómo?

La penumbra no fue suficiente para ocultar la palidez del gallego. Retrocedió un poco hacia la reja, al lado de la cual formaban los ocho cabos que lo auxiliaban en el cuidado de la galera, y paseó la mirada inquieta por encima de los hombres, que ahora alzaban los rostros, burlones.

En la segunda fila, sobresaliendo de los demás, estaba Brai. ¿Cómo no lo había notado antes? El gallego le buscó la mirada, pero Brai simulaba una indiferencia absoluta, como si lo ocurrido le hubiera pasado inadvertido o no le interesase. En aquel momento lanzaba una bocanada de humo hacia el techo cerrando un poco el ojo izquierdo; después miró, como por accidente, al encargado del orden, que trató de presentarle una expresión servicial.

—¿Qué hubo, Brai? ¿Tú por aquí?

—Aquí, mi tierra. ¿Qué, le disgusta?

—¡Compañero! Usted, mejor que nadie, sabe que yo soy amigo de los hombres.

—Por eso mismo pedí venir para la Primera; esa otra gente se da demasiada lija.

—Sí, hombre, sí; se la cogen con papel de china. Bueno, barín, ya hablaremos. Figúrate, estoy enredado con ciento treinta y dos.

Hizo un saludo con la mano, y sintiendo que continuaban los murmullos en las filas, gritó:

—¡A callarse! ¿Qué es lo que pasa? ¡He dicho, carajo, que aquí no hay guapos, y que alguien va a dormir esta noche en las celdas con el Trágico!

Tornó la disciplina, que se había relajado; cesaron los rumores de conversaciones que aquí y allá se dejaban oír, y las filas volvieron a recobrar su perfección casi militar. Brai lanzó una nueva bocanada de humo y se sonrió ligeramente.

En aquel momento, el recluso con galones de cabo, que hacía la guardia en la entrada de la galera, dio una voz de mando:

—¡Cubran!

La puerta enrejada se abrió y penetró el oficial, como un bólido; contó los presos a grandes pasos, sin mirarlos, por las baldosas del piso que ocupaban, y retrocedió rápidamente; al llegar a la reja se detuvo un instante para hacer la anotación en la tablilla que llevaba y preguntó, ratificando, mientras escribía:

—¿Cuántos?

—Ciento treinta y dos —respondió el gallego Prendes.

—Bien. ¡Están ustedes de guasabeo: ciento treinta y dos! Defiéndanse, que ya les cogemos el lomo.

La galera, estrecha y abovedada, se asemejaba a un túnel; al fondo de ella, una ventana abierta al patio principal de la prisión completaba el símil. Tenía capacidad para ciento treinta y dos penados, si a la hora de dormir, las camas, de medio metro de anchura, se pegaban completamente unas a otras, fingiendo, a ambos lados, dos largas tarimas; y al centro se armaba una tercera fila con las camas colocadas a lo largo, es decir, unidas unas con otras por los extremos, de modo que todo contacto dudoso fuera imposible.

Esta tercera hilera era la más cómoda y estaba destinada, en primer lugar, a los mandantes. En segundo, a los reclusos cuya fama de inmorales era notoria y no tenían con qué comprarse un puesto en las filas laterales, y, en fin, a los novatos jóvenes, recién ingresados.

La disposición de las camas había penetrado como un problema insoluble en el cerebro del gallego Prendes.

Hasta aquel momento todo había resultado relativamente fácil; era el presidente, el de las tiras, y boca abajo todo el mundo; pero, ¿y ahora? ¿Qué se hacía él con la Duquesa? ¿Dónde lo ponía a a dormir? Si no hubiera ocurrido el inciden-

Publicaciones cubanas en la Red
te de la fila, el asunto no tendría importancia; pero había ocurrido, y la culpa la tenía él mismo por querer contar a la gente como el oficial, sin mirarles la cara, en burujón, en bulto, como si fueran ganado propio. Por poco que hubiera levantado la cabeza se habría encontrado con Brai, y la situación no sería la misma. Pero metió la pata. Allí en fila había ciento treinta y un presos que seguramente pensaban en lo mismo. ¿Dónde pondría a dormir a la Duquesa? Lo pensaban mientras esperaban el toque que diese conformidad del recuento y ordenase romper filas.

Y el presidente de la Primera Central se pasó una mano por la cabeza pelada al rape, como si quisiera borrar todo lo que tenía en ella, igual que se borra una pizarra; pero las mismas ideas le quedaron bailando dentro, atravesadas, de vez en cuando, por la imagen de Brai, con los ojos de mirada inquisitiva, la frente ancha y la cabeza bien plantada sobre los hombros. Demasiado sabía él hasta qué punto era temible aquel hombre que aun en la galera de los Incorregibles era el toro que más meaba.

Miró para los hombres en fila que ahora apenas se distinguían en la penumbra del crepúsculo; el recuento en las galeras se demoraba demasiado y la gente comenzaba a dar señales de impaciencia. ¿Hasta cuándo? Llevaban más de tres cuartos de hora de pie. Seguramente que el oficial estaba confundido y no había para cuando acabar. Aquí y allá el murmullo de los comentarios iba creciendo, incitado por la espera y protegido por la oscuridad.

—¿Se habrá fugado alguien?

—¡Qué fugado ni qué niño muerto! Ese debe ser alguno que está metido en el hoyo. ¿No te acuerdas de lo que le pasó a la Macorina? Después del «negocio» se quedó dormido en la Posada Sangrienta y...

—¿La posada qué?

—La Posada Sangrienta. Compadre, ¿se me va usted a guillar ahora diciéndome que no sabe lo que es?

—¡Por mi madre que no! Yo no me ocupo de esas porque-rías: de mi galera al taller, del taller a mi galera.

—¿De la galera al taller y del taller a la galera?
—intervino otro—. ¿Por qué no dice mejor: de la galera a mi aprendiz y de mi aprendiz a la galera?

—No puedo decir eso, porque de lo único que me ocupo yo es de tu reverenda madre. Cuando se rompa la fila me vas a repetir eso.

—¡Y te lo repito! ¿Qué te figuras tú?

—¡Cómo!

El ofendido ya iba a agredir, cuando una presión disimulada lo detuvo:

—Deja eso.

—No te metas tú, que este es un asunto de hombres. ¡A éste le parto yo la jeta!

—No le hagas caso. Lo que tiene guararey. Me ha estado fajando para que me vaya con él. Si te metes en una bronca, de seguro que me mandan para la Aldecoa, tú lo sabes bien. Eso es lo que él anda buscando: separarnos.

—¿De modo que fajando? ¡Tú también vas a coger una cueriza! Ese chisme lo aclaro yo.

—¡Déjate de muchas aclaraciones, que para la leche que da la vaca...!

—¿Te parece poco lo que te doy? ¿Es que te me quieres correr?

La voz baja había encontrado un tono medio entre la amenaza y la súplica, que acaso sólo se halle en las pasiones torcidas, acaso en el presidio.

—Cállate, que ahí viene el gallego.

El gallego Prendes avanzaba en la oscuridad, lenta y silenciosamente, como un felino, tratando de localizar a los infractores del reglamento. A medida que adelantaba, las

Publicaciones cubanas en la Red
conversaciones se iban apagando para después comenzar, más débiles, a sus espaldas. Los más atrevidos de los que formaban la segunda fila, habiéndose sentado para descansar, se ponían en pie. ¿Qué pasaría con el recuento? Alguien estaba equivocado.

—¡A ver, cubran! —gritó el gallego Prendes—. ¡Cubran bien las losas! A lo mejor somos nosotros los que andamos mal.

Había llegado al fondo de la galera y se volvió hacia atrás, tocando, uno a uno, a los presos que formaban la fila delantera, a la vez que repetía:

—Cubran. ¡Cubre! Compongan. ¡Cubran!

Alguien dijo a media voz:

—Éste se figura que somos toros; después, cuando uno va a «cubrir» de verdad, le dan un componte.

El gallego se paró en seco.

—¿Quién leches habló ahí? —investigó un momento en la oscuridad, y dando por salvado su prestigio viendo que nadie respondía, continuó arreglando la alineación—. Cubre, cubre, cubre. ¿No oyes, tú? ¡Cubre bien! ¡Siempre se traen una pegazón!

Cuando llegó a la cabeza de las filas inició el recuento, caminando a paso lento:

—Dos, cuatro, seis, ocho...ocho... «Este Brai...».

Decididamente, aquel asunto de la Duquesa se le había metido como una cuña en el cerebro.

—Diez, doce... «Brai seguramente que va a querer dormir al lado del otro». ¿Catorce? ¿Doce? Sí, doce, catorce, dieciséis.

Al final de la alineación había ciento ventiocho. Dio una patada en el suelo y volvió hacia atrás para comenzar de nuevo. La llegada del oficial lo interrumpió. Éste preguntó, sin penetrar en la galera:

—¿Cuántos? ¿Ciento treinta y dos?

—Déjeme ratificar. Tengo ciento treinta y dos en la tablilla. ¡Cubran!

—¿A qué espera? Vamos a tener que relevarlos a todos ustedes, ¡tienen el recuento convertido en una mierda!

El gallego, que había contado rápidamente, gritó desde el fondo de la bóveda:

—¡Ciento treinta y dos!

—¡Pues me sobra uno, rayos! A no ser que haya parido alguno de ustedes.

—Si sobra uno, bien me podrían soltar a mí —dijo Brai.

El oficial, que ya iba a continuar la rectificación, se detuvo:

—¡Eh! ¿Quién ha hablado ahí?

—Yo, Brai.

—¿Qué hubo, Brai? ¿Estás en la Primera? A lo mejor no te han dado baja en la otra.

—De mí no se olvidan tan fácilmente.

—¡Y bien! —respondió el oficial—. Pero deja ver.

En aquel momento se encendieron las luces —unos foquitos insignificantes, colocados de trecho en trecho en lo alto de la bóveda. El gallego Prendes se disponía de nuevo a contar, cuando se escuchó la corneta dando la conformidad del recuento. Como todas las noches, las filas se rompieron con estruendo, mientras los gritos se cruzaban de extremo a extremo en la galera.

—¡Oye, Pica Pica, todos creíamos que habías sido tú la parturienta!

—No, el parturiento fue tu padre; tu madre lo preñó a fuerza de tarros.

—Asqueroso, mi madre ha tenido menos maridos que tú. En una noche sólo once te pasaron vareta.

—No, hombre, no; todos los que estamos aquí somos machos —intervino un tercero—; los pájaros están enjaulados en la Aldecoa.

—¡Ja, ja, ja! Eso te crees tú; no son todos los que son, ni... Bueno, me equivoqué si tú quieres, pero yo te repito lo mismo. ¿Acaso Pica Pica no lo es y al mismo tiempo deja de serlo?

—Pica Pica «vive lejos» —respondió éste, haciendo un ademán obsceno—. Ponte para que veas.

—Ésa es empujada. ¿Tú no eres pinareño?

—¿Y qué?

—Que cuando Maceo hizo la invasión les dejó un machete a cada uno de ustedes, y como no sabían usarlo por falta de corazón, siempre lo tenían envainado en el trasero.

—¿De seguro que tú eres de Oriente?

—Del mismísimo Indómito, ¿qué pasa?

—Que aquella tierra es demasiado caliente y el mucho fuego desfonda cacerolas.

—Peores son ustedes, que se dejan templar en frío.

De todos los ángulos de las galeras partían gritos semejantes. Los que permanecían callados eran los menos. Algunas parejas se paseaban de arriba abajo, desde la reja de entrada hasta la ventana del fondo; hablaban en voz baja, serias, a veces mirándose, a veces mirando a los otros. Algunos no proferían palabras, hundidos en un silencio hostil. Aquí y allá se veían los solitarios, sentados en los bancos, bajo el cajón donde guardaban sus pertenencias, con el petate de la ropa sobre las rodillas, en espera de que llegase la hora de tender las camas o, mejor, la hora del silencio, aunque ya, por hábito, habían creado sus defensas para no oírse a ellos mismos.

El aire se viciaba por el humo de los cigarros, los vapores que salían de los servicios, constantemente ocupados, y por los regüeldos de los desaprensivos que provocaban alusiones a inmoralidades supuestas:

—Oye, ¡estás desfondado!

—¡Uf! ¡Cómo te lo han dejado!

—Caballerías, ¿no saben que Chichiriche está con el periodo?

—No sean sinvergenzas. Dejen al pobre hombre, que está loco con sus almorranas.

—¡Miren! Ah! viene Brai...

Los gritos se aplacaron, las cabezas se volvieron. Brai, alto, corpulento, con el andar pausado y el aire indiferente, se dirigía a los servicios. Los que estaban en turno le abrieron paso, y él se detuvo delante de la mampara, que no llegaba más arriba de su cintura, tras la cual había un hombre sentado, con la cabeza metida entre las rodillas. Alguien, tratando de halagar al recién llegado, dijo:

—Lleva así más de una hora. Va a haber que regalarle un inodoro chiquito, para él solo; parece que ha comido sogá.

Brai dirigió al oficioso una mirada de soslayo:

—Lo único que falta —dijo— es que hasta en eso le lleven a uno la cuenta. Si tenías tanta prisa, ¿por qué me dejaste pasar primero?

Fue entonces que el que estaba sentado levantó la cabeza. La mampara sólo dejó ver el rostro que se destacaba rotundo en el blanco amarillento de la pared, dando la sensación de que se trataba de una cabeza cortada a cercén. Si realmente aquel hombre hubiera sido degollado, no habría podido expresar más angustioso sufrimiento en sus facciones. Sus ojos, su boca, se alzaban como solicitando una ayuda que de antemano suponía imposible, mientras gruesas gotas de sudor le caían de la frente. El propio Brai, mordido por veinte años de prisión, se sintió impresionado.

—¿Qué le ocurre, compañero, se siente mal?

El hombre respondió con un movimiento de cabeza. Después, haciendo un esfuerzo como para tragar saliva, dijo débilmente:

—Parece que me ñampio.

—¿No te ha visto el médico?

—¿Médico? ¿Es que acaso alguien ve aquí al médico? Un interno que dicen que está en el principio de la carrera me mandó un purgante. No lo he tomado, y a pesar de eso me voy por el curso; parece que es la disentería.

Hizo un gesto de dolor, llevándose las manos al vientre, a la vez que rugía, mordiéndole, un ¡ay! sostenido.

La gente comenzaba a arremolinarse cuando el gallego Prendes se acercó al grupo. Tras haberlo pensado intensamente, se había decidido a plantearle el asunto al propio Brai. Comprendía que después de lo sucedido, si lo dejaba dormir al lado del muchacho, alguien iría con el chisme al brigada del Interior y todos saldrían perdiendo. Mejor sería dejar pasar unos días...

—Brai...

—¿Qué pasa, gallego?

—Oye, tengo que hablar contigo.

Lo cogió familiarmente por el brazo, y separándolo unos pasos del grupo, comenzó en voz baja a espetarle el discurso que había preparado; pero, a las primeras palabras, Brai lo detuvo:

—Deja eso ahora. Coge la cadena del cerrojo y llama.

—¿Qué sucede?

—Ahí hay uno que se va en sangre. Llama. De lo otro ni te ocupes, que a mí no me hace falta que nadie me cuide.

—Pero...

La mirada de Brai se clavó reconcentrada en los ojos del gallego, interrumpiéndole la réplica.

—¿Qué pasa? ¿No te he dicho que toques la cadena, que ahí hay un hombre que se está virando? ¿O es que te figuras de verdad que yo también dejé la hombría colgada en el rastrillo?

El gallego Prendes miró a su alrededor. Aunque nadie parecía observarlos, sabía que toda la galera estaba pendiente de ellos; un extraño silencio se había hecho. Si cedía, era hombre perdido, pero, ¿cómo oponerse a Brai? ¡Si hasta comía gente!

Se vio cruzando golpes con él; si aquello llegaba, sabía que nadie iba a intervenir, como nadie intervino en la pelea de Brai con el Isleño, hasta que éste cayó desmayado y Brai comenzó a comérselo. Primero una oreja, después la otra. ¡Si hasta comía gente!

El gallego Prendes miró para Brai, al que ya se le iban enrojeciendo los ojos, y desde aquel instante tuvo la impresión de que la galera estaba vacía, de que su derrota no tendría testigos y de que se sentiría más desamparado aún si aquel loco llegaba a enfurecerse.

Sin detenerse más, temiendo que ya fuera tarde para contentar a aquel comedor de cristianos, se fue apresurando hacia la puerta, cogió las cadenas que sujetaban los cepos y las agitó contra los barrotes violentamente, como si el auxilio pedido fuera para él mismo. Aún las agitaba cuando se oyó el toque de corneta que ordenaba el tendido de camas.

El estruendo de éstas contra el suelo, la estridencia de las cadenas y los acordes de la corneta, se mezclaron en un diabólico concierto coreado de gritos, a cuyo son toda aquella gente pareció lanzarse a un baile salvaje. Cada uno abría su cama de tijera.

Un buen oído hubiera descubierto, entre la batahola, el rugir de Chichiriche, vaciándose.

LA NOCHE

3

Aunque ya hacía casi una hora que el interno había estado en la galera, sin hacer nada por el enfermo, todavía faltaba mucho para que se oyera el toque definitivo de silencio. Hasta ese toque se podía hablar de cama a cama y también, aunque ya esto dependía del humor del gallego Prendes, formar grupos alrededor de una cama determinada, o sentarse sobre varias, si, como en aquella ocasión, la galera estaba repleta.

Se formaban grupos serios, y otros que necesitaban ser vigilados constantemente; grupos que se mantenían en relación directa con la influencia del anfitrión; así que crecían o decrecían, de acuerdo con las circunstancias.

Aquella noche un nuevo grupo se había constituido: la Duquesa recibía. Sentado a la turca, a la cabecera de su cama, hacía los honores de la casa con orgullosa displicencia. Como el calor era mucho, se había desnudado casi por completo y, en sus ademanes y en sus gestos, se notaba la impudicia con que trataba de despertar la admiración de los que lo rodeaban.

En la cama de al lado, Brai, tendido a lo largo y con las manos enlazadas bajo la nuca, entornaba los pápados, como si su pensamiento estuviera muy lejos de allí.

—¿Qué pasa, Manuel Chiquito? —dijo la Duquesa a un hombre grueso y colorado, con los dedos llenos de sortijas de oro, que en aquel momento pasaba junto al grupo—. ¿No conoces a la gente? ¿O es que no tienes ojos sino para el rubito de los Ingresos?

El hombre se detuvo, fijando en la Duquesa una larga mirada indefinible.

—Aquí no se come a nadie —continuo el andrógino—. Oye, ¿sabes cómo está contigo la Chambelona? Anda, busca sitio

Publicaciones cubanas en la Red
y siéntate. Dice que al rubito ese le pica él las nalgas, y que a ti, en cuanto te descuides, te hará almorzar una botella de vidrio molido.

—Así son ellas. Compay, con su permiso —dijo, sentándose, al observar que Brai lo miraba por entre los párpados entornados—. Así son ellas cuando cogen guararey; pero la Chambelona sabe bien que no me casé con ella por la iglesia. Además, ese muchacho no tiene nada que ver conmigo. La madre me escribió y...

—¿A mí con esos cuentos? ¡Eres un fenómeno!... Deja eso para los primaveras, que esas canciones ya no nos duermen a nosotros.

—Oigan, ¿no saben la última letra? —intervino un tercero.

—¿Qué fue?

—Candela y Pascasio Speek se fajaron por la Morita.

—¿Pascasio?

—Pascasio Speek, ¿el rancho?

—¿Que Pascasio Speek se fajó por la Morita?

El que dio la noticia resplandeció de orgullo por el buen éxito obtenido; Brai lo miró, ladeando un poco la cabeza.

—Eso es mentira —dijo.

El otro se amoscó.

—Será mentira y todo lo que tú quieras, pero en la cocina todo el mundo lo dice. El mismo Pascasio se lo contó a Comencubo y a Cayohueso.

—En la Aldecoa se decía que la Morita estaba metida con Pascasio —añadió la Duquesa—; además, viejo, ¿tú todavía crees en gente seria? Date cuenta de que Pascasio ya lleva ocho años largos a pan y agua, y de que la Morita es un fuego para sacar a los hombres de su paso.

—Oiga, compañero, a mí no me gusta desprestigiar a los hombres —intervino Manuel Chiquito—, pero he oído algo de eso, y Candela anda por ahí con el bemo hinchado.

—Y yo te digo que es mentira. Que es mentira, a pesar de que tú lo digas y lo digan los otros.

—Compay, no responda por nadie. Cuando uno lleva aquí más de lo natural, le comienza una picazón en salva sea la parte, que no se sabe si le llegó la hora de templar o de que se lo tiempjen.

—¡A mí no me picó nada! Esas son pajarerías. Los cabrones se empeñaron en que yo no saliera de aquí, y ya estoy demasiado viejo para vivir como el caballo americano: a paja seca. Pero, ¿a qué picazón le voy a echar la culpa? ¡Un rayo que parta a todos! Lo hice porque me dio la gana.

Miró a su alrededor, con agresividad, y añadió:

—Lo malo es que andamos todos revueltos; yo, rayos, que he nacido para ser un hombre libre, contigo, que eres una rata de cloaca, siempre desprestigiando muchachos; y con éste — y Brai señaló para la Duquesa—, que ni siquiera le nace ser afeminado y que se deja trajinar para estar en el grito, por no empujarse el rancho a pulso y para poder gallear con el corazón de los demás. Y este otro, que vive del chisme, como una garrapata de la sangre de un perro. ¡Todos revueltos! Hasta yo revuelto conmigo mismo, que hay días que no soy más que leche... Que por no aguantar que el Isleño me llamase sodomita, cuando no lo era, tuve que convertirme en un sodomita de verdad y cambiarla a ella...

Se quedó como perdido en sí mismo, frenado de pronto en su explosión; y ya más bajo, como hablando a solas, continuó:

—...a ella por estos pájaros.

Se pasó una mano por la frente y añadió, empleando un tono natural:

—Estamos hablando basura. Sin embargo, nadie se ocupa de Chichiriche, que está ahí virándose, aunque el interno haya dicho que esas son almorranas sin importancia.

Nadie respondió una palabra. Permanecían allí quietos —sintiendo la necesidad de marcharse— porque carecían del valor preciso para protestar de las alusiones; pero el silencio glacial hizo la situación insostenible.

¡Qué cosas se le ocurrían a este hombre! Con razón la gente le zafaba el cuerpo, ¡qué diablos! Y ni que fuera un santo. Cierto que nadie le había visto fajándole a ningún ingreso, sino que andaba con muchachos que ya habían sido «pasados por la piedra», pero no era por eso mejor que los demás. «Espera que otro le levante la carne —pensó Manuel Chiquito—, porque no tiene labia, y a los ingresos, como no lo conocen, no les puede meter miedo». El asunto era «enredarse por los palos», como hacía él, e ir a buscar el pájaro en el propio nido, que al fin, si no él, cualquier otro lo haría. Eso sin contar la diferencia que existía entre un muchacho nuevo y otro ya maleado. Mientras el uno, exigente como una querida, no hacía más que celar y comprometer, el otro, el novato, estaba lleno de temblores y de lágrimas. Había que trabajarlo bajito, engañándolo; fingiéndole primero protección, después amistad; más tarde comprometerlo poco a poco, hasta que se encontrase enredado por todas partes, como una mosca en una telaraña, en tal forma, que cuando se quisiera rehacer ya fuera tarde; que ya nadie creyera en él; que a su cara de angustia se respondiera con sonrisas cómplices, y a sus protestas con una falsa comprensión, que a lo mejor era la esperanza de conseguir también un favor. ¡Había que trabajarlo así, hilando muy fino! Cerrarle todos los caminos de escape; perderlo, antes de que lo estuviera en realidad, por la desesperación o por la impotencia. ¡Aquello sí que merecía la pena! ¿Cuántos se resistirían? El que lo hiciera, peor para él: lo cogería la rueda, la Aldecoa, porque nadie iba a creer en un muchacho después que lo viesan paseando con él por el patio media docena de veces. Y después se empezaba con otro, o para cambiar se

enganchaba a un profesional como la Chambelona, que exigía se le tratase de «ella», que periódicamente fingía tener la luna, y que caminaba moviéndose como las mujeres.

Manuel Chiquito le dirigió una mirada irónica a Brai, que, ya tranquilo, había vuelto a entornar los párpados para irse lejos, quién sabe a qué lugar situado más allá de sus veinte años de rejas, y se consideró superior a él.

—Este es un verra—pensó, levantándose, mientras le dirigía un guiño de inteligencia a la Duquesa (que le respondió alzando la vista al techo abovedado, como si lamentase lo ocurrido); luego dijo en alta voz—: Caballería, me voy para la parrilla; si no se enyerba el trillo, ya vendremos por aquí de vez en cuando.

Los otros, aprovechando la ocasión, se levantaron, marchándose hacia sus camas.

—Este Brai es el demonio.

—¿Oíste por qué le comió las orejas al Isleño? ¿Tú ya estabas aquí cuando esa bronca?

—¡Qué va! De eso ya hace una pila de años; el Isleño se murió de gangrena y a Brai le echaron veinte años más.

Pasaban por el lado de la cama de Chichiriche y lo miraron de reojo.

—Éste se vira. ¿No ves cómo se le ha chupado la cara? ¡Se lo llevó Saulembe!

—¡Sola vaya!

—El interno dijo que en la enfermería no había camas vacías, que ya eso se arreglaba mañana.

—Oí que Brai se puso hecho una fiera. ¿Qué fue lo que dijo? Le oí gritar como un energúmeno.

—Ni sé. Ya sabes cómo es Brai. En seguida sacó una de sus teorías. Que si se figuraban que un hombre era un perro. Como el interno no contestó, soltó una carcajada y empezó a desbarrar: «¿Perro? ¡Peor que perro! ¡Negro y presidiario! ¡Está completo! ¡Preso dos veces, por lo que hizo y por el

Publicaciones cubanas en la Red
color del pellejo! Siquiera, para los blancos, todos los perros son iguales. Pero es que los perros no ganan jornal y los negros sí; vales poco, te pago poco también... ¿Dice usted que mañana se va a ocupar de la cama para el enfermo? ¿A qué mañana se refiere usted? Tenga cuidado, que llegará ese mañana en que se cuelgue al hombre que diga que no hay cama para uno que se estaba muriendo, sea del color que sea; en que estar partiendo piedras el imbécil que dé un sulfato para una hemorragia. ¿A ese mañana se refiere usted...?»

—¿Y el interno qué decía?

—Nada. Puso una cara de burla que indignó más a Brai, y que sirvió para darle máquina. Siguió diciendo que quizás tenía razón en burlarse. Que nadie sabía mejor que él lo despacio que caminaban los días, y cómo hay que empujarlos, aun en contra de la voluntad de los de abajo, mientras uno se desangra, como Chichiriche. Terminó: «Pero ríase lo que quiera, que ese día vendrá de cualquier modo, aunque para llegar a él sea necesario pisar gente muerta».

—¡Pero ese hombre está completamente loco!

—Eso dijo el interno; que mejores los había en Mazorra, y que lo que Brai hablaba le olía a comunismo. ¡Dime tú, comunismo! ¡Qué sabrá Brai de comunismo, que se ha metido veinte años a la sombra! ¡Era la única desgracia que le faltaba!

—Bueno, compañero, hasta mañana.

Las conversaciones iban languideciendo. Algunos reclusos ya se habían dormido, otros continuaban hablando en voz muy baja —aunque no estaba ordenado todavía el silencio—, con las caras casi unidas, buscando en los ojos que tenían delante la imagen de ellos mismos; o tratando de arrancar una palabra que aún no había sido dicha, o repitiendo la pasión ya declarada. Sentimientos groseros que hacían vibrar el ancestro de los hombres primitivos, humanizándolos, sacudiéndoles fibras desconocidas. Eran los privados de todo, queriendo tener el espí-

Publicaciones cubanas en la Red
ritu hasta el estallido, pero inconscientes, a tuestas, por el camino oscuro del vicio, a flor de labios y ojo, los sentidos rebelados contra la ominosa tiranía de la prisión que pretendía dominarlos y que solamente los deformaba.

El toque de silencio se inició en la noche, pianísimo, siguió in crescendo, ya después tornó a bajar toda la escala, una vez y otra vez, para morir en una nota levísima, hasta confundirse con el propio silencio.

Aún se escucharon palabras sueltas, restos de conversaciones trucas, y después todo se apagó menos los pasos amortiguados del penado —cabo de imaginaria— encargado de la primera hora de vigilancia.

Ese es el momento en que hace crisis el esfuerzo sostenido del novato que aún no se ha adaptado; que se tapa la cara para llorar lo que ha perdido, sin atreverse a mirar hacia aquel mundo en cuyo umbral está, recordando lo que debe olvidarse si quiere subsistir; indefenso, privado hasta del grito por el silencio reglamentario.

—Viejo... —la Duquesa había hablado bajito, la voz como un soplo, con sus manos, enlazadas, entre la almohada y la mejilla—. Viejo...

Brai no se movió, pero sus pestañas temblaron y la nariz se le dilató ampliamente. El andrógino observó aquel perfil y sonrió, notando como, poco a poco, iba perdiendo su dureza, cambiando de rasgos, tal que si éstos estuviesen supeditados a las ideas que le bullían dentro, y que, al fugársele, quebraban los ángulos de aquel rostro, poco antes afilado por la violencia.

La Duquesa se pasó la lengua por los labios para humedecer bien la palabra, y ya iba a hablarle de nuevo, cuando sintió acercarse al cabo, que se detuvo delante de su cama.

—¿Desvelado?

—Parece...

Brai abrió los ojos y los fijó con mal talante en el recién llegado:

—¿Qué pasa? ¿Te han mandado a que me vigiles el sueño? Ten cuidado, mira que yo sufro de pesadillas y lo puedes pasar mal.

El cabo iba a responder, pero optó por seguir su paseo, cuando alguien gritó:

—¡Voy!

—Sube —respondió el imaginaria, dando permiso para que fuera a los servicios el que había gritado.

El recluso se levantó, y al pasar junto al cabo, dijo:

—Estos frijoles que nos dieron hoy están agresivos.

En el fondo de la galería, otro dejó escapar un regüeldo.

—Sube —volvió a autorizar el cabo, distraído.

Se oyeron risas contenidas que el gallego Prendes cortó autoritariamente:

—Cabo, cumpla con su deber; al que escandalice, parámelo en la reja.

Tornó el silencio, y poco a poco el sueño fue haciendo isócrono el ritmo de las respiraciones, mientras que de todos los ángulos de la galera, ojos desvelados vigilaban el paso del imaginaria, disimulando los ruidos sospechosos en el concierto de ronquidos, con los que también se confundía el estertor agónico de Chichiriche moribundo.

Media hora antes, como su cama caía precisamente debajo de una de las luces, Chichiriche se había entretenido en mirar con fijeza el bombillo eléctrico. Le pareció sentir que se le aliviaban los dolores y a la vez como que recibía alguna luz en su cerebro lleno de sombras.

¿Dónde estaba? A lo mejor acostado en medio de la calle, bajo un potente foco del alumbrado público, en espera de que saliera la edición matutina del periódico que iba a vender. ¡Tenía que correr tanto! Correr y detenerse, dar el cambio. A alguno se le ocurría llamarle para pedirle un periódico que no

Publicaciones cubanas en la Red
había voceado, o que voceaba sin llevarlo, por la fuerza de la costumbre; otros querían pagarle el periódico de a dos centavos con un peso, cuando él aún no tenía para la fuma; si se ponía fatal hasta le daban dinero falso. Y correr, correr voceando, todo cansado, como tendría que hacer ahora que apenas podía con su alma.

¿De qué se sentiría cansado? ¿Cuántos periódicos había vendido ya? ¿De qué le pesaban tanto los brazos? ¿Era que se había vuelto loco y ha comprado la edición entera, para ganar mucho dinero y salir de aquella miseria? Para eso tendría que correr sin detenerse y gritar hasta despertar a todos. Gritar su propia noticia, que vendría en primera página, con letras grandes. En ella estaría también el retrato de Brai, que sabía decir cosas tan duras como bofetadas, que era un hombrón. Pero, ¡tendría que correr tanto! De pronto se sintió ligero como nunca antes. Corría, corría dentro de las luces de la ciudad, que le daban en los ojos hasta molestarle. De tanto vocear se le secaba la garganta y se sentía la lengua con fiebre, mientras por fuera se gastaba en sudores helados.

¿A dónde iba? ¿Dónde estaban ya las luces? Hizo un esfuerzo supremo. ¿Todavía corría? ¿No estaría aún acostado en medio de la calle? El foco se había apagado y ya sólo tenía sombras en el cerebro. Estaba tirado en el suelo después de haber vendido millares de periódicos. Y por eso jadeaba como si fuera a morir.

Como se agitaba demasiado, uno de los que dormían junto a él, casi fuera del sueño, masculló:

—¡Qué salación! Si acabarán de dormirse tranquilos.

Y continuó soñando. El que dormía al otro lado se revolvió en la cama y, al cambiar de postura, dejó caer un brazo sobre el pecho del agónico, que se estremeció como si lo hubieran herido mortalmente. Chichiriche dejó de respirar y pareció que el silencio se hubiera espesado, pero el cabo de imaginaria

no sintió la presencia de la muerte. Estaba pensando en el tiempo que le faltaba para cumplir. Se acodó en el alféizar de la ventana que daba al patio y se entretuvo en mirar al cielo cuajado de estrellas, y a la luna, llena de misterio.

Parecía increíble. Aquella misma luna y aquellas mismas estrellas estaban ahora sobre su bohío, y si su mujer no había podido arreglar las yaguas que le arrolló el último ciclón, tal vez estaría ahora viendo, desde su cama, lo mismo que él miraba. ¿Su cama? Él era un hombre ya tranquilo, pero en algún lado de su cuerpo se rizó un deseo. La compañera le había dado en hijos todo lo que tenía de mujer; en hijos y en trabajo; en últimas ya eran más bien como personas de un mismo sexo que se ayudaban a mal vivir. Pero con la prisión larga, él había desandado el camino recorrido y estaba otra vez en la novia, casi en el amor turbado y emocionado. ¿Su cama? Por un instante sus pensamientos lo llevaron al límite de lo normal, pero ya era un hombre tranquilo y, además, él estaba de espaldas al presidio, ante la serenidad maravillosa del trópico. ¡Parecía increíble que estuviera tan cerca lo que hacía tantos años no veía! Se olvidó de todo mirando la inmensidad de la noche. Le habían contado hacía tiempo que cada estrella era un sol y que alrededor de cada una de ellas giraban muchos mundos como la Tierra. Si eso era cierto, ¿por qué los hombres, en vez de sentir su pequeñez, inventaban tantos males? ¿Por qué fabricaban prisiones y encerraban a otros hombres durante años y años? Él solamente quería salir de allí para ayudar a su mujer a criar los hijos, que estaban muriéndose de hambre. No lo habían condenado a él solo, sino también a todos los suyos. Después tendrían que encerrar también a los hijos, que se volverían criminales en la miseria y en el abandono; y la sociedad, la justicia y aun la ciencia, saldrían del paso hablando de la ley de herencia. ¿Por qué lo

Publicaciones cubanas en la Red
tenían allí encerrado? ¿Qué daño podría hacer él, que era un infeliz? ¡Tan grande, tan inmenso que era todo!

Y metiendo las manos entre los barrotes de la ventana, las alzó implorante a la inmensidad. De súbito se inquietó. ¿Qué le ocurría? ¿Se iría a volver loco? ¿Qué hacía levantando las manos al cielo y pidiendo cosas como un desequilibrado? ¡Lo único que le faltaba era ponerse, como Valentín, a insultar a las nubes, a escupirlas, dando patadas en el suelo, mientras decía: «¡Ah, cabrona. ¡Hijas de puta! ¿Le queréis tapar el cielo a don Valentín Pérez Daysón?»

¿Loco? Lo cruzó el temor y se volvió rápidamente sobre sí mismo, paseando su miedo por encima de los hombres dormidos, envueltos en la claridad sucia de la galera.

Acostados parecían otros; tenía que hacer un esfuerzo para reconocerlos en su necesidad de encontrar algo íntimo que le limitase la visión de inmensidad que la contemplación del firmamento le había metido en el cerebro.

Pero los hombres, dormidos, parecen otros; unos adoptan posturas cómicas; otros, lujuriosas; otros, como aquel que dormía bajo el bombillo, trágicas. ¿Quién era? Lucía rígido como un muerto. Hasta parecía que tenía los ojos dilatados, fijos en la luz. Se pasó una mano por la frente sudorosa, la cerró sobre ella como si tratara de arrancarse algo, y estiró el brazo violentamente hacia delante; a través de su mano abierta, dentro del ángulo que hacían su pulgar y su índice, quedó, como una obsesión, la cabeza del muerto.

En aquel momento pasó por delante de la ventana el vigilante de ronda, repitiendo en cada una de las galerías:

—Relevo de imaginaria, la hora... Relevo de imaginaria...
Relevo, la hora...

El cabo sintió perderse en la noche la voz del vigilante, y sin mirar nada más se fue derecho a despertar al compañero que lo iba a relevar. Entonces notó que el gallego Prendes

aún estaba despierto, y asimismo el muchacho que se acostaba a su lado, aunque ambos se hicieron los dormidos al verlo llegar.

No había remedio; todo estaba podrido, podrido. Con razón los empleados decían la palabra «presidiario» con la boca llena de desprecio; con razón en la calle los temían. Y sin embargo...

Se acostó pensando en las verdades que se le habían sembrado dentro. Sin embargo, ninguno de los que estaban allí nacieron en el presidio; antes eran hombres libres, como los demás. Probablemente, mientras no cayeron en manos de la justicia, miraron con horror al preso. ¿No tendría la culpa de todo el mismo presidio? Dejó de pensar para sólo oír los pasos amortiguados del nuevo imaginaria que lo hacían caer en el vacío, junto con otros muchos hombres desconocidos, rodeados de estrellas. Después se quedó solo con su mujer, la de antes, la novia, y gozó turbios deleites...

Los turnos de imaginaria le sirvieron de puente a la noche, hasta que con la estridencia de la diana, el alba entró por las rejas, coreada por los palmetazos de los cabos, que ya se habían levantado. Simultáneamente, como si estuvieran esperando la señal, un montón de gritos acabó de atropellar al silencio:

—¡Oye, Secundiambo, suéltala ya! ¿No tuviste tiempo en toda la noche de acariciarla?

—Caballeros, ya verán cómo el recuento no cuadra tampoco esta vez. Cayohueso parió anoche.

—Sí, mellizos. Míralos, todavía los tengo sujetos a la placenta.

—No te descuides, que a lo mejor te ven dos pares.

—¿Hablas por experiencia?

Un cabo gritó:

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué es lo que pasa con esa cama? ¡Tumba!

—Es la de Chichiriche. Tal vez no pueda levantarse.

Un preso se acercó, y al tratar de sacudir la cama, dio un salto hacia atrás:

—¡Está muerto!

—¿Muerto? A ver...

—¡Muerto!

—¡Muerto!

—¿Muerto?

Un silencio espeso cayó sobre los hombres, impresionados por la presencia de la muerte, que los llenaba de presagios. Había muerto allí mismo, junto a ellos, sin que nadie se diera cuenta. ¡Se había muerto!

Estaba bien: se moría en la enfermería, donde es natural que uno se muera, que se acabe en manos de los internos ignorantes o desaprensivos, como le ocurrió a Mala Sangre cuando se partió la pierna al tirarse a los fosos, y estuvo cinco días gritando, mientras el jefe de la sala decía que las astillas de los huesos «se eliminan solas»... En la enfermería estaba bien; cuando uno entra en ella es muy difícil salir con vida. Pero allí...

Silenciosamente se fueron agrupando alrededor de Chichiriche, que ya aparecía rígido. Los que habían dormido a su lado explicaban en voz baja detalles sin importancia, que todos querían oír, pero sin separar la mirada del cadáver. Alguien dijo:

—Avisen, toquen la cadena.

—¡Toquen la cadena!

El gallego Prendes dio dos palmadas:

—¡A ver! Despejen. ¿Nunca han visto un muerto? ¡Parecen putas!

Su mirada tropezó con la de Brai, y notándolo impresionado, hizo un gesto compungido:

—Esta es la vida, compañero. Todos tenemos que seguir el mismo camino.

Brai puso el rostro torvo; después, sintiendo que todas las miradas se fijaban en él, respondió:

—¿Y a mí qué me dices? Si se viró, que lo entierren. ¿Me voy ahora a preocupar por todos los que se rompen aquí?

LA MORITA

4

Cuando los cepos de las rejas se abrieron, el penal, como un río que se sale de madre, se vació en los patios, esparciéndose en todas direcciones. En los primeros instantes el tránsito se dificultó por los apresuramientos; nadie quería llegar antes, pero todos querían ser los primeros en abandonar las bóvedas, opresoras como nichos, en quitarse de encima, por lo menos, las piedras que les impedían ver el cielo, aunque ninguno, al salir, alzase la vista a las claridades demasiado crudas del día.

Amigos que dormían en galerías distintas se detenían al verse, pero otros, que venían detrás, los empujaban en medio de burlas, hasta que a su vez eran empujados. Dos corrientes distintas se encontraban, y entonces, después de un ligero titubeo, se decidían a entremezclarse, en busca de la formación de su taller respectivo, no sin que hubiera rozamientos e insultos unidos a frases cínicamente persuasivas, dichas en los oídos en voz baja, y que por lo común provocaban reacciones violentas, coreadas de risas.

—Compañero, no se ponga así, que eso no es con fuerza. Ya usted ve que yo sólo uso coba.

—Úsela con su madre. Ya le he dicho que no me chive más.

—No es chiveta, alma mía; son esperanzas, con butin coba hasta los narras pasman. Desde que supe lo que le ocurrió con el elefante a la desdichada hormiga, me siento capaz de ensartar una aguja sin ojo.

—¡Caminen!

—Oye, muchacho, ¡proponle el trato del esqueleto!

El corruptor se volvió hacia el que había gritado, fingiendo dignidad:

—Eso no, yo no hago cochinas.

—Pero te las hacen, Mango Macho; ya tú sabes lo que es la carne de puerco.

—¡Caminen! Vayanse al hoyo a aclarar ese chisme.

—No, a mí me gusta comerme a los pájaros en el propio árbol.

—No seas alardoso. ¡Eso tan sólo hizo el Hombre Mosca!

—Bueno, él subió a su muchacho en el canistel del patio, pero yo sería capaz de subirme contigo a la palma.

—¿Y cuál de los dos haría de pájaro?

—¿Quién podría ser? ¡Tú mismo!

—Pero pájaro carpintero, que abre los huecos con el pico.

—Todos los pájaros son iguales para mí.

—Me consta; porque te sientes alpiste y te gusta que te descascaren.

—¡Oigan! Pero, ¿van a caminar o qué? ¡Tejan!

—¡Abran! ¡Abran! ¡Abran paso! ¡Ah! viene la Dama de las Camelias!

—¿Quién? ¿Qué dama es esa?

—Una cualquiera. Parece que en Francia les dicen damas a las putas.

—En Francia no hay putas, cochino; hay cuando más dilettantes. Lo digo yo, ¡Valentín Pérez Daysón!

—¡Me salé Miren que encontrarse uno loco y tuerto por la mañana es estar fatal.

—¡Abran! ¡Paso a la reina! ¿Pero no oyen, verracos?

—¡Ah, cabrón! ¿Qué dices tú? ¿Loco y tuerto yo? Voy a acabar contigo. ¡Zis-zas! ¡Zis-zas! ¡Zis-zas! ¿Todavía no estás muerto? ¡Zas! ¿Todavía? ¡Mal rayo te parta!

Los hombres se habían dividido en dos grupos, dejando en el centro un paso franco que el loco gesticulante interceptaba. Detrás de él un jovencito, cuyas facciones parecían realizadas por un sutil maquillaje, sonreía. Y no se podía precisar si era en aquella sonrisa, que dejaba entrever las blancuras y la rara perfección de los dientes, o en el disimulado maquillaje, o en el contraste que hacía su tez oscura con el pelo ligeramente ondeado, o en qué, donde se descubría algo de femenino; algo que incuestionablemente lo diferenciaba del resto de los hombres que lo rodeaban. Tal vez todo residiera en la elegancia afectada de sus ademanes, en la negligencia de la mano que ahora buscaba apoyarse en un hombro del loco.

—¡Quítate, guillao! ¡Déjala pasar!

—¡Don Valentín Pérez Daysón no le cede el paso a nadie!
¿Quién es el atrevido?

—¡Don Valentín! —dijo el jovencito a sus espaldas.

El semblante del loco se transfiguró. Volviéndose rápidamente, se echó el gorro de tela hacia adelante para taparse la cuenca vacía, y se inclinó con reverencia.

—Perdón, madame, estaba distraído fustigando a esta canalla. Espero que me cuente entre sus más fervientes admiradores.

—Usted siempre tan galante, don Valentín. Aquí tiene usted mi mano.

El loco se subió los pantalones que medio se le habían rodado; lanzó una mirada de desafío a los presentes, que no sabían si reír o admirar la escena, y se inclinó a besar la mano que se le ofrecía.

—Perdóneme, madame, que no me descubra, pero los villanos me han hurtado el ojo de cristal que me trajeron de París. ¡Ya los maté a todos!

—De todas formas está usted muy bien, mi querido amigo.
¿Me permite?

—¡Oh, oh, querida madame, no faltaba más, con muchísimo gusto!

El jovencito iba a continuar su camino por entre las dos filas de hombres, cuando de pronto su rostro se turbó, dejando sin respuesta a los que le hablaban.

Miraba delante de él, impresionado, y por un instante pareció como que también se iba a echar a un lado, junto a los demás. Pero reaccionó y tornó a mostrar su sonrisa, plena ahora de ambigüedad.

En el otro extremo de las filas un preso había irrumpido, y dio unos pasos apresurados sin prestar atención a lo que ocurría a su alrededor; en eso, su mirada distraída tropezó con la del muchacho que le interceptaba el paso. Se detuvo a su vez y buscó por donde pasar, pero no hallando más camino fácil que el que tenía delante, optó por decir:

—¡Paso!

—¿Y esa prisa, Pascasio Speak? —interrogó el muchacho sin apartarse—. ¿Es que la condena se te acaba primero por vivir tan a la carrera?

—¡He dicho que paso! ¿No te han dado aún los recados que te mandé? ¿Es que quieres que te los dé yo mismo?

—Desde luego; no sé por qué tienes que buscar intermediarios. Yo preferiría hablar contigo a solas. Ya me enteré de que le pegaste a Candela, y a mí me gustan los hombres, ¿sabes?

—Mira, apártate; busca a otro a quien fatalizar. Todavía es tiempo.

—¿Tiempo de qué? Ya no es tiempo de nada. He estado toda la noche... Bueno... —calló, haciendo un gesto hacia los que observaban en silencio la escena, y añadió con firmeza—: Tengo que hablarte.

—Yo no hablo con maricones. ¡Apártate!

—¡No! Tengo que hablarte...

—Déjalo, Morita: ¿no ves que es un bruto? —gritó uno del público.

—A los brutos los domo yo... Pascasio...

No concluyó la frase; de pronto se vio lanzado contra los hombres que ya se habían cerrado en círculo. Pascasio Speek le había dado con el puño en el medio de la cara, y como todavía, al sujetarlo los demás, quedaba al alcance de su brazo, volvió a pegarle con furia, hasta que rodó por el suelo con el rostro lleno de sangre,

Los de atrás empujaban para ver mejor. Pascasio quedó encerrado en un círculo de rostros hostiles, animados por la osadía del número. Todos callaban aún, pero en aquel silencio contenido se presentía la agresión. Solamente faltaba que uno gritase, o pegase, o corriese.

Es posible que en cada hombre no haya una res —asegurarle sería exponerse a que muchas reses lo embistieran a uno—, pero es indudable que en toda multitud está latente el alma del rebaño, de la manada, clamando por el guía. Y allí estaban todos en espera del guía, en espera del toro padre, para embestir. Y allí estaba también el guía, el toro padre, erguido, violento, con el brazo ya preparado para la agresión.

Valentín, destocado, parecía un ser apocalíptico. Negra como una cueva la cuenca vacía; la mitad de la frente hundida; el ojo vivo lleno de furor, y el grito en la boca desdentada:

—¡Ah, maldito niche! ¡A una mujer! ¡Mátenlo, mátenlo! ¡Zas, zas, zas! ¡Mátenlo! ¡Zas! ¡Hijo de puta! ¡Zas!

—¡Sí, sí, éntrenle a ese mierda!

—¡Masambero, con una infeliz!

—¡Degenerado!

—¡Negro, guillao de serio!

—¡Pero denle, carajo!

—¡Zas, zas, zas!

Pascasio, cuya expresión se iba endureciendo por la ira, recibió un golpe en un costado y se decidió a terminar. Encorvado, con los puños cerrados, sus brazos, hechos a dominar los pesados peroles, se convirtieron en dos martinetes al servicio de su indignación.

Pegaba sin mirar, siempre inclinado sobre sí mismo, siempre hacia adelante, penetrando en la masa de hombres como una cuña. Un golpe que recibió en la nuca lo dejó momentáneamente atolondrado, pero siguió pegando sin control, como a veces le había ocurrido en el cañaveral, cuando el sol terrible y la labor violenta lo ponían al borde del desmayo.

Valentín, manteniéndose fuera de la lucha, tiraba golpes al aire como si estuviera armado de un machete, y gritaba:

—¡Mátenlo! ¡Zas, zas, zas! ¡Lo mando yo, Valentín Pérez Daysón! ¡Mátenlo! ¡Nadie lo va a pagar! ¡Un negro no vale nada! ¡Zas, zas! En mis colonias los mataba yo. ¡Zas! Buscaba al guardia y le decía: «Recojan a un perro que acabo de limpiar ahí». ¡Y listo! ¡Zas! Otro. ¡Zas! Y otro, y otro más. ¡Qué carajo vale un niche! ¡Zas! ¡Maten a ése de una vez! ¡Lo pago yo!

Pascasio seguía debatiéndose con furia. En el revuelo de golpes, alguien gritó:

—¡Rompemontes!

—¿El brigada?

—¡El brigada, huyan!

—¡Allí viene Rompemontes!

Los brazos prontos a repetir el golpe se detuvieron. Las reses alzaron los testuces y olfatearon el peligro. ¡El brigada! ¡Nada menos que Rompemontes!

Los rincones, las columnas, el disimulo, se cuajaron de cuerpos hurtados. Los pasos se apresuraron, los rostros se inclinaron ocultando la emoción de la lucha. Un instante

después, Pascasio quedaba solo, erguido, con la cara cubierta de sudor, jadeante.

En el suelo, la Morita, con el rostro ensangrentado, le sonreía admirativamente, mientras Valentín, pisando fuerte, queriendo convertir la fuga en una victoria, con la cuenca vacía al cielo, respiraba su inofensiva satisfacción bélica:

—¿Me vieron, hijos de puta? ¡Así peleo yo! ¡Así mismo les haré a ustedes! ¡Zas!

Y describió con el brazo un amplio golpe que hizo temblar a las nubes.

El brigada estaba delante de Pascasio, que no se había movido.

—A ver, ¿qué pasó aquí?

Miró a su alrededor y vio a la Morita tirada contra una columna.

—¡Ah! ¿Eres tú? ¿Cuestión de sodomía, no? ¡Levántate! Vamos a la oficina. ¡Tú, camina!

Fue entonces que Pascasio se dio cuenta de lo que había sucedido. Allí estaba lo que temió: la vergüenza pública, el juicio. Sus ocho años de esfuerzos desesperados rodados por el suelo. ¡El fin!

Mientras daba golpes y los recibía no pensaba en nada. Quería acabar, hacer algo grande que lo sacase de aquella preocupación que lo tenía desquiciado. Cortar de una sola vez todos los rumores que lo dejaran tranquilo, para que lo volvieran a olvidar en su rincón del patio, solo con sus pensamientos y sus esperanzas. Subconscientemente, era aquel el premio que se prometía cuando lanzaba los puños hacia adelante como catapultas, haciendo crujir los huesos que se le oponían. Pero, ¿y ahora? ¿No había caído de lleno en lo que trataba de evitar? ¿Coba? Comencubo le había dicho que diera coba. ¡Coba! Si hubiera tenido el relámpago en la mano, como el día que le entró al mayoral, habría visto qué clase de coba usaba dar él. Pero..., ¿y ahora?

Marchaba detrás del brigada con el ánimo estremecido. Iba a caer en la máquina de escribir de la oficina del Orden Interior y precisaba que no saldría de ella sino enfangado; su nombre y su número de orden —el 5062— alternándose con el nombre y el número y el alias de la Morita; todo mezclado, pegado, con aquellas palabras nuevas que él jamás había oído en libertad: pederastia, sodomía. Y aquello pasaría después a su expediente, ya maculado para siempre, cosido a la Morita como si se hubiera acostado con él, hablado «a solas», metido en el hoyo, como decían los pederastas.

El brigada se detuvo al llegar a la oficina del Interior.

—¡Entren!

Los dos, Pascasio y la Morita, fueron a pasar al mismo tiempo, y la puerta estrecha los unió, sintiendo Pascasio el cuerpo del adolescente estremecerse todo a su contacto. Se miraron. En lo profundo de los ojos del muchacho le vio aún la obstinación apasionada de antes, cuando no quiso ceder el paso. Éste habló en voz baja, rápidamente:

—Qué, ¿aún quieres que me aparte? Fui un tonto. Ahora cállate, que tú no sabrás defenderte.

¡Aún! El hombre primitivo que había en Pascasio sufrió una conmoción. Si sólo hubiera en él el hombre martirizado por la explotación inicua del trabajo, y no, además, el ofendido por la humillación constante del ergástulo que le había obligado a presenciar de cerca los sentimientos más equívocos, su reacción hubiera sido violenta. Pero ya no era lo mismo; de algo había vivido su soledad martirizada; de algo había comido el monstruo de la abstinencia que tenía agarrotado en sus músculos; de algo su pensamiento rebelde primero, acongojado después; de algo que no podía estar fuera de sí mismo, sino en él, en su propio espíritu viril, ahora minado, resquebrajado, comido; ahora en esqueleto, en ruinas. Habían vivido en él; habían aprovechado, primero, sus sueños, después sus

insomnios, sus vigiliyas. Ya no era el mismo; ya se había sentido desesperadamente solo e inerme; ya se había rendido de hecho, y sólo las circunstancias podían salvarlo. Y las circunstancias estaban en contra suya.

Se veía al borde del oprobio, mezclado con él sin saber cómo salvarse; sin tener a su lado una voz amiga. ¡Nada! Y ahora, el que lo había empujado a la desgracia, el instrumento que había elegido su propia indefensión para convertirlo en un guiñapo, le hablaba y ponía en su voz inflexiones tiernas y protectoras a la vez. ¿Sería posible que no tuviera razón? ¿Habría cometido una villanía? ¿Qué le había hecho a él la Morita? En cambio, ¿no le hablaba, no le aconsejaba, cuando acababa de desfigurarlo todo? ¿No le decía cosas con aquella misma boca que su puño había destrozado, manchada aún de sangre? ¿No era aquella la primera voz amiga que oyera en mucho tiempo? ¡Y sus compañeros de trabajo le tenían advertido que intentaría desprestigiarlo!

Estaba desorientado. Lo acababa de sentir tembloroso en el segundo en que sus cuerpos se unieron al cruzar la puerta. Recordó la furia que puso en su brazo, y se estremeció pensando en el daño que le pudo haber causado. ¡Si le hubiera hablado! ¿Y por qué no? Después de todo, ¿qué?

La realidad se le había extraviado en los pensamientos cuando el brigada, que adoptó una postura de circunstancias, se enfrentó a él, produciendole un sobresalto. Rompemontes lo miró un instante con aire indiferente, y dijo lacónico:

—Empieza.

En uno de los extremos del cuartucho que servía de oficina, estaba el recluso mecanógrafo preparando el papel para levantar el parte. Tecleó un poco, y después de hacer una pausa y pasarse la manga de la guerrera por la boca, dijo con sequedad:

—Nombres.

La Morita se adelantó.

—7715, José Díaz.

—¿Alias?

—Morita.

—¿Usted?

Pascasio Speek miró para todas partes, mientras el corazón le latió con violencia.

—Pascasio Speek —dijo con voz insegura.

—El número primero.

—5062.

—¿Alias?

—No.

El brigada alzó hasta él los ojos, después se levantó y se paseó por el cuartucho violentamente. Aquel día se sentía bruto para iniciar el interrogatorio. Mejor sería que se marchasen como otras veces y le dejase al penado-secretario el trabajo de hacerlo. Pero... Se detuvo delante de Pascasio, lo miró de arriba abajo y le espetó:

—¿No le da vergüenza? ¿Qué número dice que tiene? ¿A ver? —le agarró la guerrera, donde se veía el número de orden medio borroso, y se la acercó a los ojos—: ¡5062! Ocho años lo menos, ¿no?

Se volvió hacia el mecanógrafo y le dijo:

—Búscame los antecedentes de éste.

—Sin antecedentes —respondió el secretario, malhumorado.

—¡Un cinco mil sin antecedentes! ¿Y sin alias? ¡Coño! Debes ser un lépero de cuidado. ¿En dónde trabajas?

—En la cocina.

—¡Y ranchero! ¡Pero esa es una cueva de bugarrones! ¡Tenía que ser! Aunque, a lo mejor...

Tornó a pasearse con violencia.

—A lo mejor... Bueno, ¡largo de aquí! En la próxima que los coja hablando siquiera, los va a partir un rayo.

—Señor brigada...

—¡Cómo! ¿No te basta todavía? ¡Largo de aquí, carajo, antes de que me arrepienta! ¿Y tú? ¿Ya no vives con el Jíbaro? ¡Eso es lo que los salva! ¡Ja, ja, ja! ¡También tú te le corriste! Está bien, lárguense.

La Morita oprimió un brazo de Pascasio y salió haciéndose el apresurado. Ya afuera se detuvo un momento, pero notando que Pascasio salía también, se alejó sin volver a mirar para atrás.

El mecanógrafo arrancó el papel de la máquina y comenzó a hacerlo pedacitos, mientras el brigada alzaba los hombros con gesto que parecía ser de comprensión:

—¡Qué diablo! Cuando el camino es largo, cualquiera se cansa, y si encuentra una piedra, se sienta.

LOS INGRESOS

5

El patiecito donde habitualmente Pascasio Speek pasaba las horas que no eran de trabajo se llamaba Patio de Aislados porque, en principio, se consideraba como una dependencia anexa al presidio. Tenía escasamente diez metros de largo por cuatro o cinco de ancho, y en él podían verse, en primer lugar, dos grandes puertas enrejadas que correspondían, la una, a la galera donde los reclusos recién ingresados debían permanecer quince días para aprenderse el reglamento y enterarse de la disciplina general del establecimiento, y la otra, la galera de ancianos que estaban exentos de todo trabajo disciplinario. Además, al fondo, se abrían tres pasillos oscuros; uno enrejado, al centro, que llevaba a las celdas, y los dos restantes, que conducían a sendas bóvedas: la primera, destinada a los reclusos incorregibles; la segunda, a guardar,

además de los sarcófagos vacíos que se utilizaban en el penal, los peroles y otros utensilios de cocina, por cuya causa Pascasio, ranchero, tenía acceso al patio.

No siempre esta última bóveda había tenido el mismo uso; hasta hacía poco tiempo se empleaba como depósito de cadáveres, pero hubo necesidad de abandonarla porque las ratas, que pululaban en ella, desfiguraban de tal forma a los muertos, que a la hora de enviarlos al necrocomio era imposible la identificación.

Para subsanar este inconveniente se fabricó una capillita en la azotea del penal, precisamente sobre la galera de los incorregibles, y para evitar grandes rodeos, utilizando escaleras difíciles, se instaló en uno de los muros del patiecito una especie de mástil que servía de grúa, por el cual, estrobados, se bajaba a los cadáveres.

No se sabía bien el motivo —tal vez aquello formase parte de la educación disciplinaria—; para toda esta manipulación se utilizaba, en lugar de reclusos expertos, a los recién ingresados.

Aquella mañana tenían «trabajo.» Apenas habían comenzado a repetir, como una letanía, los artículos del reglamento, cuando alguien gritó desde la reja:

—¡Cuatro ingresos a la enfermería!

El jefe de la galera hizo un gesto de disgusto, y lanzando un denuesto, preguntó:

—¿Una caja?

El que había avisado que ya se marchaba, volvió hacia atrás y respondió:

—¡Ah! Ni sé. Sólo me dijeron que te avisara. ¿Qué quieres que sea, media docena? ¡Sola vaya!

—Lo que quiero es que no me chiven más. ¿Con quién rayos voy a cargar muertos hoy? ¿No ves a quién tengo aquí? ¿Te crees tú que con tres patas puede caminar un caballo?

—¡Eso sí que está bueno! ¿Y a mí qué me dices? Ahorita vas a querer que yo salga y vuelva a ingresar para hacerte el completo. A ver —el mensajero registró con una larga mirada la galera—; compañero, verdad: tres patas, y cojas. ¡Pobre Chichiriche! Entró con mala pata y va a salir cojo.

Oye, muchacho, ¿no eres tú el amiguito de Manuel Chiquito?

El ingreso interpelado, que apenas contaba dieciocho años, miró a su jefe como pidiendo permiso, y respondió:

—Sí, dice que me conoce.

—Oye, pues ten cuidado que no te conozca mejor; lo más probable es que trate de «registrarte.»

—Floreado, no me malees a los ingresos —intervino el jefe de la galera.

Pero en seguida, recordando el problema de la conducción del cadáver, comenzó a lanzar improperios, mirando para los ingresos.

—¡A ver, cubran! Si Candela no me presta a uno de la limpieza, me tendré que enredar yo. ¿Cómo dices tú que se llama ése?

—Chichiriche.

—¡Oiga usted! ¡Chichiriche! ¿Y al tal Chichiriche no se le ocurrió virarse otro día? Ayer mismo tenía yo aquí media docena de hombres parejos. ¡Y mírame ahora! Esta flaqueza, que más bien parece una palma real; el chavea, y, ¡mi madre!..., aquello. ¿Tú crees que eso se debe mandar a un presidio? ¡Un puñetero mono que debieron haber remitido al Campo Marte, a la jaula de los titís! ¡Mal rayo me parta!

El aludido, un ser imposible de describir, de edad indefinible y de figura contrahecha, se frotaba las manos regocijadamente.

—¿Cómo te llamas?

El anormal trató de contener la risa llevándose las manos a la boca.

—Di, ¿cómo te llamas?

—No sé, tío; me dicen Macaco. ¡Ja, ja, ja! Macaco.

—¿Por qué te trajeron aquí?

—Tío, yo no sé —se puso muy serio y añadió—: dicen que por una chiquita. ¡Yo no fui, yo no fui! ¡Tío...! ¡Yo no fui! ¡No!

La cara del anormal se había llenado de terror, como si el interrogatorio le recordase algún tormento. Después comenzó a gemir, protestando de su inocencia.

—Bueno, bueno, está bien; no te ocupes, que aquí nadie fue y todos estamos listos.

Después, dirigiéndose al que le trajo el aviso, añadió:

—¿Ves, compañero? ¿Tú crees que con esta gente pueda caminar con un muerto los cuarenta metros largos que hay de la enfermería a la capilla?

—Pídele gente a Candela.

—¡Ese es un cabronazo! Me los va a querer cobrar a caja de cigarros y yo estoy en la arrancadera. Ahí, en el cajón, sólo tengo una lata de leche que me prestó Manuel Chiquito, y ésa la quiero para «defenderme», que el rancho está del diablo.

—¿Manuel Chiquito? —el llamado Floreado miró para el muchacho, que se ruborizó.

—¿Qué quieres dar a entender? ¿Acaso Manuel Chiquito no me puede prestar una lata de leche? Ahorita eres capaz de levantar un chisme, Floreado. Ten cuidado no te vaya a sangrar la «comida». Ocúpate de lo tuyo, que te lleva más cuenta. ¡Se traen un lío con el salao muchacho! ¿Por qué no se dedicarán a proteger a Macaco?

—¿Y qué te crees tú? No faltará aquí quien le meta el diente, y hay hasta algunos que tienen debilidad por los bobos. Pero, oye, vas a dejar que el muerto se estire tanto, que no va a caber en la caja.

—¡Verdad! ¡Maldita sea! ¡Cubran...! ¡De frente...! ¡Entra en la fila, renacuajo! ¿No oyes?

Los tres ingresos buscaron torpemente la alineación; primero el jovencito; después, el que había sido comparado con una palma real, flaco y largo, encerrado tenazmente en un silencio que rompía de vez en cuando una tos seca, mientras los ojos azules no se sabía para dónde miraban; y, por fin, el anormal, que, pasada la crisis nerviosa, parecía dispuesto a participar en una fiesta. El jefe de la galera, como comandante, permaneció fuera de la fila.

—¿Listos? Cuando yo diga: «march», no se me queden parados. ¿Oyen? A ver, ¡cruzen los brazos! ¡Fijen la vista en el suelo! ¿Listos? De frente, ¡march! Un do, un do, un do... ¡Así, Macaco, camíname sin bailecitos!

—Sí, tío.

—¡Cubran, cubran!

Formados de esa manera, salieron al patio principal; los presos antiguos se detenían a verlos pasar y los observaban voceándoles:

—¡Cubre, ingreso!

—Oye, tú, jutía, ¿tienes el mal de San Vito?

—Rubito, ¿estás metido en la piña? ¿Por qué no contestas? ¿Te has olvidado de que robamos juntos y que hemos dormido en la misma posada? Ya sabía bien que volverías y te tenía guardada la cuchara.

—¡Miren al flaco! ¡Si te ve la compañía de teléfonos, pide tu indulto para utilizarte de poste! ¡No bajas tanto la cabeza, que todos compartimos tu vergüenza!

—Miquito, encarámatele encima; ése nació para que tú lo montes. ¡Qué pareja para un circo! ¡Encarámatele!

—Sí; sí, tío.

El anormal, sacudido por la risa, quiso hacer lo que le aconsejaban, y se abrazó a las piernas del que iba delante, impidiéndole marchar.

—No les hagas caso. ¿No ves que se burlan de nosotros? ¿Por qué harán eso?

Y se desembarazó del idiota, dirigiéndoles a los escandalosos un gesto de reproche, mientras el sargento gritaba indignado:

—¡Cubre, canalla! ¿Te figuras que aún estás en la manigua trepando matas de coco? ¡En cuanto cargues el muerto vas a coger un jibey que se te va a quebrar el lomo! ¿Y ustedes? El que vuelva a meterse con un ingreso, se va a enredar con Rompemontes. ¡Fila de sarnosos!

Según atravesaban los patios les salían al paso los mismos gritos, a veces emitidos sin entusiasmo, como si los que los lanzasen procediesen así por la fuerza de la costumbre, como si el ofender fuera en ellos un hábito ya arraigado en el subconsciente, y el placer que les producía fuese tan impreciso que ni mereciera tenerlo en cuenta.

Subieron las escaleras que conducían a la azotea, donde estaba la enfermería. Ya en ella respiraron ampliamente. Hasta el idiota pareció transfigurarse ante la vista de los campos que se extendían, maravillosos, en su magnífico verdor, y sus ojos siguieron febriles una teoría de palmas que iba a perderse en el horizonte, dentro ya del azul oscuro de las montañas.

El ingreso alto se quedó extático, con los ojos humedecidos por la emoción desbordada, a la vez que decía en voz baja, como si hiciera una oración:

—¡Qué grande es todo allá afuera! ¡Qué triste es haber vivido nuestra vida ignorándolo.

—¡Si nos dejaran libres ahora mismo! —coreó el jovenzuelo.

—Sería todo igual, muchacho; todo igual. Estamos tarados de todas las hambres. Nos hemos convertido en bestias y ya seremos para siempre los irredentos. Allá afuera, aquí, gentes que no conocemos manejan nuestros destinos y después nos exigen responsabilidad por acciones a las que nos inducen. Hace un instante me dejé llevar de la emoción, pero es inevitable. Estamos uncidos al carro maldito de la esclavitud; libres en la calle y libres en el presidio; la vida, como el código, está pronta a imponerte un uniforme.

El sargento de los ingresos se rascó la cabeza y murmuró:

—¡Coño, estoy completo! Ahora resulta que este tipo está loco.

Y dulcificando el tono, porque no se sentía completamente seguro con aquellos compañeros estando tan cerca de los fosos que rodeaban el presidio, añadió melifluo:

—Vamos, vamos, que se nos hace tarde. Todos los que suben aquí por vez primera, es naturalísimo, se me ponen muy sentimentales. Pero ya se acostumbrarán; no es tan difícil que digamos. Miren: si quieren, pueden, ahora que nadie nos ve, caminar sin hacer fila. Síganme.

Y apresuró el paso, mientras el anormal, colmado de euforia, le preguntaba:

—Tío, ¿puedo correr? ¡Qué bueno!, ¿eh?

El jefe miró para atrás, y bien porque juzgase prudente la distancia que lo separaba del grupo, bien porque de pronto le pareciera ridícula la inquietud sufrida, le gritó al idiota:

—¡Oye, remaldecido! ¿Todavía quieres carreritas? Ya te daré, cuando bajemos, un buen trote sin estribo.

Cuando ya en la enfermería fueron a entrar en ella, Matienzo se llevó las manos a la cabeza, doblándose y dando gritos como si acabase de sufrir una desgracia:

—¡Ay, mi madre, ay! Pero, ábrete, tierra, hija de puta, ábrete y trágame! ¡Habrás un hombre más fatal que yo! ¡Me tienen loco! Los chismes, los gritos; que si la lata de leche, que si

Manuel Chiquito, que... —miró para los ingresos, que lo escuchaban llenos de inquieta extrañeza—. Y ahora, ¡estos puñeteros locos para acabar de rematarme!

—¿Qué te pasa, Matienzo? —interrumpió un penado con galones de sargento que salía de la enfermería.

—Pero, ¿qué me va a pasar, compañero? ¿En qué rayos me voy a llevar al muerto? ¿Seré fatal?

—¿La caja?

—La caja, ¡claro! Ahora tengo que volver a hacer el camino con esta gente, y tú no sabes lo que es eso. Primeramente, este mico, y después... ¿Crees tú que hay derecho a ser tan flaco y tan largo? ¡Es como para jugar a la cucaña con él!

—De veras que son raros; pero, ¿y el chavea?

—¿Quién? Peor que peor, compadre. ¡Se traen con él una salación, una clase de lujuria, que ya tengo ganas de que se lo lleven para las galeras! ¡Seré fatal!

—Espérese, compañero. ¿Por qué no le dice a Pascasio Speak que se la alcance?

—¿Cómo?

—Por la misma grúa. Te tira la soga y ya la dejas puesta para la tarde, cuando se lleven al muerto.

—¡Verdad! Cualquiera cosa hago yo para no volver a atravesar el patio con esta gente y la caja de muerto. Ustedes esperen, voy a darle un grito a Pascasio. Más vale que me acompañes tú, muchacho.

—¿Voy yo, tío?

—¡No!

Echaron a andar por la azotea desierta. Cuando se hubieron alejado un poco, Matienzo dijo:

—¿Andrés qué te llamas tú?

—Andrés Pinel.

—¿Y piensas que es verdad que Manuel Chiquito es amigo tuyo?

—Él dice que me conoce y que me va a ayudar.

—No seas bobo; lo que sucede es que tú le gustas.

—¡Cómo!

—Pero no seas bobo, aprovéchalo. Él tiene dinero; la cuestión es hacérselo pasmar sin dejar que te lleve al hoyo, dándole de vez en cuando su agüita para que no se chivatee y coja monte; pero de lo «otro», nada. Si quieres, yo te digo cómo, y vamos a la mitad.

El muchacho oía aquella jerga que entendía a medias con el rostro cubierto de rubor. Si no se hubiera pasado la noche desvelado, meditando ciertos detalles ambiguos que había observado en su presunto protector, en lugar de ruborizarse, se hubiera asombrado. Pero no pudo dormir; a todas sus evocaciones de la calle se mezclaba el recuerdo de Manuel Chiquito, con su rostro desagradable, sus palabras que escondían no se sabía qué de cinismo, aunque tratase de expresar ideas inofensivas. El algo que había descubierto en sus ojos, o en su boca, o en las inflexiones de la voz, hacía de levadura para acrecerle el insomnio, inquietándole los instintos. Los pensamientos lo acosaban turbándolo, pero sin conducirlo a conclusiones definitivas: dejándole siempre el equívoco, como si su mente estuviera, cual el propio Manuel Chiquito, dañada de algo ambiguo que le impidiera rasgar los velos.

A medida que fue avanzando la noche, la juventud y el insomnio le penetraron en los músculos adolescentes, y el martirio de los sentidos lo llevó de la mano hasta la verdad. ¿Sería aquello? ¿Era posible que todo fuera una patraña indigna, la perversión innoble de un ser privado de mujer? Sus ojos abiertos a la claridad difusa de la galera se cerraron un instante para apresar las facciones repulsivas del cínico, pero los tornó a abrir apresuradamente, como si dudase de sus fuerzas. Permaneció un segundo en suspenso, sin que el atropellamiento de sus ideas le dijese nada, y entonces se miró el cuerpo desnudo, indignado de que aún sus sentidos no

se hubieran acallado, afiebrados en aquella soledad del sueño de los otros, en el pecado de su juventud y del trópico.

¿Sería posible que en él hubiera un anormal? ¿Estaría cerca de aquel guiñapo humano, que dormía a su lado, que reía o lloraba sin motivos, y que se había acostado abrazado a la página de una revista que representaba un desnudo artístico? ¿Saldría él de allí ya pervertido, como aquellos infelices que había visto en la cárcel, durante su prisión preventiva?

Poco a poco se fue tranquilizando: locuras de la prisión, exageraciones. Tal vez Manuel Chiquito no fuera un hombre puro, tal vez ni lo conociera, pero de eso a que se tratase de un pervertido que buscase su degradación, había mucha distancia. ¿Cómo renunciar por simples sospechas sin fundamento a las ventajas que le podía ofrecer una amistad que el azar le había deparado? ¿No sería peor que llegase la hora del traslado a las galeras grandes del presidio sin tener quien le ayudase? ¡Si siquiera tuviera otros compañeros! Pero, desgraciadamente, le había tocado un idiota y aquel hombre que no hablaba con nadie, que desde que ingresó no hacía más que pensar y toser.

Y Andrés trataba de justificar, con su indefensión circunstancial, la debilidad que sentía en la médula.

La mañana lo sorprendió en este círculo vicioso, y ya se había hecho el propósito de esperar los acontecimientos, cuando ahora Matienzo le presentaba todo sin disfraces, crudamente, proponiéndole explotar juntos el vicio del otro, y quitándole ante sí mismo la oportunidad de alegar ignorancia.

Viendo el sargento que el muchacho no respondía una palabra, hundido en sus meditaciones, insistió:

—¿Qué, te da miedo? Yo te protejo; todos éstos me tienen jiña. Y si tú quieres, seremos amigos de verdad. Hasta puedo retenerte en la galera de Ingresos.

Lo detuvo detrás de un muro, como para sellar el pacto, engañado por el silencio del muchacho, que se había quedado mudo por la confusión. Matienzo continuó:

—Mira, Andresito, anoche quise hablarte, pero, ¿quién sabe lo que piensa cada uno? A ti te conviene...

Hablaba emocionado por la oportunidad que de pronto parecía ofrecerle la suerte. La soledad y la timidez del muchacho le habían enardecido; cruzado de súbito por un pensamiento lascivo, sin darle tiempo para que se defendiese, lo cogió entre sus brazos y lo besó rabiosamente en la boca.

Siguió un segundo en el que la vida se paralizó en los ojos cerrados del adolescente. Casi al borde del abandono estremecido, los puños de Andrés se clavaron en el tórax del macho y lo rechazó con violencia, lejos de sí, en tanto que Matienzo, perdido el equilibrio, daba un traspiés. El muchacho escupió rabioso y se pasó la manga de la guerrera por la boca, a la vez que decía indignado:

—¡Canalla!

A distancia, ambos se miraban pálidos y en silencio, hasta que Matienzo, repuesto a medias, quiso hablar:

—Yo creí...

—¡Canalla!

—¡Óyeme, óyeme! Ven acá. ¿Acaso le vas a decir al brigada que otro hombre te besó? ¡No me hagas morir de risa! Eso lo hacen solamente los pájaros, y el brigada lo sabe.

El muchacho, que había comenzado a andar, se detuvo en seco. Matienzo continuó:

—El brigada me creería a mí: soy el mandante. Pero deja eso. Me equivoqué contigo y eso es todo. Nadie tiene que enterarse, pues ni a ti ni a mí nos conviene. Tú irías a parar a la galera de los afeminados. ¿No has oído hablar de la Aldecoa? Si quieres habla con el brigada, pero tú no conoces el presidio, y ya a estas horas se dice por ahí que eres la mujer de Manuel Chiquito. ¿No oíste la bronca que le eché a Floreado?

Viendo que el otro se había detenido, comprendió que tenía la situación dominada, y añadió:

—Vamos, que se nos hace tarde. No te hablaré más del asunto. Vamos.

Y echó a andar delante del muchacho que, después de una última vacilación, lo siguió. Llegaron al muro que daba al patio de Aislados, y Matienzo se asomó a él para ver si estaba Pascasio. No viéndolo, le gritó a don Juan, que tejía infatigablemente, con los espejuelos en la punta de la nariz.

—¡Hey, don Juan! ¿Anda Pascasio por ahí?

Don Juan se llevó los cristales a la frente, miró para todas partes, y dijo, chocheando:

—¿Cómo, cómo? ¿Quién es el osado que me insulta?

—¡Aquí, don Juan! Mire para arriba. ¿Ha visto a Pascasio?

—¡Ah, eres tú! ¿Qué haces ahí arriba? ¿Es que quieres que te bajen por el gancho? —y bajando la voz—: No se perdería gran cosa, por cierto.

—Dígame, ¿está Pascasio por ahí?

—¿Para qué quieres a Pascasio?

—No se ocupe. Lo que quiero es una caja de muerto para...

—¡Sola vaya! ¿Y para eso me equivocas a mí, que ya había contado hasta cinco mil sin trabucarme?

Y don Juan se levantó y se metió en su galera todo encorvado, echando maldiciones en voz baja y tosiendo, sin responder a lo que le preguntaban. En aquel instante, Matienzo alcanzó a ver a Pascasio que entraba en el patio, y lo llamó:

—¡Oye, Pascasio, hazme un favor! ¿Tienes la llave del depósito? Alcánzame las sogas de la polea.

Pascasio se le quedó mirando distraídamente. No hacía mucho que saliera de la oficina del Orden Interior y andaba como un sonámbulo, asaltado por mil pensamientos contradictorios.

—¿Qué querías?

Matienzo tornó a pedirle el favor, y mientras Pascasio le iba a buscar las cuerdas, se volvió hacia el muchacho que, con el ceño fruncido, se encontraba a unos pasos detrás de él.

—¡Acércate, chico! ¡Ni que te hubieran asesinado! Si eres un hombre, hazte cargo de que nos restregamos las bocas peleando. Si en una pelea te dan una mordida, contestas con un piñazo, ¡y ya está ¿No? ¡Pues dame el piñazo, y listo! Ahora, si eres una lea...

Al muchacho le cuajó una lágrima en los ojos. Iba a decir algo, cuando Pascasio llamó desde abajo:

—¡Eh, Matienzo!

—¡Vaa! Ven, ayúdame.

Los dos se acercaron al muro, apoyándose en él y sacando el cuerpo hacia afuera. Pascasio, con las sogas en la mano, se disponía a tirarlas:

—¿Va?

—¡Venga!

Las cuerdas, impulsadas por el brazo poderoso de Pascasio, se abrieron en el aire en círculos, ascendieron vertiginosamente, y al cabo una de ellas, como un látigo, cruzó la cara de Andrés, que se quedó inmóvil, aceptando el golpe como una merecida afrenta. Pascasio, sacado de sí mismo, se demoró en aquel rostro que expresaba tanto sufrimiento, cuyos ojos, brillantes por el llanto, no se sabía a dónde miraban, y le pareció ver en él la imagen de su propia tragedia.

—¿Te hice daño?

Matienzo acudió solícito, haciendo la misma pregunta, pero al notarle el rostro cubierto de lágrimas, lo apartó bruscamente del muro:

—¿Qué te pasa? ¿Lloras? ¿Te hizo mucho daño? Tienes un verdugón en la cara.

Lo observó unos instantes y continuó:

—Pero, ¿qué mal te hice? Lloras como una mujer, por lo de antes. ¿Acaso quieres obligarme a que me «meta» contigo, a que más nunca te olvide, a que me convierta en un perro para ti y te siga, lamiendo las piedras que pisas? Viéndote llorar me siento otro. Es como un fuego de adentro. Y me acuerdo de cosas que se me habían olvidado.

Se apretó la cabeza y quedóse mirando a Andrés, pero sin verlo, como si lo que perseguía con la mirada estuviera muy lejos de allí, o dentro de él, pero muy hondo.

—¿Sabes lo que nos pasa a todos?

Se detuvo como si meditase en lo que iba a decir, como si ello acabase de ocurrírsele por vez primera y le iluminase muchas confusiones...

—¿Sabes lo que nos pasa a todos? ¡Sí, eso es! ¿Sabes lo que nos pasa? ¡Que somos los hombres sin mujer! Aquí no hay degenerados; hay solamente hombres sin mujer. Eso es todo. Tú no eres una mujer, pero pareces menos hombre que los que estamos aquí, y tendrás que pasar tu dolor de cabeza de vez en cuando.

Se acercó al muro y llamó a Pascasio, que se paseaba inquieto por el patio.

—Compay, ¿quieres hacerme el favor completo?

—¿Qué pasa, le di duro al ingreso?

—Sí, le lastimaste un ojo, pero ya pasó, no te preocupes. Oye, no te pongas bravo y alcánzame una caja del depósito, en tanto que yo paso la soga por la polea.

—¿Una caja de muerto? —Hizo un gesto de repugnancia, pero reaccionó en seguida—. ¡Bah! ¡Te la traigo, qué más da!

Se perdió en el pasillo camino de la bóveda. Siempre había sentido repulsa instintiva contra aquellos cajones pintados de rojo que se apilaban en el rincón más oscuro de la covacha, y tenía por superstición no tocarlos.

Pero, ¿qué más daba ahora? Cuando regresaba del Orden Interior se sintió espiado desde las columnas, seguido por los

Publicaciones cubanas en la Red
comentarios hostiles de los presos, y hasta dos veces se volvió creyendo que lo llamaban. No temía una agresión, más bien lo deseaba para barrerse de adentro aquella blandura desconocida y laxa que el contacto con la Morita, sus palabras y el adormecimiento de sus ojos, le habían infiltrado en la sangre.

Aunque no precisaba lo que era, sentía la imperiosa necesidad de librarse de aquel estado de ánimo que lo cruzaba de estremecimientos que le arrancaban del bajo vientre, como cuando pensaba intensamente en algunas mujeres que había gozado. De súbito, una idea lo asaltó haciéndolo detenerse sobresaltado. Se pasó una mano por la frente sudorosa y mordió un grito que no llegó a emitir. Se vio semejante a un pedazo de tierra en el que la Morita, como una planta, crecía, extendiendo dentro de él las raíces que le reptaban por el pecho, por los músculos de los brazos y por la garganta, hasta abrazarlo todo, como si fuesen ramificaciones de un cáncer, oprimiéndole el corazón y quebrándole la voz.

En el centro del patio, ajeno a cuanto lo rodeaba, se llevó las manos al pecho, tratando de arrancarse aquella angustia que no le dejaba respirar. En la pelea se le habían saltado los botones de la guerrera y mostraba el pecho desnudo, negro y potente, en el que clavaba sus uñas, mientras en su rostro un grito se había detenido. La voz de alguien le hizo caer en el desánimo.

Pobre de fuerzas, aún ajeno a todo, pero ya impotente, continuó su camino. Subconscientemente precisó que le iban a gritar insultándolo y apresuró el paso. ¿Dónde se metería? En el presidio no existía la soledad. Era la gran tragedia de la soledad común, la lucha impotente del privado de fuerzas contra la fuerza inconsciente de una multitud humillada y fustigada, dispuesta a vengarse, enlodando a quienes la hubiesen cubierto de lodo. ¿A dónde ir, si el ir, precisamente, estaba prohibido por la ley?

Ahora estaba metido en las sombras de la bóveda, junto a aquellos sarcófagos que tanta inquietud le inspiraron siempre, y se sentía más tranquilo. Estaba solo. Vivían mejor en la oscuridad las oscuridades que crecían dentro de él. Incluso podía detenerse sin agitarse en el recuerdo de la Morita, en sus ojos sombríos, cargados de la fuerza sexual que tanto lo inquietó; en su rostro manchado de sangre, en sus palabras.

¿Qué sería lo que tenía que decirle? Por un instante sintió agitarse el cadáver de su vanidad, perdida hacía tiempo, como su orgullo, como otros tantos sentimientos que el cañaverol respetó a medias.

Solo con sus pensamientos, se abandonó a la corriente de fuego de su sangre, estremecido por una emoción nueva que se deshizo al chocar con la realidad entrevista súbitamente.

En la confusión de sus ideas se sucedían las imgenes, hasta que retuvo la de Andrés, marcada por el golpe de la cuerda, inclinada sobre el muro, con los ojos brillantes de lágrimas.

Sin apartar su atención de la imagen indefinidamente sugestiva, estiró sus músculos en un vago deleite, y entonces sintió, muy lejano, que gritaban su nombre. Recordando a lo que había ido allí, cogió un sarcófago y se lo echó al hombro, teniendo, al hacerlo, la rara impresión de que conducía su propio cadáver.

EL INFIERNO

6

Cuando la caja llegó, por fin, al muro de la azotea, Matienzo le zafó el estrobo y, echándosela al hombro, le dijo a Andrés, que lo miraba impresionado:

—No temas. Es muy difícil que un vivo vea la caja en que va a ser enterrado; a tu edad sería muy lógico mirar con desconfianza cualquier árbol que te encontraras en el camino. ¡Vamos!

Echó a andar. El sol ya le daba de lleno en el rostro alumbrándole las preocupaciones. Añadió:

—Bueno, te diré: aquí uno puede temerlo todo. Yo sé de alguien que anda por ahí contando lo que le ocurrió en la enfermería. Era uno de los enfermeros. Estaba tan grave que, cuando pasó el interno, éste no se detuvo a reconocerlo, y en cambio, le hizo una simple señal al sirviente de la sala que lo acompañaba, como indicándole que todo estaba perdido. Momentos después, cuando el sirviente cambiaba las ropas de las camas, dejó dos sábanas en la del enfermo, en vez de una, que era la costumbre, diciéndole: «Lo siento, compañero, pero con eso nos evitamos después los corre-corre». Hasta el día siguiente no se llevaron la sábana que sobraba. ¿Comprendes o no? Tal vez no, porque tú eres muy ingreso y no conoces nada de nada; mirando aquellas sábanas al pie de la cama. Él tampoco te dirá que era para su mortaja; sin embargo, eso se lo adivinarás en el rostro, en su palidez, en la manera que tiene de hacerte el cuento.

Hizo una pausa y agregó:

—Por eso te digo que aquí hay que temerlo todo. De la mortaja a este cajón que llevo, sólo hay unos minutos de espera.

El ingreso iba a preguntar quién se había muerto, pero en aquel instante cruzaban por el lugar donde el otro lo había besado, y continuó en su mutismo.

Sí, allí podía temerse todo, incluso algo peor que la muerte, peor que ver el sarcófago en que uno mismo iba a ser enterrado. Cuando divisó a los compañeros que se habían quedado esperándolos, se sintió más dueño de sí mismo. Los veía ahora como a familiares que han estado ausentes mucho tiempo y cuya presencia se desea. Con ellos todo le era más soportable; aunque la idiotez del uno y el aislamiento del otro impidieran todo acercamiento, los encontraba diferentes a los demás; sentía que pasaban por igual prueba que él; que les

Publicaciones cubanas en la Red
esperaba un mismo destino, y que si no padecían con igual intensidad, por lo menos la actitud de los otros para con ellos era igualmente agresiva. Los saludó al llegar, con una sonrisa amigable que no obtuvo respuesta. Tanto el uno como el otro fijaban la vista en la carga que traía Matienzo. En la cara del idiota se leía una lucidez espantada; en la del hombre alto, la resignación.

—Vamos, vamos, que ya es muy tarde. ¡Eh, Sandiyú! ¿Dónde está el muerto?

Había puesto la caja contra el suelo y se abrazaba a ella, apoyándose como en una columna. Las tablas crujieron. Matienzo miró para el ingreso alto, y avisándole con un movimiento de cabeza, empujó el extremo superior del sarcófago, que el otro pudo coger ya casi en el suelo.

—¡Cuidado! Es de mírame y no me toques; delgada como cajita de guayaba, y si la aprietas un poco, se desbarata. Compañero, ¿y qué se hace usted si se viera aquí? Para usted no hay caja, pues todas las hacen iguales, y no es cosa de tomarle las medidas el día antes. Bueno, tendrá que ir con los pies de fuera como una cosa mala. ¡Sandiyú!

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Todavía están ustedes aquí?

El muerto está en la primera cama, a la derecha.

—¡Caramba! ¿Murió en preferencia?

—No; esta es mercancía de tránsito. Nos la trajeron solamente para el envase. Entren.

Matienzo penetró en la sala seguido de los tres ingresos, que instintivamente fijaron sus miradas en el muerto, semejante a una momia. El rostro oscuro y afilado por la muerte se destacaba en lo blanco dudoso del sudario, impresionando a los novatos. El idiota retrocedió resistiéndose:

—¡Tío, yo no quiero! ¡Le tengo mucho miedo a los muertos!

Matienzo lo cogió por el cuello de la guerrera suspendiéndolo sobre el cadáver.

—¡Míralo! ¿Le tienes miedo?

—¡Tío! ¡Oh!

Los enfermos, incorporados en sus camas, miraban en silencio la escena; con el rencor mudo que el condenado a morir puede sentir por los enterradores, observaban aquel grupo de enemigos. Algunos protestaron de la falta de respeto al cadáver, pero Matienzo continuó como si nada hubiera oído:

—Pues ya no puede hacer ningún daño. ¿No ves que está demasiado amarrado? ¡A ver! Se acabó, vamos a meterlo en la caja, que ya debía estar en la capilla. Tú —y señaló al alto—, vamos. Y tú —el dedo que iba a señalar a Andrés se quedó moviéndose en el aire; por el rostro del adolescente pasaba una tempestad de terror. El dedo siguió una trayectoria hacia el anormal, pero tampoco se detuvo en él—. Está bien. Usted y yo, compañero. Por aquí, por aquí; a ver, abra la caja. Sí, sí, con las manos. Métale las uñas, que es un mísero clavito nada más. ¡Anja! ¿Ya ve qué fácil era? Ahora con el muerto. Agárrelo bien por las patas. ¡Ya está duro como un cabrón palo! —Lo volteó en la cama—. Así es más fácil. ¿Ya? Vamos.

Los restos de Chichiriche, al ser depositados dentro de la caja, la hicieron crujir, abriéndole las juntas.

—A lo mejor no aguanta —dijo Matienzo—; si de aquí a la tarde se hincha, va a apestar a rayos cuando lo bajemos. Compañero, ponga la tapa otra vez. Muy bien. Vamos los cuatro ahora, que ya el muerto no se ve. Tú, muchacho, con el bobo por los pies. Yo con usted, amigo. Eso sí, agáchese un poco, por su madre, que tal parece un asta de bandera. ¡Vamos! ¿Que es lo que pasa? ¡Listo he dicho!

Después de un instante de vacilación obedecieron, acercándose al puesto designado; suspendieron la caja, que por

un momento amenazó rodar por el suelo, y echaron a andar dando traspiés.

—¿Llegarán?—preguntó Sandiyú—. Mejor debieron dejar la caja en la capilla y llevarse el muerto en pelo.

—Eso haré —dijo Matienzo resoplando—, si éstos se me aflojan por el camino. Ellos solos lo van a llevar entonces.

Salieron a la azotea y después de hacer descansos en cada muro que se encontraban, depositaron el cadáver en la capilla. Los cuatro se secaron el sudor de los rostros. No se notaba diferencia alguna entre ellos, como si el trabajo de transportar la muerte los hubiera igualado. Se miraron por un instante, e instintivamente se alejaron uno del otro, acaso para recibir mejor la débil brisa húmeda que les lavó la sofocación.

—¿Ya, tío? Vamos para abajo a jugar a los gritos; nos deben estar esperando.

Matienzo lo miró sin responder. Se volvió a pasar la manga de la guerrera por la cara y, después de un instante, murmuró:

—Vamos.

Comenzaron a andar en desorden y silenciosos. El idiota miraba, ora a uno, ora a otro, sin comprender el porqué de aquel silencio. Se podía estar contento y conversador caminando sin nada en los hombros, correr por la azotea, ya que en el patio tendrían que ponerse en fila para marchar como los soldados, y después sentarse en la galera como bobos.

Cuando se disponían a bajar la escalera, vieron a Manuel Chiquito que parecía esperarlos.

—¿Qué hubo, Matienzo?

—¿Qué hubo de qué?

—Aquí; que me arriesgué a subir para decirle algo a Andrés. Tú sabes cómo está el chisme abajo.

—Bueno, pero a mí tampoco me conviene eso. Si te cogen aquí hablando con los ingresos, lo pago yo.

—¡Eh! ¿Y ese cambio? ¿Qué bicho te ha picado?

—Ninguno. ¡No me da la gana de perder mi destino, ni de que me manden para la galera por asuntos que no me incumben!

—Ayer no estabas tan prudente; si es que se trata de cobrarme barato, dime cuánto me vas a pedir y se acabó.

—¿Cobrarte barato yo? ¿Y por qué? —se miraron agresivos—. A lo mejor el propio Andrés es el que no quiere hablar contigo. Pregúntaselo tú mismo.

Manuel Chiquito fijó la mirada interrogante en el ingreso, que desvió la suya.

—Eh, ¿y eso? Seguro que me lo malearon, ¿no?

—No sé, pregúntale.

—A mí no tiene nada que preguntarme —dijo el muchacho decidiéndose—; ni ahora ni después. Hágase cargo que no me ha visto nunca.

—¿Pero y eso, paloma? Lo malo es que ya te he visto y te seguiré viendo, ¿para dónde te podrías mudar? Dime, ¿ha sido éste el que te ha dado máquina?

Matienzo intervino:

—Deja paso, Chiquito. ¡Cubran!

—¡Matienzo! Tú estás equivocado...

—El equivocado eres tú.

Manuel Chiquito, de un salto, se le puso al lado y lo agredió brutalmente, dándole un golpe en el rostro.

—¡Ah! ¡Hijo de puta!

Aun en la agresión, los hombres se estudiaron una fracción de segundo antes de pelear. De súbito, sin cuidarse, comenzaron a golpearse salvajemente. Fieros, sin retroceder un solo paso, se pegaron, hasta que Matienzo, recurriendo a la forma de lucha santiaguera, saltó hacia atrás y dio un zapatazo sobre el corazón a su adversario, el cual, por un instante, quedó inmóvil, sin saber qué hacer. Matienzo se inclinó

Publicaciones cubanas en la Red rápidamente y se lanzó contra él como una catapulta, alcanzándolo en el rostro y haciéndolo caer ensangrentado.

Los ingresos se habían apartado, sorprendidos por aquella violencia salvaje, y ahora miraban con inquietud al Chiquito, que se revolcaba en el suelo sin poder levantarse.

—¡Listo! —exclamó Matienzo—. Así los tumbaba yo en mi tierra.

Miró hacia todas partes, se tocó la cara para saber si estaba herido y fijó la mirada profundamente en Andrés, que lo observaba muy pálido. Luego se acercó a su adversario y le dijo a media voz:

—El equivocado eres tú. El único macho aquí soy yo. Vamos a ver. ¡Cuidado!

Ya bajaba los peldaños, cuando se volvió para mirar por última vez al vencido. Éste levantó la cabeza y lo miró con ojos apagados; después dijo, manchándose los labios de saliva sanguinolenta:

—Matienzo, te atravesaste; pero ten mucho cuidado, que ese muchacho es mío.

Bajaron. Con ellos, agarrada a la garganta de Andrés, bajó también la indignidad que suponía aquella advertencia. Bajaban al infierno, a la vorágine en la cual no podía establecerse diferencia alguna entre unos y otros; donde todos los rostros tenían algo de común, como algo de común guardaban entre sí los semblantes de los enfermos que vio incorporados en sus camas cuando sacaron el cuerpo exánime de Chichiriche. Acaso fuera también una enfermedad lo que los hermanaba, una enfermedad contagiosa que...

El muchacho pensó en su desvelo de la víspera, en su inconcebible debilidad de hacía poco, cuando Matienzo lo besó, y sintió la necesidad de mirarse en un espejo. ¿No estaría él también manchado? ¿No se parecería ya a los demás?

Bajaban al infierno. Era como si se hubiera muerto en pecado mortal y estuviera en camino del otro infierno, de ese que han inventado los hombres para hacer posible la existencia de los infiernos terrestres.

Aunque le oponía todas sus fuerzas al pensamiento, lo llenaba de rubor sofocante la escena de aquellos dos hombres peleando por él, como si se tratase de la posesión de una prostituta. A los dos los envolvía en la misma indignación impotente. Por un instante se había sentido dispuesto a perdonar la ofensa de que le hizo objeto Matienzo, al ver el cambio radical de su actitud, cuando éste sufrió la explosión de sinceridad que pareció justificarlo; hasta lo envolvió en su llanto como si considerase iguales las tragedias de ambos, no precisando que sus lágrimas nacían de un sentimiento femenino de indefensión, de algo que había en él sin formarse y que lo colocaba en el polo opuesto al de su ofensor.

Ahora lo comprendía todo. Igual fin perseguía Matienzo lamentándose del tragico destino de los hombres privados de mujer, como el Chiquito, cribado por el vicio, cínicamente persuasivo y envolvente. No había más diferencia entre el impulsivo y el astuto que la de los medios de que se valían. Ambos tenían la misma caricia viscosa en la mirada, ambos estaban señalados por el halo sombrío que había notado en todos los presidiarios, incluso en aquel que le golpeó la cara con la cuerda cuando iba a izar el sarcófago. Cuando éste le preguntó si lo había lastimado vio, a través de sus lágrimas, cómo lo penetraba la mirada de aquel hombre, la sentía aun ahora que estaba conmovido por tan intensos y dolorosos sentimientos...

¡Todos eran iguales!...Eran hombres que carecían de algo; hombres de otro planeta, encendidos en pasiones torcidas y abyectas, miserables, que en vez de arrastrarse querían arrastrar a todo lo que veían un poco limpio a su alrededor.

Entraron en el patio ; según pasaban, los otros presos se les quedaban mirando y hacían comentarios burlones o procaces. Uno gritó, protegido por una columna:

—¡Oye, Matienzo, échame pronto para acá al rubito!

Matienzo se volvió violentamente pero no vio al que gritó. Andrés sintió que su terror llegaba al clímax.

—¡De dónde saldrán! ¿De dónde, de qué lugar habrán salido? ¡Es terrible tener que vivir con ellos!

El ingreso alto lo miró despectivo:

—¡Terrible!

—¡Ah! ¿Verdad que es terrible?

—Sí, es terrible. ¡Es terrible encontrarse aquí a hombres de la calle, despreciablemente, a los mismos hombres de la calle!

—¿Cómo?

—Por un momento pensé que cuando el hombre llegaba al colmo de sus desdichas encontraba en sí mismo fuerzas para la rebelión. Creía encontrar aquí hombres indignados y violentos; hombres cargados de desprecio por todo lo existente, hechos a maldecir la opresión y la injusticia. Y aun la justicia, todo. Traía la secreta esperanza de encontrar leones, y me tropiezo con micos. ¡Exactamente igual que en la calle! ¿No es terrible? Eso sí, y no que traten de remediar sus necesidades como puedan. El que tiene hambre encuentra sabroso un mendrugo. Es natural que en el polo la gente se vista con pieles de osos. Lo malo es que sigan siendo micos. A este mismo que nos cuida le he visto prendidas a la ropa una sarta de medallitas.

Por primera vez el muchacho se fijó con atención en aquel hombre. Con unas cuantas palabras le había llenado el espíritu de fuerzas insospechables.

Ya no oía los gritos de afuera, y dentro de él la tormenta se aquietaba. ¡Era maravilloso! Hacía un instante que se sentía acorralado como una bestia, a punto de sentir el pánico. Y

Publicaciones cubanas en la Red
ahora todo aquello que sufriera le parecía ridículo, propio de mujeres.

En realidad, ¿qué otra cosa que desprecio merecían aquellos hombres que se habían peleado por él? ¿No era tonto haberse dejado impresionar? Pero, ¿qué sería eso de la piel del oso?

En el momento que llegaban al patio salía de él Pascasio, que se detuvo a verlos. El muchacho lo miró sostenidamente, y entonces el ranchero dijo:

—Óyeme, chico, estaba preocupado por el golpe que te di. ¿Te hice mucho daño?

—¿Daño? Pero, ¿no es una tontería preocuparse aquí por una cosa tan insignificante? ¡Bah! Entre hombres ni se debe hablar de eso.

—Como te vi...

Ante la expresión resuelta del ingreso, Pascasio no continuó la frase; alzó los hombros y siguió su camino, diciendo:

—Más vale así; tienes razón.

EL SINFÍN

7

El sinfín es un aparato mecánico para aserrar madera, que consiste en dos grandes ruedas superpuestas verticalmente y separadas por una plataforma. Ambas ruedas se unen por una cinta de acero dentada que abraza sus dos llantas de modo que, al funcionar el mecanismo, la cinta pasa vertiginosamente y sin interrupción a través de la plataforma.

La máquina es peligrosa, pero rauda en el trabajo, hasta el punto de dejar utilidad. El cálculo de pérdidas por seguro obrero, cuando es manejada por expertos, no sube de un dos por ciento en el peor de los casos, y este por cierto se reducía a cero en el presidio —donde el único seguro que se conoce y se aprecia es el del máuser—, aunque se argumentaba en mucho el por ciento de pérdidas por cintas rotas.

Unas saltaban en pedazos; otras escapaban de las llantas, diabólicamente enteras, cortaban al aire, girando impulsadas por la inercia, y si no encontraban en su camino carne que morder, caían al suelo palpitantes en su estridente furia de acero.

Era un animal ciego y peligroso el sinfín, pero no era un hombre, no se le suponía alma, conocimiento del bien y del mal, y por eso no se le ajusticiaba. Cumplía sencillamente con su destino y, además, si mataba no era culpa suya, sino del que la trabajaba pensando en otras cosas.

Matarlo, inutilizarlo, hubiera sido una injusticia, como es una injusticia matar o inutilizar, por el daño que hagan, a hombres que reúnen todas las condiciones de irresponsabilidad del sinfín. En el primero de los casos el culpable sería, más bien, el mecánico inventor, y aun su responsabilidad sería muy discutible. ¿Por qué en el segundo caso lo ha de ser el hombre-sinfín?

Pero estas son ideas subversivas que afortunadamente no se les ocurrían a los presos que trabajaban en la carpintería. Nadie pensaba en protestar del sinfín porque fuera tan asesino; ni siquiera del cepillo, cuyos dos cilindros, de largas pestañas afiladas, habían comido traidoramente las manos de algunos presos que paseaban sus muñones por los patios del penal. Acaso solamente dictaba el miedo alguna lamentación.

El hombre que estaba trabajando ahora en el sinfín pensaba en otra cosa que en su trabajo. Le dolía un costado y tenía la idea fija en ello, mientras cortaba quinientos balances de sillón, de los tablones que estaban marcados. Varias veces había mirado para el compañero que estaba en el cepillo, rebajando las asperezas de la madera que después él trabajaría, pero el compañero parecía distraído y no miraba para él.

En cuanto Costal, el encargado del taller, se marchaba a conversar al fondo de la nave con el muchacho nuevo del

Publicaciones cubanas en la Red
enrejillado, detendría el sinfin para ir a hablar con el operario del cepillo, cuyo ojo debería ya estar completamente cerrado por el golpe de Pascasio. Aquello no podía quedarse así; uno, medio tuerto; el otro, que había tenido que marcharse para la galera por no poderse tener en pie; él con una costilla acaso fracturada. Y los demás, ¡sabe Dios! Roque, el sastre, también parecía caminar torcido cuando le tuvieron que huir al brigada Rompemontes. Pero, Roque. ¡Estos sastres eran todos unos maricas! Sentados en las mesas, con las patas cruzadas, co-siendo como mujeres, ¿qué se podía esperar de ellos?

Volvió a mirar para el cepillo, y esta vez se tropezó con la mirada del otro. Le hizo una seña de inteligencia que obtuvo respuesta, pero, aquel mismo instante, la madera que cortaba dejó escapar un chirrido. Miró asustado, pronto a saltar fuera del alcance de la segueta, pero el sinfin continuó trabajando correctamente. Su inicio de palidez se diluyó en una mueca sonriente que se escapó por entre las ranuras de las tablas.

Los cortes eran semicirculares, y el pensamiento del hombre los seguía, mientras los ejecutaba, hasta llegar al tope; después, corte y pensamiento se separaban; el primero quedaba allí, en la meta, echándose a perder por los disparados dientes de acero, y el segundo continuaba el círculo hasta cerrarlo, con los rostros de la Morita y de Pascasio dentro, en un fondo enrojecido de puños agresivos y de costillas rotas.

La cinta, en su vuelo casi invisible por la rapidez, sufrió una desviación microscópica, y desde aquel instante la bestia irresponsable comenzó a cazar al hombre.

Costal, el encargado, miró uno a uno hacia todos los aparatos. Ahorita, pensó el del sinfin, se irá a rondar a la nueva conquista. Tenían que ponerse de acuerdo para darle su merecido al tipo aquel que los había golpeado. Sí, tenían que ponerse de acuerdo para elegir el momento y el lugar.

Cortó algunos tablones más y buscó al encargado con la vista. ¿Dónde estaba? Fue a coger la palanca para detener el motor, pero lo divisó al lado de las lijadoras, que lanzaban al techo nubes del polvillo rojo de la caoba, que luego se metía en los poros y hacía que el sudor les manchase la ropa.

Por sobre la llanta de la rueda superior comenzaron a asomarse los dientes invisibles de la sierra, que clavaron en la nuca del hombre un solo ojo blanco. Momentos después, todo serían carreras en el taller; el fragor de los motores naufragaría en el silencio espantado de los presagios y del terror, y en el suelo, a los pies del monstruo, quedaría, como un emplasto de aserrín y sangre, la nueva víctima.

El hombre se inclinó para coger un nuevo tablón en el momento en que Costal pasaba por su lado, camino del enrejillado. El operario suspendió el tablón y lo colocó sobre la plataforma buscando el hilo de corte. Al llegar la madera a los dientes de la sierra, ésta levantó un silbido estridente, semejante al de una boa enfurecida, que penetró en el fragor de las poleas. La cinta de acero adelantó un milímetro más en la agresión inminente, en tanto que corría a lo largo del semicírculo trazado en la madera. El hombre fue a cortar el próximo, cuando el del cepillo le tiró un nudo de madera que le dio en el pecho. Miró hacia donde se había ido Costal, y no viéndolo, empujó con el pie la palanca que detenía el sinfín. Éste hizo un último esfuerzo, pero no pudo librarse de la cinta de acero que le oprimía, y ronroneando su rabia se agotó impotente, en la inercia.

Los dos operarios se reunieron. El del cepillo hurtaba el rostro para ocultar los efectos del golpe, pero el otro le dijo:

—¡Compañero! Lo han dejado sin una linterna.

—¡Y bien! Pero eso no se queda así.

—Seguro que no, se hincha.

—¿Qué pasa? ¿También tú vienes a chivar?

—No, chivar no, Santiuste; pero, ¿qué le vas tú a hacer al ranchero ese?

—¿Yo?

—Sí, tú mismo. ¿Qué, le vas a entrar con la muñeca? Es un negrazo del diablo. Son patadas de mulo las que tira con los puños. A mano limpia te come.

El otro se quedó pensando. De pronto explotó:

—¿Y tú? ¿Y los demás? ¿Fui acaso yo solo el que recibió la paliza?

—Compadre, a usted se le ve. Ahora que, si se disponen los demás, podemos entrarle de verdad. A ver, ¿quiénes estábamos allí? Tú y yo; Roque el sastre. Ese es un pendejo que no sirve para nada; no piensa más que en el muchacho. ¡Ah! Mango Macho...

—¡Un mierda!

—Bueno, pero puede ayudar. Aunque sea para darle coba al cabo del patio y llevárselo para poder trabajar nosotros.

—Si le entramos en el patio principal, allí está Candela.

—¿Y qué? Ese es un chota.

—Pero Pascasio le rompió la boca ayer, y él pelea cuando le llega la hora.

—Está bien; Candela... ¿Quién más?

—¡Todavía! Parece que le tienes miedo, y quieres llevar un ejército.

—Miedo no; lo hago por ti. Si a mí me hubieran partido un ojo de esa manera, ya lo tendría en la enfermería, con tantos escoplos como hay aquí.

—Pero tú te estabas quejando ahorita de un costado; he visto que no haces más que doblarte en el sinfín.

Hizo una pausa, como si pensase en algo, y añadió:

—Oye, anoche soñé que el sinfín te había mangado...¿Y sabes qué? Me he pasado toda la mañana vigilando las hojas de mi cepillo. Dos veces me he sentido el aire de ellas en las manos. Voy a dejar el taller. Figúrate que yo soy como el fotingo, que sólo sirve para una cosa. Si me quedo manco, ¿cómo voy a robar?

—Bueno, déjate de eso ahora. Yo no creo en sueños, y lo que está para uno, no hay Dios que se lo quite. ¿Qué hacemos por fin?

—Si supieras que estoy pensando en una cosa...

—¿En qué?

—En la Morita.

—¿En la Morita? ¿Y para qué?

—¿Para qué va a ser? Tú sabes bien como es esta gente.

Si fuera uno de estos pájaros de figura, de plante, de esos que se dejan temprar por latas de leche, ni me ocupaba. Pero la Morita es como una mujer, y las mujeres son peligrosas. Cuando llega la hora lo hacen mejor que cualquiera de nosotros, ¿no?

—¡Y bien! Pero, ¿qué le puede hacer la Morita a Pascasio, que es capaz de desaparecerla de un solo piñazo?

—Picarlo.

—¿Picarlo?

—Nosotros le podríamos facilitar el hierro.

—Pero dicen que la Morita está metida hasta los tarros con Pascasio; si eso es cierto, no podemos contar con ella. A lo mejor nos entrega.

—¡Qué va a entregarnos! El pájaro legítimo tiene más prurito que un hombre. Eso lo sabes tú. Además, ¿nosotros no lo hacemos por ella?

—¡Y bien que sí! Pero no me gusta meterme en lios de marido y mujer.

—No te ocupes; ya hablaremos a la hora del patio. Yo mismo la voy a enganchar hoy, y mañana a la hora del baño se forma de seguro el corre-corre.

—Hay que aconsejarle que le pique las nalgas para desprestigiarlo bien.

—Déjalo de mi cuenta. Vete para tu sinfín antes de que vuelva el verraco de Costal. ¡Se figura que puede ser tan exigente y andar siempre con una lea a cuestras!

—A ése tenemos que sonarlo también.

—Déjalo al tiempo. Abur.

—Abur. Oye, acaba de cepillarme los tablones para salir de estos malditos balances de una vez, que ya me tienen aburrido.

—El cepillo tiene su paso, compadre.

El sinfín se hizo más pesado contra el suelo cuando sintió llegar a su hombre. Adquirió todo él una actitud de fortaleza, de asiento y de serenidad, capaces de inspirar confianza al más avisado. No podía cambiar el color brillante de la cinta de acero que sobresalía un cuarto de pulgada de sus ruedas, pero llenó su cuerpo oscuro de la opaca luz que entraba por la ventana de la nave. Si el hombre no era precavido y revisaba bien la hoja antes de empezar a trabajar, no escapaba esta vez. Y precavido no lo era; en los tres meses que lo tenía rodando no había usado de la prudencia una sola vez. Constantemente lo salvaban detalles imprevistos, como hacía un momento. Era tan afortunado, que aun ahora el sinfín no tenía la seguridad de vencer. Pero, ¡eso habría que verlo! Tendría que escapar en el mismo raudo segundo en que fuera a establecer contacto con la segueta... A no ser... Era tan bruto que muchas veces comenzaba a trabajar cuando aún el sinfín no había cogido toda la velocidad, y así partía muchas cintas sin que éstas le dieran más que un mal latigazo.

Pero el hombre le dio un puntapié a la palanca y se quedó pensando en el asunto de la Morita, mientras el sinfín cogía la máxima velocidad.

Donde se encontraba el operario no lo podía alcanzar, y la hoja ya estaba a punto de escaparse. Faltaba sólo el milímetro preciso. En aquel momento, el hombre fue a inclinarse para levantar un tablón, y la cinta de acero se escapó con vibración sonora que hizo volver el rostro a todos los que estaban cerca. El operario saltó hacia atrás, pero lo hizo demasiado tarde; el

Publicaciones cubanas en la Red
rayo brillante y sonoro lo alcanzó en la parte superior del cráneo y penetró profundamente, quedándose empotrado en el hueso.

Los gritos llenaron la nave y salieron al patio, en tanto alguien le daba un golpe a la palanca del sinfín, que fue deteniéndose poco a poco en una sorda carcajada.

El herido, aún sin caer, miraba con los ojos desorbitados la cinta de acero, presa en los huesos de su cráneo. Su compañero del cepillo corrió a sostenerlo, repitiendo a gritos:

—¡El sueño! ¡El sueño! ¡Santa Bárbara! ¡Remaldecido taller! ¡Lo soñé!

Costal llegó corriendo cuando ya varios presos sostenían al herido; detrás de él venía un jovencito, exageradamente excitado, que se llevaba ambas manos al pecho, mientras preguntaba:

—¿Qué pasó, qué pasó?

—Nada, hijito —respondió Costal suavemente, pero rechazándolo—; vete a tu rejilla.

Alguien exclamó:

—Pero, ¿no le arrancan eso de la cabeza?

Varios gritos contestaron negativamente. Uno explicó:

—Si le sacan la sierra se muere; hay que llevarlo para la enfermería con ella enterrada.

El encargado del cepillo, lleno de terror supersticioso, no cesaba de repetir que lo había soñado.

—Se lo acababa de decir y no me hizo caso. ¡Santa Bárbara! Parece cosa de Dios.

—Del diablo —respondió Costal.

Estaba iracundo, porque aquello había ocurrido en el instante preciso en que él no estaba presente. Si se ponían a investigar demasiado, no faltaría algún conversador que se fuera de lengua para perjudicarlo.

—Ni del diablo siquiera —añadió—; es cosa de este sinfín maldito. Todos los años se lleva a alguien. ¡Qué mierda de Dios! Todos dicen de Dios, Santa Bárbara, el destino. ¿Y

quién ve a estas mierdas por aquí? Sin embargo, todos ven a la bestia, la tocan, la sienten, la huelen, y nadie dice: «Es cosa de ella».

—Con cuidado.

Mientras Costal hablaba, algunos presos habían alzado al herido, que permanecía terriblemente mudo, como si de su silencio dependiera la vida, y se disponían a llevárselo, en tanto otros corrían en busca del interno de guardia.

Costal le ordenó al listero del taller que tomase las notas para levantar el parte de lo ocurrido y remitirlo al Orden Interior; después, notando que los operarios comentaban inquietos el suceso, dio una palmada, gritando:

—¡Vamos! Cada uno a su puesto. Esperen. ¿Alguno de ustedes sabe o quiere trabajar el sinfín? Al que se disponga, lo enseñaré.

Nadie contestó, y al momento los aparatos comenzaron de nuevo el fragor, en tanto Costal daba consejos a los operarios para que se cuidaran, sin atreverse a regresar al departamento de la rejilla, hacia donde lo arrastraban sus sentimientos.

Una hora después sonó el timbre de retirada de trabajo. Los operarios comenzaron a abandonar el taller, y mientras Costal se daba a contar las herramientas que le entregaban, su amigo fingía afanarse por terminar un tablero de rejilla, pero cuando vio salir al último hombre, abandonó el trabajo, corrió hacia el encargado, que parecía esperarlo, y le dijo:

—Ahora tendrás que enseñar a otro.

—¡Qué remedio!

—¡No quiero! ¿Lo oyes? No quiero que te vaya a pasar alguna desgracia.

—¿Prefieres que me vaya para la limpieza de patio? ¿Cómo te voy a mantener entonces?

—Yo no estoy contigo por lo que me das. Si no queda más remedio me... Pero, tienes razón, ¿cómo podríamos «vernos» entonces? Bueno, viejo, pero tienes que cuidarte mucho.

Ambos miraron para el sinfín con rencor.

—No te ocupes —consoló el muchacho—; yo rezaré por ti. Toma.

Miró para todas partes por si quedaba algún rezagado, y dándole un beso furtivo, corrió, zafándose de los brazos de Costal, que intentó retenerlo.

Éste, decepcionado, se pasó una mano por la frente estremecida, y murmuró:

—¡Maldito! ¡Me tiene cogida la baja!

Y no se refería al sinfín.

EN EL BAÑO

8

—¡Como está la «comida», mi madre!

—¡Caballerías! ¡Pónganse chapa, que aquí está Manuel Chiquito!

Los primeros grupos de hombres, revueltos bajo el claustro del patio del baño, acogieron la presencia del recién llegado con gritos regocijados y procaces.

Mil hombres esperaban el toque de corneta para lanzarse a las duchas, que rebrillaban a la lumbre terrible del trópico.

En primer término, con la mitad del cuerpo al sol, una hilera de presos se echaba sobre la acera, ya completamente desnudos; algunos abrían las piernas y mostraban impudicamente los órganos genitales, dándoselos al fuego del día, mientras, con los brazos sobre la nuca, entornaban los párpados como si dormitasen, o cambiaban con los de al lado palabras espaciadas y breves. Otros, sentados, se espulgaban el bajo vientre o se manoseaban hambres que la claridad superlativa, la presencia de los demás y los gritos de las conversaciones parecían adormecer.

Detrás de éstos, que habían llegado primero, otros cientos conversaban a gritos, en grupos o separados, por parejas, se decían cosas para ellos solos, disimulando las expresiones al abrigo de una indiferencia mal fingida.

Alguno que otro viejo se anudaba la toalla a la cintura en espera del toque de corneta, lo que también hacían algunos jovencitos, ya para evitar requiebros, ya porque tenían compañeros demasiado celosos, que no se detenían a pensar que la medida era contraproducente, que provocaban lo mismo que trataban de evitar.

Manuel Chiquito entró en el patio secándose la guerrera, que plegó cuidadosamente. Diferenciándose de la generalidad, su ropa lucía perfectamente almidonada y planchada. Usaba finas piezas interiores con botonaduras de oro en la camiseta, y al despojarse de los pantalones dejó ver las ligas, armadas de sendas hebillas también de oro.

—¡Como hay elemento en la playa hoy!—dijo, pasándole la vista al sin fin de cuerpos desnudos—. La mitad, por lo menos, viene a dar vistilla o a que no le enamoren al socio; la otra mitad, a que lo enamoren o rascabucheen.

—¿Según tú, nadie viene a bañarse, Chiquito?—indagó uno.

—Yo, Tocayo. Y el que piense lo contrario —añadió, mirando procazmente a un muchacho—, que se le quite el mareo. Quiero hacer vida de soltero.

—Pues a mí me dijeron que tenías algo encargado y que ya estaba en la aduana.

Manuel Chiquito miró atravesando al que llamó Tocayo, y después de un ligero titubeo respondió:

—Tal vez. Pero parece que los aduaneros se han dado cuenta de que se trata de oro puro y se han atravesado. Voy a tener que usar mi influencia y...

Se detuvo en la mitad de la frase, mientras el rostro cínico se le endurecía.

—¿Y qué?

—Nada, deja; son asuntos míos.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Competidores?

—¡No! Te digo que no te metas. Tú sabes que el que se me atraviesa, se cae. Al que menos se lo figura, le tengo colocada una piedrecita para que resbale.

—¿Y qué te pasó en la cara? ¿Tropezaste con alguna columna?

—Parece.

—¡Compañero! Está usted hoy que no se le puede hablar. Se le sacan las palabras como si fueran muelas.

—Sí, lo mejor que haces es dejarme tranquilo. Oye, ¿tú no sabes si vino Candela?

—¿Cuál de ellos? Aquí, que yo sepa, hay media docena de Candelas.

—Me refiero al del patio principal.

—¡Ah! No. Oye, a ése también lo vi con el bembó hinchado. ¿Es que se fajaron ustedes?

—Si sigues preguntando, creo que a ti también se te va a hinchar algo.

—Entonces me callo, porque espero tener un chance hoy, y es un lío verse como tú estás.

El Tocayo dejó a Manuel Chiquito y fue a unirse a un grupo de donde lo llamaron.

—¿Qué ocurre, compañero? Lo estábamos esperando. El lance ya está preparado para ahorita, a la hora de patio.

—¿Tragó el cabo?

—¿Y quién va a resistirse a los féferes? No hay ninguna basura de éstos que no trague, se le enseñan media docena de latas de leche y una rueda de cigarros. Son capaces de dejarse templar ellos mismos.

—Es que yo tengo que andar con mucho cuidado; si Rompemonte me traba, voy a parar seguramente a los Incorregibles.

—No tengas miedo. La cuestión es que ningún chivatón se entere. ¿Quién es ella?

—Me lo reservo. Es señorita y debo guardarle el secreto.

—A lo mejor resulta que ya ha dado a luz.

—Hubiera ganado el millón de pesos que ofrecen. ¿Alguno de ustedes sabe lo que le ha pasado a Manuel Chiquito?

Los hombres del grupo se miraron.

—No, ¿por qué?

—Anda con la cara rota. A mí me preguntó por Candela y me dijo que se iba a quedar de soltero.

—Se habrá guillado contigo. Todo el mundo sabe que está trabajando ahora a un ingreso.

—Sí, eso lo sé yo.

—Por cierto, que todos dicen que el muchacho está que le ronca. ¿Tú lo viste?

—No; ahorita vendrán los ingresos al baño y le tiraremos un reconocimiento.

Fuera del grupo alguien gritó:

—¡Miren a Jiménez! ¡Otra vez!

—¿Qué es lo que pasa con Jiménez?

—¡Ah! ¿Pero no sabes? Míralo.

El llamado Jiménez pasaba ahora por delante de los hombres desnudos observándolos disimuladamente, en tanto que se cubría casi todo el rostro con una toalla que anudaba a su cuello.

Los ojos fijos, evidentemente febriles, clavaban la mirada en el bajo vientre de los presos que se tendían al sol. Uno de ellos, un moreno corpulento, cuyo falo desmesurado caía sobre el contén de la acera, atrajo su atención, y se detuvo a mirarlo con insistencia. Sus ojos —como si la contemplación de aquel ejemplar viril lo arrebatase— pestañeaban sin cesar, a la vez que, alternando, mirábase ora a un hombro, ora a otro.

—Compañero —dijo uno del grupo—, este hombre está completamente loco.

—¡Loco y las caza como el gato al pescado!—exclamó el Tocayo.

—Pues así lleva ya un montón de días —explicó el que había llamado la atención sobre Jiménez—; a la hora del baño no hace otra cosa que cubicar a la gente, y cuando encuentra uno que vive lejos, se arrebata. Ayer la cosa fue con Puga, hoy con el Mula, como ustedes ven. No se anda con chiquitas.

—¡Yo me he quedado haciendo cruces!

—¡Y yo! Siempre lo había tenido por un hombre serio.

—¿Serios aquí? Sí, los que están en la Oficina, que a cada rato tienen su oportunidad en la calle. Pero esto es de aquí; también los de la Oficina, cuando resbalan y los mandan para la galera, como le han cogido el gusto al guasabeo, se embarran todos.

—Seguro —abundó otro—; el único que yo conocí fue a Catuca, el de la cuadra.

Los otros rieron, menos uno que alzó la voz para protestar:

—Caballería, la cosa no es así. Aquí hay de todo, y yo conozco gente a quien no se le sabe nada.

—Bueno, eso de sabérsele, tal vez. Pero de ahí a lo otro, hay una diferencia como del día a la noche. Y a ver, ¿a quién conoces tú que no se tire de vez en cuando su baldeo?

—¡El millón!

—Dime uno nada más.

—Mira; Pascasio, por ejemplo...

—¡Siempre me sacan a Pascasio! ¡Ese es un verraco!

—¿Se enteraron del abuso que cometió con la Morita? A ése le rompen la cara más tarde o más temprano.

—No, no digas eso; lo que le va a pasar es que el día menos pensado lo coge la confronta.

—¿Qué quieres decir? ¿Que se va a malear?

—Eso mismo.

—Yo no lo creo; es un guajiro sano. Fíjate que ya ha cumplido ocho años y cada día le tiene más odio a los pájaros. ¡Compadre, si cuando a él le toca repartir el rancho en mi galera, a los muchachos sólo les echa agua y huesos!

—Pues sos resultan después los peores.

—¡Pero, compañero, son ya ocho años!

—¡Está bien! Por eso mismo. Usted verá cómo a ése lo coge la carreta y se le llena el bote de agua. A ti lo que te sucede es que todavía ni has probado el rancho. ¡Por eso no conoces el presidio!

—¿Que no conozco el presidio y me he metido ya dos años?

—Eso es una vira-vira; ahora es que estás empezando.

—Pues mira. Son seis meses los que me faltan para coger la polvorosa.

—¡Ah! ¿Entonces qué estamos conversando? ¿Para qué te reúnes con nosotros? Hablas así porque tienes la peste a bacalao en el hocico. ¿Ves? Tú, si quieres, puedes ser un hombre serio. Tu ayuno no te obliga a morder el cordobán, y en cambio, nosotros a la brava tenemos que picar hasta con alitas de cucaracha.

—Espera. Te quería preguntar una cosa y se me ha olvidado. Era... ¡Ah, sí! ¿Quién es ese Catuca que tú decías?

Los otros volvieron a reírse.

—¿Catuca? Era también un «guajiro sano», como tú dices. Estaba en la cuadra cuidando los caballos del jefe, y no se le supo nunca nada. Es más, desde que él fue para la cuadra, ya se acabó ésta para el «negocio». Al que le ofrecía algo para que le dejase meter en ella al muchacho, lo delataba en el Orden Interior. ¡Y si lo acusaba Catuca, lo decía el Evangelio! Nadie le quitaba treinta días de celda o de Incorregibles. No quería a nadie en la cuadra; ni tenía amigos ni parecía quererlos tener. Más guataca que un perro sato, un día le regaló al hijo

del jefe una yegüita que nació en la finca que tenía por allá donde el diablo se tiempla a él mismo. Y Catuca, figúrate, cada día más renuente a las amistades. Hasta que una mañana tempranito...

—¡Ja, ja, ja!

—¿De qué te ríes?

—Ya me supongo lo que me vas a decir.

—Eso mismo; la misma puñetera yegua lo entregó. Estaban el jefe, el hijo del jefe, y hasta la hija, que casi nunca la dejaban entrar, y la yegua, en cuanto vio a Catuca, empezó a recular, peándose y relinchando, como si lo tomase por un potro.

—¡Dime!

—¡Figúrate, el mundo colorado!

—¿Y la muchacha también se dio cuenta?

—¡Pues no!

—¿Y era buena carne?

—Explicate, ¿a quién te refieres? ¿A la hija del jefe o a la yegua?

—Hombre, a la muchacha.

—Ahí se andaban. La yegüita estaba entera, y la otra, piénsalo, ¿qué mujer no está buena?

En aquel instante se oyó el tanteo del corneta iniciando el toque para el baño, y hubo una explosión estruendosa de gritos, a la vez que doscientos hombres se lanzaban sobre las cuarenta duchas disponibles.

Sobre los cuerpos desnudos y el cemento ardido por el sol, cayeron los abanicos de agua. Los que habían logrado coger puestos bajo las duchas, se frotaban el rostro vuelto a lo alto, y con los ojos cerrados para recibir, plenos de euforia, la caricia del agua, a la que le daban el pecho y las partes nobles.

Por un minuto aquellos hombres parecieron otros, como desarraigados de todo lo inmoral, para entregarse, ebrios, a aquel goce simple que la naturaleza les deparaba. Si hubieran

Publicaciones cubanas en la Red
podido lanzarse a un río o al mar, se habrían sentido, acaso, completamente limpios y dichosos. Pero las duchas eran pocas, y a cada preso, por lo menos, lo apremiaban tres más.

—¡Hasta cuándo, compañero!

—¡Con agua sola no se cura eso!

—¡Con ella te va a criar gusanos!

—¿Es que te figuras que la lujuria se cae como si fuera porquería?

El apremiado abría los ojos dentro del agua y veía a sus compañeros borrados, sin perfiles, al otro lado. Se quedaba un poco más y luego cedía el puesto, comenzando a enjabonarse.

Bajo el claustro los demás esperaban turno. En un rincón del patio, Manuel Chiquito y Candela hablaban en voz baja.

Recién abiertas las duchas, la Morita entró en el patio. En una mano llevaba un banquito, una jabonera, y una gran toalla de felpa, tan voluptuosa como él mismo; con la otra sostenía un pañuelo puesto sobre la boca, tratando de ocultar los efectos de los golpes que recibiera de Pascasio. Buscó un lugar desocupado donde colocar el banquito, y comenzó a desnudarse despacio, abatiendo la barbilla sobre el pecho, como si cavilase.

Sus manos cuidadas, largas y finas como las de una mujer, se demoraban en los botones de la guerrera. Cuando comenzó a desvestirse, se cubrió púdicamente los hombros con la toalla y se volvió de espaldas a los presos que lo requebraban, y que ahora, al verlo desnudarse, acaso por un exceso de imaginación, acaso porque, en realidad, había en las líneas de su cuerpo algo ambiguo, lo observaban como a una hembra.

Ya estaba completamente desnudo y se disponía a cubrirse con la toalla, cuando un penado se le acercó:

—Mora.

El andrógino tuvo un sobresalto, y volvió su rostro con una rapidez asustada.

—Parece que te han roto toda —dijo el que lo había llamado, recorriéndolo con la mirada—; eso fue lo que sacaste con dejarme. ¿Se puede saber cómo fue?

—¿Te interesa?

—¡A mí...! Ni frío ni calor, hija.

—¿Entonces?

—No seas tan soberbia. Te lo preguntaba por si necesitabas de un amigo.

—Mira, Jíbaro; tal vez tú seas el único que sepas bien que el que me hizo esto, puede hacerlo. De modo que me extraña tu ofrecimiento.

—Pero, ¿tan fuerte te ha dado?

—Tú sabes que yo soy así.

—No, no sabía que fueras tan reputa.

—¿Qué pasa, celos?

—¿Cómo?

—Eso parece guararey.

—No, hija, yo no me celo de pájaros. Es que aquí hay muchos que se figuran que tú aún estás conmigo, y me fastidia hacer el papelazo.

—Pues convéncelos de que están equivocados, no dirigiéndome la palabra. ¿No habíamos quedado en eso? ¿A qué viene ahora ese alarde de pedirme cuentas delante de todo el mundo?

—¿Sabes que te encuentro bocona? No cabe duda de que el nuevo marido tuvo razón en estrellarte las bembas.

—No fue ningún marido, ninguno he tenido que se haya atrevido a tanto; ahora, el que haya sido, tuvo más corazón que tú.

—¡Ah, cabrona! ¿Qué es lo que dices?

El Jíbaro llevó atrás el brazo para golpearlo, y la Morita lanzó un grito, cubriéndose el rostro con las manos e inclinándose para evitar el golpe, pero el puño no llegó a pegar, detenido el brazo por alguien que estaba detrás del agresor.

El Jíbaro se volvió violentamente, y mirando al que había intervenido, le habló con tono reconcentrado:

—¿Quién te metió en esto?

—¡Pascasio! —murmuró asombrada la Morita.

—Ni sé —respondió el recién llegado, como si estuviera desorientado—; creo que está mal que le pegues.

—¡Ah! ¿No eres tú el nuevo marido? ¡Ja, ja, ja! Empieza usted agresivo.

Los presos comenzaron a arremolinarse, haciendo comentarios entre ellos. Mientras Pascasio miraba al Jíbaro en silencio, alguien dijo:

—Es casi seguro que con un macho no tiene la muñeca tan suelta como esta mañana.

Pascasio miró a su alrededor con hostilidad e hizo ademán de marcharse.

El espectador que había hablado, cubierta la ropa del polvillo rojo de la caoba que se laboraba en la carpintería, insistió:

—¿Qué tiene el gato?

—¡Miau! ¡Miau! —contestaron los demás curiosos.

La Morita intervino.

—Oye, Santiuste, ¿desde cuando tú eres afeminado?

—¿Y eso? —preguntó el provocador.

—Por el ojo que tienes apagado. Parece que contigo también tuvo la muñeca suelta. ¿Para qué quieres echar a pelear a los hombres?

—¿Pelear quién? —dijo burlón el Jíbaro—. ¿Yo? Yo no me fajo por una basura como tú. Allá ese verraco a quien tienes engatusado.

En aquel mismo instante alguien rompió el grupo de curiosos, paralizando de nuevo la violencia de Pascasio, próxima a estallar.

—¡Abran paso! ¿Es que se ha muerto algún gallego?

Brai, aún chorreando agua del baño que acababa de tomar, irrumpió en el círculo, dentro del cual quedaban el Jíbaro, la Morita y Pascasio. Se quitó el agua que le caía en los ojos y miró alternativamente para los tres, deteniendo su vista sobre Pascasio.

—¡Eh! ¿Qué es lo que pasa, compañero? Hubiera jurado que usted iba libre en estos líos. Pero, ¡mal rayo me parta! ¡En este presidio no hay hombre que se aguante! Hasta usted parece que se ha transado al fin.

A Pascasio se le iba cerrando el círculo de sus ideas y ya sentía que algo le oprimía, poniéndolo a punto de estallar. La llegada de Brai le devolvió algo de su presencia de ánimo. No es que fuera su amigo, ni que lo uniera a él ningún género de simpatía; sencillamente, sabía —como lo sabían todos los demás— la historia de aquel hombre que no se detenía ante nada, cuya fama de guapo era aceptada por todos sin reserva de ninguna clase. Ahora al verse interpelado por él, lo que tenía de capaz se le creció dentro; comprendió que tenía por primera vez frente a sí a un hombre digno de ser peleado, y no a aquella chusma pronta a la fuga y al insulto calumnioso.

Desde que le había pegado a la Morita se notaba otro; junto con el sentimiento pegajoso que se le crecía dentro del pecho se sentía azotado por la vergüenza, y se desorientaba buscando cómo librarse de aquello. En este estado de ánimo salió al patio sin un propósito definitivo, ya que la intención de hablar con la Morita le nadaba en el subconsciente, sin fuerza todavía para movilizar su voluntad.

Así lo encontró accidentalmente en el instante mismo en el que el Jíbaro le iba a agredir, y así intervino. La fuerza que lo

Publicaciones cubanas en la Red sostenía momentos antes, mantenida por las palabras que le oyó al muchacho ingreso cuando fue a sincerarse de haberle pegado con la cuerda, rodó por el suelo tan pronto como se encontró con la Morita y la hostilidad de los otros.

¿Cómo era que había vuelto a caer en aquel fanguero? ¡Otra vez pasar por la vergüenza de aquel brigada sin escrúpulos, ser vejado de nuevo, llevado a juicio y desprestigiado!

Pero ahora tenía a Brai delante de él; a Brai, que se hacía temer por todo el mundo; al que incluso los empleados le daban coba porque sabían que lo tenían que matar si se atrevían con él. ¿No era aquella la mejor manera de salirse del cerco de ignominia que lo oprimía?

Pascasio miró a Brai, que se secaba en tanto que le sonreía irónicamente.

—¿Qué estás hablando ahí de hombres transados? Todos los que estamos aquí no somos iguales, aunque entre tú y los demás no hay una gran diferencia, que yo sepa.

Entre los curiosos se alzó un murmullo. El Jíbaro se sonrió viendo a la Morita dar un paso hacia adelante como para proteger al imprudente, mientras que Brai, que se secaba la espalda cogiendo la toalla por los extremos, dejó quietos los brazos, poniendo una expresión de sincera sorpresa.

—¿Qué es lo que dices, Pascasio?

—Que tú no eres quién para juzgarme a mí.

—En cambio, tú me puedes confundir con los demás. Para ti soy igual que esta partida de mierdas que están esperando que nos entremos a golpes, ¿no?

Las palabras y, más, el tono sereno con que fueron dichas, le quitaron todo el aplomo a Pascasio, que se sintió arder las orejas; no obstante, la reacción fue violenta:

—Sí, para mí eres igual; peor aún, porque estás viviendo de la cobardía de estos pendejos...

—Pascasio... —repitió la Morita en tono de súplica.

—¡Largo! ¡Tú ni me nombres! Por tu culpa se me ha enyerbado el trillo. ¿Qué pasa, Brai? ¿Es que no tienes suficiente con lo que te he dicho?

Brai miró a su provocador, arrugando un instante el ceño.

—Tú, Pascasio, según veo, estás loco. Quieres sudar conmigo tu calentura. Desde luego, ese favor yo no se lo niego a ningún hombre; por si eso te da gusto te diré que me alegro de haberme equivocado contigo.

Interceptando la réplica de Pascasio se oyó la corneta ordenando el silencio. Los presos, que observaban la escena con asombro creciente, cambiaron una mirada de interrogación. Uno dijo:

—Ese silencio será por la visita de algún peje gordo.

—No; se llevan a uno que se viró anoche en la Primera Central.

—A Chichiriche —precisó otro.

—¿Y el herido de la carpintería?

—Ése todavía no se ha muerto, ni se muere mientras no le quiten la sierra de la cabeza. Oye, ¿qué te parece eso? El negro se paró bonito, le echó los caballos a Brai, y...

—Brai no querrá pelear; tú sabes que le da por pocas. A mí me parece que ya está mohoso.

—¿Tú crees que se fajen?

—¡Eso!

—Caballeros, cállense, que no están enterrando a un perro —interrumpió otro.

El silencio se había extendido por el patio; el propio sol parecía haber perdido su estridencia, tal como si el silencio se hubiera elevado cual una nube que lo opacase.

Una orden del cabo que cuidaba el patio hizo cerrar todas las duchas, y los hombres que habían quedado enjabonados se impacientaban malhumorados. Uno dijo en voz baja:

—A buena hora se le ocurrió soltar el piojo a éste.

—El preso es inoportuno hasta para morirse.

—¡Qué silencio ni qué silencio! Cuando yo estire la pata, que me entierren dando gritos, y si lo prefieren que me tiren de cabeza a los fosos.

—Parece que te estás creyendo que al muerto lo entierran por él mismo.

—¡Claro que no! Lo entierran por los vivos, para que no apeste.

—Cállate, que el cabo está dando guataca, y si nos oye, nos entierra a nosotros.

Al otro extremo del patio, el Mula, todavía desnudo, permanecía en atención bajo la mirada asombrada de Jiménez, que con dificultad podía contener la agitación creciente. Cerca de ellos, Manuel Chiquito cambiaba susurros con el cabo Candela, que aún mostraba en su rostro las huellas de la pelea con Pascasio.

—Pero hay que esperar que salga de los Aislados —decía Candela—. Tú sabes que por la ley tiene que estarse tres meses en la limpieza general, y allí lo tengo mangado yo. Si no es varón de verdad y si no se consigue otro padrino que pueda más que tú, te lo llevas en la golilla. Yo te lo apretaré hasta que suelte el hígado. Ahora, subuso; que nadie sepa nada.

—Tú sabes que conmigo sales en coche. Si se me da, estando en la limpieza, te salvas.

—Ya te he dicho, Chiquito, que lo único que quiero es una abotonadura como la tuya.

—Cuenta con ella.

Las palmadas del cabo avisaron que ya Chichiriche había sido puesto en libertad «por defunción». Los gritos volvieron a hacer brillar el sol, cuya luz se partió en los chorros de agua de las duchas. Brai se acercó a Pascasio y le puso una mano en el hombro:

—Compañero, ¿lo ha pensado usted mejor?

—Ha pasado un muerto —dijo Pascasio abstraído.

—Sí, lo malo es que no pase siempre que uno va a pelear.
¡Pobre Chichiriche!

Pascasio no contestó. Ahora más que nunca se sentía privado de defensas. Había querido tropezar contra una pared y la pared se había hecho suave para recibirlo, lo había esquivado; más aún, se había humanizado. No era aquello lo peor, lo indigno, lo que le dolía a él, era no haber procedido como un hombre frente a Brai y haber gritado la verdad. Lo había insultado, explotado, en beneficio propio, en efecto teatral; humilló la fuerza del fuerte, provocó el respeto, alardeando de una pureza que no poseía, la falta de la cual era, precisamente, la que movió a Brai a intervenir.

Ahora crecíase como un héroe ante los ojos de la chusma ladradora, cuyo respeto era ya suyo, cuando lo justo hubiera sido inclinar la frente aceptando la crítica, avergonzado.

Se recordaba de la bóveda, cuando fue a buscar el ataúd, cruzado de fuegos sensuales; cuando atravesando el patio sintió a la Morita, como una planta que se extendía dentro de él, poseyéndolo; cuando, más aún, estiró sus brazos lascivamente, teniendo en el recuerdo la imagen adolorida del ingreso adolescente. Y se recordaba hacía un instante, cuando salió al patio con el propósito latente de encontrarse con la Morita y hablarle.

¿Qué más quería? ¿No era, como había dicho Brai, un hombre transado? ¿No lo destruyó el presidio como a los demás? ¿No era aquello el principio del fin? ¿No sintió la sensación, al transportar el féretro, de que cargaba su propio cadáver, y ahora, ahora mismo, no había creído que el entierro era el suyo propio? ¿Acaso con las baladronadas de guapo vulgar iba a limpiarse de la baba que los ocho años de presidio le metieron en el cuerpo? ¿No era vergonzoso decir a Brai

que él no era quién para juzgarlo? ¿No era jugar con cartas falsas?

¡Cómo lo iban a juzgar! ¡Quién podría juzgar! A él, que era el incorruptible, ¡el honesto! No, no era vergonzoso; era cómico. Le gritó a Brai que estaba viviendo de la cobardía de los demás, y allí estaba él, medrando el valor de Brai: se le había prendido como una pega al tiburón, parasitariamente, para inventarse una pureza de clérigo. Sus pensamientos no se precisaban totalmente, pero sentía la vergüenza de aquella comedia en que las circunstancias y su cobardía le obligaban a participar.

Brai seguía con la mano puesta en el hombro de Pascasio, que se pasó una de las suyas por la frente sudorosa. ¡Si pudiera hablar! ¡Si aún le quedase dentro algo del negro selvático, de aquel negro brutalmente honrado que el cañaveral se había comido a medias para dejarle la otra mitad al presidio! ¡Si pudiera gritar su tragedia en vez de disfrazarla vergonzosamente con palabras huecas! ¡Si pudiera remover aunque sólo fuera el polvo de las ruinas de su rebeldía para segar a los amos de todo! ¡Si tuviera palabras para denunciar aquel crimen que cometían con él, que cometían con tantos hombres, sistemáticamente empujados a la degradación! ¡Si pudiera hablar, por lo menos, de hombre a hombre, con los que tenía a su alrededor!

Pero estaba perdido, irremisiblemente perdido, y sólo podía repetir la frase que le había quedado flotando en la subconsciencia: «Ha pasado un cadáver».

—¿Qué le sucede, compañero? —dijo Brai, sobresaltándolo—. Olvídese de lo dicho, que aquí está uno siempre hablando por hablar, como las mujeres.

Pascasio lo miró detenidamente, pero como si pensase en otra cosa, alzando los hombros, se volvió hacia la Morita y le dijo sin acritud:

—Esta mañana me dijiste que querías hablar conmigo, ¿no? Si quieres, nos veremos a la hora del patio.

Se iba a marchar cuando tropezó con Andrés, el ingreso, acompañado de sus vecinos de la galera. Venían a bañarse después de haber conducido el cadáver de Chichiriche desde la capilla al carro principal. Andrés, por el efecto del tropezón, vaciló a punto de caerse, pero Pascasio lo cogió por el brazo, sosteniéndolo. Los dos se miraron por un instante dentro de los ojos, y el labio inferior de Pascasio sufrió el temblor de una sonrisa frustrada.

—¡Chico! Dispénsame otra vez.

Andrés se zafó, algo turbado por la presión que sentía en sus brazos y por la penetración de la mirada, que había obligado a la suya a recogerse asustada. Después alzó los hombros con un gesto de indiferencia y continuó su camino.

Matienzo, que lo acompañaba, llamó al cabo del patio:

—¿Qué es lo que quieres, Matienzo?

—Oye, cabo, cuídame un momento los ingresos mientras me llevó a este mono al Orden Interior.

—¿Qué comió?

—Casi nada. Ahora tendrá que enredarse con Rompemontes. Figúrate, le ha dado la locura por romper sábanas para hacerse corbatas. ¡Será comeatibía!

—¡Está completo! ¡Daño a la propiedad del Estado! Con eso ya perdió dos meses de buena conducta, y se ganó, en cambio, un pase para las celdas. Y si Rompe-montes está de mala sangre, unos cuantos pescozones. Bueno, yo te los cuidaré, pero anda pronto, que hoy tengo aquí demasiado ganado.

Mientras los reclusos elegían posiciones para ver desnudarse al nuevo ingreso, cuya inquietud vergonzosa se hacía llamativa, Brai se acercó a la Morita y le dijo, sin hacer caso de la presencia del Jíbaro:

—Mora, ¿vas a dejar tranquilo a ese hombre?

—¿Cómo?

Los dos se miraron como para saber la cantidad de fuerza o de interés que estaban dispuestos a emplear en el asunto.

—Déjalo tranquilo —insistió Brai—; ¿no ves que no es un degenerado como los demás? ¿Qué puedes ganar llevándolo al abismo? Si te habló fue de a macho, por mearse en nuestras críticas. Pero él es distinto a nosotros.

—Es distinto —asintió la Morita distraído—; lo acabo de ver, lo vi ya esta mañana cuando me pegó.

Sacudió la cabeza para salir de la abstracción y añadió:

—Pero no puedo dejarlo...

—¿Qué dices!

La Morita quiso adoptar una actitud desafiante, pero las fuerzas la abandonaron y dijo inquietante:

—¿Qué quieres que haga yo? Sé que se va a desgraciar. He adivinado que ya no puede defenderse, pero no puedo evitarlo. Sería con otro cualquiera.

Brai lo miró con curiosidad. Al decir él que la Morita podría perjudicar a Pascasio, pensaba en la violencia de éste y no en su debilidad; en los chismes de presidio, en la posible intervención de la brigada del Orden Interior, en algo por el estilo. ¡Y ahora la Morita le salía con aquello! Si era cierto esto, a él —Brai— no le quedaba más camino que lavarse las manos. Su propia experiencia le decía que en esas cosas nadie puede intervenir sin hacer el ridículo. ¡Tenía que ser! Únicamente las babosas podían cruzar ilesas el presidio.

La Morita y Brai se estudiaron con detenimiento. Éste dijo:

—Bueno, allá ustedes.

—Sin embargo—la Morita parecía hablar consigo mismo—, tal vez ni yo ni nadie pueda contra él. Tiene algo duro, algo más duro que la piedra.

Su interlocutor hizo un gesto de impotencia y comenzó a vestirse. No había pasado un minuto, cuando Valentín el loco

atravesó el patio completamente desnudo, gritando estentóreamente:

—¡Afuera los niches, carajo! ¿Quieren ponerse blancos con el agua? Ya sé que la mitad lo ha conseguido, pero yo los conozco a todos; y cuando llegue la hora del desguace, ¡zas! ¡zas! ¡zas! ¡Niches!

La mirada de su único ojo tropezó con la figura excitante del ingreso adolescente —que ya se había quitado la ropa y quería esconder su pudor como una muchacha inexperta—, y pasándose la lengua por los labios, todo encendido de lujuria, gritó, a la vez que se movía espasmódicamente:

—¡Ay, ganllinan blanca! ¡Yo quiero comer ganllinan blanca! ¡Sabrosa, sabrosa!

El falo del loco se movía como un péndulo, dándole, ora en un muslo, ora en otro, mientras Andrés, cubierto de vergüenza, se tapaba el pecho con las manos temblorosas, o apretaba las piernas como una virgen a punto de ser atacada por un sátiro.

De todos los ángulos del patio comenzaron a gritarle al loco gesticulante:

—¡Hey, Valentín! ¡Valentín! ¡Cómo te gusta lo bueno, cabrón!

—¡Y eso que está loco!

—¿Cómo no le fajas al largo?

Algunos ojos se humedecieron de lascivia viajando del falo del loco al cuerpo desnudo y estremecido del ingreso. Valentín se volvió hacia las duchas riéndose a carcajadas estentóreas que dominaban todos los gritos:

—¡Dios mío, mi madre! ¡Ganllinan blanca! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

Se metió debajo del agua y continuó riéndose, haciéndole coro los demás:

—¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja!

—Ven, ven a bañarte, ganllinita mía, mi niño. Ven a bañarte. Aquí está el grande hombre, don Valentín Pérez Daysón. Ven.

—¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja!

En el patio estallaban las risas y las lujurias; Valentín se había quedado silencioso, encendido bajo el agua su ojo de sátiro.

LA MECÁNICA

9

—¡Dobla el lomo! ¡Oye, tú, baja las manos! ¡Ese lomo! ¡Tumba! ¡Tumba! ¡Vira y tumba! ¡Aquí hay quien se figura que va a cumplir los años de botella, rascándose la siguaraya! ¡Tumba! ¿Qué pasa, Huevo de Oro? ¿Vas a doblar el lomo o qué? ¡Quiero ver brillar el piso! ¡Ese es el espejo en que me hago la raya! ¡Tumba! ¡Tumba! ¡Quiero ver las manos bien a ras-tras, como las conciencias! ¡Al cemento le pica la barriga y hay que rascársela! ¡Tumba, carajo! ¡Vira y tumba! ¡No veo! ¡Es que no veo! ¡No veo ni siento! ¡¡Tumba!!

Candela hacía la mecánica del penal con veinte ingresos y otros tantos castigados o sin taller. Dos reclusos lo ayudaban, alcanzándole cubos de agua que él lanzaba con un arte especial, haciendo que el agua se abriese en un amplio abanico en el aire, para después caer al suelo con estruendo, extendiéndose en todas direcciones.

Esa agua era llevada hasta los tragantes por los presos que, en parejas, arrastraban —doblados por la cintura y caminando hacia atrás— un saco descosido y extendido sobre el suelo. Cuanto más pegado al piso se llevase el saco, más agua arrastraba, pero más violenta era también la posición del que trabajaba. Si el trayecto a recorrer era largo, pocos lo

Publicaciones cubanas en la Red
cubrían sin alzar las manos; era preciso una buena práctica para hacer esta labor sin que las piernas temblasen y la cabeza no diese vueltas para hacer perder el equilibrio.

Los presos antiguos, haciendo alarde de experiencia, realizaban el trabajo corriendo. Había parejas invencibles, como por ejemplo, el Rápido y Matanzas, dos que, por una razón u otra, estaban siempre «enredados con el saco». Aeroplano y Gavilán eran los mejores para las largas distancias; pero la primera pareja, entre todas, había sido, indiscutiblemente, la del Curita y el Marinero, y era necesario que este último muriera a consecuencia de una congestión en una competencia, para que otros pudieran aspirar al título de campeones.

Eran dos rayos. No metían las rodillas dentro de los brazos extendidos porque así era necesario inclinarse más, oprimirse más el vientre, y los movimientos siempre quedaban menos libres. Tampoco cansaban el cerebro tratando de mantener la cabeza demasiado alta, ni miraban si tenían que hacerlo por los lados, sino entre las piernas. Y, sobre todo, el paso; el que pensase apoyar el talón en el suelo, no llegaba a ningún lado, como el que pretendiese dejarle todo el trabajo a las piernas, en lugar de ayudarlas constantemente con el balance del cuerpo, no iba mucho más allá de la arrancada.

El saco era una verdadera ciencia; en el cepillo y el ladrillo había mil formas de defenderse; bastaba con ser pícaro para estarse horas y horas como si nada. Pero en el saco, siendo Candela el mandante, que no tragaba gato por liebre, el que no andaba claro se caía.

—¡Tumben!

Candela tenía discos fijos para todas las circunstancias; el cemento le picaba la barriga; el cemento estaba bravo porque no lo acariciaban; el cemento era su espejo; el cemento ...

—¡Me quiero ver la sonrisa! ¡Vira y vira!

Las parejas corrían hacia atrás en el tragicómico maratón de forzados. Al llegar a la meta, doblaban el saco por el centro y uno sujetaba un extremo, mientras el compañero daba vueltas al otro para exprimirlo y tornar al punto de partida, donde Candela seguía haciendo explotar, contra el suelo, los abanicos de agua.

Los novatos se rendían enseguida, pero era necesario seguir por la sencilla razón de que el cemento no se los tragaba. Todo comenzaba por unos violentos temblores en las rodillas que iban subiendo, poco a poco, hasta invadir el cerebro. Entonces la cabeza parecía girar como un carrusel, la vista se opacaba, y se corría hacia atrás, sin saber hasta dónde se iba, perdido en la oscuridad de todos los pensamientos en fuga.

Pero no se iba muy lejos, aunque algunos creyesen haber salvado, incluso, los muros de la prisión, y haberse hundido en abismos de nubes sin color, donde no existía la distancia ni el tiempo, donde se viajaba con rapidez increíble de un astro a través del espacio, con la rapidez que parecía haberse creado una inmovilidad monolítica; donde no se sabía si había transcurrido un año o un segundo; donde un pensamiento, jugueteón como un niño pequeño, impreciso como una nebulosa, se hacía súbitamente viejo, arrastrando un dolor desconocido que no dolía, acaso semejante a la muerte. Pero, ¿qué preso podría ir tan lejos que no regresase a su centro de atracción que es el presidio, donde las leyes de gravedad son absolutas?

Andrés se había quedado junto a una fuente pequeña que se alzaba en un extremo del patio. Cayó de un lado, la sien contra la acera y la boca entreabierta, que dejaba escapar por las comisuras de los labios hilillos de baba; en la frente, como en una superficie cubierta de grasa, se fijaban gruesas gotas de sudor helado, y el rostro, donde ya se precisaba el trabajo del sol, se sumía en un amarillo de enfermo.

No había podido ir muy lejos, aunque él se sintiese, montado sobre gritos veloces, volar y volar a través de regiones

Publicaciones cubanas en la Red desconocidas. Había caído allí, junto a la fuente, rodando entre las piernas del Curita, con el que hacía pareja y que ahora miraba a Candela, guiñándole un ojo cuya intención completaba la sonrisa que le bailaba en los labios.

—¿Qué pasa, Curita?

—Compañero, me ha puesto usted con un niño de casa particular, ¡ya está en la pila!

—Eso no es nada, a todos les pasa lo mismo. Mira para el compañero. ¡Eh, tú, larguísimo! ¡Agacha el lomo! ¡Llevas las manos tan altas, que parece que estás rezando! ¡Ni que el cemento estuviera en las nubes! ¡Tumba!

Candela se acercó al desmayado con un cubo de agua. Al llegar junto al Curita, le dijo:

—Me lo trabajaste bien, pero tienes que seguir; la cuestión es que eche el bofe y ya te daré tu descanso después.

—¿No le has dicho nada aún?

—Todavía no; primero quiero madurarlo un poco.

—Está bien; síguele dando jibey.

Candela se ladeó un poco y, dándole impulso al cubo, lanzó violentamente el agua que contenía contra el muchacho desmayado.

—¡Vaya, Curita, ahí lo tienes! —dijo, sin esperar los efectos del procedimiento, como si ya los tuviese descontados—; no olvides lo que te dije.

El golpe de agua sacudió al ingreso, echándolo contra la fuente para volverlo en seguida a la posición anterior, dando la sensación de un ahogado a la orilla del mar. Un momento después se estremeció, abrió los ojos opacados por el desvanecimiento, e hizo un esfuerzo para sentarse, aspirando profundamente el vapor húmedo que el sol violento arrancaba al cemento mojado.

—¿Qué hubo, compa? —preguntó el Curita.

El muchacho le echó una mirada desanimada, con deseos de volverse a la nada de donde acababa de salir, cuando lo sobresaltaron los gritos de Candela que a la vez palmoteaba ruidosamente.

—¡Hey! ¿Qué pasa con el blanquito? ¡Vamos a tumbar! ¿Es que te figuras que estás en la playa, o qué? ¿Qué pasa, Cura? Pónganse de acuerdo o van a tener que arrastrar en las celdas un saco lleno de arena. Conmigo no hay manera de estarse cogiendo descansitos con la guilladera de los desmayos. ¡Vamos a tumbar!

Andrés se levantó haciendo un esfuerzo; las piernas le temblaban como atacado repentinamente de fiebres palúdicas, y al inclinarse para coger el saco, se cayó de bruces.

En aquel momento, Candela tiraba un nuevo cubo de agua contra la cabeza humillada del muchacho, que se levantó justificándose:

—Las piernas no me sostienen; creo que no puedo más.

—¿Te quieres buscar un lío? Aquí no puedes negarte a trabajar; te llevan enseguida para las celdas, donde te cuelgan esposado por las muñecas a las rejas y te hacen trope-lías. Si le gustas al Trágico, ¡figúrate! Colgado y todo te lleva en la golilla. ¡Los casos que conozco yo!

—¿En la golilla?

—Sí, te enamora, te come.

Andrés clavó sus ojos asombrados en el Curita, que fingió una expresión de temor, y añadió:

—¿No has oído hablar del Trágico? Pues si vas a los Incorregibles, peor que peor. Ahí no hay presos ni empleados que cuiden. Te sueltan a los leones y se acabó el mundo, ¡digo, como estás tú! Se rípiarían por ti. Mira, vamos, que Candela no avisa dos veces.

Éste, que deliberadamente no veía aquella interrupción del trabajo, les gritaba a las otras parejas que se habían tomado

Publicaciones cubanas en la Red
su descanso aprovechando la confusión causada por el desmayo de Andrés. El compañero alto de éste y Macaco también estaban en la limpieza; el primero, que encontraba grandes dificultades en mantener las manos cerca del suelo, tenía por compañero, para tirar del saco, a otro ingreso, Macaco; considerado inútil para aquella faena, lo empleaban en limpiar los azulejos de la pared. Había cumplido una semana de castigo por haber roto una sábana del penal, pero no salió muy asustado del castigo. Si le preguntaban, se dejaba arrebatar por la risa, y sólo decía:

—Tíos, muy cochinos. ¡Sabroso! Después me voy a hacer otra corbata.

Por debajo de las palmetadas de Candela, las parejas continuaban arrastrando los sacos.

Cuando Andrés y el Curita llegaron al tragante para exprimir el saco, ya aquél no pudo incorporarse pues las piernas le bailaban espantosamente. El compañero le hizo sentarse en la acera, en tanto que él solo hacía el trabajo; se demoró esperando que los otros acabaran, y cuando se quedaron solos le dijo a Andrés:

—Vamos caminando despacio para que descanses.

—Es que no voy a poder venir de nuevo hasta aquí. Tú corres demasiado y me has tumbado más de diez veces.

—Así acabamos primero. No te preocupes, que yo conozco bien esto. Oye —le dijo después de una pausa—, ¿por qué no te echas un amigo? Cualquiera de influencia podría sacarte del saco y meterte en un taller.

Andrés miró con desconfianza al Curita, que le sonreía inocentemente.

—Mira, háblale a Candela, que él puede aconsejarte. Por ejemplo, si consigues que Manuel Chiquito te ayude...

—¿Ese depravado?

—¡No seas bobo! Aprovéchalo, la cuestión es no ir al tumbadero. Eso...

—¡La cuestión es tener vergüenza!

—¡Vamos! La cuestión es no estar enredado en el saco, y lo demás es atracarse. A lo mejor, si te pones fatal, acabas tuberculoso.

Se detuvo y lo miró con fijeza:

—¡Si alguno podía vivir pollo aquí, eres tú, que no te duelen ni los callos! Estás en tu hora, y no tienes más que echar a moler el ingenio para que te lloren como cosa buena. Prueba y verás.

—¡Ya le he dicho que la cuestión es tener vergüenza!

—Pues mira, ya te chivarás. A mí, después de todo, ni me va ni me viene. Lo decía por tu salud.

—¡Está bien!

—Bueno, vamos; yo no quiero que Candela me coja entre los ojos por tapar a nadie. Aquí cada uno viene por su causa y sanseacabó. ¡La culpa la tengo yo!

Apresuró el paso, y al llegar cerca de Candela le guiñó un ojo haciendo un gesto de desaliento. El cabo de patio gritó enseguida, mirando para el muchacho:

—Oye, ¿qué puñetas te figuras tú? ¡Aquí hay que doblar el lomo o te llevo volando al brigada! En las celdas vas a tener que jorobar el espinazo o tal vez algo más. ¡Vamos! ¡Tumba! Oye, tú, Curita, ten mucho cuidado, no te coja a ti también en rueda. Si no te pones dichoso vas a caer a la jaula de los leones.

—¿A mí? ¿Qué culpa tengo yo de que me hayas puesto a éste que no quiere pegarse?

—¿Qué no quiere qué? A la próxima que los vea cogiendo chances van para el Orden Interior de cabeza. Si no tienes la culpa servirás de testigo.

—¿Lo oyes? —dijo el Curita, dirigiéndose al muchacho—. Y yo si es verdad que no me fastidio por nadie. ¡Tumba!

A Andrés le dolían los pies descalzos; en el resto del cuerpo sólo sentía un dolor sordo, interior, por dentro de los huesos, pero demasiado lejano para precisarlo... Del estómago le venían arqueadas de debilidad irresistibles, y las rodillas continuábanle chocando una contra otra, negándose a sostenerlo.

Poco después de las cinco de la mañana, lo había despertado la diana, y pasada media hora le dieron un jarrito de café oscuro que más parecía agua sucia. Ya hacía tres horas que trabajaban y todavía faltaba hora y media más para terminar la mecánica.

Miró al Curita y al saco. Comprendía que no podía resistir, pero le horrorizaba presentarse en el Orden Interior, donde ya sabía que solamente los mandantes eran escuchados. El día anterior, cuando lo llevaron a él, después de cumplir los quince días de aislados, para tomarle las generales, oyó decir al brigada:

—Pronto tendremos a éste por aquí enredado en algún chisme. Prefiero mil viejos rabiosos a un chiquito de éstos con cara de putica. Ahorita va a querer ver enamorados por todas partes.

Después, hablándole a él, añadió:

—Ándese derecho y no se fie ni de su madre; después que se meta en un berenjenal no vaya a venir aquí pidiendo auxilio.

Al brigada le había visto la misma cara que a los presos; igual cinismo detrás de los ojos cuando lo desnudaron para anotar en la tarjeta de identificación las señas particulares de su cuerpo.

«Edad: 18 años.

Color: blanco.

Estatura: mediana.

Peso: ciento veinticinco libras.

Ojos: claros.

Pelo: rubio.

Facciones: regulares.

Señas particulares: un lunar en la tetilla izquierda».

—¡Cuídeselo, eh!

El brigada le había levantado los brazos, mirándole las axilas; después lo hizo ponerse de espaldas e hizo un comentario que el muchacho no entendió, pero que provocó risas al preso anotador, que le hicieron enrojecer.

—Nada de particular —añadió el brigada—; digo, mucho de particular.

—¿Pongo eso en la tarjeta, brigada? —preguntó el preso que anotaba.

—¡Yo sé lo que pondrías tú, descarado!

—Brigada, yo soy un preso serio.

—¡Y bien! Ya me han dicho que no te ríes cuando te llega la hora. Por eso te tengo a mi lado. Ahora, que serio soy yo también y a veces me contagio con ustedes; a fuerza de verlos llorar como al cocodrilo suelo sentir mis penitas. Ahora, que lo mío es con ellas.

—¡Dichoso usted!

—Bueno, muchacho —había dicho el brigada, dirigiéndose a él—; cuídate la comida, que Dios te la cuidará.

¿Cómo hacer? ¿Cómo ir a presentarse delante de aquel hombre y contarle lo que le ocurría? Se moriría en el minuto próximo, en la próxima carrera; en la arqueada que ahora le llegaba estaba la muerte, pero, ¿qué hacer? Si pudiera abrir los brazos a lo alto y correr dando los gritos que tenía adentro, espantables de angustia y desesperación, tal vez conmovería a alguien. Pero no podía hacerlo, tenía el espíritu lleno de cobardía; todo él trataba de esconderse, de reducirse, de

Publicaciones cubanas en la Red
borrarse de aquel medio enemigo en que lo habían metido. Adonde quiera que miraba encontraba siempre el pegajoso sentimiento del macho en celo, unas veces disimulado en las miradas lascivas de los presos con que hablaba, otras agresivo, como en Matienzo, cuando llevaron el cadáver de Chichiriche; y después el Matienzo mismo durante sus quince días de permanencia en la galera de los ingresos; o como en el terrible día del baño, cuando el loco arrojó sobre él la carcajada repelente del presidio, que le penetró cual una baba en la vergüenza, alerta a los hombres innobles que lo rodeaban.

Estaba cercado; la única salida que le dejaban era aquel saco que debía arrastrar cuando ya no tenía ánimos ni para arrastrarse a sí mismo. Advertía en todo la acción envolvente de Manuel Chiquito, pero no encontraba la forma de escapar de ella.

Él, a quien para ser hombre le faltaba algo, hallaba en su debilidad la fuerza subconsciente para rechazar todo lo que le pareciese rendición. Ni aun después de haberselo dicho el Curita admitía la idea de que aquel hombre pudiera servirle de ayuda, ni siquiera en el caso de estar dispuesto a ceder.

No se hacía ilusiones; en los quince días que llevaba en el presidio había encontrado algo ambiguo dentro de sí. No se olvidaba de cuando fue besado por Matienzo; cuando en el baño la presión y la mirada de Pascasio primero, y, después, la atención general de los presos, le sacaron del cuerpo un extraño rubor femenino. Todo aquello lo hacía temblar; pero, cuanto más débil se reconocía, mayor era su voluntad de soportar, resistiéndose, la agresión del medio, aunque éste contara con todos los recursos para dejarlo sin defensas, hasta sin fuerzas físicas.

—¡Tú, Cura, hasta la cuadra! —gritó Candela.

El Curita encogió los labios con una sonrisa de duda. ¿Hasta dónde? Desde donde estaba hasta la cuadra había más de

Publicaciones cubanas en la Red
cuarenta metros, y él, sí, había alcanzado ya el doble sin pegar los talones en el piso, pero, ¿este ingreso?

—Entonces prepara el cubo —le gritó a Candela.

Y mirando para Andrés, que parecía más descansado, le dijo:

—Vamos, eso es una panetela para nosotros.

Los dos se inclinaron. Andrés sintió que se iba a caer de cabeza, pero haciendo un esfuerzo se mantuvo en pie. Ya sabía que después de la arrancada todo era más fácil en los primeros segundos, aunque luego...

—¡Tumben! ¡Esas manos!

Pegados al contén de la acera comenzaron a arrastrar el agua que les llegaba a los tobillos. Gradualmente, el Curita apresuró el paso, y a la mitad del camino sintió vacilar a su pareja, que había separado las manos del suelo para no caer de bruces. Era la inercia lo que ya lo sostenía en aquella carrera fuera del equilibrio.

—Baja, baja las manos.

Andrés se vio con la cabeza dando vueltas y cerró los ojos; pero se sostuvo aún, sin saber cómo, sin voluntad de sostenerse, sin saber si aún corría o si se había caído. Los últimos pasos fueron mayores, como saltos mecánicos. Por fin se le nubló la mente y entró en una oscuridad absoluta.

Apenas sintió el golpe contra el cemento; cuando el Curita trató de levantarlo, pudieron vérselo en el rostro manchas de sangre.

Pese al cansancio y a la costumbre de ver diariamente lo mismo, se cruzaron comentarios de protesta entre los otros presos, que ahogó Candela con sus gritos, mientras se dirigía al muchacho con el cubo preparado.

—Se hizo sangre —dijo preocupado—; bueno, que lo lleven al botiquín. Tú, Cura —y habló en voz baja—, sin que los

otros se den cuenta, avisa en la galera al Chiquito; dile que el muchacho va a curarse.

Levantando el cubo hasta donde le fue posible, comenzó a dejar caer el agua sobre el rostro del desmayado, que no hizo movimiento alguno; entonces, mirando a su alrededor, llamó a una de las parejas:

—Tú, avisa al interno de guardia; y tú, Oriental, di en el botiquín que traigan algo para despertar a éste. ¡Listos! ¡A ver ustedes! ¡Agachen el lomo! Vamos a seguir nosotros, que esto no tiene importancia. Tú, Largo, que eres su compañero, llévalo hasta la sombra, pues si mando a uno de estos léperos, son capaces de cualquier tropelía sin importarle que sienta o no. Llévalo tú, y así podrás coger tu descanso, que por lo que veo, estás completo también. ¡No me explico esta gente que viene de la calle hecha una calamidad!

El compañero de Andrés lo miró con desprecio y se inclinó, tosiendo sobre el muchacho para tratar de levantarlo, aunque se sentía sin fuerzas para ello. Al verle la cara ensangrentada se le apretaron los dientes con indignación y murmuró:

—Sí, como los de la calle, pero más miserables aún, más depauperados y crueles.

Para poderlo levantar tuvo que ayudarse con todo el cuerpo, y al hacerlo cayó sobre su boca la mejilla del muchacho, que él esquivó con una leve sonrisa que súbitamente se le adulteró en los labios. Lejos, tras el tropel de pensamientos actuales, recordó una mejilla de mujer, su boca; las grandes ojeras, que ella se pintaba un poco; los senos, que a él le gustaba ver libres, aunque hablasen de cosas ajenas al amor, por simple emoción estética.

Aquella mujer estaba lejos, a una distancia de seis meses de prisión preventiva; como si se dijese meses de luz; meses siderales. Estaba perdida en la nebulosa de ideas, ajenas a

Publicaciones cubanas en la Red
ella; tras el recuerdo de testigos, jueces, legajos, juicio público y tragedia íntima; al otro lado del mundo.

La recordó. Pequeña y ágil. Le gustaba alzarla en sus brazos y jugar, besándole la garganta, para hacerla reír. Así la sujetaba, oprimiéndole las caderas, hasta que ella se ponía seria.

El ingreso precisó que tenía apretado contra su pecho a Andrés y sintió una vergüenza repentina. En sus oídos estaba demorada la frase de Candela: «Si mando a uno de estos léperos, es capaz de cualquier cosa». No obstante, al depositarlo contra la acera, la garganta del adolescente volvió a transportar su recuerdo, y deliberadamente, ardido y confuso a la vez, rozó con sus labios el rostro inanimado.

Al regresar al lado de su pareja, pasó junto a un castigado que le dijo:

—¡Compañero, cogió usted su agüita y parecía verraco!

Oyó estas palabras como si le hubiesen pegado en la boca, pero no se detuvo. Le parecía haber comentado un crimen vergonzoso contra sí mismo. ¿Era posible que aquello lo hubiera realizado conscientemente? ¿Por el recuerdo de la mujer?

Aún sentía cómo los brazos le crecían de haber depositado en el suelo al adolescente, y algo había en él que quería retener aquella sensación, como otras veces trataba de conservar el recuerdo emocionante de su vida pasada, al que se prendía, temeroso de quedar para siempre empobrecido.

De pronto se le ocurrió que cualquiera de los que estaban allí hubiera podido, al trasladar al muchacho, cometer un atrevimiento, y se indignó. ¡Había tanta degeneración en aquel lugar! Lo de él fue una locura sin consecuencias; un recuerdo de la calle que lo poseyó, sin que el muchacho en sí influyese en nada. Freud podría decir lo que quisiera, pero que le viniesen a contar a él que aquel chiquillo, con todo lo que pudiese tener de femenino, pesó directamente en sus sentimientos. Todo fue una simple asociación de ideas, determinada por la cuestión

Publicaciones cubanas en la Red de semejanza, ya que nada había en él que lo impulsase a buscar satisfacción en lo contranatural.

Lo que le ocurriera se debió a su necesidad de transporte y en ese caso el muchacho no fue más que el vehículo sin contenido propio alguno, acaso algo así como una ráfaga de aire fresco que le bañase el rostro en medio de un día caluroso.

Acompañado por el Oriental, que había ido a buscarlo al botiquín, llegó el interno; éste se inclinó sobre el desmayado y le tomó el pulso:

—Hambre —dijo—; este muchacho no tiene nada en el estómago. ¿Quién es aquí el jefe?

Candela se acercó.

—Yo, doctor; sucede que es nuevo en el saco; tomó café, como los demás.

—Sí, ya sé lo que tomó: mierda. Mire, lo de la frente no es nada, eso se cura solo, pero lo que tienen que hacer es aliviarlo por ahora en el trabajo.

—El reglamento...

El interno, que se disponía a abrir un frasco de amoníaco que extrajo de su bolsillo, se detuvo para mirar al cabo de patio.

—El reglamento, ¿qué? Si no lo alivia, lo ingreso en la enfermería.

Manuel Chiquito, llegado hacía un momento, le hizo un ademán de inquietud a Candela.

—Bueno, me arriesgaré —aceptó éste—; pero usted sabe que nosotros no podemos aliviar a nadie.

—Sí, ya me doy cuenta. Casi, casi, me imagino lo que ocurre. El chava es bonitín. Seguramente todavía no se ha doblado.

—¡Doctor!

—Está bien, eso a mí no me interesa: allá ustedes. Las veces que me he metido a redentor en líos de esta clase he tenido que arriesgarme.

Le dio a oler al desmayado el amoníaco, y cuando lo vio estremecerse y abrir los ojos, se marchó, alzando los hombros.

Candela se volvió hacia los demás presos, que se amontonaban alrededor del paciente, y gritó palmoteando:

—¡Tumben! Todavía faltaba el zarandeo. Hoy quiero leer mi porvenir en el cemento y tiene que brillar como un cristal. Tú, Cura, hazte cargo del orden un momento.

Se acercó a Manuel Chiquito, que parecía esperarlo, y le dijo:

—¿Ya ve, compañero? Parece que me estoy ganando la botonadura de mala manera.

—Sí, pero no aprietes demasiado ahora; a lo mejor me lo mandan para la enfermería, y tú bien sabes cómo están los tiburones allá arriba; en seguida resulta que lo encuentran malo de la apéndice, que hay que operarlo, y después, ya sabes: con anestesia se pueden coger los mangos bajitos. ¡Que me pregunten a mí lo que pasó con Alma Guajira!

—¡San Lzaro! Me alegro de haber entrado aquí después de los treinta.

Manuel Chiquito se rió:

—No te hagas ilusiones; en tu vida tuviste quince años. A ti te defiende la jeta.

—Perro no come perro, ¿verdad?

—Cuando tiene mucha hambre, sí.

—¡Pa su madre! Vete, no quiero que el chavea me vea mucho contigo, para que no se cabree. Ya se despertó. Abur. ¡Tumba, ingreso!

—Oye, ¿Matienzo no ha andado por aquí?

—Sí, ha dado su vuelta, pero de lejos. Parece que tampoco le cae muy bien a la niña; además, no le conviene perder el vivido de los ingresos. Él no es perro que siga a su amo. Vete ya.

—Hasta luego; ya sabes, manichea bien este asunto, que ya me va de puntillo.

Por una esquina apareció Macaco, sonriéndose idiotamente. Había roto una tira de la guerrera y se la anudaba al cuello.

—Mira, tío —le dijo a Candela—; tengo corbata. El brigada no quiere que me la ponga, y tú me tienes que llevar para el calabozo.

EN LOS INCORREGIBLES

10

Basilio, conocido por Rompemontes, brigada del Orden Interior, le dio un empujón a Macaco contra la pared, mientras se disponía a abrir el cepo de la reja de los Incorregibles, exclamando:

—¡Vaya, comida para los tiburones! Aquí les traigo un bocado exquisito para que luego no anden diciendo por ahí que Rompemontes los tira al olvido.

Entre los penados, que se movían en la penumbra de la bóveda, hubo un silencio de acecho. Parecieron por un instante bestias hambrientas que se dispusieran a saltar sobre su presa, pero inmediatamente reaccionaron, suponiendo, razonablemente, que de Rompemontes no podían esperar nada bueno. Cuando la reja quedó abierta, todos experimentaron un sentimiento de desconfianza y tornaron a plegarse en sí mismos, diciendo uno de ellos:

—¿Qué es lo que puedes traer tú, Rompemontes? A lo mejor algún macho que te haya metido miedo en el patio.

—¡So canalla! ¡Eso de Rompemontes sólo consiento que se me llame a mis espaldas! Y por lo otro; te traje aquí por pederasta y no porque te tuviera miedo. ¡Eres demasiado pendejo! Además, ya sabes que te doy todo lo que ofrezco.

—Menos aquello de enredarte conmigo en una celda. Hiciste bien en rajarte, porque a lo mejor lo ibas a pasar mal nueve meses después.

—¿Nueve qué, cernícalo?

—Nueve meses. Y no sería la primera vez que preño a un macho como tú. ¿Entiendes ahora?

—Oye, Jíbaro... —el tono del brigada era reconcentrado.

—No oigo nada. ¡Rompenabos! A tipos como tú quisiera encontrármelos en la calle.

—Pero...

—Sí, sí; a ver, desembucha lo que traes. Vienes aquí de provocador para después meternos dos docenas de chotas a que nos den bocabajo.

—Vaya, cálmate. Si sales algún día, que lo dudo, estoy seguro de que me pagarás la convidada, como hizo Perico ayer, cuando me lo encontré. ¡Y eso que se juramentó con ustedes! ¡Qué miedo! ¡Un ñañigo búscandome para limpiarme en cuanto me viera!

—¡Esas son calumnias tuyas! Si ahora apareciera Perico por aquí, aunque fuera de reincidente, te morirías. Estoy seguro de que desde que salió no vas ni por el barrio.

—Lo que yo creo es que tú te estás buscando bailar un danzón colgado de la reja. ¿Qué tiempo hace que no te esposan a ella?

—Desde la última vez que te menté la madre.

Entre los incorregibles se alzaron palabras ofensivas de protesta, y el brigada agarró el cepo, pronto a cerrar la reja. Pero viendo que los otros no se movían, se sonrió despectivamente, echándose el revólver hacia delante. Miró

Publicaciones cubanas en la Red para la pared donde Macaco gemía palabras ininteligibles, y dijo, cogiéndolo por el cuello de la guerrera y suspendiéndolo en alto, como si mostrase a un animal en venta:

—Bueno, yo no he venido aquí a pelear contigo, sino a traerte lo que te hace falta. ¡Ahí está! ¿Qué hubo? ¡Vayan por turno, para que no lo despedacen!

Y lo tiró dentro de la galera; por el empujón, Macaco entró dando traspiés hasta caer en los brazos del Jíbaro, que, después de mirarlo, lo rechazó lejos de sí, haciéndolo ir a parar sobre otro de los castigados, que lo rechazó a su vez, tirándolo contra la pared, donde el idiota quedó agazapado y quejándose, con los ojos desorbitados por el terror.

—¿No querías celda? —preguntó el brigada—. Ya verás ahora lo que te va a arder.

—¿Y eso? —dijo uno de los que estaban al fondo de la bóveda—. ¡Valiente sapo nos trajo! ¡El que se coma eso, muere reventado! No seré yo, por cierto.

—Ni menda —dijo otro.

—Ni yo —repitió una voz de sueño.

—Ni el otro —intervino un cuarto.

—¡Carajo! ¡Qué finos están ustedes hoy! ¡Y aquí los hay que le han entrado hasta a Fosforito. Bueno, entonces se lo comerá el Jíbaro, que es una queirosa que pica hasta con alitas de cucaracha.

El Jíbaro permaneció hostilmente callado, mirando de través a su enemigo. De súbito, su pensamiento se ha ido a la calle, para su barrio, donde en un tiempo los toros que más meaban eran tres: Perico, él y este canalla de Rompemontes, que ahora se había hecho brigada del presidio.

Fueron los tres íntimos amigos hasta que María Belén se les atravesó en el camino, dándole esperanzas a cada uno de ellos por separado. Pero el día en que él y Perico cayeron enredados en el asunto del policía Fraga —que una mañana

Publicaciones cubanas en la Red apareció en su posta «con la boca llena de hormigas»—, supieron que Rompemontes era confidente de la Policía y que los había entregado para quedarse solo con la mujer. Entonces juraron vengarse y se sortearon para saber cuál de los dos se echaba encima la muerte de Fraga, para el que saliera en libertad castigara al delator.

A él le tocó enredarse con los veinte años de presidio, y el mismo día de la sentencia, estando aún en la cárcel en prisión preventiva, supieron que Rompemontes acababa de ingresar en el presidio como brigada. Aquello no alteró sus planes; delante de un grupo de compañeros, Perico, ya con la orden de libertad dada, juró que castigaría al delator.

—Paciencia, mi tierra —le había dicho Perico al salir—; las cosas hay que hacerlas con calma para que salgan bien.

El Jíbaro miró hacia el brigada, que ahora le pasaba el cepo a la reja. Habían transcurrido ya quince meses y aquel canalla todavía se daba la satisfacción de insultarlo impunemente, diciéndole que Perico lo convidaba a tomar. No lo creía, y no obstante, habían pasado quince meses. Tampoco ellos quisieron creer al principio que Rompe-montes los había traicionado, y fue verdad.

El Jíbaro se daba cuenta de que estaba perdido dentro de aquel montón de años que tenía encima; que poco a poco lo olvidaron sus mejores amigos, e incluso la mujer se le fue con el chino José Lan, y se lo mandó a decir en una carta como la cosa más natural.

«...Además, nadie cree que puedas salir de ahí sino cuando estás hecho un viejo cañengo. Y yo tengo que defenderme como pueda. Sin contar que me han asegurado que tú estás viviendo ahí con un pájaro que le dicen la Morita».

El Jíbaro sintió sobre él la mirada irónica del brigada que se marchaba, y disimuló su odio desesperado, diciendo:

—Dale recuerdos de mi parte a Perico. Dile que te pague la convidada en mi nombre. ¡Ah! Si ves a esa puta que fue mujer mía, no te olvides de contarle el regalo que me acabas de hacer, así se enterará de lo fácil que es hacer aquí lo que yo le hacía a ella.

—¡Y bien que tienes cara de eso! —dijo hiriente el brigada.

El Jíbaro recibió el golpe con soberbia:

—Por eso no. Tú sabes que yo las conozco que tienen cara de santas y se dejan coger a traición.

El brigada se lanzó contra la reja, empuñando el revólver.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes, verraco; pregúntaselo, si quieres, a ella misma y ...

*Mata, si vas a matar,
mata y no chives más...*

—...¿Te acuerdas de que ese era el canto que le sacamos al policía Fraga? ¡Y pensar que fuiste tú mismo el que le dio la puñalada!

El brigada lo miró con inquina, pero reaccionó malévolamente:

—¿Recuerdas la carta que te escribió tu mujer? Se la dicté yo mismo. Y para que lo sepas, después que te hicimos el papel nos fuimos a acostar juntos.

—Estamos a veintinueve iguales. ¡Los ratos que me paso yo acostado con María Belén!

—¡Esos son despechos! ¡Eres tú demasiado sarnoso!

Al Jíbaro se le clavó una idea en la frente; hasta aquel instante se había resistido a creer que Perico le fallara, pero la impaciencia y la desesperación le gritaban a su instinto. Miró a Rompemontes con desafío y le dijo:

—Para que no vivas tan confiado, te voy a dar una letra: averigua quién entra en tu casa cuando estás de guardia. ¿No fue el domingo cuando te quedaste de retén?

El brigada lo miró interrogante, pero sin responder, como si esperase el final de aquella nueva agresión.

—...Pues te conviene averiguarlo; parece que Perico te está trajinando la carne. Y ya sabes cuál es el gusto de Perico.

—¡Mientes!

—Tú fuiste compañero mío durante muchos años y sabes que siempre digo la verdad. Si te cuento esto es porque Perico parece que me ha traicionado y es bueno que lo pague. ¡Conque ya lo sabes! ¡Bien decía yo que María Belén era demasiada mujer para ti solo!

El cinismo innoble del brigada dio paso a un asombro indecible. Se comprendía que sus pensamientos no estaban allí, mientras movía negativamente la cabeza queriendo romper las dudas que lo asaltaban. El revólver se le fue de la mano y se le quedó pendiente del correa, como algo inútil que hubiera perdido su fuerza de agresión.

—No...

—¿No, qué? —indagó triunfante Jíbaro.

Rompemontes agitó la cabeza con violencia para espantar los pensamientos y volvió a gritar:

—¡Mientes!

—¡Ja, ja, ja!

—¡Pero si yo no he visto a Perico! Supe hace tiempo que me estaba velando y lo hice espantar por la Policía. Nadie sabe por dónde anda.

Fue entonces que el Jíbaro se quedó en suspenso por el estupor, pero no tardó en reponerse. ¿De todas formas Perico no lo había traicionado? Insistió:

—Alguien sí sabe dónde está, Rompemontes; pregúntaselo a María Belén.

Pero el instante de vacilación del Jíbaro hizo desconfiar al brigada, que con esfuerzo recobró aparentemente su aplomo habitual:

—¿Será posible que Perico sea tan chulo? ¿Primero con tu mujer y ahora con la mía? Ya tú ves que yo considero a los hombres y nunca te lo quise decir, aunque eres enemigo mío. Es más, en el barrio me he cansado de decirle a la gente que no te escriban, que eso te daría un mal rato por gusto.

El Jíbaro mordió la mueca que le torcía los labios y replicó:

—Sí, lo de mi mujer lo supe también. Él se entendía con dos a la vez. El mismo amigo que me informó lo de la una me dijo lo de la otra; a mí no me cogió de sorpresa, porque tú sabes la suerte que siempre ha tenido Perico con las putas.

El brigada escupió rabioso dentro de la bóveda, y enfundando su revólver dijo, marchándose:

—Está bien, Barín. Después de todo, a mí se me sobran, y tú tendrás que dispararte a ese mono guillao que te dejo ahí. Abur. Mira a ver si te puedes defender.

—¡Adiós, cabrón consentido!

—¡Tu madre!

—¡Ja, ja, ja! ¡Al que ají pica, ají come!

El Jíbaro se había levantado de un salto y metió la cara por entre los barrotes de la reja:

—¡Recuérdale a María Belén la noche que nos encontramos debajo del farol de la alameda! ¡Ja, ja, ja! ¡Pregúntale!

Como el otro no le hizo caso, se volvió hacia dentro. Aunque continuaba todavía su carcajada, ésta se le veía fingida, y a él desplomado, roto. La violencia y los esfuerzos que hizo para disimular el dolor de los golpes, cuando éstos le llegaban hasta lo más íntimo, lo dejaron empobrecido de ánimos, inundado todo de recuerdos que sentía subir como una marea y ahogarlo.

Hasta la mujer que lo abandonó a su suerte cuando más falta le hacía, que lo engañaba con otros cuando aún lo iba a visitar, se le hizo en su interior, en las largas horas de meditación

Publicaciones cubanas en la Red
angustiosa, algo que merecía respeto y ternura. A fuerza de no verla, de no ver a ninguna otra mujer, se olvidaba de todos sus defectos. La distancia y la ausencia obraban en su recuerdo como una lima para matar todas las aristas, y sólo quedaba, de la que había sido su compañera, una imagen brumosa, que la nostalgia cubría de belleza. Era como el símbolo de todo lo que le faltaba, como la libertad; lo contrario de todo lo que vivía.

Con el tiempo había logrado separar el presente de su vida pasada, a la que reservó un lugar de su conciencia que solamente hollaba cuando se sentía purificado por el aislamiento y la desesperación. Pero ahora, el canalla aquel, el hombre a quien debía su desgracia, lo cogió y revolvió todo para tirárselo por la cara, sabiendo lo duro del agravio.

Estaba prendido a los barrotes de la reja, a la que daba la espalda. Delante tenía a otros hombres que guardaban silencio. Sabían que el Jíbaro estaba herido por dentro; que le habían dado duro en la cabeza, y que era bueno dejarlo sangrar un poco para que le pasase el trance. Todos, aun los más primarios, los más degradados por el presidio, comprendieron el dolor del compañero; todos tenían algo por «allá afuera» que no les gustaba ver mezclado con lo que vivían ahora. Poco importaba que los hubieran abandonado y traicionado primero, para olvidarlos después; ellos no podían abandonar ni traicionar, y menos aún olvidar; ¿con qué sustituir lo perdido? Importaba poco todo lo que pudiera ocurrir, todo lo que había ocurrido ya; la nostalgia lo hermooseaba todo, y la desdichada comprensión para justificar muchas cosas.

El Jíbaro, colgado de la reja, había dejado caer la cabeza sobre un hombro, la boca entreabierta y los ojos brillantes, inmovilizados en la evocación. En una esquina, con la cara medio cubierta por su brazo, el idiota observaba la escena, casi tranquilizado.

—¿Qué te pasa, compañero? —le dijo uno al Jíbaro—. ¿Se va usted a apendejar ahora, después que le cantó tan claro al mierda ese?

El Jíbaro, todavía ensimismado, alzó los hombros; después se apartó de la reja y se echó sobre la frazada que tenía tendida en el suelo, exclamando:

—¡Cuándo me las podrá pagar todas juntas!

—Cabeza no puede pasar oreja, compa. Nos tocó perder y estamos listos. Deje ver si algún día se acaba el mundo y entonces podremos echar el resto. Mientras tanto: «paciencia y engurrúñate, le dijo el lobo al cochino».

—Bueno, ecobios —habló uno que estaba disimulado entre las sombras de la bóveda—; ¿pasamos o no pasamos al andoba por la piedra?

Los otros se rieron.

—¡Qué estómago!

—¡Mal rayo me parta! ¡Ahorita van a querer que les traigan niños de casa particular!

—¿Tú dices que cuando no hay pan se come casabe, no?

—¿Yo sólo? ¿Y tú? ¿Y los demás? ¡A mí que no me digan! La mitad de ustedes está esperando que los otros se duerman para mandarse a escondidas la jutía. ¡Ni que estuvieran hartos!

—Pero, ¿es que te figuras que todo el mundo tiene tu diente, Sacundiambo?

—¡Miren quién habla! Pues, ¿qué fue lo que le hiciste al tuberculoso cuando estabas de sirviente en el sanatorio?

—¡Degradado, ese fue un favor a un moribundo! ¿Acaso vas a creer que lo hice por gusto? ¡Así son ustedes! Incapaces de reconocer una buena acción. ¡Puac!

—Sí, ya sé que te trajeron aquí por pasar a un ciego de una acera a la otra.

—Caramba, cuéntenos eso, Tocayo, ¿qué fue lo que te pasó en el sanatorio?

—¡Qué leches voy a contar! Ustedes lo que quieren es que me salga el muerto. Esas son cosas como la de los curas; la confesión no se le puede contar a nadie.

—Pues a mí, un cura me contó que mi mujer le había confesado que se estaba acostando con un primo mío.

—¡Ja, ja, ja! ¿Y qué pasó?

—¿Qué va a pasar? ¿No estoy aquí? Me llevé al primo por delante.

—¿Y después?

—¡Qué después ni después! ¿A ti que te importa?

—Es que me dijeron que...

—Sí, ya sé lo que te pudieron haber dicho. ¿Que ella se puso a vivir con el cura? Bueno, ¿y qué? Eso le pasa a cualquiera. ¡Si yo lo hubiera sabido! ¡El muy cabronazo! Pero ya me la pagó.

—¿Qué le pasó?

—Que la cogió en la sacristía enredada con otro cura amigo de él y se formó el escándalo. Todo el pueblo se enteró.

—¿Entonces ella estaba buena carne?

—¡Esas no son cuentas tuyas!

—Y bien que no; desgraciadamente no soy cura. ¿Y fue cierto que ella te los pegaba con tu primo, o fue una combinación del cura para eliminarte?

—No sé, parece que el cura nos eliminó a los dos.

—Bueno, olvídate de esa desdicha, que ya es muy vieja. Deja que Tocayo haga su cuento.

—Yo no hago cuento ninguno, ya lo he dicho.

—Pero, ¿tú te figuras que los muertos son hipócritas, como los vivos? A ellos les gusta que se diga la verdad, para que de ese modo sus amigos les dediquen de vez en cuando lo que les agrada.

—Está bien, pero yo no digo nada.

—A ver, Cao —intervino otro—, ¿qué es lo que quieres saber tú? Ese cuento lo saben hasta los perros de la calle. El Tocayo le entró a un tuberculoso que se estaba muriendo.

—¡No fue así! —protestó el Tocayo.

—¿Cómo entonces?

—El hombre me dio mucha coba: que si era el último favor que me pedía; que a los mismos condenados a muerte, por la ley, se les da lo último que piden; que yo no lo podía dejar morir como estaba. ¡El diablo! Y después, cuando no quise, empezó a meterme miedo. Me dijo que se me iba a aparecer todas las noches, hasta secarme; que si lo dejaba ir para el otro mundo así como estaba, acabaría conmigo, pues el deseo ya no se le quitaría más nunca. ¿Qué podía hacer yo? Como era todavía un ingreso, cogí miedo.

El que había apurado el interrogatorio a la presunta víctima del cura, se situó ahora delante de Tocayo en pose de fiscal que trata de aclarar un crimen; con el entrecejo fruncido y el cuerpo echado hacia delante, preguntó:

—¿Y qué sucedió?

—¡Ah, rayos! ¿Ahora empiezas a fastidiarme a mí? ¿Qué es lo que quieres que pase?

—Dime lo que quería el tuberculoso: perder solamente o irse de vuelta y vuelta.

—¿Qué dices!

—No, hombre. Te lo pregunto por lo asustado que debió verte. A lo mejor pensó que podía aprovecharte. ¿No dices tú que eras un ingreso?

—No hubo nada de lo que piensas.

—¿No te propuso nada de parrilla? ¿No? Espera, no te pongas bravo. ¿Qué hubieras hecho tú en ese caso? ¿No acabas de decir que cualquiera le hace un favor a un moribundo?

—Pero, ¿ya no te he dicho lo que sucedió? —preguntó el Tocayo, amoscado.

—Todavía.

—¡No hubo tiempo para más!

Todos se rieron estrepitosamente. Cao, el de las preguntas, insistió —tenía la cara larga y afilada, los ojos hundidos y la boca babosa:

—¿Qué fue lo que sucedió después?

—¡Que se viró!

—¿Y después?

—¿Después? ¿Qué iba a suceder después de muerto?
¡Nada!

—Pero es que tú seguías vivo —insistió el otro, desesperante—. Cuenta, ¿qué pasó? ¿Estabas completamente solo con el muerto?

—¿Solo? ¡No!

—¿No fue en la sala de graves?

—¡Déjame, déjame! ¿Qué es lo que te traes tú? ¡Ni que fueras el muerto!

Un soplo de superstición corrió por la bóveda oscura y los penados se sintieron inquietos. Sacundiambo intervino:

—Caballeros, no me pongan nervioso.

—¿A qué le tienes miedo?

—¿Yo? ¡A nada! Se trata de otra cosa. Si ustedes no se ponen bravos, le entro al bobo.

—Éntrale, que nadie te lo va a discutir. A no ser que...

El que hablaba miró significativamente al Jíbaro, que continuaba silencioso.

—Se lo trajeron a él.

—¡Bah! El Jíbaro está en otras cosas —dijo Sacundiambo.

El aludido levantó la cabeza:

—¿Qué pasa?

—Nada, compañero. Con su permiso, voy a echar una siestecita con esa jutía que le regalaron.

—¡Allá reventes!

Sacundiambo no esperó más y se acercó al idiota, al que preguntó —tratando de suavizar lo más posible su voz, lo que hizo reír al resto de los castigados:

—¿Cómo te llamas, monín?

El idiota se puso una mano en la boca, para contener la risa, y repuso:

—Macaco.

—¿Macaco? ¡Qué nombre más raro y qué bien te viene! Y esa corbata, ¿para qué la usas? A ver, quítatela, tal vez me sirva a mí.

—¡No, no, tío!

—¡Eh! ¿Y por qué no? Anda, quítatela o... —alzó la voz de súbito, amenazadoramente— ¡te ahorco con ella!

Como el idiota no obedeciera, lo levantó con violencia del suelo y le sacó la tira que tenía de corbata. Luego, sin detenerse a desabotonarla, le arrancó la guerrera, saltándole todos los botones.

—¡Vamos, desnúdate! Quiero primero tirarte un reconocimiento, porque quizás no estés tan malo como parece. Aunque, ¡mal rayo me parta! Eres más puerco que un gallego del alcantarillado. ¡Vamos, aligera!

El anormal lloraba con gemidos hipados, pero sin hacer resistencia; de la misma forma que le sacó la guerrera, acabó Sacundiambo de desnudarlo por completo y, al acabar, haciendo muecas de repugnancia, dijo:

—¡No hay quien le entre! ¡Eres un bofe!

Le dio un empujón que lo envió rodando sobre los hombres que observaban la escena, tirados en el suelo. Luego se sacudió las manos, lanzó un salivazo contra el piso y fue a acostarse en su rincón, mientras los demás, a empujones y patadas, entre burlas, se lanzaban unos a otros al infeliz, que fue a caer encima del Jíbaro, al que se abrazó lanzando quejidos dolorosos.

El Jíbaro no se movió, limitándose a mirarlo con hostilidad para que se le quitase de encima; pero el bobo, al ver que aquél no continuaba con los golpes, se le metió, como un perro azorado, entre las piernas, acostándole la cabeza sobre el vientre.

—¡Lárgate! —gritó el Jíbaro.

—¡No, no, tío! Déjame aquí y haré lo que tú quieras. ¿A ti te gusta?

El Jíbaro se incorporó, y agarrando a Macaco por la cintura, con el objeto de rechazarlo lejos de sí, lo levantó en vilo; pero el contacto con la carne desnuda lo inquietó. Depositándolo en el suelo lo miró detenidamente; después le pasó una mano por la espalda, hasta las nalgas, y dijo:

—No está tan malo. Sólo le hace falta un baño y algo que yo tengo ahí guardado.

Miró hacia el fondo de la galera, donde se distinguía la improvisada instalación de una ducha, preguntando:

—¿No habrá un pedazo de jabón amarillo? Ven —añadió, levantándose y dirigiéndose al baño, seguido del idiota, que no se le separaba—; tal vez podamos sacar algo de ti.

Abrió la llave de la ducha, y después de remojar bien a Macaco, que ya había pasado de los llantos a la risa, empezó a restregarlo con un pedazo de jabón de lavar ropa que encontró en el suelo.

El cuerpo del anormal, hurtado por las sombras, se comenzaba a destacar ahora en aquel baño de espuma de jabón, haciendo moderar las risas y los comentarios de los espectadores, que ya parecían mirar la escena con ojos lúbricos.

—¡Frótate! ¡Restriégate tú también! La cosa va a ser hasta que te salga brillo.

—¡Los ojos, tío! ¡Los ojos! ¡échame agua!

El Jíbaro empujó debajo de la ducha a Macaco y se fue a buscar, entre sus cosas, un pedazo de jabón de olor y un paquete de talco que había logrado pasar el tamiz de la requisa.

Otra vez junto al anormal, tornó a enjabonarlo. El perfume del jabón barato dilató primero sensualmente la nariz del Jíbaro, y después se fue extendiendo, en olas, por toda la bóveda, hasta estremecer a los demás incorregibles, que ahora callaban cavilosos.

—Sabroso, tío —comentó alegremente el idiota.

—Sí, sabroso. No te metas en el agua para que te quede el olor. Toma, sácate, que ahora viene lo bueno.

Abrió con mucho cuidado el paquete de talco y lo puso a un lado, en espera de que el anormal se seicara.

—Fue el último regalo de la Morita, antes de que se me corriera con el verraco ese de la cocina.

Se quedó callado un instante, ensimismado, y añadió:

—¡Mira que son caprichosas las mujeres! ¿Qué le habrá visto al montuno ese? ¡Tú! ¿Vas a acabar o qué?

—Ya, tío.

—Sécate bien para que no se te hagan pegotes los polvos.

—Ya estoy bien seco, tío, ¿qué más quieres?

Entonces el Jíbaro, con un pañuelo que sacó del bolsillo, comenzó a empolvarlo con cuidado; primero el cuello, la cara, las axilas, el pecho; después las espaldas y las nalgas.

El idiota tornaba a reaparecer en el fondo oscuro de la bóveda; pero ya los ojos múltiples apenas lo veían, cegados por la lujuria. Sacundiambo se había sentado en su camastro y observaba la escena con ojos fosforescentes.

—¡Y pensar que lo acabo de botar ahora mismo!

Lo había tirado como se tira a un perro muerto; pero fue por las críticas de los demás; a cualquiera le queda siempre un poco de vergüenza. Y ahora lo veía allí, entre nubes de talcos enloquecedores, en manos de otro que sería el primero.

Pero, ¿y después? Miró para los otros. Sabía que todos estaban al acecho; que todos iban a querer ser los que siguieran al Jíbaro. Ser el segundo, por lo menos. Se inquietó, notando que Tocayo se levantaba, y se levantó a su vez, dirigiéndose al Jíbaro, que comenzaba a desnudarse.

—Jíbaro.

—¿Qué pasa?

Otros dos se levantaron; después otros tres, y al fin todos los demás.

—¿Qué es lo que pasa? —volvió a preguntar el Jíbaro, paseando la mirada por sus compañeros.

—¡Compa! —dijo el Tocayo, abriendo los brazos en son de solicitud.

—No entiendo —insistió el Jíbaro, endureciéndosele el rostro.

—Te quiero decir que estoy en turno, compañero.

—¿En turno de qué?

—¿De qué va a ser? Pues mi agüita. Después que tú...

Quince voces protestaron al mismo tiempo. Por encima de todas, la de Sacundiambo, ronca, de antiguo bebedor, que tropezó contra el techo de la bóveda y se rompió, en cascada, sobre las bestias inquietas:

—¡Yo el primero!

—¿Por qué?

—¡Yo!

—¡Yo!

—¡Yo el primero!

Habían formado un semicírculo, quedando dentro de él el Jíbaro y el idiota, que, empolvado como una máscara, se apoyaba en la pared, otra vez asaltado por el terror.

—¡Atrás voy yo! —repitió Sacundiambo.

—¿Y eso?

—¡Porque me roncan!

El Jíbaro lo miró dentro de los ojos y después paseó su mirada por los demás. Unos permanecieron con el rostro agresivo y aparecían capitaneados por Sacundiambo; otros, queriendo ganarse la primacía con diplomacia, le respondieron con sonrisas; allí estaba el Tocayo, sonriente, el primero.

El Jíbaro habló pausadamente, conteniéndose:

—¿Por qué? ¿Quién lo quería antes? Ustedes podrán entrarle cuando esté como yo lo cogí. Pero, ahora, es mío solamente.

—¿Dónde lo compraste, Jíbaro? —preguntó, mofándose, Sacundiambo—; ¿acaso en la iglesia?

—Pero compré el jabón y el talco, ¡so puerco! ¿Qué fue lo que hiciste antes con él? ¡Sí! ¿Qué hiciste? ¡No hay nada para nadie!

—¿Quién dispone eso?

—Yo, que tengo con qué sostenerlo. ¿Qué pasa?

—Lo que está pasando es que tú te figuras que estás aquí de único macho.

—¡Tal vez! ¡Al que se atreva a dar un paso adelante, le parto la bamba!

Sacundiambo miró para la gente que tenía detrás, que vaciló; no obstante, tornó a decir.

—Atrás de ti voy yo.

—¡Ni mi madre!

—No mezcles putas en esto.

—¿Qué dices?

Sacundiambo iba a replicar, cuando el puño del Jíbaro lo alcanzó en plena quijada.

—¡Otro! —gritó el Jíbaro, mientras Sacundiambo caía como si le hubiera faltado el piso.

Los demás se cubrieron los rostros, bloqueando los primeros golpes, y atacaron a su vez.

—¡Dale, Buchipluma!

- ¡Rompan al chota!
- ¡Estaba entregando a Perico!
- ¡El muy hijo de puta!
- ¡Dale así! ¡Que no escape!

Pegada la espalda contra la pared, el Jíbaro se defendía en silencio, tirando golpes con sus dos puños. Pero, delante de él, tenía una muralla humana que varias veces trató de romper inútilmente, para defenderse mejor en el centro de la galera. Ágil como una pantera, se movía de un lado para otro, haciendo que los mejores golpes que le tiraban diesen en la pared. Cuando por fin logró salirse del cerco, ya tenía los ojos medio cerrados, y la boca le sangraba. Uno se separó de los atacantes y gritó:

—¿Qué hubo, Jíbaro? ¿Te transas?

—¡Nadie! —rugió él, a la vez que otro golpe lo hacía estremecerse todo.

Rodó por el suelo, pero aún pudo levantarse, vacilante, ya indefenso. Tratando de ver, con los ojos medio cerrados por los golpes, echaba la cara, cubierta de sangre, hacía adelante, mientras sus brazos pretendían pegar.

—¡Déjenmelo! —gritó el Tocayo, midiéndolo y lanzándole un último golpe fulminante, que lo hizo caer definitivamente. Le puso un pie sobre el pecho y volviéndose hacia los demás, gritó—: ¡Yo, el primero!

Todos gritaron su protesta. Uno amenazó:

—¿Será que tú también quieres tu ración?

—¿Quién va a ser, entonces?

Se quedaron mirándose sin saber qué responder.

—¿Lo ven? Alguien tiene que ser el primero.

—¡Que lo diga la suerte! —propuso Cao, el que antes hacía los interrogatorios.

—¿Cómo?

—¡Eso es, eso es! ¡A sortear! —corearon los más.

—¡A sortear!

—Pero, ¿cómo? —inquirió Tocayo.

En el silencio que siguió, buscando el medio de sortearse los turnos, se escuchó una respiración afanosa. Todos miraron para el Jíbaro, pero éste yacía sin dar señales de vida. Buscaron entonces en la pared, junto a la cual había quedado el idiota, y no lo encontraron... Presintiendo algo, las bestias se movieron inquietas, registrando todos los rincones con la vista.

—¡Se lo tragó la tierra!

—¿Y Sacundiambo? —preguntó uno.

—¡Ése!

—¡Ah! ¡Sacundiambo!

—¡Aquí! —respondió una voz desmayada.

—¡Ah, yegua!

—¡Mal rayo te parta!

—¡Nos ganó!

Los incorregibles corrieron hacia el camastro de Sacundiambo. Éste yacía tendido bocarriba, semidesnudo, con los brazos abiertos en cruz y los ojos lánguidos; a su lado el anormal, con el rostro contra la pared, se reía disimuladamente, diciendo a intervalos:

—Tío, tío cochino. Cochino.

—¡Mírenlo!

—¡Nos dio la mala este desgraciado! —gritó Tocayo.

—¡Se mandó la jutía!

El idiota se sentó en el camastro, amenazando tontamente a los presentes:

—Tíos, hoy ya no más, ¿eh?

—Vaya, vaya: ahora es de ustedes —dijo Sacundiambo, sin moverse—; no soy casa sola como ese Jíbaro. Aprovechen antes de que se despierte.

—¡Tu madre, descarado!

—Pero, ¡mira cómo nos dio la mala!

—Mi buen piñazo me costó. ¿Qué querían?

—¡Al sorteo, al sorteo! —gritó un impaciente—. Lo hecho, hecho está. ¡A qué rayos esperan!

Ya era tarde cuando aún en el patio se oía apagadamente que alguien gritaba en los incorregibles. Después, todo fue silencio.

A la mañana siguiente, en la camilla en que transportaban al anormal a la enfermería, sólo iba un cuerpo inerte.

EL VÉRTIGO

II

La llegada de los peroles de la comida a la reja de la Primera Central fue saludada por los sonoros palmetazos de los cabos de la galera.

—¡Fila! ¡Cubran sus puestos!

Se oyó el ruido de los platos de lata, y el típico de los zapatos de vaqueta contra el cemento del piso. Salteadas, se dejaban escuchar, ora una protesta, ora una frase desvergonzada.

—¡Fila! ¡Fila! ¡Hagan silencio!

—¡Tanto cuento para esta bazofia! ¿Qué mierda es lo que dan hoy?

—¿Y lo preguntas? Sota, caballo y rey, como todos los días.

—¿Qué rancheros son?

—Deja ver. Veo a Pascasio. Sí, Pascasio y Comencubo.

—En la galera de los pájaros deben estar contentos porque no les tocó Pascasio.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Ni comida les echa, con el odio que les tiene.

—Tú andas atrasado. Ya se mordió el cordobán. ¡Y con la fuerza que lo ha cogido! Se ha fajado con Candela, le echó los caballos a Comencubo; dicen que fue él quien le partió la

boca a Manuel Chiquito. La semana pasada rompió a «la carne» y a una pila que se metieron en la bronca.

—¿Quién es ella?

—La Morita.

—¡No!

—La Morita. Todo el mundo lo sabe, y ya fueron hasta el brigada del Interior.

—En los días de celda no me enteré de nada. Pero, ¡ese hombre se ha tirado por la calle del medio! ¡Mira que estuvo tiempo guillao de serio!

—El único serio que hay aquí es Juan el Malo.

El que indagaba miró inquieto a su alrededor:

—¡Compañero! Mire que no tengo ningunas ganas de que ese hombre me parta un tarro.

—¡Qué tarro ni qué niño muerto! ¡Yo no acabo de tragarme que pueda ser guapo el que le entra de esa manera a la carne de puerco!

—Pues mire, andoba, yo sí. Juan el Malo es Juan el Malo, y le rompe un hueso a cualquiera. De las nalgas al corazón hay una distancia del diablo.

Hablaban a media voz, en espera de que las filas comenzasen a adelantar, pero como todos los imitaban, el silencio reglamentario era más bien un escándalo con sordina.

—¡Hagan silencio! —gritó el gallego Prendes.

La reja se abrió y penetraron en la galera los peroles, montados sobre unos carritos de madera que hacían un ruido semejante al de los armones de artillería. Los rancheros los situaron a la cabeza de las dos filas de presos y comenzaron a repartir la comida. Inclinaos sobre los peroles, dejaban caer el cucharón de hierro galvanizado en los platos de lata.

—¡Otro! ¡Otro! ¡Otro!

Los presos pasaron, primero, por el perol del arroz; después, por el de la carne.

—Socio, échame un poco más. Tírame un beneficio, que estoy fajado con el saco.

—¡Sigue! Espera el reenganche.

—¡Métetelo, yegua! ¿No te acuerdas cuando te arrastrabas en la carretera?

—¡Sigue! ¡Otro!...

Comencubo, bañado por el vapor que se escapaba del arroz, tenía la frente cubierta de sudor, cuyas gotas, de vez en vez, caían sobre la paila de la comida. Se irguió para que descansaran un segundo sus riñones, y se pasó el dedo pulgar por la frente, arrollándose el sudor grasoso que sacudió a los pies de los que esperaban para ser servidos.

—¡Puerco! —gritó uno de la fila.

—¡Otro! —repitió el rancharo por toda respuesta, inclinandose de nuevo sobre el caldero.

Las filas caminaban a paso de cortejo fúnebre, y los murmullos de las conversaciones iban en aumento.

—¿Qué pasa, compay, ingresó algún elemento barín?

—Mira para atrás.

El que habló primero obedeció y se quedó un instante en suspenso, fingiendo admiración.

—¿Y eso? —dijo—. ¿De dónde salió ese fenómeno?

—¡Ah! Lo mandamos a buscar de París. ¿Qué hubo? Pero no te hagas la boca agua, que ya tiene quien lo quiera.

—¿Y quién fue el dichoso que levantó esa lea?

—Nadie todavía. Pero Manuel Chiquito lo está trabajando. Parece que el muchacho no quiere tragar y lo están apretando de mala manera; hoy cogió un jilbey en la limpieza, que tuvieron que llamar al interno.

—Algo de eso vi yo. ¡Un abuso!

—¡Claro! Tú sabes que aquí el que tiene cuatro pesos campea por sus respetos. Manuel Chiquito es amigo de

Rompemontes porque se pone para su número cuando llega la hora. A cada rato tiene que pasmar sus buenos pesos. Ve al Orden Interior a acusarlo y verás cómo sales. Además, te voy a decir una cosa: si el chavea es macho, no vale que lo aprieten. En cuanto se dispongan a darle un trastazo, se acabó la persecución.

—¡Y mientras tanto, lo parte un rayo! Yo no soy ningún verraco, pero nunca he podido con estos braveros de aquí.

—¡Allá ellos!

—Eso mismo digo yo. A lo mejor te metes por el medio y después resulta que se te viran el marido y la mujer. ¡Que cada uno se cuide su pan de gloria!

—¡Oye, Sabrosura! —gritó el gallego Prendes—. Has salido demasiado hablador de las celdas. Desde que te has parado en fila no haces más que darle a la sin hueso.

—Es la defensa, compañero. Llevaba tantos días sin hablar que ya me veía conversando por señas.

—Pues procura callarte, no vaya a ser cosa que te quedes mudo.

En aquel momento llegaba el llamado Sabrosura al primer perol y puso su plato al borde del caldero. Comencubo le sirvió una paletada colmada de arroz.

—¿Qué hubo?

—Aquí, mi tierra. Oye, no me trates mal a esta preciosidad que viene detrás.

Lo dijo mirando al muchacho que lo seguía, y que se ruborizó; era Andrés, en cuyas facciones se veían aún las huellas del desmayo. Se notaba a simple vista que el más leve movimiento le costaba un esfuerzo.

Comencubo lo miró también, y después de servir al que avanzaba por el lado contrario, echó en el plato de Andrés el arroz, pero de modo que la mitad volviera a caer en el caldero. El muchacho esperó un instante para que le completasen la

Publicaciones cubanas en la Red
ración, hasta que Comencubo, dando con la cuchara en el perol, lo miró, desvergonzado e interrogante, a la vez que decía:

—¡Otro! ¡No me explico esta gente que viene a matarse el hambre a presidio! No le vendría mal echarse un socio.

A Andrés le tembló la boca de vergüenza. Se sentía en el estómago una lucha de perros; el trabajo salvaje a que estaba sometido le había aguzado el hambre hasta el punto de olvidarlo todo por el rancho, y ahora un azar le hacía perder la mitad de su comida y, además, ser avergonzado públicamente.

El que hubiera visto las sonrisas que se cambiaron Comencubo y Manuel Chiquito, tal vez no habría atribuido al simple azar el accidente.

Andrés se adelantó hasta el otro perol, donde Pascasio repartía las raciones de carne, y alargó su brazo atolondradamente. No pensó que le pudieran dar lo que necesitaba, pero acosado por el hambre, miró al rancharo con inquietud expectante, olvidándose del bochorno que acababa de pasar.

Pascasio tenía por costumbre no fijarse nunca en los hombres a quienes servía; desde luego, repartiendo la carne era difícil, sin demorar el servicio, que el rancharo pudiera mirar la cara de cada uno, ya que mientras él despachaba una ración, el encargado del arroz podía despachar tres o cuatro. No obstante, siempre se podía echar una ojeada a las filas al secarse el sudor o al levantarse para estirar los músculos y reconocer a los amigos, que en último caso sabían —a pesar del silencio reglamentario, que se hacía más severo al llegar al último perol, pues era allí donde se situaba el jefe de la galera—, decir una palabra oportuna para que los identificase.

Pero Pascasio no tenía amigos, ni favorecía a nadie. Cuando comenzaba a repartir, separaba las primeras capas de carne hacia los labios del caldero hasta formar un hueco donde se movía con comodidad su cuchara. Aquel día había seguido su costumbre. Después de servir a sesenta o setenta reclusos, el

guiso de carne fingía un gran cráter. Bastaba con poner la cuchara para que cayera en ella la ración de carne, que se suponía de tres onzas brutas, ya que en el cálculo entraba toda la res, con la única exclusión del cuero.

Pascasio, después de preparada la carne para el reparto, trabajaba maquinalmente. En ocasiones, ajeno a lo que hacía, dejaba volar su pensamiento, mientras la subconciencia se entretenía en mortificar cruelmente a las manos que adelantaban los platos sobre el perol.

Si el azar situaba en primer término un hermoso pedazo de boliche, precisamente como aquel que ahora se sostenía milagrosamente en el lugar más natural para ser, por fuerza, la próxima ración que se sirviera, era un placer intenso ver cómo se contraían las manos sobre el plato al caer en él, en lugar del boliche ansiado, la mísera porción de carne negra y huesuda que estaba a su lado.

Más allá de lo consciente, en Pascasio, un gato jugaba con un ratón agónico. Una crueldad imprecisa, que le nacía del instinto en acecho, de la naturaleza atrofiada por la abstinencia, se desarrollaba dentro de él, como un desquite sexual.

La abstinencia fue poco a poco limando sus impulsos naturales, hasta convertir su energía en una fuerza pasiva, tarada de la morbosidad de todo lo que está descentrado, fuera de equilibrio, lanzado lejos de la sabia armonía de la naturaleza.

Una moral férrea, nacida al calor de su hermoso primitivismo, mantenía aún en lucha a su conciencia; pero su ser más fuerte, el no controlable, se había ido desnaturalizando y creciendo dentro de la tragedia de su carne, hasta familiarizarse con pequeñas monstruosidades que comían de él como parásitos.

Desde que el pedazo de boliche quedara situado en primer término, cinco penados habían pasado por cada uno de los lados del perol. Uno incluso habló algo, pero no lo

Publicaciones cubanas en la Red
suficientemente claro para distraer al repartidor de sus pensamientos y arrancarlo del juego cruel.

Las diez manos siguieron, poco más o menos, el mismo proceso evolutivo: primero apretaron el plato contra el canto del perol, como esperando que la cuchara se dirigiera a la ración apetecida, y después sufrieron un desmayo de músculos y una nueva contracción violenta que tensó, como cuerdas de tres, sus tendones.

Una de las manos, grandes y fuertes como una garra, estuvo a punto de ganarse la ración. La subconsciencia de Pascasio no amaba la fuerza, pero aquella mano debía coincidir con una dentadura poderosa que con seguridad preferiría un negro pedazo de carne nervuda para triturarle con deleite, a aquel bocado exquisito que desaparecería sin que el paladar se enterase siquiera. Las demás manos ni siquiera se acercaron a la posibilidad de poseerla. Una de viejo, fue miserablemente engañada; otra, cuya piel sólo parecía un pretexto para cubrir huesos y tendones, palideció por la expresión muscular. Las demás, hasta que llegue la oncena, eran anónimas. Pero allí estaba aquélla, hermosa en su misterio desolado; desde el primer instante se le presentó rodeada por una aureola, tímida y temblorosa, como conducida a un sacrificio sagrado; una mano impoluta, y a la vez tocada de cierta perversidad femenina. En aquel instante los pensamientos y la subconsciencia de Pascasio coincidieron y lo agitaron hasta la médula, obligándole a levantar la mirada, que tropezó con la de Andrés, en la que le pareció ver un hilo de súplica.

Aunque no había dejado de verlo ningún día, le sorprendió su aspecto. Lucía desmejorado, enflaquecido, y el rasponazo en la frente, que le llegaba ahora hasta los ojos, le daba un aire de hombre martirizado.

Pascasio sabía que todo ingreso pasaba por el susto de los primeros días, y quien lo cogía con la fuerza que parecía haberlo

cogido aquel muchacho, no cumplía; se perdía de vista hasta que en el momento menos pensado cruzaba el patio, a cualquier diligencia, acompañado del sirviente del sanatorio de tuberculosos, o, sencillamente, hasta que lo bajaban estrobadado por la grúa de los muertos.

Pascasio, impresionado, le vio el plato casi vacío de arroz y le dirigió una mirada de reconvención; lo peor que podía pasarle era cogerle miedo al rancho; entonces sí que era verdad que no había quien lo salvase. Sintió la impaciencia de los que esperaban en la fila y se dispuso a servir a Andrés, al tiempo que le decía con una sonrisa algo cortada.

—Come, ¿eh?

Cogió el pedazo de boliche—que estuvo a punto de rodar sobre la cuchara—, y al hacer un movimiento para asegurar el equilibrio, lo hundió entre las otras raciones que rodaron al hueco, previamente hecho para la comodidad del reparto. Pascasio buscó un momento la ración elegida, interrumpiéndolo la voz de Comencubo.

—¿Qué ocurre, compay? Hoy andas corto.

Sintiéndose cogido en falta, echó en el plato del ingreso la porción que cogió la cuchara. Quiso acompañar prisa con una sonrisa de condolencia, pero no comprendió de dónde le vino un gesto maligno que, contra su voluntad, le enturbió la sonrisa.

Andrés se dirigió al cajón que tenía designado, con la esperanza desplomada. Miró para su plato, pensando que podría ahora comerse de aquel pedazo de hueso que le tocó, y no se dio cuenta de que Manuel Chiquito lo observaba, siguiéndolo. Al llegar al centro de la galera éste lo alcanzó y le dijo:

—Oiga, compañero, aquí estamos para servirnos. Si usted quiere, le prestaré unas latas de leche y ya me las devolverá cuando ingrese en algún taller.

Andrés lo miró con inusitada violencia, y con los dientes apretados por la desesperación, cortándole la sonrisa melosa con una rotunda negativa.

—Cálmese, niño, cualquiera diría que le estoy proponiendo un negocio sucio.

—¡Quítese de mi camino!

—Va a ser difícil.

—Si me sigue molestando se va a comer esto.

Y le mostró el plato medio vacío, con tanta determinación, que el otro comprendió que nada le quedaba que hacer por el momento.

—¡No, no! Guárdalo para que comas tú. Bien poco es, por cierto.

Al llegar Andrés a su cajón sintió que una mano se apoyaba en su hombro; al volverse se encontró con su compañero de los ingresos, que también traía su plato con la comida recién servida.

—Dígame.

—Trátame de tú. Me llamo Mauricio. Te venía a preguntar si quieres más comida.

—¡De ninguna manera! ¡Con esto que tengo me sobra! ¿Quién puede sentir ganas de comer en un día como éste?

—Pero tienes que comer para poder hacer el trabajo. Te están tratando mal. Coge la comida.

—No, no. Ya lo pasaremos mejor. Gracias.

Los presos que estaban cerca observaban la escena con miradas maliciosas. Uno dijo a media voz:

—Fíjate en ese ingreso como está ya. Hasta le quiere regalar la comida.

—Sí —respondió el otro—; seguro que si fuera un negro viejo no se la daba.

Un cabo gritó palmoteando:

—¡Ese ingreso! ¡Para su cajón! ¡Caramba, qué temprano empieza el guasabeo!

Mauricio iba a obedecer, cuando en la reja se alzaron gritos seguidos de palmadas. Algunos presos corrieron hacia los peroles.

—¡Reenganche! ¡Reenganche!

—¡Me voy a defender! —gritó uno, corriendo.

—¡Suban! —exclamó otro—. ¡Suban los hambrientos!

El que estaba al lado de Andrés le dijo:

—Si no te basta con lo que tienes, puedes ir al reenganche. Siempre, cuando sobra algo, lo reparten. Pero corre, si no quieres llegar tarde.

—¡Hey, Alacrán! —interrumpió otro preso.— ¿Ya estás picando?

—¡Tu madre!

—Parece que acerté. Muchacho, ten cuidado con ése, que se mete por el ojo de una aguja. A la noche, si le caes al lado, te va a querer cobrar el consejo.

—A lo mejor te lo voy a cobrar a ti.

—¡Con el chavea que tienes al lado!

Y el chavea, de pie ante el cajón, miraba, en el espejo cóncavo del plato de lata, el rostro desfigurado, sin saber cómo escapar de aquel abofeteo vergonzoso.

El hambre se le había perdido en la angustia del pecho; se acodaba en la tapa del cajón y ocultaba a todos su llanto que, por vez primera, dejaba fluir libremente.

No eran los insultos que oía, ni los requerimientos de Manuel Chiquito, ni el trabajo a que lo tenían sometido, lo que desataba sus lágrimas; todo aquello era más bien un pretexto para sufrir. Por su propia debilidad e indefensión encontraba un placer en verse maltratado en aquella forma. Lloraba porque, como todos los débiles, creía que si los demás supieran el daño que le causaban, la actitud de ellos no sería tan cruel. Se hacía a

la idea de que era víctima de un mal ciego e irresponsable; que si denunciaba a su perseguidor —pero en tal forma que se conociese el mal que le hacía en toda su extensión—, todos se pondrían de su lado, llenos de indignada justicia.

Al precisar esta creencia se sintió tan agitado en sus sentimientos que tuvo que morderse los labios para no ser oído. El dolor físico lo calmó un poco. Tenía empeño en seguir guardando celosamente el secreto de su martirio, por el que se dejaba poseer morbosamente; en aquel momento, todo lo que tenía de femenino le salía a flote, como si ya le hubieran dicho las palabras consoladoras cuya existencia precisaba.

Después del trabajo de la mañana y de almorzar malamente había continuado en la limpieza de patio, donde, tras un ligero descanso, lo pusieron otra vez en las labores más penosas. No lo hicieron desmayarse de nuevo, pero no lo dejaron salir, sino a ratos, del sol irresistible de mediodía. Ahora sólo le quedaba la comida, de la que muy poco o nada se podía aprovechar, y al día siguiente tendría que reanudar la tarea monstruosa.

Se secó disimuladamente las lágrimas; iba a coger la cuchara, intentando comer algo, cuando de nuevo sintió que lo llamaban. Se volvió a medias, tratando de ocultar los ojos enrojecidos al encontrarse con Pascasio.

—Toma, compañero; creía que ibas al reenganche. Lo que te eché antes era un hueso. Hoy por ti, mañana por mí.

Y Pascasio le puso en el plato el pedazo de boliche que había quedado sepultado entre las otras raciones. Al hacerlo le vio las huellas del llanto, pero no le preguntó nada; sabía, poco más o menos, lo que podía ser: la edad, el miedo a la prisión; tontería de las primeras semanas, pero que podían conducirlo a todo lo malo si no se defendía de ellas.

Ahorita se le pasaría, y hasta encontraría un buen protector. Mil casos había visto ya. Lo mejor que podría hacer él,

Pascasio, era despreocuparse de esas cosas que a la larga siempre daban malos resultados. Estaba uno tan privado de todo, que en el hecho más simple se daba hasta el corazón. En la calle, aun el hombre más sensual, aun el más inmediato, puede sentir una inclinación que no derive precisamente del sexo, del instinto; en la prisión, aun el agua más clara pasa por los cauces torturados de la abstinencia.

Pascasio se sentía inquieto; esto mismo de traerle la carne al ingreso, ¿no era una tontería? Por mucho menos, los presos levantaban un castillo que ya nadie podría echar abajo.

Miró a su alrededor con sospecha y se tropezó con las miradas de los más cercanos, que lo observaban irónicamente. Uno dijo:

—¡Caballeros, lo que se ve en este mundo!

—¿Y tú qué quieres que se vea? —indagó otro, con intención malévola.

—¡Y bien! Esto es de aquí. El fuego que está dentro, más tarde o más temprano, tiene que salir. Pero ese volcán me ha sorprendido.

—¿A qué volcán te refieres? —preguntó la malicia del otro, tratando de que su interlocutor hiciera la alusión a la que él no se atrevía.

Pascasio, que había comenzado a alejarse, se detuvo, con las cejas enarcadas, mientras que su mano se contraía con violencia sobre la cuchara de hierro galvanizado que llevaba.

El interrogado se dio cuenta de la actitud agresiva del rancharo y contestó:

—Compa, si le gusta el maní, sáquelo usted mismo de la candela.

Pascasio no se conformó, pero sintió los ojos del ingreso fijos en él, y lo miró, sorprendido de hallarle en el rostro un gesto suplicante y autoritario a la vez, que anuló súbitamente

toda su indignación, dejándolo a merced de una emoción desconocida.

Al irse, ya era otro. Se reunió con su compañero que lo esperaba y, maquinalmente, empujó el carro en que llevaba el perol de la carne. Todo esto lo hizo de manera inconsciente, guiado por la fuerza de la costumbre, mientras sus pensamientos se deshacían en una confusión estéril.

Tenía prisa por dejar el trabajo e irse a esconder en un lugar donde nadie pudiera molestarlo, para quedarse solo con aquella incógnita que lo sacaba de sí, como si le fuera a hacer perder el juicio.

¿Qué le ocurría? ¿Estaba loco? Aquello no era la locura; algo ocurría en su cerebro que se le extendía por todo su ser y lo descentraba; algo que no lo dejaba pensar serenamente, a pesar de los esfuerzos que hacía para recobrar la calma. Pero ese algo no era la locura. Su agitación no era la del hombre que ha perdido la razón. A pesar de los sentimientos contradictorios que lo poseían, por encima de todo, lo dominaba un extraño júbilo, superior en mucho a su capacidad de sentir; lo que fuera, no podía serle enemigo; escapaba a su comprensión, abriéndole horizontes imprevistos; lo martirizaba, pero no podía serle enemigo, aunque le fuera adverso.

Dejando el perol en la cocina, se dirigió, como de costumbre, al rincón del patio que le era familiar. Un sentimiento de disgusto lo detuvo; le pareció que en aquel momento no podría hacer lo mismo que había hecho durante los años transcurridos en una esterilidad desesperada; su sitio de costumbre le parecía de pronto extraño, algo que había muerto. Era como si le hubiera llegado la libertad y fuera a hacer su camino hacia los campos maravillosos de sus sueños, a huir de aquel rincón en el cual, después de tanta angustia y desesperación, llegó hasta el bostezo animal. Pero, ¿a dónde ir? ¡Si lo dejaran subir a la azotea para quedarse solo ante los paisajes de aquel

Publicaciones cubanas en la Red
otro mundo que estaba más allá de los muros! Únicamente así lograría penetrar en su propio misterio, por lo menos podría gozarlo sin el temor de que se le saliera por los ojos, convirtiéndose en el hazmerreír del presidio.

Andaba ligero, pletórico de una dicha inquietante. Ya había evitado tres encuentros, desviándose, caminando en zig-zag, pero sin mirar, sin ver a nadie, como si su sistema nervioso poseyera una antena supersensible que le avisara de la presencia de los extraños.

Dentro de poco, después que los penados terminaran de comer, saldrían al patio, hasta la hora de retirada para el recuento; pero todavía le quedaba un rato largo para estar relativamente solo.

Se estudiaba; le parecía que se había vuelto a hallar después de ocho años de ausencia, de muerte total. Todo lo que tenía perdido, y que creciera tanto en su imaginación, lo sentía ahora dentro de sí, arrebatándolo de vitalidad y euforia.

Un sacudimiento nervioso lo detuvo a la mitad de su paseo. Rechazó el pensamiento que quería interceptar a su alegría, pero el pensamiento tornó más agresivo, como pelota que hubiera rebotado contra una pared, adueñándose de él. No le había llegado de improviso; desde el mismo instante que se sintió penetrado por la emoción, en principio, latente, marchaba, paralelo a su júbilo, sin darse a conocer, en la espera del momento oportuno para manifestarse. Y se le clavó como un puñal en medio de la confianza. Pascasio se rebeló iracundo, aunque ya toda su fuerza se había convertido en debilidad.

No es que se sintiera nuevamente empobrecido, ni que su emoción interior hubiera pasado, pero, al reconocer por fin los perfiles de su alegría, la naturaleza de su júbilo, todo su ser sintió el peso de una amargura desolada.

Lentamente se dirigió al rincón del patiecito donde solía echarse y que de nuevo le parecía familiar y odioso, único

Publicaciones cubanas en la Red patrimonio. No cabía duda de que aquello que le sucedía era lo que siempre había temido y rechazado. No importaba que fuera distinto a lo de la Morita; que sus sentidos no hubieran intervenido para nada en la fuga maravillosa de su espíritu, pero se veía manchado, a punto de sentirse pegajoso, semejante a sus compañeros que despreciaba. Y, no obstante, era otro Pascasio; vivía algo que nunca antes se manifestó en él y que, contradictoriamente, parecía elevarlo sobre el medio en que hasta entonces se debatiera. Era un Pascasio nuevo que se alzaba de sus propias ruinas, jubiloso y fuerte; con toda su capacidad de sufrir y gozar superada hasta lo imposible. Era la suya una felicidad superior a cuanto había soñado, cuando privado de todo, todo lo quería alcanzar con la imaginación y todo lo alcanzaba por un instante para después caer en la esterilidad de las desesperaciones.

Pero por más que hacía, por más que pensaba en el vértigo que le arrebató hasta aquellas alturas nunca soñadas, no cabía duda de que su emoción era de turbio origen.

Sentado en el rincón, se abrazaba a sus rodillas, oprimiéndoselas; cada minuto que pasaba lo empobrecía más y más. Entonces, «todo», ¿no había sido más que «eso»? ¿Aquel vértigo no fue otra cosa que un rodar hacia el abismo lleno de fango que lo cazaba desde el día en que puso sus pies en el presidio?

Por un instante quiso defender su ilusión, que ya se había convertido en un trapo sucio —semejante a aquellos que de vez en cuando se encontraba antes, detrás de las casas pobres del pueblo, y que sirvieran para atajar sangrazas de menstruos. Él mismo no era otra cosa que un trapo sucio más...

Se rió como un loco, llamando la atención de don Juan, que seguía en su trajín de araña infatigable.

—¡Eh! ¿Qué le pasa, compay? Así empecé yo, digo, así empezó el sarnoso de Miguel el Palmichero, cuando le

Publicaciones cubanas en la Red
escribieron que su hija se había metido a puta. No sea bobo, no se acobarde y teja como hago yo.

Pascasio lo miró sin entender lo que decía. Su pensamiento seguía en la galera, en el muchacho, en su vértigo.

Mirando a don Juan, pero sin verlo, tomándolo de punto neutro, fijaba los ojos en la nada para arrancar de ella la visión subyugante de aquel rostro que él tomó, sin saber por qué, como imagen fiel de su propio sufrimiento; pero la visión se escapaba a su insistencia, y sólo a ratos precisaba como dos esmeraldas, ligeramente manchadas de sangre, los ojos enrojecidos por el llanto que tan bien supieron expresar, a un mismo tiempo, la autoridad y la súplica.

Sonrió amargamente. ¿Cómo era posible que se hubiera dejado engañar hasta el extremo de esperar tanto de la vida? Y en realidad, ¿qué podía esperar él aun en el supuesto de que su emoción no arrancase de algo degradado? ¿Pensó que su soledad había terminado? ¿Que ya no era solo esperar la libertad cercana? No, no era aquello; no se hubiera sentido más feliz si aquella libertad ya le hubiera llegado a las manos; era lo otro, lo vergonzante, ¡la enfermedad del presidio! Decididamente estaba loco; y ahora reconocía que ya lo estaba desde el día en que fijó los ojos en el muchacho; acaso desde antes, desde que le pegó a la Morita; tal vez desde siempre. Probablemente la tara había nacido con él y por eso llegó a presidio convertido en un basilisco contra todo lo que le pareciera anormal. Si no fuera así, ¿no hubiera bastado con un simple alzamiento de hombros? Ahora, nada ni nadie podía salvarlo; rodaba por la pendiente con una rapidez vertiginosa, y ya se encontraba fuera de centro, sin tener siquiera, como don Juan, dos agujas para coser segundos y segundos a la tortura del tiempo.

Había perdido sus años en una defensa inútil de lo que estaba perdido de antemano, en oponerse a lo inevitable,

Publicaciones cubanas en la Red
fabricándose una soledad que ahora se le venía encima y lo aplastaba.

Los hombres podían fabricar también una prisión y encerrar en ella a otros hombres, pero no podían detener el curso de la naturaleza, como no se puede detener el curso de un río. Lo único que harían, en su torpeza, era desviarla irresponsablemente, y después castigar los efectos de la desviación, causada por su propia ignorancia. Pero esos hombres aún no han tenido que rendirle cuentas a nadie, y Pascasio sí; ahora se las rendía a sí mismo o no se las rendía; rotas sus esclusas, se desbordaba en los cauces zigzagueantes de sus ruinas, camino de lo contra natural, que es el lógico para el que haya sido torturado en su naturaleza.

Pascasio se sorprendió de encontrar en sus ojos la mirada sin brillo de don Juan, que lo observaba, intrigado, e hizo un violento esfuerzo para arrancarse de sus cavilaciones.

Afuera, en el patio principal, los presos comenzaban a disfrutar de su hora de recreo. Se le ocurrió que también podría salir él y mezclarse con los demás; al pasar por delante del viejo, le dijo, tratando de hacer una broma:

—¿Qué le pasa, don Juan? ¿Por qué no sale usted al patio a buscarse su muchacho?

—¿Yo...? ¡Ja, ja, ja! Ya mi maruga no suena, hijo. Eso está bueno para ustedes, los jóvenes retirados antes de tiempo. Pero, ¿yo?

Se quedó un momento pensativo, se rompió en una voz seca, escupió en el suelo y se levantó, acercándose a Pascasio.

—Tú eres un hombre serio, Pascasio, y se te pueden decir estas cosas. ¡Y no te hablo para que chacharees! Si supieras que no me vendría mal un muchachito bueno, para que me ayudase con mis tejederas. ¡Aunque sólo fuera para tenerlo sentado delante de mí mientras le pincho el culo al diablo con estas agujas! ¡Es que uno está tan sin cuidados! Los presos

Publicaciones cubanas en la Red siempre dicen que, si no hay pan, se come casabe; pero no piensan en que al preso también le falta el otro calor, sin el cual el hombre tiene que ser por fuerza un perverso. No; no es sólo comer, no es sólo fornicar lo que nos falta, ¡es todo! Pero, ¡qué rayos te estoy hablando! ¡No quisiera yo oír a la gente! ¡Qué viejo verde, el cáncamo sato! Y no es eso, es... ¡Vete, vete!

Comenzó a toser apoyándose en Pascasio, que lo escuchaba como si en las palabras del viejo pensase apresar su verdad. Se miraron, y don Juan sonrió confiado, diciendo:

—Bueno, si encuentras un muchacho por ahí, como ese que salió hoy de los aislados, pregúntale de mi parte si quiere que le enseñe a tejer. ¡Ja, ja, ja! ¡Don Juan con su chavea! ¡Miren a este hombre que lo viene a sacar a uno de paso! ¡Lo ven a uno viejo y se figuran que ya está en las tablas! ¡Vete, vete! Yo mismo lo buscaré si me hace falta.

EN EL PATIO

12

Pascasio se metió entre las oleadas de hombres que invadían el patio principal. Llegaban en grupos de diez o doce, hablando todos al mismo tiempo, alzando la voz para hacerse oír, si un obstáculo se interponía entre ellos. En todos los rostros se notaba la contrariedad, y voces roncas por la discusión trataban de hacer escuchar opiniones, que por otro lado querían imponer también los que pretendían que las escuchasen.

Al entrar en el patio, unos se agrupaban siguiendo la disputa, y otros, después de mirar a su alrededor en busca de alguien, se

separaban y se perdían entre los demás grupos que se reunían al pie de las columnas y bajo los claustros.

Pascasio, después de soportar algunos empujones, salió de los remolinos de gente y llegó al centro del patio, donde ya se podía andar casi libremente. Dos o tres conocidos lo saludaron al pasar, extrañados de verlo allí paseando, sin asearse, sin cambiarse la ropa del trabajo, con aspecto de loco.

—Ahí viene Pascasio. ¿No lo ves raro?

—No sé; la gente anda hablando una pila de cosas. Parece que al palo le cayó comején.

—¡Esos son cuentos! Es que no quieren perdonarle al hombre la antipatía que les tiene a los pájaros. Desde hace mil años le vienen anunciando lo mismo.

—Pues mira.

—Deja eso. ¿De modo que hoy tampoco hay pelota?

—¡Tampoco! Es la única diversión, y ya ves: cuando no llueve, hay un muerto.

—Pero, ¡venirse a morir precisamente ahora! ¿No hacía ya quince días que se le había enterrado la sierra?

—Por lo menos. Murió porque le sacaron el pedazo de fleje que tenía en la cabeza.

—¿Pero tú no crees que se lo habían sacado antes?

—De seguro que no. Yo he conocido casos de hombres heridos en el mismo corazón, y que no se han muerto en tanto no les han sacado el cuchillo.

—Bueno, lo cierto es que nos han fastidiado la pelota.

Como paseaban dándole la vuelta al patio, se volvieron a cruzar con Pascasio, que caminaba ensimismado. La asociación de ideas hizo que la conversación tomara otro giro:

—De todas formas, el juego de hoy no iba a servir para nada. No picheando el negro Jones, el juego es de un solo lado.

—¿Pero él no iba a pichear?

—¡Qué va! Tú sabes bien cómo es de sinvergüenza ese negro americano.

—¿Y qué es lo que pedía ahora?

—¡Casi nada! ¿Recuerdas que en la primera serie hubo que pagarle sueldo? Después dijo que quería aprender a tocar guitarra, y que si no se la traían y le ponían un maestro, no tiraba una pelota más para el home.

—Estos americanos son de su madre pa arriba. ¡No hacen nada gratis! Y ahora, ¿qué pide?

—¡El diablo! Al hombre le ha entrado la calentura, y ya no le basta la guitarra, ni los sonos, ni que le toquen el bongó. Sabe que nos tiene cogidos por el narigón y se ha sentado a pedir.

—Pero, acaba, ¿qué es lo que quiere?

—Fui a verlo con los directivos del club porque nos dijeron que el americano estaba revirado. Después de mucho preguntarle, ¿sabes qué nos dijo?

—Hace media hora que te lo pregunto.

—Pues estiró la bamba, se puso roñoso, y nos dijo que si no le conseguíamos un muchacho, no picheaba más.

—¿Cómo?

—Lo que oyes: que está enamorado y hay que quitarle la calentura.

—Pero, ¿pidió alguno en particular o a uno cualquiera?

—¿A uno cualquiera? ¡Se trata nada menos que de la Morita!

—Entonces la cosa es fácil.

—Te crees eso. A la Morita no hay quien le entre ahora. Dicen que es porque está metida con Pascasio.

—¡Mal rayo me parta! ¿Y se lo dijeron así a Jones?

—Claro, pero él no traga; dice que si no le conseguimos a la Morita, no pichea.

—¿Y qué van a hacer?

—Figúrate; le hemos llevado más de diez muchachos para que escoja, pero está cerrado a la banda. Se ha montado en lo de la Morita y no hay quien lo pueda apejar del burro. Es extraño que tú no sepas esto, porque la gente no habla de otra cosa. ¿Tampoco sabes lo de Jiménez?

—¿Qué Jiménez?

—El del baño; ¿no te acuerdas de...?

—¡Ya sí Ah! tienes otro caso. ¿Quién iba a pensar que a se le diera por tal cosa?

—No es lo que te figuras. Resulta que el hombre tiene un amigo de confianza y le ha contado lo que le ocurre. Tú sabes que está aquí porque mató a su mujer, ¿no?

—Sí.

Pues ahora está medio chiflado, y dice que cada vez que va al baño, el espíritu de ella se le sube a los hombros y empieza a decirle que le pegó los tarros porque él, como macho, no valía para nada; que se fije en los demás para que vea como tiene razón.

—¡Eh! ¿Y por eso busca a los que viven lejos?

—¡Claro!

—¡No en balde se enredó con Puga y el Mula! Pero, oye, ¿esa no será una historia para poder hacer su negocio sin desprestigiarse?

—No. El Mula lo enamoró figurándose eso mismo, y le metió la muñeca; ahora están los dos castigados en la celda.

—Qué cosas se ven aquí... Mira a Pascasio, otro que está a punto de guillarse.

—Y no tendría nada de particular; piensa que se ha metido ocho años a palo seco. ¿Sabes tú lo que es eso de echarse encima años y años sin buscarse su guasabeo? Hay que coger la marchita o si no se te hinchan. Lo mejor que debía hacer Pascasio era casarse.

—Se aguanta por prurito.

—Tal vez no. En el mundo hay gente para todo, y casos más raros los he conocido yo. ¿Te acuerdas de aquel que era listero de la Primera Central? ¿Uno flaco que tenía fama de ser muy serio? Bueno, tú no debes acordarte. Pues ése, mientras estuvo en el presidio, no entró en ninguna maraña. Era un hombre serio de verdad. Probado. Pues cuando salió lo cogieron en un matrimonio de afeminados, haciendo él de marido.

—Porque era un degenerado. ¡Con tanta hembra como hay en la calle!

—La cosa no es así, compañero. Aquí uno va convirtiéndose poco a poco en un cajón de basura. Piensa, piensa, piensa. ¡El diablo! Claro que ese listero no se echó a perder en la calle, salió listo de aquí, en donde, sin embargo, había resistido de a hombre. A lo mejor fue que de estar tanto tiempo sin verlas les cogió miedo a las mujeres. Bueno, yo tal vez sepa lo que le pasó, pero no me sé explicar. Sólo sé que estas prisiones no son otra cosa que máquinas de fabricar degenerados. ¡Quién rayos me iba a decir a mí antes que...!

—¿Qué cosa? —preguntó el otro, riéndose, al ver que se interrumpía su interlocutor.

—¡Nada! Hace dos días que me peleé con ese tipo. Ya tú sabes. Y creo que voy a tener que hablarle otra vez.

—Eso no debes hacerlo. Mejor búscate a otro, que si se te monta arriba...

—¿Qué le vamos a hacer? El que no quiera ruido atrás, que no cargue guano seco. Desde que uno llega a eso, ya cayó abajo para siempre; no importa que sea con éste o con aquél, se te mete dentro una maldición que ya eres para siempre como un perro sin amo, algo distinto. Vas y vienes, lo haces todo bajo la maldición; te conviertes en un muñeco, y si los demás no se ríen de ti es porque todos están en lo mismo. Nada es igual que antes; los amigos son otra cosa, y la familia,

Publicaciones cubanas en la Red
y la libertad. Si te desesperas por ser libre lo haces, no por la libertad misma, sino por escapar de esa cosa viscosa que se te ha metido dentro.

—A ti lo que te pasa es que estás enamorado, eso es lo malo. Yo me limpio el pecho y listo. Si te vi no me acuerdo. Acuéstate con él y verás.

—¿Y si no puedo? ¡Sería peor! Si, mil veces peor. Esto podrías hacerlo con una mujer, sería natural; pero en esta maldición de aquí no es el gusto, sino la locura, quien lo empuja a uno. ¿Acostarse? ¡Pienso que sería mejor matar! ¡Si solamente de besarse, corriendo, a escondidas, se te quiere romper el corazón de los saltos que da! Y ni sabes el papel que estás haciendo: si el de hombre o el de mujer. Acaso los dos...

—¡Es lo que te digo! A ti te hace falta todavía cogerle el golpe al asunto; ya verás después cómo todas estas ideas se te quitan de la cabeza.

El otro no replicó; caminaba nerviosamente, mirando a su alrededor. De pronto dijo:

—Déjame dar una vuelta por ahí a ver si lo encuentro.

—¿Y si está con otro?

—¿Con otro? ¿No ves que eso no puede ser? ¿No comprendes que tengo las manos llenas de homicidios? ¿Por qué dices eso?

—Nada, nada. Cosas que se le ocurren a uno; pero te digo que no busques bronca, que lo que tienes que hacer es romper la pelota de una vez para que te tranquilices. Abur.

Se separaron. El de los consejos fue a reunirse con un grupo que discutía acaloradamente si debía suspenderse el deporte por la muerte de un recluso.

—¿A qué viene tanto cuento después que uno ha largado el piojo? ¡Más valiera que no nos matasen de hambre!

El recién llegado fue a intervenir, pero vio pasar a tres muchachos hablando animadamente, y les gritó:

—¡Hey! ¡Arepa entre tres el diablo la ve!

—Será por eso que el diablo no hace más que mirar para tu madre. Será que está enredada con dos vecinas.

—¡Ja, ja, ja! ¿Eres tú la que llevas la voz cantante? Acabo de dejar a Matanzas, que anda buscándote loco. Creo que los tres van a coger leña.

—El del medio es la Duquesa. ¡Si Brai lo ve en esa reunión de pájaros! Dile algo.

—¿Yo? ¡Díselo tú! ¡Para que vaya a contarle al bestia ese que lo estoy enamorando!

—¡Dejen a esos sarnosos! —exclamó otro del grupo—. Sólo traen fatalidad. Miren el carro que viene ahí.

Todos miraron. Andrés se adelantaba cabizbajo, despertando la atención de los demás por su adolescencia. Algunos presos, como don juanes callejeros, le decían al pasar palabras en voz baja.

—Oye, tú que eres más descarado, éntrale con algún cuento para que se quede hablando con nosotros. Si lo paras un momento ya no sabrá cómo irse.

—Iguana, me he fijado que te gusto para gancho.

Como el muchacho llegaba ya junto al que hablaba, éste se le puso delante y le dijo, apoyándole una mano sobre el hombro:

—Compañero, ¿usted está en la limpieza de patio?

Andrés lo miró interrogante.

—¿Está o no, compadre? Si lo pregunto es porque trabajo con Candela y tengo que avisar a todos los de la limpieza.

—Sí, estoy; ¿qué tiene que decirme?

Mientras hablaba, los otros habían hecho un semicírculo a su alrededor, cortándole el paso.

—Que mañana tienes que salir temprano de la galera para baldear la cocina.

—Ya el cabo nos lo había avisado. Está bien.

Trató de seguir su camino, pero su interlocutor lo detuvo, fingiendo una franqueza amigable:

—¡Amigo! Pero, ¿y esa prisa? Si te haces casasa te pondrás viejo sin salir de la limpieza. Aquí, más que en ningún otro lado, tiene uno que buscarse amigos, ¿verdad, ecobios?

—Seguro —agregó otro—; mira, yo mismo podría hablar para que te acortasen el tiempo reglamentario de mecánica y te llevaran para algún taller.

—Más vale que lo deje.

—¿Te da pena? Para nosotros es fácil. Mira, este es el gallero del jefe; por ahora no sale fuera del presidio porque lo cogieron tratando de templar un gallo fino, pero sigue con su influencia.

El que había hablado primero, notando que Andrés comprendía que se estaban burlando de él y quería marcharse, intervino:

—No le hagas caso, éste siempre está bromeando. Oigan, ¿se enteraron de lo que le pasó al negrito que ingresó con este muchacho? ¡Lo pasaron por la piedra de mala manera en los Incorregibles! ¿Qué, te quieres ir? No seas bobo; tienes que ser un poco más tratable.

Le recorrió el cuerpo con una mirada desvergonzada y añadió:

—¿Quién ha visto a un muchacho tan «noble» como tú, ser tan arisco? ¡Espera!

—¡Suéltame!

Lo tenían cogido por los brazos, y ahora todos hablaban a la vez, aparentando darle satisfacciones. Andrés contrajo los músculos para zafarse, pero se contuvo al distinguir, detrás

Publicaciones cubanas en la Red de los hombres que lo cercaban, a Pascasio, que observaba la escena con expresión iracunda.

Fue tan brusco el cambio de la actitud de Andrés, que los otros, soltándolo a medias, siguieron la dirección de su mirada, y retrocedieron al encontrarse con el rancharo, que parecía dispuesto a agredirlos.

Quince días antes hubieran defendido su derecho a correrle la novatada al ingreso, pero en el presente era distinto. Hasta en el último rincón del presidio se había hablado de Pascasio. Lo de pegarle a la Morita y a los que sacaron la cara por él no tuvo mayor importancia, pero el hecho de habersele parado bonito a Brai, cosa que nadie hasta entonces había hecho impunemente, lo trasladó, de golpe, de la oscuridad del montón al grupo de los elegidos, encabezado precisamente por Brai, cuya indiscutible jefatura comenzaba a hacerse monótona, por la razón de que para sostenerse en ella le bastaba el prestigio adquirido sin que tuviera necesidad alguna de pelear. Por otra parte, duraba tanto esta jefatura que ya desdecía de los hombres del presidio.

Cierto que Brai no se había amarillado, que lo mismo usaba una zoquetería con un preso que con un empleado, y que, además, nunca había abusado de su poder. Pero el tiempo en que Brai tenía que salir al patio dispuesto a defender su título de primer guapo, estaba sólo en la memoria de los «presos viejos», y ya parecía una leyenda que más bien molestaba a los que llevaban en el pecho el número siete mil para arriba, los cuales tenían que conformarse con oír la relación de los tiempos heroicos.

Las esperanzas que surgieron se habían desvanecido; Candela se convirtió en un chota y aceptó un puesto de cabo de la mecánica, igual que el Trágico, que después de haber desafiado a Brai, le cogió pánico y pidió la plaza de sargento de las celdas, de las que nunca salía. Juan el Malo era guapo, tenía en su haber hasta la muerte de un escolta y un recargo

Publicaciones cubanas en la Red de treinta años en la condena; no había quien lo mirase atravesado sin tener que enredarse con él, pero se le sabían cosas que perjudicaban su hombría, aunque él aseguraba de vez en cuando que el corazón no se enteraba nunca de lo que hacían las nalgas. A Juan Herrera se le había partido una pierna en los primeros revuelos y no llegó a pasar de promesa. Manuel Chiquito, aunque no era de los más cobardes, lo arreglaba todo con dinero, sin dar la cara y sin ajustarse a las leyes de la «canalla». El Jíbaro, que venía de la calle precedido de una buena fama, no podía convencer a nadie, mientras no le entrase en condiciones al brigada del Orden Interior, Rompemontes, que lo denunció como autor de la muerte por la cual estaba cumpliendo condena. Valentín Pérez Daysón enloqueció al caerse sobre las balas de cañón del tiempo de la colonia que estaban en los fosos, cuando pretendió fugarse, y aún se decía que quiso huir por la bronca que tenía pendiente con el isleño Santana, el mismo a quien Brai le arrebató el título comiéndole las orejas.

Los demás no reunían condiciones suficientes para ser tenidos en cuenta. El que era toro de verdad no podía explotar a los infelices por sistema, aunque sí coger lo que le hiciera falta donde quiera que esto estuviera, ni cometer abusos, pero no andarse con chiquitas si llegaba la hora de castigar cualquier equivocación; ni preocuparse de la ropa que se ponía; ni fijarse mucho en los toques de corneta reglamentarios; ni andarse con demasiadas precauciones si se llevaba algún muchacho al hoyo; ni consentir que un preso jefe de galera lo avasallase a título de galones; ni perder la cabeza por un muchacho determinado, aunque sí pelear hasta el fin si le molestaban al que, por el momento, vivía con él —y eso no por el muchacho, al que siempre debía tratar con despego, sino por él mismo—, ni enamorarle «la mujer» al amigo; ni negarle un arma a un compañero, siempre que la quisiera para un asunto que

mereciera la pena; ni eludir responsabilidades; ni echarse al suelo como los demás si por un plante de rancho, u otra razón cualquiera, ordenaban en la galera un bocabajo.

Y Brai cumplía todos estos requisitos, pero sin contrario; los mismos empleados le reconocían ciertos derechos, y aquello no entraba en la jugada. ¡Había que fajarse de vez en cuando! Así, los golpes que no cogía él iban a parar a las espaldas de los guapos menores, que al fin y al cabo hacían lo mismo que podía hacer Brai. Pero ahora, cuando en todo el horizonte no se distinguía al hombre capaz de sustituirlo, se presentaba de repente aquel ranchero que no dudó ni un momento en echarle los caballos de a macho. Todos los reclusos comentaron el asunto del patio de baños y la forma en que procedió Brai cuando Pascasio le dijo que era como los demás, que sólo vivía de guapo porque estaba rodeado de pendejos.

El presidio entero miró para Pascasio, cuya vida pasara hasta entonces inadvertida. Solamente se sabía de él que «no entraba en maraña de sodomía», que tenía tienda aparte, que no pinchaba ni cortaba, y comenzaron a alzar, escépticos, los hombros. A lo más era un loco al cual Brai ni siquiera le hizo caso. ¿Quién había visto a un hombre de verdad que zafara el cuerpo a un afeminado, como le sucedió al ranchero con la Morita? Cierto que no le dijo que no temblando ni abochornado, sino que le rompió la boca, para después no defenderse en el Interior. Pero los presos desconfiaban por instinto de los que alardeaban de serios; así como eran mentirosos en eso, podían serlo en todo lo demás. Lo único raro era que Brai no le hubiera dado una lección; pero, claro, ¡como ya se había acostumbrado a vivir de eso sin pelear!

No obstante, la vida de Pascasio, desde aquel momento, comenzó a ser más observada. Cuando se le preguntó por él a la Morita, el afeminado contestó con un desplante; haciéndose el misterioso y sonriendo enigmáticamente, dijo:

—Moléstenlo y verán.

Y allí estaba Pascasio ahora, con los ojos apretados y la rabia retorciéndole la boca. Uno del grupo, que quedaba detrás de la columna, dijo bajito a otro:

—Me corro, este es el chavea de él. Estoy en la Primera Central y lo vi cuando le llevó una ración de carne que le tenía separada.

Unos a otros se fueron avisando, y un instante después, sólo quedaba al pie de la columna Pascasio, con el sello de la inquietud en el semblante y Andrés que le sonreía dócilmente. El ranchero se llenó el pecho de aire para expulsar de él el gusano que se lo roía, y sonrió a su vez torpemente, preguntando:

—¿Te hacían algo esos tipos?

Andrés continuó mirándolo en los ojos, moviendo la cabeza negativamente, con lentitud, en silencio, mientras por su rostro se extendía una indefinible expresión de poder a la que no era óbice la dócil sonrisa con que lo había acogido y que persistía. Los dos se sostuvieron la mirada, hasta que los labios del ingreso hicieron un levísimo gesto irónico:

—Hoy me has ayudado dos veces.

—Eso no merece la pena, aquí estamos para eso.

—Así mismo, con las mismas palabras, se me ofrecían los que se acaban de marchar. Aquí todo el mundo se siente generoso. ¡Caramba! ¿Tanto miedo inspira usted?

—¿Miedo?

—Se han marchado todos en seguida; parece que los asustó.

—No.

Pascasio estaba sorprendido del tono que empleaba el ingreso, a cuyos ojos se sentía expuesto, como si fuera transparente. Quiso reaccionar empleando un tono duro:

—Parece que te pesa que te haya quitado a esa gente de encima.

—Tal vez no. Pero...

—Pero, ¿qué? —preguntó Pascasio con una sombra de inquietud.

—Nada. Me pareces distinto a los otros; en el poco tiempo que llevo aquí, he aprendido a desconfiar de los que hacen favores gratuitos.

—¿Y de mí, qué puedes temer?

Pascasio había logrado, por fin, endurecer su expresión, pero ante la mirada insistente de Andrés, sintió que aquella fuerza se le derretía como un pedazo de hielo expuesto al sol del mediodía. Recordó su emoción jubilosa de hacía media hora y se avergonzó hasta la médula. ¿No era acaso como los otros? ¡Qué mal se iniciaba en su rol de conquistador! Aquel «qué puedes temer» lo dijo duramente, sin embargo. Sintiéndose en ridículo, hizo un ademán como para marcharse, pero el adolescente lo detuvo, sujetándolo por un brazo:

—No se vaya aún. Todavía no le he dado las gracias. Una cosa es que desconfíe de usted, y otra que le tenga miedo. A mí se me hace que no es peligroso. ¿Qué tiempo lleva aquí?

—Ocho años —dijo Pascasio, dominado por completo y confuso, tanto por el cambio de tratamiento que empleaba el muchacho, como por la ambigüedad de lo que decía.

—¡Ocho años! ¡Y a mí que me parecía usted un ingreso, poco más o menos como yo!

—Míreme el pecho. Está un poco apagado el número, pero es el 5062. Calcule a quinientos números por año.

Tornaron a guardar silencio, Pascasio tratando de ocultar sus emociones, y Andrés aún sorprendido de los años cumplidos por aquel amigo que la suerte le deparaba.

Sinceramente pensó que Pascasio era tan novato como él; de otra forma no podía explicarse su cortedad, la fuga de

fuerza que tenía en los ojos y que en momentos lo avasallaba. ¿Cómo era posible que aquel hombre, poderosamente sensual, conservase aún, a no ser por falta de experiencia, aquel titubeo? Pureza no era, se veía bien que no; lo denunciaba su propia vacilación, el calor asustado de sus palabras; se lo decía su instinto.

Andrés lo miraba a los ojos y le hablaba con los suyos, con sólo un imperceptible movimiento de labios que más parecía un temblor. No podía sospechar que la vida de Pascasio estaba simplemente detenida, arrinconada, por un esfuerzo constante y heroico de su voluntad. Menos aún podía alcanzar que había sido él, Andrés, quien lo acababa de vencer. ¿Cómo podría pensar que aquella timidez era consecuencia de los sentimientos que él le inspiraba? Más bien se inclinaba a creer natural, innata, la timidez que manifestaba Pascasio, y ese juicio le daba ánimos suficientes para jugar, con él, el juego peligroso del ratón y el gato.

Al pensar esto lo miraba, y sus pensamientos eran tan precisos, que Pascasio parecía percibirlos y ahogarse en ellos. Andrés, con una voz lejana, murmuró:

—Ocho años. ¿No te parece demasiado?

Y pareció continuar con la mirada la frase «...¿no te parece demasiado para conservar aún tanta ingenuidad dentro de ti? Veo que me buscas, que me persigues, sé lo que quieres de mí, pero no tienes valor para decírmelo. ¿Cuándo serás capaz de hacerme lo que el Matienzo?»

Sufrió un escalofrío y trató de ocultar con una forzada sonrisa el rubor que le encendió el rostro.

—¿En qué pensabas? —preguntó Pascasio intrigado—. Tal parece que de pronto hubieras sentido vergüenza de estar hablando conmigo. No tengas temor ninguno; todos me conocen bien.

Le hablaba sin agresiones, casi cariñoso, al no sentir, por vez primera, la fuerza del muchacho descentrándolo.

—No —respondió Andrés, ponindose serio de pronto—, aunque fueras distinto no me importaría. Cada uno es como es, y además...

La mirada del muchacho tropezó con la de alguien que en aquel instante se detenía detrás de Pascasio y que le clavó la mirada escrutante, cortándole la palabra. Pascasio, intrigado, volvió la cabeza, y se encontró con la Morita, que tenía en los labios una sonrisa despectiva. Los tres se miraron en silencio un segundo, y la Morita, después de envolver al muchacho en un gesto provocativo, dijo, acentuando deliberadamente sus ademanes de invertido:

—Hace quince días, en el baño, me diste una cita. Podríamos hablar ahora si quieres.

El muchacho se quedó sin saber qué responder. Mirándolo iracundo, le dijo:

—Ni te conozco.

—¡Caramba, Dios mío! ¿Será porque estás hablando con tu nuevo amiguito? Me pare...

La garra de Pascasio aferrada a su hombro le interrumpió la frase, pero el afeminado no cedió en su actitud, y echando la cabeza hacia atrás, la movió violentamente, diciendo con voz contraída:

—¡Qué guapo!

Alzando los hombros, como el que se somete a la fatalidad, Pascasio lo soltó, y añadió, pasándose la mano por la frente:

—Está bien; dime lo que tenías que decirme.

—¿Aquí? ¿Delante de este inocente? Digo, a lo mejor estoy equivocada y...

—Cállate —interrumpió agresivo—; piensa en lo que te puede pasar.

—No; todo lo que me podía pasar, ya pasó.

Había cambiado de tono, pareció ensimismarse, pero pronto se arrancó de su abstracción para añadir:

—Por ti mismo no quise seguirte persiguiendo, aunque sabía que nadie podía evitar esto —y señaló al muchacho, hundiéndole un índice en el pecho—; ahora el mal será para todos. Digo, para ti, que eres el único que cuentas.

Hizo otro silencio que el asombro de Pascasio no supo interrumpir:

—Eres el único. Tal vez aún pudieras salirte del hoyo en que te has metido, si acabaras esta fiesta sin darle mucha importancia. Pero ya te conozco mejor que tú mismo, y sé que te llenarás de tierra los ojos. Abur; y ya sabes: si puedes, no lo cojas con mucha fuerza. Te lo digo por tu bien.

Pascasio lo vio marchar sin replicar una sola palabra. Nada de lo que dijo la Morita le penetró, y sólo tenía fuerzas para maldecir su intempestiva intervención. Alzó los hombros y se volvió hacia Andrés, que lo acogió intensificando la ironía de su sonrisa.

—¿Qué le ocurría a ese muchacho?—preguntó, fingiendo ingenuidad—: Por poco me atraviesa el pecho con sus uñas, que las tiene afiladas como las de una mujer. ¿Será que está celoso? ¡Aquí se ven cosas rarísimas!

—Sí; tonterías del presidio. Ya tendrás ocasión de verlas mejor.

Los presos, educados por el hábito, comenzaban a desfilar hacia las galeras cuando aún el corneta no había tocado la retirada. Pascasio miró a su alrededor y dijo inquietamente:

—¿Ya?

—¿Qué?—preguntó Andrés por decir algo.

—La retirada. Un día más ganado..., o perdido.

El muchacho se agarró al brazo de Pascasio apretándose-lo.

—¿Qué te sucede?

—Lo había olvidado. Esta noche será la primera para mí en las galeras. Les he cogido horror. Las vi una noche que nos sacaron a trasladar un muerto, y son horribles. Estoy desesperado por verme en el día de mañana, aunque sea para que me traten como a una bestia en la limpieza del patio.

—Pronto te será todo indiferente.

—Mientras tanto...

El corneta comenzó a tocar la retirada, y simultáneamente a ella se oyeron los palmetazos de los cabos apremiando a los demás presos.

Andrés continuó la frase:

—...es la muerte.

Hizo un saludo con la mano y dijo:

—Adiós; mañana tal vez nos veamos.

Una hora después —los rancheros no entraban en sus galeras hasta cerrada la noche—, Pascasio aún permanecía en el mismo sitio.

Revestido de blancos azulejos, se empotraba en la columna un tanque donde se guardaba el agua para la limpieza del patio. En su fondo, como si tratase de leer en las aguas que reflejaban las últimas luces de la tarde, Pascasio buscó su cara, pero el agua estaba turbia y apenas distinguió, toda borrosa, en la oscuridad, su silueta.

En aquel momento, el gallego Prendes recontaba, por quinta vez, a los ciento treinta y dos presos en fila de la Primera Central...

EL BAILE DEL GUANAJO

13

—¡Alineación de dos en fondo! ¡Amárrense bien los pantalones, que vamos a pasar el Niágara en bicicleta! ¿Listos? ¡De fren...! ¡March...! ¡Quiero sentir las pisadas como si llevaran

Publicaciones cubanas en la Red
puestos los de vaqueta! ¡Un, do...! ¡Un, do...! ¿Qué es lo que te pasa, Huevo de Oro? Hasta en la fila estás de rascabucho. ¡Cubre! ¡Pasos, que no siento esos callos! ¡Después, en vez de guanajos van a querer convertirse en aeroplanos! ¡Un, do! ¡Un, do...!

—Oye, Candela, cuando menos te figuras que estás en el campo de entrenamiento.

—No, es una iglesia y tú eres el cura de ella. Ahorita vas a tener que celebrar la misa. Cuando sientas el agua caliente, se te va a hacer que llegaste al infierno, y el diablo mayor voy a ser yo mismo.

—Con tal de que me dejes ponerte el rabo, todo irá bien.

—No, el rabo se lo vas a poner a tu madre. ¡Alto! ¡En su lugar descansen!

—¡Cómo se conoce que fuiste «amarillo»!

—¡Y bien! ¡Bastantes cabrones de ustedes que colgué en las guásimas!

—Te equivocaste, esbirro; en mi vida he cortado caña. Ésa que la tumba el viento, los negros esclavos o los americanos.

—Si sigues subversivo, vas a parar de cabeza al Interior.

—¡Compañero! ¿Era así como hablabas en el ingenio?

—Tal vez —y Candela se abstraigo, con la mirada perdida en la copa de una palma que se alzaba en el medio del patio—. Los discos me los daba hechos míster Daniels, el administrador: «La salvación del país depende del éxito de la zafra... La Patria exige que todo buen trabajador denuncie a los agentes de Moscú que traten de sabotearla».

Hizo un ademán con el brazo, como si estuviera arengando o dando plan de machete, y añadió:

—¡Pero por tu madre, Curita, no me recuerdes esos tiempos! ¡Si hasta me parece que tengo el machete en la mano!

—Y tal vez no te equivoques. Si sueñas de noche, el que duerme a tu lado se revuelve.

—¡No me chives! Estoy hablando en serio. ¡Algún guapo de los que hay aquí los quisiera coger yo en el verde, con una buena guámpara en la muñeca!

—¡Ahorita te vas a poner como Valentín! ¡Zas, zas, zas!

—Si tú supieras, que Valentín a cada rato me recuerda mis buenos tiempos. ¡Los compones que he dado yo! Después tú sientes en los barracones el run-run, pero nada: la guámpara habla lengua y lo demás son cuentos; todo acaba en una función de bongoses. El único trabajo fino que hay que hacer es tener bronqueados a los haitianos, jamaquinos y gallegos. ¡Y amarrar corto a los negros cubiches, que éstos son más léperos que la madre que los parió!

—¿Y todo eso lo hacías por amor al arte?

—¿Amor a qué?... ¡La buena plata que le mangaba a míster Daniels! Y después ya sabes, abierto con las carnes del pueblo. Emperchado con el uniforme nuevo, el buen machete y el cuarentaicinco a la cintura. Con eso y cuatro pesos en el bolsillo, acababa.

Candela, mientras hablaba, paseábase delante de los presos en formación que se disponían a baldear la cocina. Su mímica era ridícula, a pesar de lo que reflejase su rostro, según hablase de los cortadores de caña o de «las carnes del pueblo».

Pascasio lo observaba desde la oscuridad de la cocina con el entrecejo contraído por el odio. Efectivamente, allí estaba el «rural»; lo reconocía en todos sus ademanes, en la desfachatez y el cinismo. Era el tipo híbrido, mitad hampón, mitad agente de la ley, extraído de las capas sociales más avasalladas para ser utilizado como instrumento de opresión. Lo recordaba en las guardarrayas del cañaveral, oteando alguna cabeza rebelde para abatirla de un planazo, o de recorrido, cuando a su paso los vejigos de los trabajadores que aún no levantaban

un palmo del suelo y ya habían aprendido a decir: «¡La rural!», con terror, se aplastaban contra la tierra, disimulándose, como alimañas de caza entre los matojos. ¡Allí estaba aquí! Tan rural en el presidio como en el ingenio. Candela aquí y Candela allá. Candela en todas partes para el que cayese abajo, y lamedor siempre con el de arriba, ya fuera míster Daniels o míster Rompemontes.

Pascasio fue cerrando poco a poco sus párpados hasta adúlterar la visión; allí estaba Candela vestido de amarillo, con el cuarentaicinco y el machete a la cintura; dando órdenes en el batey, en el corte de caña y hasta en el barracón. Carente de toda idea política, no se le ocurría pensar que el rural podía ser, llegado el caso, su compañero; que, como él, salía del pueblo, de los hombres explotados y vilipendiados; que era, asimismo, como él, un tornillo de la máquina oprobiosa del régimen que sufría el mundo. No acertaba a pensar que, el mejor día, el machete de rural podría formar, tendría que formar, al lado de su mocha. No, el uno había nacido para rural como el otro para esclavo; eran enemigos, desde que nacieron eran enemigos y lo seguirían siendo hasta la muerte, sin que ninguno de los dos perdiese su condición característica.

Quitó con repugnancia la vista y la paseó por la fila de presos que, con los cepillos y los sacos, esperaban la hora para comenzar el trabajo.

En segundo término, casi oculto por los demás, distinguió a Andrés, y todos sus pensamientos variaron de curso, emocionándolo. El insomnio de la noche pasada todavía le pesaba en los hombros, como si los sentimientos contradictorios que experimentó se le hubieran ido amontonando sobre las espaldas. Todo lo que hizo para engañarse fue inútil. Sí, aquello era distinto a lo que sintió cuando tuvo el primer encuentro con la Morita; distinto a todo lo anterior que había vivido; pero, indiscutiblemente, era el amor.

Acostado en su cama de lona, con la vista fija en el techo de la bóveda y las quijadas apretadas, revisó uno a uno todos los detalles y gozó aquella emoción que diabólicamente las sumaba todas. Ni por un instante dejó de abandonarse al vértigo jubiloso que lo arrastraba. Sentía en su interior el soplo poderoso de la pasión, y no pensó a dónde lo podía conducir el huracán; y si hubiera precisado que la muerte y el escarnio lo esperaban, que eran inevitables, no habría cogido un solo rizo de sus velas desteñidas al viento. El Pascasio de la resistencia había muerto; había esperado hasta el último minuto, hasta que su última energía se había roto, pero él no podía bajar los escalones uno a uno como los demás, ni tampoco seguirse engañando. Sentía que lo que le rugía dentro tenía, por encima de todas las leyes, derecho a la vida. Ni siquiera se lo preguntaba. Ya no establecía diferencias, desde mucho antes, entre lo que era y no era moral; ahora no le interesaba si estaba dentro o fuera de lo natural lo que sentía, si estaba o no dentro de la vida. Solamente sabía que de la pobreza pasó a poseerlo todo; que antes estaba clavado en tierra, separado del mundo por barreras que apenas le permitían una fuga a sus pensamientos limosneros, y que ahora aquellas barreras habían rodado con estruendo dentro de él, haciéndolo dueño del mundo.

Antes de entrar en la galera —ya tan tarde que el brigada de recorrido nocturno tuvo que buscarlo para completar la tablilla del recuento—, se había tirado en el pedazo de tierra cubierto de césped que rodeaba la palma del patio y se puso a pensar bajo el cielo estrellado de la noche.

Por primera vez en su vida no le pareció grande el misterio del firmamento, ni sufrió, como una brujería, el influjo de la luna. Sus pensamientos eran tan intensos como lo que contemplaba. Si todas las estrellas fuesen ojos que vieses, lo estarían mirando con el mismo asombro con que él las miró

Publicaciones cubanas en la Red siempre antes. Se palpaba sin reconocerse; le parecía imposible que fuera él mismo. En toda la noche no se le ocurrió que aquella pasión era de él solo, que había fundido arbitrariamente su existencia con otra existencia, pero que aquella pasión era un secreto que nadie compartía. No se le ocurrió pensarlo, pero tampoco lo que sucedería después.

Ahora, arrebatado por el vértigo, algo superior a su pensamiento lo ilustraba. Le parecía sentir el amor del muchacho en sus silencios y en sus miradas intensas de la tarde anterior. Pero no se detuvo a pensarlo, no concentraba nada, impotente su subconsciencia para turbarle los sueños. Las veces que se acercó al abismo de las realidades, inevitablemente tembló de espanto, pero era un espanto maravilloso que no conociera nunca y que le penetraba ahora, acaso no por amar intensamente, sino porque su amor se apartaba de las normas, como si éstas fueran también una barrera, más allá de la cual las pasiones eran infinitas como el infinito estrellado que contemplaba.

Ya en la cárcel deprimente de la bóveda, sus sentimientos no sufrieron alteración alguna; todo estaba dentro de él. Se sentía poderosamente enriquecido y capaz de mostrarse desnudo al mundo para que éste viese lo que era la felicidad ilimitada, la que está más allá del bien y del mal, donde el goce y el sufrimiento son una misma cosa avasalladora.

Él era otro Pascasio; era imposible que el actual hubiera nacido de un ser ya liquidado, minado por ocho años de una tortura inútil; era imposible que aquello que él sentía lo hubiera sentido cada uno de los presos que cayeron en la abyección; en ninguna de aquellas bestias que lo rodeaban, revolcándose en su propio fango, había descubierto el soplo ultrahumano que lo arrebatava a él, en un torbellino irresistible. Estaba limpio de la lujuria onerosa de los degradados; su pecado

inconfesable tenía mil voces para gritar: no la defensa que juzgaba ridícula, sino el júbilo.

Fue sólo en la mañana cuando se sintió desconcertado, como si hubiera pasado una noche de orgía envuelto en vapores de aguardiente, como si necesitase el silencio imponente de la noche y de los hombres dormidos para que su sueño se expansionase hasta el infinito. No es que el despertar lo retrogradase a su pobreza anterior —estaba estremecido por una fuerza poderosa—, pero comprendía que todo era irrealizable, que se había dejado arrastrar por un arrebato emocional que nadie compartía. Lo que la noche anterior, por la propia fuerza del vértigo, le pasó inadvertido, se alzaba ahora ante él materialmente infranqueable, semejante a los muros del presidio.

No es que estuviera dispuesto a renunciar a su sueño, pero ya no veía la felicidad delante de él, sino la desesperación de lo imposible. Ignorando que fatalmente la vida tiene que seguir su curso, y que todo lo que comienza tiene, por fuerza, un fin, pensaba que, no siendo capaz de dar un nuevo paso en la realización de su sueño, éste iba a quedar frustrado, aunque sembrado en él como el remordimiento por un crimen, que nadie compartía su secreto, y que solamente le restaba arrastrar en silencio aquella carga. Habiéndole el vértigo anticipado una arrebatadora visión de la dicha, al analizarlo ahora se encontraba sin caminos para lograrla, y la veía tan lejana e inalcanzable como fácilmente posible le pareció la noche anterior el misterio del firmamento.

La única vez que se independizó parcialmente de la obsesión fue para sentir un odio rabioso contra el cabo del patio en el que vio al rural, es decir, al enemigo de su vida anterior, al representante de quien lo trasplantó a aquella nueva existencia del presidio, donde conociera todos los sufrimientos y donde ahora estaba perdido definitivamente. Sufría esa iracundia

cuando su mirada tropezó con Andrés, y los latidos de su corazón se aceleraron; todo lo que no fuera emoción se borró de su mente; le pareció el día más claro y más amable todo; incluso aquel cínico de Candela tenía algo diferente, como los demás que lo rodeaban.

Tenía todo algo diferente, aunque él no podía precisarlo, fija su mirada en los ojos perdidos del muchacho, en cuyo rostro se veían colgajos de fatiga. Pascasio había oído decir que cuando una persona era mirada fijamente terminaba por buscar a quien lo observaba; cuando recordó esto, sus ojos se suavizaron; no se sentía con fuerza para encontrarse con la mirada de su nuevo amigo, lo que para él sería como un diálogo; le parecía que no iba a poder contener su agitación, que todos se la notarían y que su secreto dejaría de serlo, para convertirlo en la irrisión de los demás.

Poco a poco la necesidad de comunicarse con Andrés lo obligó a afanarse de nuevo; su mirada fue creciendo en la intensidad hasta parecerle a él que materialmente penetraba en aquellos ojos que permanecían incommovibles, perdidos en una vaguedad absoluta de esfinge.

Aunque Pascasio se sentía lejos de sí mismo, puesta toda su fuerza anímica en los ojos escrutantes, sufrió un escalofrío doloroso ante la total ausencia del muchacho que nada parecía romper. ¿Dónde estaba? ¿Cómo podía sentirse tan desligado de lo que tenía a su alrededor, que no percibía aquel fervor que lo abrazaba? Ahora comprendía hasta qué punto había sido loco al dejarse conducir por sus sueños.

La misma impotencia que sufriera al levantarse, le penetraba en aquel momento para privarlo completamente de esperanzas. Recordaba como un descubrimiento la frase con que Andrés lo había despedido la tarde anterior: «Tal vez nos veamos mañana», y se preguntaba de dónde había sacado apoyo para abandonarse al júbilo que lo poseyó. Ciertamente que

Andrés se prendió de él como en busca de protección cuando supo que llegaba la hora de encerrarse en la leonera habitada por gentes extrañas y enemigas; pero lo mismo hubiera hecho con otro cualquiera; era el terror del novato, manifiesto a la persona que tenía cerca; si él, Pascasio, le hubiera inspirado el menor interés, no lo habría despedido seguramente con aquel vago: «Tal vez lo vea mañana».

Pascasio caía, después de analizarlo todo, al chocar con la fría indiferencia de Andrés, en el análisis de las palabras cuyo valor literal es tan relativo en la interpretación de los sentimientos. Si él se hubiera detenido a pensar en lo que habló la tarde anterior, habría llegado a la conclusión de que el silencio crece en relación directa con la intensidad de los sentimientos que necesitaban ser expresados; pero no pensaba; vivía a saltos emocionales que tan pronto lo elevaban como lo arrastraban por tierra lastimosamente.

Sin que Pascasio se hubiera dado cuenta, Candela había entrado en la cocina, y en aquel momento, estreme-ciéndolo, palmoteó a su lado, mientras gritaba:

—¡Que avance la infantería!

Veinte hombres, sobre los cuales sobresalía el largo compañero de Andrés, que tosía constantemente, se pusieron en marcha con desorden hacia el interior de la cocina, a la vez que gritaban:

—¡Anguila, llegó la hora de la quema!

—¡Y bien! Hoy estamos listos.

—Yo, en el primer chance que se me presente, reengancho para las celdas. Si veo a Candela que me quiere ganar el tiempo con el agua hirviendo, le mando el puño.

—¡Y te cogerán los Incorregibles!

—¡Mejor que mejor! Ya tengo ganas de conocerlo todo. ¡Tanto cuento con los Incorregibles! ¿Es que acaso soy algún faisán? Perro no come perro.

—Depende de la sazón.

—El que me coma a mí revienta, Huevo de Oro.

—Pues mira, dame un chance; hoy es un día en que quisiera morir reventado. ¿Sabes tú lo que es estar a pan y agua teniendo comida delante de los ojos?

El que hablaba hizo un gesto significativo aludiendo a Andrés, que en aquel instante, sonriente, miraba a Pascasio.

—¡Ni te metas! Parece que ya tiene dueño.

—¿Ese es el hombre?

—¿Quién? ¿Pascasio? Me lo han asegurado.

Atisbaron al ranchero de reajo, pero se vieron obligados a la franqueza por la sonrisa abierta de éste. Pascasio lucía transfigurado, y no varió la expresión de su semblante cuando Candela se detuvo delante de él.

—¡Ranchero! ¿Está usted de guardia hoy?

—¿Y esa seriedad, Candela? —preguntó Pascasio, poniéndole una mano en el hombro que el otro rehuyó—. Compadre, olvide lo pasado; usted sabe que uno aquí siempre tiene su hora mala.

Candela lo miró con curiosidad agresiva. Había oído hablar del asunto de Brai y Pascasio, pero a él le pareció imposible que el negro ranchero, a quien siempre había visto tan pacífico, fuera el guapo que los otros suponían. Cierta que también le pegó a él, pero le debía su salvación a la oportuna llegada del brigada Rompemontes y a que, además, no le convenía andarse fajando para no perder el puesto de cabo y las buscas que tenía; pero, en carrera larga, el perro siempre cogía al venado, y todavía a ellos les quedaban años por delante. Ahora, al verlo tan manso, sus ideas se confirmaban, y lo juzgaba muy tonto por pensar que las cosas podían quedarse como estaban. Candela, después de mirarlo despectivo, respondió secamente:

—Pues, amigo, en esa hora mala estoy yo ahora. ¿Me han dicho que usted es el de guardia?

—Sí, estoy de guardia, Candela. De lo otro... Bueno, será como tú quieras.

—¿Cuál es el perol del agua caliente?

—El único que está sobre el fogón. Ahora mismo lo aparearé.

Sin dejar de sonreír se dirigió a las cadenas de la polea, siempre seguido por la mirada burlona del cabo, que ahora no se explicaba cómo aquel tipo se había atrevido a pegarle a él. Mentalmente adelantó la fecha del desquite, fijándola para la primera oportunidad, por simple que fuera.

Pascasio corrió la roldana de la polea hasta situarla encima del perol que iba a bajar, enganchó los garfios en las asas y tiró de la cadena sin fin, que poco a poco comenzó a suspender el enorme peso del agua casi hirviendo. Mientras hacía el trabajo buscó con la vista a Andrés, que lo miraba con curiosidad, y su rostro fue adquiriendo un gesto de contemplación fascinada.

—¡Hey! ¿Hasta cuándo? —gritó uno de la limpieza—. ¿Vas a llevar el perol hasta el techo de la cocina?

El ranchero se arrancó de su abstracción contemplativa, y avergonzado le dio un tirón a la cadena en sentido inverso, la que siguió corriendo por la inercia y por el peso del perol. Cuando éste estuvo en el suelo, Candela se acercó con un cubo, gritando:

—¡Los cepillos! No me vayan a esperar ahora a que el agua se convierta en hielo.

Voleó el cubo ya lleno de agua humeante y lo lanzó al suelo con estruendo.

—¡Sobre ella! ¡Alíniense! Oye, Anguila, te estoy viendo en la zafadera del cuerpo.

—¡Es que esa agua está hirviendo, Candela!

—Para quitar la manteca tiene que estar así. Parece que los rancheros, en vez de echarle el sebo a la comida, se lo tiran al piso. ¡Tumben!

Mientras hablaba regaba el suelo de la cocina, del que se levantaban nubes de vapor que lo iban cubriendo todo hasta más arriba de la cintura de los hombres descalzos. Cada vez que lanzaba el agua se oían las palabras gruesas y maldicientes de los quemados, los cuales, para poder resistir el dolor, se veían obligados a saltar constantemente de un pie al otro, a la vez que con los cepillos de raíz, de mango largo, frotaban las losas del piso para quitarle la suciedad grasosa que las impregnaba, sin dejar por eso de atender a Candela, evitando ser alcanzados de lleno por el agua caliente.

Pero Candela se sentía criminal. Voleaba el cubo y amagaba lanzarlo con un movimiento engañoso del cuerpo, para arrojarlo inmediatamente después y quemar a los presos, cogiéndolos fuera de balance.

—¿Qué pasa, Huevo de Oro? ¿Te vas a tirar para el fresco o qué? Hace rato que te estoy viendo con Anguila en el masajeo.

—Nosotros somos los que te estamos viendo a ti, Candela; nos estás ganando el tiempo para achicharrarnos las patas.

—Lo único que falta es que tú me enseñes ahora. ¡A ver! Tú, blanquito, ¿también estás en la guilladera? Mira que eres demasiado ingreso para tomarme el pelo. ¡Agua va!

—¡Candela!

—¡Si sigues así, no vamos a terminar el baldeo en paz! ¿Es que lo que quieres es llenarlo a uno de ampollas?

—¿Ampollas tú? ¡Si ya tienes callos en la conciencia! ¡Vamos, cepillo! ¿Nos vamos a estar aquí toda la mañana? ¡Esos ingresos! ¡Los quiero ver en el limpio, o el agua los va a coger por arriba!

Pascasio contemplaba la escena con el semblante iracundo. Había quitado la mirada de Andrés, no pudiendo verlo mezclado en aquella danza que tenía tanto de ridícula como de dolorosa. Dos veces se encontró con los ojos del muchacho

y le pareció una cosa irreal el rostro torcido por el sufrimiento, que trataba de sonreírle penosamente, envuelto en los vapores que se levantaban del piso.

A un nuevo grito de Candela ya no pudo más, y mezclándose con los que hacían la mecánica, le quitó el cepillo a Andrés, mientras decía:

—¡Quítate, que esto no es para ti!

Todos se detuvieron ante aquella extraña intervención y miraron, ora a Pascasio, ora a Candela, que había fruncido el ceño. El ranchero aprovechó la ocasión para ponerse en primer término, y mirando fijamente al cabo, le gritó:

—Déjame ver si me acuerdo de mis buenos tiempos. Antes el que estaba en tu lugar tenía que ser un hombre probado.

Candela fue a hacer un movimiento de protesta, pero se sonrió malignamente y se acercó al perol para llenar el cubo. Después adelantó dos pasos y, tratando de engañar a Pascasio, le lanzó el agua sobre las rodillas. Pascasio quiso saltar, pero la hervidura lo alcanzó, arrancándole un rugido.

—¿Era así en tus tiempos? —preguntó Candela.

—Así —respondió Pascasio tras una ligera vacilación—; pero más aún, más aún. ¡Mucho más!

Y sin que nadie lo siguiera, se dobló sobre sí mismo; inclinado sobre el piso, y haciendo crujir el mango del cepillo, comenzó a moverlo de derecha a izquierda, mientras avanzaba.

Candela llenó el cubo de nuevo y tornó a lanzar su contenido a los pies de Pascasio, que seguía avanzando, sin cuidarse ya. Esta vez el ranchero resistió la quemada sin que una queja se escapara de sus labios y sin dejar de avanzar. Candela hizo un gesto de extrañeza, pero no se detuvo.

El agua del tercer cubo estalló sobre el suelo, mojando completamente las piernas del hombre, que cada vez se acercaba más y más a su verdugo. Por encima del ruido que hacía el cepillo al ser restregado sobre las losas, se sintió un

rugir sordo que en el primer instante, por el asombro que causaba la escena, no se precisó de dónde partía. Cuando Candela sacó el cuarto cubo de agua, ya Pascasio llegaba al perol, y el cabo tuvo que caminar hacia la pared que le quedaba detrás para poderlo lanzar.

Se repitió el estruendo del agua mezclado con el ruido del cepillo y con la queja sorda de la víctima, pero la sonrisa maligna de Candela lucía ahora como momificada, parecida a una mueca. Entre el grupo de los espectadores alguien comentó:

—¡Ese animal está cojeando! Está abrasado.

—¡Eso es un crimen! —gritó el ingreso alto.

Andrés, agarrado a las cadenas de la polea, estaba intensamente pálido y con los ojos muy abiertos, pero algo, como una sonrisa enigmática, le anidaba en los labios; parecía ser el único que esperaba algo imprevisto.

—¡Más! —se oyó gritar en aquel momento a Pascasio. Su cepillo hacía rabiosamente grandes semicírculos en el suelo, y ya el perol quedaba detrás de él. Candela tenía el cubo vacío suspendido en lo alto, sobre su cabeza, como si lo mostrase evidenciando que ya no le quedaba agua alguna que lanzar. El miedo contraía sus facciones. No podía seguir retrocediendo por estar apoyado contra la pared, y con los ojos muy abiertos miraba a Pascasio, a dos metros escasos delante de él, cuyo cepillo restregaba las losas secas.

—¡Más! —volvió a gritar el rancharo.

—Se acabó, Pascasio —respondió Candela, con la voz entrecortada por los temblores.

—¿Cómo? Candela, en mis tiempos no pasaba eso.

Se alzó frente al cabo, que le dirigió una mirada cargada de súplica. Pascasio, por el trabajo violento que había hecho, tenía la guerrera desabotonada y mostraba los músculos poderosos del pecho cubiertos de sudor, al igual que el rostro fiero prestigiado por la piel negra.

El grupo de hombres se acercó para ver mejor el final del drama que se desarrollaba ante sus ojos. Sólo Andrés permaneció asido a la cadena, mientras su semblante expresaba una inquietud angustiosa.

—¿Qué te pasa, Candela, tienes miedo? —preguntó Pascasio, cogiéndole la barbilla y obligándolo a levantar la cabeza—. En mis tiempos, los cabos no podían temblar. Ahora, que tampoco hacían, claro, lo que tú haces, lo que tú no harás más nunca, ¿verdad?

Candela movió negativamente la cabeza. Su rostro, a su vez, estaba cubierto de sudor, como el de Pascasio, y se sentía la garganta tan seca, que trató en vano de tragar una saliva que no tenía en la boca.

—¿Verdad que tú no sirves para cabo? ¡Habla con tu voz! ¡Habla! ¿Sirves para cabo?

Pascasio se irguió y extendió un brazo señalando el fogón donde había estado puesto el perol del agua, por el cual, de vez en vez, se escapaban lenguas de fuego.

Todos siguieron con la vista la dirección del brazo del rancharo. En el grupo compacto de hombres que observaban la escena corrió un sobresalto; ¿qué iba a hacer aquel hombre? Candela estaba casi desmayado por el terror; el rostro de Pascasio no expresaba nada, parecía de piedra. La espera hambrienta de todos los espectadores era visible. Notaron que se movían los labios del rancharo y, todos a la vez, adelantaron el cuerpo para oír, para saber lo que iba a pasar.

—Tíralos allí, anda.

—¿Qué? —preguntó Candela desembrantado, con las pupilas dilatadas por el terror.

—¿Qué va a ser? ¡Los galones! Arráncatelos y quémalos tú mismo.

—¡Ah! —dijo él aterrorizado, recobrando la vida.

—¡Ah! —respiraron los testigos de la escena haciéndole coro.

Candela, sin dejar de mirar al justiciero, se acercó al horno, y arrancándose las tiras rojas que lucían las mangas de su guerrera, las echó al fuego.

—Pendejo, vete ahora al Interior y dile al brigada para lo que sirves. Si le tienes miedo a Rompemontes, piensa en lo que te podrá pasar si después de lo que me has hecho te veo una tira en los brazos. Dile al brigada que mande a otro para acabar aquí, y apúrate, que de un momento a otro van a llegar los rancheros para hacer el almuerzo.

Candela salió de la cocina en medio de las risas de los presos que aplaudían el final del tiranuelo.

—¡Compas! —gritó Huevo de Oro—. ¿Lo acompañamos?

—¡Eso es! —apoyó Anguila—. ¡Vamos a acompañarlo al Interior! Si vamos todos, no nos pasará nada.

—¡Sobre él! ¡Espéranos, Candela! ¡Cubre! ¡De frente, march!

—¡Ja, ja! ¡Dobla el lomo! ¡Al cemento le pica la barriga! ¿No era así, hijo de puta?

—¡Corran, corran, que se nos va!

—¡Vamos a acompañarlo con música!

—¡Eso es! ¡Sácale algo, Huevo de Oro, tú que eres bongosero! ¡Sácale un canto que le venga bien! ¡Vamos!

Todos corrieron detrás del cabo destituido tan originalmente; sólo quedaron en la cocina Andrés, Pascasio y Mauricio, el ingreso alto, y detrás de los fogones, temeroso, el Curita. Mientras Pascasio se apoyaba en el horno con un gesto de dolor en el semblante, se oyó el canto a coro, que llegaba del patio:

—¡Ay! Ya se acabó Candela, ¡se acabó!

—¡Candela quemó a Pascasio y se apagó!...

Lentamente, Andrés se acercó al abrasado y le preguntó en voz muy baja:

—¿Por qué lo hiciste?

El corazón de Pascasio se agitó con inusitada fuerza al sentirse interrogado en aquel tono tan confidencial. En vez de hablar, hizo un esfuerzo vano por acallar los latidos que se le hacían perceptibles fuera de él, e imposibilitado por la emoción, no supo más que alzar los hombros y forzar una sonrisa.

—Yo lo sé —dijo el muchacho, mirándolo con fijeza.

Luego paseó la mirada a su alrededor. Con excepción del compañero suyo de ingresos, que precisamente en aquel instante los observaba, no vio a nadie más. Dudó un momento, pero decidiéndose, se acercó a Pascasio, y obligándolo a inclinarse, le dijo, uniendo casi sus labios a los del rancho:

—Estás loco, pero...

No pudo terminar la frase; el brazo de Pascasio lo había envuelto y atraído hacia sí, confundiendo las dos bocas. Andrés no opuso resistencia alguna; cerró los ojos abandonándose, hasta que Pascasio, asombrado de lo que hacía, lo soltó. Entonces el muchacho repitió lo que había comenzado a decirle:

—Estás loco, pero eres un hombre.

Se apartó de él y fue a reunirse con su compañero, que parecía esperarlo, intensamente pálido, pero que no le dijo una sola palabra de reproche. Del patio llegaban los cantos de los presos:

—¡Ay! Ya se apagó Candela. ¡Se apagoó!

Y de la azotea bajaba la algarabía de los cornetas, ensayando toques reglamentarios.

EL JUICIO

14

—¡El 5062, Pascasio Speek!

—Presente.

—Ahí, a la derecha. Más allá, más allá. ¡Ahí! Donde lo pueda ver bien. ¡El 9730, Andrés Pínel!

—Presente.

—¡A la derecha! Haga fila. ¡Conque 9730! ¡Esto es una vergüenza! ¡Acabado de ingresar! Rodríguez, ¿por qué número vamos?

—No se ha llegado todavía al 740, señor.

—¡De modo que el tipo este no tiene aquí ni quince días! ¡Es una vergüenza! ¡A ver, a ver! El 7644, José Díaz Díaz, alias Candela. ¿Candela? ¿Este fue el fuego apagado, no?

—Sí, señor.

—¡Conteste!

—Presente.

—¡Fila! El 7968, Antonio Suárez, alias Huevo de Oro.

—Presente.

—¡Lo mismo! De platino vas a tener que ponértelos. ¡Conque Huevo de Oro! ¡Entre en la fila! ¡Otro! El 8222, Ricardo Díaz, alias Anguila.

—Presente.

—¡Cubran su puesto! El 7989, José Martínez, alias el Curita. ¡Cómo!

—Presente.

—¿Cómo puede consentirse esta clase de alias irrespetuoso? Oiga, ¿por qué le dicen a usted así?

—Porque mi padre era cura, señor.

—¡Cura! ¡Cállense o desalojo el salón! ¿Cura? Esa es una ofensa a la iglesia. ¡Solamente por eso! ¡Tome nota, Rodríguez. Solamente por eso tiene usted la pérdida de dos meses de buena conducta.

—Pero, ¿señor, qué culpa tengo yo de que mi padre fuera cura?

—¡Cállese! ¡Hagan silencio! Esas cosas no se dicen, se las reserva uno en lo profundo de su conciencia.

—Algo parecido a eso fue el cuento que el cura le debió hacer a mi madre y ella tragó. Y aquí me tiene usted, señor oficial.

—¡Dos meses más! Tome nota, Rodríguez.

—Al 7989 solamente le falta un año para cumplir, y no se puede quitar más de una conducta.

—¡Ah! ¡Pues que los cumpla en la celda! A ver, otro: ¿cómo dice? ¿Iguana?... El 8533, José Hernández, alias ¡Iguana!

—Presente.

—¿Iguana?

—Sí, señor.

—¡Dígame usted! Iguana, Anguila, Candela, Huevo de Oro, el Cu... ¿Y los alias de esos otros dos?

—No tienen ninguno en su expediente.

—Está bien, les buscaremos alguno hoy. Vaya pensando en los bichos de la charada. ¿Qué hace usted ahí como un bobo? Vaya a cubrir la fila. ¿Hay más aún? ¡Por poco me traen el presidio entero!

—Son testigos; estaban en la cocina, de limpieza.

—Y ese larguísimo, ¿quién es?

—Otro de la limpieza. Ingreso 9731, Mauricio Noval.

—¿Conocido por...?

—Todavía no tiene alias tampoco.

—¡Pero ese hombre es inconcebible sin un apodo! Oiga, acérquese. ¿Cómo le decían a usted en la calle?

—¿En la calle? Solían llamarme «el señor Noval».

—Está bien, alinéese. ¿Lo ve usted, Rodríguez? Fulano Noval, ¿cómo?

—Mauricio Noval.

—Eso es, Mauricio Noval, alias el Señor. ¿Qué hora es? ¡Oh! Hemos perdido el tiempo lastimosamente, y yo tengo que tomar mi cucharada. Pronto, léeme el parte. Apúrate.

En la sala de Corte del penal se celebraba el juicio por los sucesos ocurridos el día anterior en la cocina. Además de la veintena de reclusos enjuiciados, se veían en el local más de doscientos espectadores que habían logrado sitio, y que mantenían un silencio respetuoso por temor a verse desalojados. Todos ardían en curiosidad. Desde hacía veinticuatro horas no se hablaba más que de lo ocurrido a Candela con la gente de la limpieza: de Pascasio, que lo había degradado de guapo; y del ingreso que provocó la bronca. El juicio sería sensacional, aunque le tocara actuar al caduco Acebal, el Cáncamo, como le llamaban los penados, tan viejo que ya no sabía lo que hacía y que en todo momento se dejaba llevar por lo que sugería su secretario.

—Lee, lee.

El penado, que hacía también las veces de secretario del brigada del Orden Interior, comenzó a leer el acta levantada.

«A las seis a.m. del día de ayer, encontrándose de servicio en la limpieza de la cocina el cabo de distintivo rojo, José Díaz Díaz (a) Candela, penado número...»

—¡Ya, ya! El del canto, ¿no? ¡Los veo una vez y no se me despintan! Aquel que está allí, el quinto de la fila, ¿eh?

—No, señor, ese es el Curita.

—¿Conque el Curita? ¿Todavía no está en la celda?

—Será después del juicio. Pero le diré que es un testigo de cargo.

—No, no; eso no le hace; es un sacrilegio y no hay que olvidar nunca que el presidio es una institución reformadora donde debe cuidarse tanto el alma del delincuente como su cuerpo. Lea, lea para darme cuenta. Estábamos en Candela. ¿Cuál me dijo usted que era?

—El tercero de la fila.

—Tiene aspecto de criminal; si es reincidente lo mandamos para los Incorregibles.

—Señor, Candela es el cabo que acusa.

—¡Ah! ¿Por qué no me lo dijo antes? Mire, no me lea más. Dígame claramente lo que pasó. ¿Hubo sangre?

—No, señor, sucedió que...

El penado se acercó al oficial y empezó a hablarle al oído mientras que éste, con la barbilla apoyada en una mano, hacía movimientos afirmativos, a la vez que entornaba los párpados.

—¿De modo que ese..., ese que llaman el Curita vio cuando besaba al ingreso empleando la violencia? ¿Qué dice usted de eso, recluso? ¿Cuál es? ¿Cómo se llama?

—El segundo de la fila, Andrés Pinel— el recluso que fungía de secretario bajó de nuevo la voz—; es lo que usted decía hace un momento; esta casa debe ser un reformatorio, debe salvarse a estos inocentes que no cesan de verse perseguidos por los presos sin conciencia ni moral. El agresor es el primero de la fila, Pascasio Speak.

—Bueno, bueno, pero estos muchachos también son de encargo.

—Además, señor oficial, el primero de la fila, ¿usted sabe?, trató de sublevar a los demás presos. El primero de la fila.

—¡Cómo! ¡Dá un paso adelante! ¡El primero de la fila! ¿Es usted? ¡Da vergüenza, horror, estar cerca de seres tan abyectos! ¡Besando a los inocentes! ¡Un negro! ¡Menos mal que fuera eso sólo! Pero, ¡tratar de sublevar el penal después! ¡Tome nota, Rodríguez! ¡Suprímale todas las conductas! Las que tenga pendientes. ¡Todas! ¡Que lo pongan a pan y agua diez días! ¡Sublevar! ¡Y «sin tiempo» para la celda! ¡Sublevarse a mi guardia para que después me digan que no sirvo!

El secretario lo miró rápidamente con un gesto maligno en el rostro. No rectificó el error del oficial que se suponía de guardia el día de los sucesos.

—¡Pues verán si sirvo o no! ¡Me sobra energía para tener en un puño a tanto desvergonzado! ¡Sin tiempo! Y nada de Incorregibles, que yo sé bien que es un centro de diversiones, de prostitución. ¡Celda solitaria! ¡Y nada de sol! ¡Nada de salir al patio! ¡Ejem, ejem, ejem! ¡De modo que sublevación! ¡Ejem!

El oficial, ya caduco, se vio atacado de un golpe de tos en medio de su improvisada violencia.

—¡Sublevación! Una investigación de la secretaría y el retiro por viejo inútil, ¿verdad? Todos los días me lo dice Josefina y tiene razón: «Papito, no te descuides; Papito, mira lo que haces. Eres demasiado bondadoso; piensa lo que sería de nosotros si tuvieras que dejar el empleo». Pero, ¡claro está!, vosotros no pensáis en eso; no tenéis casa, ni familia, ni religión. ¡No sabéis lo que es tener una esposa joven y bonita! ¡Ejem! ¡Sin tiempo! Tome nota, Rodríguez. ¿Qué más, qué más? Hoy tengo que demostrar mi energía. ¡Los otros!

El secretario lo miró con intranquilidad. Atisbó para un rincón de la sala, donde se disimulaba Manuel Chiquito, y le hizo un gesto; después se fijó en la fila de enjuiciados, buscando a quien echarle encima la violencia del oficial. ¿Quién? Tenía que evitar que la víctima fuera Andrés, ya que eso no convenía a los planes de Manuel Chiquito, a cuyo servicio estaba en aquella ocasión. Una sonrisa iluminó su semblante, pero dudó aún un momento, temiendo que la víctima elegida se diese cuenta de la maniobra y lo echase todo a perder. Cogió un pedazo de papel y escribió con letra grande: «El Curita», mostrándoselo al oficial, a la vez que decía:

—Los otros son simples testigos, señor; el mismo castigado es...

—¡Cállese! ¡Ah! ¡Yo sabía que faltaba algo! ¡El Curita! ¡Treinta días de celda para ese sacrílego! Este es un reformatorio tanto del cuerpo como del alma.

—Pero, señor oficial —gritó el Curita—, ¡qué alma ni qué niño muerto! ¿Qué culpa tengo yo de que mi madre fuera lavandera de un cura salido y se la comieran?...

—¡Treinta días más! ¡El hombre privado de religión debe morir! ¡Respeto por lo menos! ¡Ofender así a un padre de la iglesia!

—Padre de la iglesia, no, so Cáncamo: ¡mi padre!

—¡Oh! ¡Oh! ¡Me da algo! ¡Ejem, ejem, ejem! ¡Llévense a este hombre de aquí! ¡A los dos, a los dos, sin tiempo! Pronto, Rodríguez, que me traigan mi cucharada. ¡Ejem, ejem, ejem! Tome nota: sin limitación de tiempo.

—Los demás, absueltos, ¿verdad?

—¡Ninguno absuelto! Pérdida de destino; que ingresen en la mecánica...

—Bien; ya están en ella.

—Todo eso es para que no se dude de mi energía. ¡Ejem, ejem! ¿Y mi cucharada?

Al levantarse el oficial, los espectadores comenzaron a salir desordenadamente, haciendo comentarios. El juicio los había decepcionado. Si en vez del Cáncamo hubiera actuado Martín Suárez, el Tísico, hasta habría reproducido la escena del beso. Pero por algo se había demorado la vista hasta el día siguiente. Aquello parecía pan comido, y se veía la mano de algún preso influyente. El nombre de Manuel Chiquito corrió de boca en boca. El juicio había sido un fracaso: ni un interrogatorio serio, ni una palabra de defensa del acusado, ni siquiera la lectura del parte. Decididamente, aquel viejo no servía para nada, y durante toda la vista se le vio dominado por el secretario de Rompemontes, que lo manejó a su antojo. Pero, ¿por qué no se defendió Pascasio? Le hubiera bastado

Publicaciones cubanas en la Red con mostrar las piernas inflamadas por las quemaduras para tocarle el sentimentalismo al viejo Cáncamo, que solía titularse «el padre de los presos». En último caso, no hubiera salido con la condena bárbara de ir para la celda sin tiempo limitado, y sin tener padrinos conocidos que lo pudieran sacar de ella. A lo mejor se podría en «la nevera».

Los que aún estaban en la sala miraron al ranchero con curiosidad. Estaba pétreo, y las cuerdas duras del rostro, que parecía hecho a hachazos, tensas y fijas, como modeladas en bronce. Nuevamente su personalidad se veía exaltada por el prestigio del color oscuro. No era concebible aquel fiero y a la vez dramático hermetismo en un rostro blanco que la palidez hubiera deslucido o la sangre adulterado; ni se podría tampoco comprender un rostro blanco que expresase aquella dureza de piedra y a la vez un sentimiento de tan profunda intensidad como anidaba en sus ojos, cubiertos por un húmedo brillo melancólico.

El escolta número uno de las celdas se le acercó para conducirlo, y a pesar del hábito, respetó por un instante su actitud; después, poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo:

—Vamos.

Pascasio sufrió un estremecimiento que se le comunicó al escolta como una corriente eléctrica, y miró a su alrededor, deteniendo los ojos en Andrés, que estaba intensamente pálido.

—¿Por qué no te defendiste? ¿Por qué no hablaste? Yo no supe, ni pude.

—Todo salió bien, Andrés, más que esto no hubiéramos podido esperar.

Era la primera vez que decía su nombre y los labios se agitaron. Añadió, con una sonrisa de amargura:

—Es mejor así. ¿Qué hubiera sido de nosotros?

—Pero... ¿Cómo crees que sea posible?

—Vamos —repitió el escolta impaciente, notando las miradas de los demás presos fijas en ellos. Andrés insistió aún:

—Pero, ¡si el culpable he sido yo! ¿Cómo es posible?

—Déjame ir. Esto no es nada, ya verás como salgo dentro de unos días.

Andrés miró a su alrededor y luego al escolta. Estaban rodeados de miradas y no era posible... Miró a Pascasio intensamente, como ofreciéndosele, pero el rancharo dio un paso hacia la puerta de salida diciendo:

—Debemos olvidar lo que pasó. ¡Adiós!

Andrés se quedó inmóvil mientras Pascasio salía; los presos se separaron a un lado y a otro de la sala, mirándolo con curiosidad. ¿No era aquél el sustituto de Brai? A nadie había acusado. No se había defendido. No tembló ni un solo músculo de su rostro cuando el oficial dictó sentencia. Sabían que tenía las piernas quemadas, y lo veían caminar sin cojera y sin un gesto de dolor. ¿No era aquél el nuevo toro? Había desprestigiado a Candela, que representaba en la limpieza al Orden Interior. Y ya tenía de todo, hasta muchacho, el más deseado del presidio.

—Lo de ayer lo aguantó como guapo de verdad. Eso no lo ha hecho nadie en el presidio.

—¡Tiene unas cosas!

—Se va a dejar algo escrito; verán que sí.

Al llegar Pascasio a la puerta sintió que lo llamaban, y al volverse se encontró con la Morita, que se secaba las lágrimas con un pañuelo:

—Yo te saco de la celda.

El semblante de Pascasio no expresó nada al oírlo, y continuó su camino al lado del Curita, que miraba hacia todos con desconfianza, como si temiese una agresión. Detrás salió Andrés. que vio a la Morita cerrarle el paso:

—¿Estarás satisfecho ahora? Ahí lo tienes con los ojos llenos de tierra, como yo lo dije. Y tú no hablaste una sola palabra, cuando para lo único que servimos nosotras es para hablar cuando llega la hora.

Andrés lo miró un momento sin responder, con los ojos humedecidos. Después murmuró:

—¿Y la celda es muy mala?

—¿Mala? —La Morita hizo un gesto despreciativo—. Para un hombre como él no hay nada malo, pero se morirá en ella pensando probablemente en ti. En lo pendejo que eres.

En aquel momento alguien se acercó, dando fuertes pisadas. Al volverse se encontraron con Valentín el loco, que les gritó:

—¡Ah! ¡El hijo de aura! ¡Quería comer ganllinan blanca como Valentín Pérez Daysón! ¿Sufriste mucho, gallinita mía? ¿No es verdad que tú eres solita del Grande Hombre?

Fue a agarrar a Andrés por los hombros, cuando salió de atrás de la columna Manuel Chiquito, que le dio un golpe en el pecho haciéndolo retroceder.

—¡Lárgate, loco de mierda!

—¡Tú! ¿Eres tú? ¿La resalación del presidio? ¡El cerdo! ¡La babosa! —Valentín comenzó a tirar mandobles imaginarios, mientras retrocedía, alejándose—. ¿A mí? ¡Zas, zas, zas! ¿Al Grande Hombre? ¡No va a quedar ni rastro tuyo, hijo de puta! ¿Dónde está mi machete? ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

La Morita miró escrutadoramente al recién llegado.

—¿Qué es lo que te pasa, Mora?

—¿Que qué me pasa...? Tú has desgraciado a Pascasio. Pero acuérdate de que en el mundo hay muchas navajas, y si a él le sucede algo en la celda..., te acordarás mejor.

—¿Y eso a qué viene, Mora?

—A esto... —dijo la Morita, señalando a Andrés.

—Pero, ¿qué puede saber este muchacho?

—Tú me entiendes.

—¡Oye, oye! —llamó Manuel Chiquito, al ver que Andrés se alejaba—; ¿así me agradeces que te haya librado del loco?

Andrés siguió su camino sin hacerle caso. Manuel Chiquito no le quitó los ojos de encima, hasta que desapareció; después, moviendo la cabeza, se volvió hacia la Morita, diciendo:

—¡Es un fenómeno! Mira —añadió con una rápida inspiración—; él podría sacar...

Se detuvo desconfiado, mirando a la Morita penetrantemente:

—Déjame pensar —dijo—; aquí el que suelta prenda se lo comen las hormigas.

EN LAS CELDAS

15

—¡Dos, sin tiempo!

—¿Cómo? ¿Qué comieron?

—No sé: sodomía, sublevación; líos de marido y mujer.

El penado con galones de sargento, jefe de las celdas, abrió la reja del pasillo que conducía a éstas, y dejó pasar al escolta con los dos castigados.

—¿El Curita? ¿Otra vez por aquí, y con la perpetua? ¿Qué, comiste carne de puerco?

—Nada, Trágico; sa la comió mi madre hace treinta años. ¡Miren que eso tiene rabia!

—¿Y eso qué es?

—Que Cáncamo me manda sin tiempo para la nevera porque le dije que yo era hijo de cura.

—¿Y usted? —dijo el sargento, volviéndose hacia Pascasio—. ¿Qué comió? ¿Un cinco mil? ¿Tú no eres el de los peroles?

Pascasio lo miró sin responder, todavía abstraído. El Trágico puso una cara hosca y volvió a hacerle la pregunta, demorándose en las sílabas hasta hacer que Pascasio lo atendiese.

—¿Qué, no me oyes o es que estás haciéndote el sordo?

—¿Cómo?

—¿Qué es eso de cómo? Tú, parece que no conoces al Trágico. Aquí el amo soy yo, y hay que hablarme con los brazos cruzados. ¡Crúzalos!

Pascasio sacudió la cabeza como si acabase de salir de un sueño y miró para el hombre iracundo que tenía delante de sí. Era una especie de gigante colorado, cuya cabeza minúscula, mal avenida con el resto del cuerpo, parecía postiza. Tenía en la mano, agarrado por los dos extremos, un largo pedazo de goma reforzada con alambre de cobre, que parecía un arma peligrosa.

—¿Pero es que no me oyes, yegua? ¿Prefieres que te hable el componte?

El Curita y el escolta se apartaron. Éste, echándole mano al club, mientras el Trágico le ponía ante la nariz a Pascasio el pedazo de goma:

—¡Cruza los brazos! —volvió a gritar el sargento—. ¡Es la primera vez que repito una orden con mi lengua!

—Pero, ¿qué dices, so mierda? ¿Que yo te cruce los brazos?

El Trágico dio un paso atrás y levantó el brazo armado del black jack, que silbó en el aire, pero Pascasio no le dio tiempo para pegar, y saltando hacia delante, le hundió el puño en el estómago, haciéndolo rodar por el suelo como una mole; el rancharo iba a esperar que el otro se levantara para atacar de nuevo, cuando recibió en la cabeza un golpe que lo hizo caer de bruces, sin conocimiento.

—¡Buen palo! —gritó el Curita—. ¡Mira que estos negros tienen la cabeza dura!

—Este palo no perdona si coge hueso.

Y el escolta corrió a levantar al Trágico, que viendo a su agresor en el suelo, se acercó a él con la goma preparada para pegar.

—Trágico —dijo con inquietud el escolta.

—Déjame! ¡Más nunca levantará la mano!

Y sobre la espalda del negro inanimado cayó el silbante vergajo con furia de bestia viva.

—No da gusto así —dijo entre dientes el sargento.

Se inclinó y le subió la guerrera al caído hasta dejarle al descubierto las espaldas.

—Verás ahora lo que es goma.

—Déjalo ya, Trágico —insistió el escolta.

—No te metas en esto, Uno. Aquí soy yo el que manda; mira y calla.

—Lo vas a matar.

—¡Y bien! Pero no yo, sino la tuberculosis. ¡Ja, ja, ja! ¡Que le echen a ella los veinte años!

Nuevamente cayó el vergajo, esta vez en la carne descubierta, dejando una huella abultada y rojiza en las espaldas, que se estremecieron bajo el golpe.

—¡Otro! Para que cruces los brazos. ¡Otro! Para que no pegues más. ¡Otro! Para que no te olvides del Trágico. Y éste, ¡aj!, y éste..., ¡aj!..., de regalo.

Los verdugones, cruzándose, habían hecho saltar la sangre, que corría a gotitas por los costados desnudos, que se movían bajo el brutal castigo.

—¡Que se despierta, Trágico! —gritó el escolta.

—¿Cómo? ¡Pronto, las esposas! ¡Dame las esposas! Ayuda tú, Cura. Para la última celda. ¡Vengan!

Cogió un par de esposas que le daba el escolta y se las puso en la muñeca al torturado.

—Alcánzame el otro par. ¡Muévete, Uno! ¿Lo vas a colgar después de la cueriza?

—¡Ya te he dicho que no te metas! Si sigues así, todo el mundo va a saber lo de...

—¡Está bien, cállate! A mí poco me importa lo que hagas.

Un instante después, Pascasio, cargado por los tres hombres, fue conducido hasta el fondo del pasillo, donde estaba la última celda. Ya en ella, le levantaron los brazos esposados, encadenándolos a la barra más alta de la reja, en la que quedó el cuerpo de Pascasio suspendido como un colgajo inerte.

—Trágico, ¿no está demasiado alto?

El interrogado miró al escolta haciendo un gesto de impaciencia:

—No, Uno. En cuanto venga en sí podrá apoyar la punta de los pies en el suelo. Cura, tráeme un cubo de agua para despertar a este equivocado.

Cerró la reja de la celda en la que quedaba colgado Pascasio y esperó la llegada del agua. El rostro del torturado, caído sobre un hombro, semejante al de un Cristo negro, iba poco a poco expresando un intenso dolor.

—Sin tiempo y peleando con el dueño de la casa —murmuró el escolta.

—¿Qué hablas ahí? Parece que te has puesto demasiado sentimental. Bueno, en ti eso no es raro.

—Trágico, no sigas tocando ese punto. Ya me lo aflojaste delante del Curita, y ya sabes que a ninguno de los dos nos conviene.

—¿Me vas a meter miedo ahora?

—No, no; el miedo lo tengo yo solo, y tú sabes lo malo que es asustar a un hombre.

—A un hombre tal vez, ¿pero a ti?

El escolta dio un paso atrás desenfundando el revólver:

—Di una palabra más y estás completo.

—¿Me vas a tirar? —preguntó, intranquilo—. ¿Y después?

—¿Después? ¡Te reviraste, te volviste loco! Mira a ése como lo tienes; me serviría de prueba si quisiera meterme en líos.

—Ahí viene el Cura; guarda eso.

—Está bien, pero aguanta la lengua.

—El agua.

—Venga.

El Trágico cogió el cubo y lanzó su contenido contra Pascasio, que después de estremecerse, comenzó a lanzar pequeños quejidos. Al rato irguió la cabeza, y sus ojos inyectados de sangre miraron con asombro doloroso delante de él, mientras trataba de sostenerse en la punta de los pies, que difícilmente le llegaban al suelo. Un estertor ronco escapaba de su garganta, y para poder sostener el cuerpo pendiente de las muñecas, que sentía romperse, trató de clavarle los dientes a una de las barras horizontales de la reja que le quedaba a la misma altura de la boca.

—¿Muerdes el freno, yegua? Yo te voy a enseñar a obedecer. ¿Y qué fue lo que hizo éste, Curita?

—Degradó al cabo Candela. Le obligó a arrancarse los galones y a echarlos él mismo al fuego en la cocina.

—¿Entonces también presume de guapo? Siempre dije que ese Candela no se comía a nadie.

—Yo no sé; el negro es guapo; la gente dice que le echó los caballos a Brai y que éste se rajó.

—¡A Brai!... —El sargento miró para Pascasio, que se había desmayado de nuevo. Repitió—: ¡A Brai! Pues mira, ahí lo tienes; cuando la candela es brava no hay carapacho duro. Me río yo de los guapos de presidio.

Se quedó pensativo un instante y añadió en voz baja:

—¡Lo meten a uno en cada lío! ¡A Brai! Vamos, Curita, elige la celda vacía que más te guste. Ya cogerás pasillo de vez en cuando.

Echó a andar, seguido del Curita, y cuando ya había andado unos pasos, se volvió hacia el escolta y le dijo:

—Uno, záfale las esposas a ése. Por lo que veo no sirve para nada.

Fue dejando atrás las celdas desde las cuales, después que el Trágico pasaba, saludaban al Curita. El Trágico se detuvo:

—Vaya, ésta está buena: como parece que la vas a ocupar por un largo tiempo te hará bien tu poquito de luz. ¿Y qué? —añadió mientras lo encerraba—: ¿por qué fue la bronca de ése con Candela?

—Por un muchacho que el Cabo estaba apretando para que pasmase; un negocio de Manuel Chiquito. Manuel Chiquito fue quien mandó al negro para aquí sin tiempo. Pero a mí tiene que sacarme o me voy de lengua.

—¿Brai, ¿cómo anda por fuera?

—Como siempre; no hay quien le ronque.

—¿No dices que el castigado le echó los caballos y se rajó?

—Eso dicen. Los que vieron la bronca no entendieron muy bien lo que pasó, pero Pascasio...

—¿Se llama Pascasio?

—Sí, Pascasio Speek. Dicen que le llamó pendejo y le dijo que a él no le metía miedo.

—¿Y Brai?

—Ya te digo. No me han sabido explicar bien el asunto. Hace como dos semanas que también rompió a la Morita y a unos cuantos que se metieron a defenderla. Y en la cocina, ayer, hizo un papel de macho. ¡Si hubieras estado allí para que vieras! Bueno, fijate que Candela fue derechito al fogón y tiró los galones sin decir una palabra. Después salió para

Publicaciones cubanas en la Red
presentarle la renuncia a Rompemontes, como le mandó Pascasio, pero se formó un escándalo mientras llegaba el brigada y yo le aconsejé que lo que debía hacer era acusar al ranchero de que se estaba besando con el chavea en la cocina. Yo era testigo de eso y aquí me tienes.

En aquel instante sintieron el ruido de un cuerpo cayendo pesadamente.

—Ya Jesucristo bajó de la cruz —dijo el Curita—; lo malo será cuando resucite.

—Tendrá que ir a remanecer al sanatorio. Ha cogido leña de mala manera.

—Ten cuidado con él.

—¡Bah! No hay negro guapo ni tamarindo dulce.

—Ese es un refrán. Cuando tú menos te lo esperes se te suelta el loco.

—Está bien; no me des consejos. ¿Qué pasó, Uno? —le preguntó al escolta que llegaba—. ¿Bajaste al hombre?

—Sí, está como muerto. Vas a tener que llamar al interno de guardia.

—¡Al qué! No faltaba más; déjalo que duerma un poco, que eso es salud para el cuerpo.

Del fondo del pasillo parecía llegar un quejido constante. Cuando el escolta número uno abrió las manecillas de las esposas que mantenían suspendido a Pascasio, éste cayó en el piso de la celda, donde quedó sin hacer ningún movimiento.

Unos minutos después comenzó a quejarse débilmente, pero sin salir del desmayo: no perdido en un más allá oscuro donde existiese la sensibilidad, sino borrado absolutamente de la vida, del sufrimiento y de la subconsciencia. Las quejas que escapaban de sus labios eran proferidas por la carne herida; quejas físicas, semejantes al salto de los nervios de un cuerpo ya muerto.

Hasta mucho tiempo después no sintió el primer alfilerazo del dolor, seguido inmediatamente de otros muchos que le atravesaban todo el cuerpo, haciéndolo rugir sordamente. Así entró en la subconsciencia, precedido por dolores indecibles. Los pensamientos le llegaban por ráfagas, pero preñados de oscuridad, sin una idea correcta ni difusa de lo que le ocurría, aunque sí ya con el conocimiento del dolor. Comenzaba a sentir y a pensar, acaso en la misma forma que sintieron y pensaron los seres inmediatos al hombre en la evolución geológica. También él vivía siglos en aquel esfuerzo sobrenatural e inconsciente para arrancarse de la nada dolorosa en que gravitaba como una piedra caída en el vacío infinito.

En la primera manifestación de su voluntad física no logró otra cosa que arrastrar por el suelo mojado y sucio de la celda, el rostro macerado y la boca torcida por el dolor. Y después, todo él, como un reptil ciego, como un toro que buscara un pedazo de tierra blanda para hundirse en ella, comenzó a moverse, encogiendo y estirando las piernas, avanzando lentamente hasta tropezar con la pared rezumante del calabozo que se le opuso. Allí tuvo su primer pensamiento preciso, lo penetró como un hilo de luz en una cueva jamás abierta al día. ¿Quién era él? ¿Por qué sufría tanto? ¿Siempre habría padecido lo mismo? No se conocía, aunque le parecía conocerse desde mucho tiempo antes. Calló un instante sus rugidos para oírse mejor el dolor, pero su boca continuó torcida.

El hilo de luz continuaba ensanchándose, abriéndose en un haz de preguntas turbadas por el sufrimiento, que llegó hasta el recuerdo, estremeciéndolo. ¿Dónde estaba? ¿Qué le había ocurrido? ¿Qué era aquello que se sentía dentro de sí, tan doloroso y a la vez tan suyo que necesitaba acariciarlo?

La boca torcida se le distendió, y súbitamente dos imágenes se le repitieron, sucediéndose vertiginosas hasta parecer

una sola, mezcladas, confundidas. El pensamiento de Pascasio las persiguió, aferrándose a ellas como a una tabla de salvación. ¡Él! ¿Qué había sucedido? Se abandonó a su dolor físico, que ya era impotente para romperle la sombra de sonrisa que pretendía anidar en sus labios aplastados contra el suelo. Hizo un esfuerzo desesperado para acabar de arrancarse de aquella pesadilla, y trató de incorporarse luchando contra el dolor que lo ataba como una cadena. De pronto lo recordó todo: ¡La celda! Volvió a ver al Trágico como en el momento en que, colgado de la reja, tuvo un instante de lucidez, y, por el dolor que sentía en sus muñecas, pensó si todavía estaría suspendido de la barra.

Abrió los ojos y se incorporó sobre sus rodillas, mordiéndose los labios para no quejarse. En esa posición se quedó largo rato tratando de precisar. Tenía humillada la cabeza y los brazos le pendían a lo largo del cuerpo, dando la impresión absoluta del vencido. Apretó los párpados para hacer caer una lágrima que le humedecía las pupilas, y tuvo una sonrisa desvaída. ¿Y ahora? ¿Sin tiempo? Es decir, un mes, dos meses, un año, lo que fuera, lo que ellos quisieran, sin limitación de tiempo.

Se apretó la cabeza para aplastarse el dolor, pero, de dentro afuera, algo le martillaba sin cesar, rompiéndole las sienas. Sin embargo, se hundía en el dolor físico para consolarse, como un sediento que bebiese vinagre. Pensó que lo habían destrozado y que debía tener algo roto dentro del pecho y en las muñecas. Conteniendo los quejidos buscó a tientas un lugar en donde echarse, pero en aquel cajón estrecho y largo como una tumba, todo estaba fangoso y nauseabundo.

Estaba solo, completamente solo, abandonado y ardido por la fiebre que se le localizaba en las piernas, en las espaldas y las sienas. La soledad y las sombras lo envolvían en una honda melancolía, limpia de toda agresión; toda plena del recuerdo

Publicaciones cubanas en la Red de Andrés, al que imaginaba lejano, en el país del sol, ignorante de lo que le ocurría. Se abandonó a los brazos de aquel recuerdo y dejó correr libremente las lágrimas de una felicidad desconsolada. Era como si el júbilo de los días anteriores lloviera sobre él, tierra reseca, y lo ablandara hasta la médula.

Se había echado, encogido, en un rincón de la celda, y lloraba silenciosamente, mojóndose el rostro inflamado hasta

la monstruosidad por los traumatismos. Semejaba un gran mono refugiado en el fondo de una cueva. Pero aun dentro de aquella crisis de sentimentalismo seguía acosándolo la pregunta de lo por venir. Le había dicho a Andrés, en el momento de separarse, que todo había ocurrido bien, pero comprendía que las fuerzas no le alcanzaban, que le era imposible tornar a la vida anterior, a la detenida, a la estancada.

Ya no se le ocurría pensar en la libertad, en sus campos maravillosos, en las melenas claras de las cañas, estremecidas por el viento. Entre él y su pasado estaba un bosque de tentaciones y promesas, estaba aquel muchacho que se le metió dentro como un delgado fleje de acero, traspasándolo, poseyéndolo hasta el menor pensamiento. Lo pensaba indefenso, a merced de las bestias; su experiencia le decía que era muy difícil que un muchacho pudiera escapar de las trampas del presidio. Una idea inquietante se le impuso a todas las demás; recordó a Candela acosando a Andrés, y rápidamente tuvo la intuición de que no lo hacía por el simple gusto de martirizar. En la confusión de su cerebro creía recordar algo que no precisaba ahora, algo vago, acaso una palabra suelta, una conversación a la que no había dado mayor importancia, algo así. ¿Qué era? Estuvo largo rato desorientado, tratando de concentrar sus pensamientos puestos en fuga por los latidos de las sienas adoloridas. De pronto, cuando ya había abandonado la esperanza, se acordó del día en que tuvo el disgusto con sus dos compañeros en la cocina.

¡Comencubo! ¿No se había referido a Andrés cuando dijo: «un chiquito rubio que está en los Ingresos»? ¡Era Andrés! Ese mismo día lo lastimó con el estrobo al tirárselo a Matienzo.

Pascasio se estremeció, y haciendo un esfuerzo doloroso se incorporó a medias. ¡Manuel Chiquito! Manuel Chiquito era el que perseguía a Andrés, y era uno de los amos de presidio; lo podía todo con sus astucias y su dinero. Se acabó de incorporar, y sin sentir dolor alguno al precisar que todo lo ocurrido era obra de aquel hombre. Recordaba al recluso secretario del oficial sentenciador hablándole a éste al oído. ¡Lo habían eliminado!

Tuvo un sobresalto y se aferró a la reja de la celda, sacudiéndola bruscamente como si se hubiera vuelto loco. El dolor que sintió lo empujó a la desesperación recordándole su impotencia; pero poseído por una furia salvaje siguió sacudiendo la reja. Recordó fugazmente el día que lo prendieron y lo tiraron en un calabozo parecido, todo cruzado por el plan de machete de la guardia rural. Entonces también había dejado algo afuera, algo que también sabía que lo necesitaba, que estaba indefenso; pero de lo cual, sin embargo, podía esperar, si no protección, ayuda.

Se apartó de la reja con una sonrisa amarga, y una ráfaga de locura lo poseyó, arrancándole carcajadas que sacudieron sus labios monstruosos. En la semiclaridad del pasillo apareció una sombra silenciosa que se acercó lentamente al calabozo.

—¿Ocurre algo? Creo que va a ser muy difícil que puedas romper la reja.

Era el Trágico, que miró con precaución, pues no oía por primera vez risas semejantes, y sabía que los locos desarrollan una fuerza brutal capaz de hacer saltar los cepos tan viejos como el presidio. Añadió:

—¿No te puedes estar tranquilo? Así lograrás escapar mejor.

Dándose cuenta de que Pascasio no le quería responder, alzó los hombros y, tocando los cepos de la reja, se volvió para irse.

—Trágico.

—¿Qué pasa? Creí que estabas mudo. A lo mejor te han hecho daño los gomazos que te metió el Uno cuando me tumbaste.

—¡Ah! ¿Fue el guardia? Creí que habías sido tú, y quería pedirte un favor para quedar en paz.

—¡Hombre! ¿Qué es lo que querías?

Pascasio se le quedó mirando con desconfianza.

—Un mandado —dijo en voz baja.

—Ya sé. Al muchacho, ¿no?

—Sí.

—¿Quién es?

—La Morita.

—¿La Morita? El Cura me habló de un muchacho que Candela estaba apretando.

—Ese es un amigo mío.

—Ya sé. Tú eres de los que les gusta tenerlos al retortero. Bueno, ese es asunto tuyo. Si no te pones impertinente aquí, podrás coger tu chance de vez en cuando. ¿Y qué mandado era? Hoy cumple Floreado quince días que le echaron y te lo puede llevar; es de confianza, aunque tiene la lengua un poco larga. Di. ¿Quieres escribirlo mejor?

Sacó de la guerrera un pedazo de lápiz y una libreta que ofreció a Pascasio.

—No tiene importancia —dijo éste, cogiendo lo que le ofrecían—. Espera.

Pensó un instante y escribió:

«Morita, dile a Andrés que no se fie de Manuel Chiquito, te agradeceré mucho este favor. Pascasio Speak».

Dudó todavía un momento, pero doblando la hoja de la libreta en muchos pliegues se la entregó al Trágico, diciéndole:

—Eso es todo. Procura que se lo entreguen pronto a la Morita.

—¡Eso es tener dominio sobre las mujeres! ¡Y digo, con lo enrevesada que es la Morita! No te preocupes, hoy mismo se lo darán. ¡Ah! Luego te mandaré unos sacos para que puedas dormir en seco. Abur.

Se alejó por el pasillo, con la sonrisa de satisfacción del que ha resuelto un probable conflicto. Al llegar al pasillo de salida que daba al patio de Aislados, donde estaba sentado el escolta, le pidió a éste la hora, y después le dijo:

—Presenta en el Interior al de la 8 que cumple hoy. Me voy a dar un baño para quitarme la peste de encima.

Leyó el papel que le había dado Pascasio y lo rompió en pedacitos, volviéndose de espaldas al vigilante, que acariciaba el mango de su revólver mientras le dirigía una mirada cargada de odio.

EL ABISMO

16

¿Qué hacer de la hora que aún faltaba para poder quedarse a solas con él mismo, protegido por el silencio y el sueño de los que le rodeaban? Andrés, demasiado novato, no había aprendido todavía la difícil ciencia de quedarse solo entre la gente; no podía imaginar que los gritos tienen también silencio, y que si no fuera por eso muy pocos terminarían sus condenas sin estar atacados de locura rabiosa. No lo podía saber en el poco tiempo que tenía de preso, como tampoco sabría en ese momento, si lo hubieran encerrado en una prisión celular, que la soledad puede poblarse de seres más o menos irreales y el silencio, de voces más o menos amigas.

Era demasiado ingreso aún, y además, había caído en el torrente que forman las aguas muertas del presidio cuando

Publicaciones cubanas en la Red encuentran un lugar por donde vaciarse, escapadas de las fuerzas que las inmovilizan. A su paso se alzaban los comentarios y las frases procaces que le hacían torcer la dirección; a dondequiera que se volvía encontraba ojos fijos en él; ojos que lo recorrían todo, envolviéndolo, desnudándolo. Ya no era el mismo que en los primeros días pasaba inadvertido a medias, cuando sólo lo insultaban torpemente, requebrándolo, al pasar cerca de un grupo. Antes, aunque llamasen la atención su juventud y su gracia casi femenina, de hombre sin hacer, nada los impulsaba a que se mostraran ofensivos. Lo acosaban por hábito, en la obsesión del preso por lo que le falta: la mujer, la mujer que Andrés parecía recordar. En muchos de los casos se acercaban a él por el simple placer de hacer daño; pero ahora, la actitud era otra; las palabras persuasivas se habían convertido en desvergonzadas; le metían en los ojos, que se daban indefensos por la intensidad de su vida interior, la lascivia de sus miradas. Ya era un convicto de sodomía, el posible amigo complaciente. ¿No había «sacado de su paso» a Pascasio Speak, al hombre a quien no se le sabía nada malo, y a quien se tenía ahora en la celda, sin tiempo? ¡Muchacho! En el cuerpo, en el gesto, en el mirar, se veía que no era de los tontos que se dejaban coger con la mano, sino que iba a dar mucha guerra.

Ya empezaba con suerte —que no es lo que les sobra a estos tipos que de vez en cuando caen en la prisión para desgraciar a los demás. Sin embargo, Andrés se sentía ahogar en aquel ambiente hostil y viscoso a la vez. Ya no sabía en dónde ocultarse, porque de todos los lugares, es el presidio donde menos puede uno escapar a su destino. En otras condiciones no hubiera podido resistir tal avalancha de vergüenza sobre él, ya que el oprobio de que lo hacían objeto era superior a su apego a la vida; pero estaba abroquelado por el recuerdo de su amigo, por el temor que le causaba la

Publicaciones cubanas en la Red
suerte que estaba corriendo. Lo pensaba con tristeza; se sentía poseído por él. No le sobraba nada para los otros, ni para sí mismo. Si quería estar solo era para que nadie lo despertase de su sueño, semejante a una ola de fuego que le quemaba todo el ser. Sentía a la jauría acosándolo, pero no tenía tiempo para pensar en su suerte, que no le importaba por demás. Recordaba con extrañeza, por venir de quien venían, las palabras de la Morita, dichas cuando él hablaba con Pascasio en el patio: «Ahora el mal será para todos; para ti, que eres el único que cuentas». Y se admiraba del vaticinio ya realizado. Pascasio era el único que contaba, y fue humillado y lanzado al fondo de un calabozo, expresamente condenado a ser privado de sol, mientras él escapaba ileso, escondido en su silencio cobarde. Le gritaron y, como apóstrofe cargado de desprecio, le echaron a la cara su color oscuro, cuando él estaba erguido contra todo lo indigno y aún era capaz de rebelarse después de ocho años de presidio y de la discriminación que, por ser negro, sufrió durante toda su vida. ¡Qué distinta su fuerza ingenua a la flaqueza babosa y asustada de su sentenciador!

De abyectos estaba rodeado Pascasio, negros y blancos por igual, porque todos estaban sometidos al mismo trato y todos tenían, como consecuencia, el mismo sello cínico. Pascasio entre todos se destacaba diferente; hasta cuando le descubrió en los ojos el sentimiento inconfesable, le pareció hermoso y distinto. No se le había acercado disimulando la baba venenosa como Manuel Chiquito, ni lo había hecho objeto de una agresión de macho en celo como Matienzo, sino que se presentó tembloroso y tímido, vencido tras una lucha desesperada, arrastrado por una tragedia semejante a la que él mismo sentía dentro de las venas, aunque más limpio, ya que Pascasio había sido desviado, no por un mal ingénito, sino por el crimen de los hombres y del presidio, que adulteraron su espíritu fuerte y sano.

Todo aquello se lo leyó en el rostro con la rara intuición femenina que le proporcionaba su modo de ser ambiguo, producto de una naturaleza de transición. Lo había comprendido y se sentía arrastrado hacia su amigo por sentimientos tan poderosos y subyugantes que ni por un momento pensó en resistir. Estaba perdido en el presidio, abandonado a sus fuerzas, que él sabía quebradizas. De fuera, de la calle, no tenía nada, ni siquiera un abandono que lamentar, ni una esperanza a que aferrarse, pero esto no lo movió; de todas formas hubiera sido lo mismo, porque sufría del egoísmo generoso de los apasionados que lo quieren dar todo, porque esa es su única manera de poseer. Sabía que Pascasio no era capaz de andar el camino, y que cada paso que él le obligara a dar sería como el descubrimiento de tierras nuevas; se sentía siervo pero, a la vez, amo. Sin embargo, confiaba en las fuerzas de Pascasio, a las que él era el primero en someterse. Aquel hombre que se alzaba frente a Candela, pleno de furia y a la vez capaz de controlarse, era el Pascasio que él tenía descontado, el que presentía. Por eso se le acercó y se le rindió ante los ojos asombrados de su compañero de ingreso; y desde aquel momento comprendió que ya no era él mismo, que era como un esclavo, y comenzó a sentir celos. ¿Quién era la Morita? ¿Qué influencia tenía en la vida de su amigo? ¿De dónde sacaba aquella autoridad y penetración para anunciar el curso del porvenir?

Recordaba a la Morita frente a él, después del juicio, tirándole al rostro palabras despectivas. ¿Habría tenido algo con Pascasio? ¿Cómo era posible que un hombre de tan baja condición moral fuera capaz de proceder de aquella forma, sólo por su indignación? Hasta lo encontraba sugestivo, semejante a una hembra capaz de interponerse entre él y su amigo.

Se sonrió tristemente en medio de sus celos; Pascasio estaba privado hasta de la luz del día, y tal vez no sería así si hubiera hablado, como dijo la Morita, cuando el oficial le llamó a él «niño inocente». Y por su silencio cobarde andaba sobrado de sol y harto de gentes, mientras su amigo sufría en el silencio y la oscuridad de una celda. Bien estaba entonces que él sufriera la ofensa constante de los otros, que se estuviera allí en la cama esperando la hora del silencio reglamentario —el momento peor—, resistiendo a pie firme la avalancha de burlas oprobiosas de sus compañeros de galera.

De acuerdo con el reglamento, lo habían puesto a dormir en la hilera de camas del centro de la bóveda, y por su lado pasaban todos los presos, que acortaban el paso al llegar cerca de él para verlo semidesnudo. Algunos se conformaban con mirarlo; otros le decían cosas obscenas en voz baja; otros, fijándole los ojos entornados, se mordían el labio inferior. Si se ponía de espaldas para fabricarse una noche con la almohada, oía las alusiones a sus formas, y hasta alguno lo tocó haciéndose el distraído. ¡Y eso había sido la noche anterior! ¿Qué contendría ahora, después del juicio, a aquellas gentes?

Su cama estaba separada de la de Brai por el espacio que quedaba libre para el tránsito de los presos, y la cama de Brai y la de al lado, la de la Duquesa, eran precisamente uno de los lugares de tertulia. La noche anterior no le mortificaron muchos, porque la Duquesa, que lo miraba con desconfianza presintiendo en él un posible rival, intervino. Aunque la Duquesa sabía que a Brai no le gustaba pervertir a ningún muchacho, la experiencia le decía que aquel ingreso pronto estaría a disposición de que Brai no tuviera que temer ningún cargo de conciencia. ¿No estaba Manuel Chiquito pisándole los talones? Además, le conocía en la cara, en los ademanes, en el cuidado que ponía en taparse, en la forma de ruborizarse, en todo, que era una verdadera lea.

Pensaba la Duquesa que si Brai no estuviera tan cerca le gustaría trabar amistad con el nuevo ingreso, pues nada era tan agradable como iniciar a estos muchachos, que sin saberlo, llevaban todo el amor dentro de sí. Pero Brai estaba allí, ¡y era el diablo! Lo mejor era mantenerlo fuera de toda confianza para evitar posibles complicaciones. Por lo tanto, todo el que se posara por la tertulia sería para conversar con la anfitriona y no para cogerla de pantalla.

Después del relativo silencio que siguió al tendido de camas, comenzaron los gritos de costumbre:

—¡Caballeros, qué letra! —gritó uno—. ¡Ya tenemos a un nuevo trapiche moliendo!

—¡Vaya! Salió aquello. ¡Ni que el muchacho le pidiera prestado nada a nadie!

—¡Cállate, Sindisgusto, yo no lo digo por nada malo! Se trata...

—Sí, sí; ya sabemos. Quisieras ser tú el dueño del ingenio, ¿no?

—¿Ya ves que hablas como un bobo? Hoy me siento colono; tengo una caña aquí que quisiera moler; da el guarapo blanco.

—Pues mira, embárcala para el Norte; como los americanos son tan racistas, tal vez te la paguen bien.

—¡Nuncaí Yo pienso como el chino Lin Kan.

—¿Y qué podía pensar ese chino?

—Verás. El otro día estábamos en el tren de lavado y tocó la corneta avisando visita; nos fuimos a poner las guerreras por si venían las mujeres, pero Lin Kan, que salió al patio y vio que eran patos de la Florida, entró diciendo: «Deja lelelas, que no son mujeres, son melicanas».

Un escándalo de risas celebró la ocurrencia asiática.

—Y yo pienso lo mismo —concluyó el narrador—; estoy por lo criollo.

—¿Cómo dejaste la nevera, Floreado? —preguntó uno, viendo al recién salido de la celda, que en aquel momento se dirigía a los servicios.

—¿Nevera? Dile horno mejor. Aquello está hecho un fuego. Hoy mismo se le subió el santo al Trágico y acabó. ¡Qué hubo, familia! —añadió, saludando al grupo de la Duquesa.

—¿Qué contabas de la celda, Floreado? —preguntó el andrógino, poniéndole al recién llegado una tierna expresión.

—Que aquello ardía hoy. Por poco asesinan a un ranchero que llevaron sin tiempo. ¿Qué fue lo que comió?

Simultáneamente todos los del grupo miraron para Andrés, que se incorporó a medias en su cama. Brai, que hasta aquel instante parecía indiferente a todo, prestó atención. La Duquesa le hizo un gesto al Floreado, apuntando para el muchacho, que se había puesto intensamente pálido.

—¡Eh! ¿Qué pasa? Ni que fuera el primero que suenan en la celda. ¡Ah! ¿Tú no eres el chiquito de los ingresos? ¿Qué te pasa, has visto un fantasma?

Andrés no respondió nada y se dejó caer emocionado sobre la almohada, con los maxilares apretados por no dar un grito.

—¿No sabes? —aclaró la Duquesa—. Es Pascasio; se metió en líos por ése...

—¡Ya!

—Parece que se entraron a besos. Además, el ranchero desprestigió todo a Candela; es un negro atrevido; he oído decir por ahí que presume de ser el toro que más mea en presidio. ¡Ja, ja, ja! ¿Y qué fue lo que pasó? ¿Lo rompió el Trágico?

Brai se incorporó con el rostro contraído por la violencia, agarró a la Duquesa por el cuello y lo zarandó:

—¡Cállate, so puerco! ¿Cómo te vas a divertir así con lo que les pasa a los hombres?

—Pero, viejo...

—¿Viejo? ¡Tu madre! ¡Se acabó el viejo, que ya me tienes harto con tus pajarerías! ¡Ajila! ¡Recoge lo tuyo y ajila ahora mismo de aquí!

Como viese que la Duquesa se quedaba dudando, lo levantó en vilo, dejóse caer de espaldas en la cama, subió los pies, y sirviéndose de ellos como una catapulta, lo lanzó por encima de los hombres acostados, a ocho o diez camas de distancia, donde cayó ruidosamente, dando gritos.

La galera entera se agitó. Voces y gritos se levantaron de todas partes. Los que estaban más lejanos, no sabiendo lo que había sucedido, pretendían atizar el fuego, como era costumbre en las riñas corrientes:

—¡Éntrale, éntrale! ¿Te mentó la madre, verdad?

—¡Dale duro!

—¡Arriba! Acuértese de que el que perdona se chiva.

Precisando que el estruendo no continuaba, se callaron curiosos. El gallego Prendes llegó empujando a los que encontraba en el camino.

—¡A ver, carajo! ¡Eso lo acabo yo! ¡A la reja!

Vio el rostro violento de Brai, y a la Duquesa que se incorporaba trabajosamente, y se contuvo:

—¿Qué ocurrió?

—Nada, gallego —respondió Brai—; sácame esta cama de aquí y mete otra cualquiera.

—¿Y la Duquesa?

—Te lo regalo. ¡Te los regalo a todos! Estoy hasta la gandinga de esta chusma.

El gallego Prendes, sin decir una palabra, llamó a la Duquesa moviendo el índice hacia arriba y fingiendo una sonrisa inocente.

—Ya te lo decía, corazón; esta galera no sirve para ti. ¿Verdad que estarías mejor en la Aldecoa? ¡Vamos! —gritó de pronto, apretando los labios y pellizcando en la nuca al favorito en desgracia—. ¡Recoge lo tuyo! ¡Ajila! Tumba, a

dormir al lado de la reja hasta mañana —después añadió, bajando la voz—: Yo sabía que esto te iba a durar poco, hijo de yegua.

—¡Cómo, cómo dices! —gritó la Duquesa, alevoso—. ¿Que Brai es un hijo de yegua? ¡Díselo a él, anda! ¿Por qué no hablas como los hombres, frente a frente?

Brai fijó la vista en el gallego, el cual palideció mientras decía:

—¿Será canalla este pajarraco? ¡No le hagas caso, Brai! Ni te he nombrado.

Y para disimular el susto que estaba pasando, empezó a palmotear, mandando para sus camas a los que se habían reunido a su alrededor:

—¡Tumben! No quiero a nadie levantado. Tú, Floreado, ¿qué haces ahí como un verraco? ¡Tumba!

—Déjalo, gallego; está hablando conmigo —intervino Brai—. Floreado, ven para que me cuentes lo que pasó en la celda.

—Bueno, mandaré la cama de él para aquí. Vamos, Floreado, trasládate.

Andrés, obsesionado por la idea fija de Pascasio maltratado en las celdas, siguió con la vista al hombre que iba a hablar de él. ¡Lo iba a saber todo! Ya no era como antes, cuando confiaba en la suerte de su amigo como en algo indestructible; cuando lo veía, por encima de todo, sereno y fuerte, inmune a la derrota y a la humillación. ¿Acaso no se había rendido ya? ¿No había sido humillado?

Todo lo que veía antes de invencible en Pascasio se le antojaba ahora debilidad, y lo que tenía de extravío sensual se le acolchaba maternalmente para pensar en el hombre que se había perdido por él. «Casi lo asesinan», dijo el Floreado, que venía del infierno desconocido. Recordó Andrés —de cuando estuvo en los Aislados— el pasillo negro que conducía a las

Publicaciones cubanas en la Red
celdas y la reja tras la cual, más de una vez, divisó confusamente al preso con la cara de carnicero que hacía las veces de jefe, y se imaginó escenas atroces.

Le clavó su angustia al Floreado, que llegaba cargado con su cama, y esperó, casi incorporado, que comenzase a hablar. La mirada de Brai, que le cayó encima, como un peso, lo turbó, y volvió a encogerse en sí mismo, aunque sin perder de vista al hombre que iba a contar la tragedia anunciada.

—Cuenta, Floreado —habló Brai—; ¿cómo dejaste esas celdas? Me han dicho que el Trágico está allí campeando por sus respetos.

—Ya te lo puedes figurar.

—¿Y qué? ¿El escolta es un verraco? ¿No es el Uno?

—El Uno. Pero, ¿es que tú no sabes aún lo que pasa?

—¿Qué cosa?

—El Trágico lo trabó en malos pasos con Caracortada. Estaban enamorándose. Ya hace lo menos una semana.

—¡También ellos!

—¿Por qué no? Aquí el que no corre, vuela. Una vez me marché de una emboscada que me tenían puesta los soldados por algo así. Estaba cercado en el monte, y uno abandonó su posta para irse a enamorar al de la posta vecina. Por el claro me escapé. ¿Qué va a hacer la gente cuando está sin mujer?

—¿Entonces las celdas andan de patas arriba?

—Claro. El que se pone para su número puede pasar de una celda a otra; el otro día abusaron de un negrito idiota que cayó por allí. Le dio a uno por la vena del gusto, y figúrate. Hombre, ingresó con el chiquillo ese.

Y el Floreado señaló a Andrés, que no apartaba la vista del narrador, el cual añadió:

—¿Qué sucede? ¿El rancho que llevaron para la celda tuvo pleito con este muchacho?

—No sé. Cuenta lo que pasó. ¿Dices tú que rompieron al rancho?

—¡Lo más grande que he visto! Figúrate que el Trágico se empeñó en que el hombre le cruzara los brazos como si él fuera un empleado, y el moreno lo revolcó de una derecha en la barriga. Yo estaba encerrado en la 8 y lo vi todo. Entonces el Uno le dio un palo en la cabeza que lo dejó sin sentido y el Trágico lo aprovechó de mala manera.

—¿Desmayado? —preguntó Andrés con un hilo de voz que pasó inadvertido.

—¿Desmayado? —preguntó Brai con las facciones endurecidas.

—Desmayado —respondió el Floreado—. El Trágico le levantó la guerrera poniéndole las espaldas al aire, y comenzó a darle goma hasta que echó sangre. Lo ha reventado.

—Pero, ¿y el escolta?

—¿No te dije? Nada. Fue a meterse, pero el Trágico lo paró en seco y le pidió las esposas para...

—¿Lo colgó después? —interrumpió Brai, sentándose en la cama en actitud agresiva.

—Cuando yo salí ya lo habían apeado, Brai. Pero lo colgaron así como estaba; desmayado y todo.

—No me digas más nada.

Brai se dejó caer de nuevo en la cama, pasándose una mano por la frente.

—Si lo dejan ahí lo acaban. Ya...

—Te he dicho que no me cuentes más nada, Floreado —interrumpió secamente Brai.

Andrés, que se había sentado en la cama, preguntó con voz ansiosa:

—¿Usted cree que le sigan pegando?

Se dirigía al Floreado, que lo acogió con una sonrisa maliciosa.

—¿Qué? ¿Te interesa? Cualquiera estaría gustoso en su lugar si supiera que un muchacho como tú se preocupaba.

Andrés hizo un gesto de desesperación y se acostó, hundiendo la cabeza en la almohada. El toque de silencio todavía lo encontró en aquella posición, que ya no abandonó hasta mucho después de que supuso que todos se habían dormido. Entonces se volvió boca arriba, y mirando al techo con fijeza, dejó correr las lágrimas que le bajaban por ambos lados de la cara, mojándole el cuello. Brai, que permanecía despierto, lo observaba con curiosidad, pero sin que por ello la expresión de su rostro se dulcificase.

Alguien en la galera dio el grito reglamentario para levantarse.

—¡Voy!

—¡Sube! —respondió el imaginaria de guardia.

Andrés, que se había estremecido por los dos gritos, fue a ocultar su rostro mojado por el llanto, pero hizo un ademán imperceptible con los hombros, y dejó que las lágrimas siguieran corriendo libremente.

El penado que había pedido permiso para levantarse se detuvo a su lado, mirándolo con atención, y Andrés vio, como a través de un cristal mojado, el cínico rostro de Manuel Chiquito, que le sonreía, y que se inclinó hacia él para decirle en voz baja:

—Acuérdate de que siempre soy tu amigo y que puedo servirte en lo que quieras.

El cabo de imaginaria, desde el fondo de la galera, siseó haciendo silencio, pero el Chiquito aún dijo, como en un susurro, mirando el vientre descubierto del muchacho.

—No me tengas tanto miedo, que ni aun sabes para lo que te quiero. Además, todo lo que hagas para huirme ser inútil.

Al incorporarse se dio cuenta de que Brai estaba despierto y lo miraba; no se inmutó; haciéndole un saludo con la mano siguió su camino.

Ya cerca de la media noche, Andrés comenzó a dormitar penosamente. Parecía haberlo pensado todo y haber, al fin, tomado una determinación. Cuando en la madrugada, aún de noche, se oyó la diana, tuvieron que despertarlo. La luz borrosa de los míseros bombillos se reflejaba en su rostro reseco, destacándole la palidez. Lo miró todo torvamente; como una maldición se oían aquí y allí los gritos habituales de los adaptados, que escuchó con terror, como si estuvieran a punto de enloquecerlo... ¿Sería así durante meses y años? Todavía era muy novato para saber que el escándalo tiene su silencio.

En medio de aquellos gritos que le penetraban en el cerebro, la idea fija de la suerte de Pascasio se le imponía hasta hacerle daño. No sabiendo qué hacer, cogió su toalla y se dirigió al tanque donde cuatro filas de presos esperaban turno para lavarse la cara.

Era un tanque grande que ocupaba todo el ancho de la ventana a cuyo pie se encontraba, y que tenía cuatro grifos a medio metro de distancia uno de otro.

Cuando le llegó el turno a Andrés, metió la cabeza bajo el chorro de agua y oyó que el que estaba utilizando el grifo inmediato le hablaba. Volvió el rostro, y a través del agua distinguió a Brai, que le dijo bajando la voz:

—Parece que te interesas de verdad por Pascasio.

Andrés no supo qu responder; dejó que el agua le cubriera el rostro mientras pensaba lo que podía contestar a aquello. El tono de la pregunta y la expresión de Brai le parecían sinceros. Además, aunque imprecisa, lo inclinaba hacia aquel hombre una corriente de simpatía. Lo encontraba distinto a los otros, tal vez porque le viera indignarse con lo que le ocurrió a Pascasio. Brai insistió:

—¿Me oyes?

Andrés hizo un gesto afirmativo.

—Pues déjalo tranquilo. Si sigues detrás de él lo llevarás al precipicio. Yo sé lo que te digo.

—Pero, sí... —Andrés se detuvo con la garganta apretada. Haciendo un esfuerzo, continuó—: Yo sólo deseo su bien.

—Tal vez sea así, y por eso debes dejarlo. Si fueras como los otros, no tendría importancia y no me metería. Pero así me fastidié yo; también el mío era diferente, así se perderá Pascasio. Oye —añadió, después de resoplar el agua ruidosamente—, hace veinte años que no le pido nada a nadie, y a derechas ni sé por qué hago esto. Hasta me da vergüenza. Déjalo.

El ruido de los grifos amortiguaba las palabras. Andrés no respondió nada y dejó que el agua arrastrase las lágrimas que le cubrían los ojos. Los últimos de las filas que correspondían a las llaves que ocupaban Andrés y Brai, no sabiendo quiénes las estaban utilizando, comenzaron a dar muestras de impaciencia:

—¿Qué pasa? ¿Se están bañando ahí?

—¡Váyanse al río!

Brai salió del tanque sin secarse, dejándose caer el agua sobre los hombros; miró iracundo a los que protestaban, que retrocedieron inmutados, y dijo reconcentradamente:

—¡Mierdas!

Y llegó a su cajón, delante del cual se sentó, sin precisar que no se había secado.

LA MISA

17

—In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen Introibo ad altare Dei. Ad Deum qui laetificat iuventutem meam.

Iudica me, Deus, et discerne causam meam de gente non sancta: ab homine inique et doloso me.

Los latines que siguieron se atropellaron ininteligibles en los labios del sacerdote y de su joven ayudante; pero el padre no tuvo que hacer aquel día, como de costumbre al comenzar la misa, un esfuerzo desesperado para no bostezar.

Había empezado los preparativos para levantar el altar improvisado lleno de contrariedad. Le parecía una ofensa a la religión y a su sagrado ministerio, a Dios, que para colocar al Santísimo Sacramento no le hubieran dado más que un cajón, donde guardaba el pienso de los caballos. Pero por fin, viendo la poca piedad de los empleados del presidio, había salido del paso con una bella frase, llena de unción cristiana:

—Al fin Nuestro Señor Jesucristo nació en un pesebre.

—Lo sabía —le había respondido Rompemontes—; por eso le he facilitado la cuadra. Cuando autorizan las fiestas de ñañigos, de ahí mismo sale el diablito.

—¿No habrá animales, verdad?

—¿Qué más animales quiere usted que los presos? Además, sí hay una mula loca, pero es inofensiva. Lo único que hace de vez en cuando es reírse.

—¡Que todo sea por la gloria del Señor, hijo mío!

—Amén, padre.

El cura pensó largarse con sus bártulos sagrados, pero se le ocurrió que Dios lo ponía a prueba, y se dispuso a cumplir sus deberes unciosamente. Después de todo, lo merecía la religiosidad de los presos: habían asistido en tan gran número que apenas le quedaba espacio para oficiar. Su ayudante se mezclaba con el primer grupo de presos, mirándolos intranquilamente, mientras respondía de modo maquinal a los latines del sacerdote.

Al decir el Confiteor tuvo que inclinarse profundamente como mandaba el ritual, y empujó con las asentaderas al preso

que estaba detrás de él, que no cedió a la presión. Se trataba de un monaguillo jovencito, con los ojos grandes y tiernos como los de una vaca, y el rostro lampiño, ahora entre ruborizado y procaz.

En aquellas condiciones tuvo que decir el largo párrafo que al comienzo atropelló, pero ya por la mitad, las palabras se hicieron más precisas y pausadas; el sacerdote lo miró con una nerviosidad agresiva cuando el monaguillo empezó a golpearse el pecho lentamente, mientras finalizaba:

—... *mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa...*

Al terminar el Confiteor, el sacerdote habló con tono de admonición en la voz:

—*Misereatur vestri omnipotens Deus, ei dimissis peccatis vestris, perducatur vos ad vitam aeternam!*

Y añadió, iracundo, un rezo en voz baja:

—¡Ah! ¡Miguelillo, diablo, no tienes salvación!

—Amén—respondió el monaguillo, suspirando profundamente al erguirse.

Los presos se aburrían de aquello que no acababan de comprender. A los primeros los había llevado la curiosidad; los que siguieron fueron atraídos por lo propicio del lugar; se estaba allí tan apretado, que se podía hacer cualquier cosa sin llamar mucho la atención. No todos eran los que podían comprarse la complacencia de los cabos encargados de la vigilancia; y se aprovechaban de las solemnidades.

La cuadra estaba repleta. Los que no podían entrar, se detenían un momento, escuchaban al cura y luego marchaban haciendo comentarios burlones.

—¿Te has fijado en la leíta que se gasta el cura?

En la cuadra se elevaban los latines como el propio incienso.

Kyrie eleison.

Kyrie eleison.

Kyrie eleison.

—«Chiste eslesion».

La Morita llegó llamando a uno que trataba de introducirse entre la gente, y le enseñó un papel:

—Mango Macho, tienes que comprarme un número.

—¡Eh! ¿Te metiste a rífera?

—No; es otra cosa. ¿Tú no andabas detrás de mí? Pues cómprame un número: me rífo yo misma.

—¿Que te rífas?

—¿Qué le encuentras a eso de particular? ¿En la calle no lo hizo la Chelito?

—Pero, ¡ja, ja, ja! ¿Y esa ocurrencia?

—Nada. Me hace falta dinero. ¿Coges un número o no?

—¿Qué vale? —preguntó Mango Macho poniéndose serio.

—Cuatro latas de leche.

—¡Cómo! ¿Le quieres sacar a un vira-vira cuarenta pesos? ¡Por tu madre!

—Me hace falta efectivo, y ahora tú sabes que está muy caro. Apenas me quedarán veinte pesos, y de ahí tendré que pagar los gastos.

—A ver, dame la lista. ¡Te advierto, te vendes cara! Matienzo, el tres; Floreado, el siete; Comencubo, el nueve; Huelelea, Mala Sangre, Candela, Santuste, Negro Bueno. Roque, ¡dos números! Sindisgusto, Costal. ¿Y estas cruces? ¿Quién te ha cogido quince números?

—La novena del pícher Jones.

—¿Brai?

—¡Qué! ¿Te extraña?

—¿A mí? Y este garabato, ¿quién es?

—No te ocupes: un hombre serio.

—Guarda el incógnito, ¿no?

En el altar los latines continuaban elevándose en la nitidez del día:

—*Gloria, tibi, Domine...*

—Bueno, Mora —dijo Mango Macho—; dame el número que tú quieras. Ve luego por la galera para darte la leche. Espera; ponme mi terminal, el 84.

—Bueno, abur. Es para el jai-alai de esta noche.

La Morita se quedó mirando a los hombres que se aglomraban en la portada de la cuadra, y dijo a media voz:

—Con veinte pesos, y la ayuda de Dios, lo saco.

Caminó hacia el patio y se detuvo un instante pensando en qué rumbo tomar. Ya iba a decidirse, cuando algo que llamó su atención le hizo fruncir el entrecejo. Dio maquinalmente unos pasos más y se pasó una mano por los ojos, asombrado de lo que veía. Andrés, descalzo, con un saco en la mano, estaba en un rincón del patio, bajo el claustro, y a su lado, cerrándole el camino, con una mano en la cintura y apoyándose con la otra en la pared, Manuel Chiquito hablaba animadamente. Esperó un momento para ver la actitud que tomaba el ingreso, pero vio que respondía como si la conversación fuera de su agrado.

Su primer impulso fue de indignación, pero en seguida sonrió con desprecio. ¿Acaso no sabía el penal la participación que Manuel Chiquito había tenido en la condena de Pascasio? ¿Y ahora? Rápidamente se volvió a persignar, a la vez que repetía entre labios:

—¡Con la ayuda de Dios!

Asaltado por una duda, se acercó al rincón donde hablaban los dos presos y trató de escuchar, pero las palabras no llegaban hasta él. Se acercó más, y entonces oyó a Manuel Chiquito que dijo, levantando la voz:

—¿Vas a empezar con ésas ahora? Vamos, anda; vamos un momento a la misa. ¿qué crees que te pueda pasar allí? Decídete, y recuerda lo que te dije anoche.

La voz de Chiquito volvió a hacerse imperceptible. A la Morita se le había contraído el semblante: en aquel momento

Publicaciones cubanas en la Red sólo veía a Pascasio martirizado en la celda por culpa de aquel que ahora lo traicionaba tan villanamente. De pronto, un sentimiento de alegría lo poseyó; ¿que otra cosa podía pedir él? ¿No tenía desde aquel momento el camino libre?

Con veinte pesos arreglaba el asunto de Pascasio en el Orden Interior, y después, ¿quién era capaz de discutirle a su hombre?

Salió de detrás de la pared que lo ocultaba, y mirando para Andrés, que quedaba situado frente a él, escupió en el suelo despreciativamente. Al irse se cruzó con Candela, que le hizo un guiño, señalando para el lugar donde Chiquito hablaba con Andrés, y dijo:

—...Y el muerto al hoyo. Ya está del otro lado; en carrera larga el perro coge al venao.

La Morita, como si no hubiera caído en cuenta, le dijo irónicamente:

—Candela, ¡qué nuevecitos tienes los galones!

—El negocio da para todo—respondió el otro ignorando la alusión—; mírame hoy en el baño y verás la botonadura que me gasto. La voy a estrenar contigo si me saco la rifa.

La Morita siguió su camino; aún tenía que vender muchos números. Sentía que Dios estaba de su parte, pero sabía también que en el presidio nada se mueve sin dinero, ni aun la voluntad de Dios. ¿Cuándo se acabaría la misa? En ella estaba la gente del bronce, los que se disponían de verdad, que eran los menos. El resto del presidio estaba compuesto de descuideros, es decir, de los que querían comer como el ratón, sin que nadie se enterase, soplando; y de pingüinos que se conformaban con adelgazar mirando de lejos a sus muchachos; enamorando por señas, mordiendo los labios, para llegar a la tragedia el día que la prisión se les subía a la cabeza.

Cuando la Morita se acercó a la cuadra, el sacerdote alzaba el cáliz, mientras el monaguillo tañía la campanilla y le levantaba la casulla.

—*Per omnia secula saeculorum.*

—Amén.

—*Pater noster... Et ne nos inducas in tentationem.*

—*Sed libera nos a malo...*

—¡Sácalo, Dios mío!— exclamó la Morita a media voz.

—¡Eh, Mora! —preguntó uno—. ¿También tú conversas este ñaño?

—¡Ah, te buscaba, Colombiano! Me tienes que coger un número.

—A ti te cojo lo que quieras, negra. Apúntame el 33; tiñosa. No puede salir otro. ¿No ves el tipo de aura que tiene el cura?

—¿No me preguntas para qué es?

—Para lo que tú quieras. ¿Qué vale?

—Cuatro latas de leche.

—¡Mucho! Por lo menos me tendrás que pagar con la libertad.

—Casi, casi; me rifo yo.

—¡Tú! ¿Y eso?

—Me hace falta el dinero.

—Pues si gano te daré el chance de que te rajes. Así no me gusta a mí.

De pronto se oyeron golpes de club en el cemento del piso; simultáneamente, la corneta tocó con estridencia la retirada. Todos los presos se miraron sorprendidos. Al otro lado del patio principal, por el lado de las celdas, se veía correr a los penados hacia el Interior. Se abrió la puerta del rastrillo y penetró en el penal el retén de escoltas, que en seguida enarbolaron los clubs, dando con ellos en las columnas, sin dejar por eso de correr. Ignorando de lo que se trataba, los presos que asistían a la misa comenzaron a desbandarse hacia las

Publicaciones cubanas en la Red
galeras, sin ocuparse más del cura que, también inquieto,
precipitó el ritual exclamando:

—*Ite missa est!*

Un penado que llegó corriendo gritó sin detenerse:

—¡Lo mataron! ¡Ah! viene la camilla!

—*Requiescat in pace* —dijo el cura turbado, como si
estuviera oficiando en una misa de difuntos—. Vamos, vamos,
Miguelito.

—Padre, ¡los vasos sagrados! ¡El bonete!

La mula loca, que había sido atada fuera de la cuadra,
comenzó a rebuznar con la cabeza en alto y mostrando los
dientes.

—¿A quién mataron?

—¿Dónde?

Los golpes de los *clubs* ya se oían cerca. Otro penado que
venía corriendo contestó a las preguntas que se multiplica-
ban.

—¡Rompemontes!

—¿A quién, a quién?

—¡No se sabe! Nos van a empujar un bocabajo.

Uno de los que estaba en la misa afirmó:

—Fue en las celdas.

—¿A quién habrá sido?

Hablaban corriendo, gritándose los nombres de la posible
víctima.

Alguien nombró a Pascasio, y el nombre corrió de boca en
boca.

—¿A Pascasio?

—¿Pascasio?

—¡A Pascasio Speak!

—Mataron al rancharo.

Ya en el patio del Orden Interior, donde se abrían las rejas de las galeras para dar paso a los presos, el nombre se generalizó. Rompemontes había matado a Pascasio Speek. Andrés, con la cara desencajada, se quedó apoyado en una columna sin poder llegar a su galera. Los rezagados le pasaban por el lado sin hacerle caso; algunos de ellos ya venían heridos por los golpes recibidos. Brai, que estaba entre ellos, se detuvo al ver al muchacho y lo agarró por un brazo haciéndolo caminar, sin que éste opusiera resistencia. Al llegar a la galera se tropezaron con el gallego Prendes, que se paseaba nervioso por el lado de la reja, contando a los que llegaban.

—125, 126, 127..., 128...

Cuando vio a Brai, se dirigió a él, preguntándole:

—¿Lo viste? 129... Estaba tirado en el patio. Parece que en los Incorregibles nadie quiere hablar.

—Pero, ¿quién es el muerto? —indagó Brai con energía, aunque con un temblor en la voz.

—¿Quién va a ser? ¡Rompemontes! 130...

—¡Rompemontes! ¿Quién lo mató?

Andrés se sujetó a la reja para no caer. Permanecía intensamente pálido, pero su rostro había recobrado la expresión habitual. Sintió como que la reja emprendía una rápida caída en la que lo arrastraba, mas hizo un esfuerzo para mantenerse en pie. Oyó, lejana, la voz del gallego que respondía:

—No se sabe todavía: ningún incorregible quiere hablar. Lo mataron a través de la reja, clavándole en la hoyita un hueso afilado. Seguro que ha sido el Jibaro.

—Estamos completos: 132 —avisó en aquel instante uno de los cabos de la galera.

—Cierra entonces. ¡Vamos, cada uno a su sitio! Siéntense en silencio, no vaya a ser cosa que la cojan ahora con nosotros.

El silencio había caído como un manto sobre el presidio. Por fuera pasó el interno hablando animadamente con el oficial de guardia. Después, apretando el paso, un escolta, otro y otro. En aquel instante se oyeron lejanos, pero precisos, tres disparos consecutivos de arma de fuego.

—Liquidado el asunto —dijo uno de la galera.

Algunos, con el pretexto de ir al tanque del agua, se asomaron a la ventana que daba al patio principal. De nuevo corrieron los escoltas hacia el patio de los Aislados, al cual, pocos momentos después, llegaba el oficial de guardia seguido del interno, que volvió a salir con el paso precipitado, dirigiéndose a la escalera que conducía a la enfermería. En la Primera Central todo era conjeturas, aunque nadie dejaba de estar de acuerdo en que el agresor de Rompemontes acababa de recibir su castigo.

—Seguro que han matado al Jíbaro.

—Claro, nadie ignoraba que era enemigo jurado de Rompemontes.

—¿Y ahora que dirán al juzgado?

—¡Hombre, valiente cosa! Lo mató Rompemontes antes de morir.

—¿Y los forenses?

—¿Los forenses? ¡Nada! Un preso y mierda es lo mismo. Además..., ¿qué? Así salió mejor; si no le daban garrote, le echaban treinta años. Un oso menos.

—¡Pero eso es un asesinato!

—¡Dos si tú quieres!

Los que escuchaban la disputa se rieron.

—A mí lo que me duele de todo esto es que no se podrá jugar pelota en tres días por lo menos. Será el luto que le tendremos que guardar a Rompemontes.

—¡Los ratones guardando luto por la muerte del gato!

El interno que ya había regresado salía en aquel momento del patio de Aislados, seguido de dos reclusos que conducían una camilla cubierta por una sábana.

—Ahí va el Jíbaro. A Rompemontes no lo levantarán hasta que venga el juzgado.

—¿Qué pasa con la ventana? —interrogó desde afuera el escolta de posta—. ¿Todavía no se han enterado de cómo está el asunto? ¡Ajilen! ¡A ver! ¡El jefe de la galera!

—¡Gallego, a la reja! —gritó un oficioso.

El gallego Prendes llegó con el paso apresurado, preguntando lo que sucedía.

—No quieren a nadie en las ventanas —aclaró el vigilante.

El gallego palmoteó, aunque ya todos se habían alejado, y después le preguntó al escolta confidencialmente:

—¿Qué ocurrió, compañero?

—Nada. Los presos están guapos hoy; uno se llevó a Rompemontes, y ahora el sargento de las celdas, ese que le dicen el Trágico, parece que quiso entrarle al escolta que está de guardia allí, y éste se vio obligado a tirarle.

—¿Lo mató?

—¡Figúrate! Tiene un balazo en la barriga. No dura hasta la noche.

—¿Y al brigada Basilio ya se sabe quién lo mató?

—Parece que ya conversaron. Están apretando al Jíbaro, que era su enemigo. Bueno, no deje que la gente se mueva de su puesto.

Al atravesar el gallego la galera, los presos se le acercaron preguntándole.

—Nada, nada. El Jíbaro fue el que mató al brigada.

Buscó con la vista a Brai, y al verlo se le acercó y le dijo:

—Se acabó el Trágico. El Uno le metió un balazo en la barriga.

En la galera se alzó un murmullo de comentarios. Brai no dijo nada. Le dio una profunda chupada a su cigarro y echó el humo hacia arriba, cerrando, a medias, un ojo.

EN EL TALLER

18

Para la imaginación no existen las leyes del espacio y del tiempo. Sería difícil calcular cuántos años vive el pensamiento de un hombre mientras se adapta a una prisión. Pasan apenas unas semanas, pero, durante ellas, una persona joven puede tornarse vieja, ajarse un rostro terso y una cabeza negra encanecer.

Sería difícil precisar qué tiempo vivió el pensamiento de Andrés desde que Pascasio ingresó en las celdas, hasta aquel momento en que, por gestiones de Manuel Chiquito, él se encontraba delante del tablero de enrejillado, en el taller de carpintería. Habían pasado escasamente unas horas, y si el rostro de Andrés, de adolescente, no parecía más duro, se debía a las manchas violáceas que, pronunciando sus ojeras, hacían pensar en una mujer fatigada por el amor.

Si no se corre el peligro del despido, cualquier trabajo mecánico que se haga viene a ser algo así como un pretexto para pensar, y hacer rejilla —después que uno ha terminado el tendido inicial, semejante al rayado de los meridianos y paralelos de una carta marina— no es un pretexto para pensar, sino la obligación de hacerlo. Toda la labor se reduce a pasar, de cuadrado a cuadrado, diagonalmente, la punta de la rejilla doblada hacia arriba, en forma de escaquin turco, y a tirar de ella, llevando el brazo a lo alto como hacen los marineros al coser sus ropas, ya que éstos, invariablemente, ensartan sus agujas con hebras de hilo demasiado largas.

Después de hacer el tendido y de saber que estando la rejilla bien encerada se pueden coger hasta tres cuadros antes de tirar de la hebra, sólo falta tomarle tiempo, el ritmo, para entonces entregarse a pensar libremente, como si se estuviera echado en un banco de la galera, con las manos cruzadas en la nuca.

También ocurre a veces que, sin enterarse, el operario deja de trabajar, arrastrado por pensamientos que le han pedido quietud a las manos o, acaso, alguna crispación violenta. Entonces no se sabe qué tiempo se ha estado detenido; tal vez un solo minuto, tal vez tanto rato, que ya está a punto de tocar el timbre del taller anunciando la hora del cierre.

Los presos que han cumplido muchos años y fabricado millares de tableros de rejilla para vestir sillas que nunca utilizarán, han simplificado su vida, y en vez de pensar trabajando, dormitan mientras trabajan. Esos presos, a la larga, adquieren un aspecto físico característico: la barba se les pierde, el labio inferior se les convierte en un belfo caído y húmedo, y se cargan de espaldas. Los que no han aprendido a tirar de la rejilla con ambas manos, terminan por tener un brazo más largo y más fuerte que el otro.

Pero Andrés apenas llevaba un día en el enrejillado, aunque a él le pareciera la vida entera. No presintió, cuando tuvo la impresión, al bajar de la azotea después de trasladar el cuerpo de Chichiriche, que allí iba a sufrir tanto y tan pronto, a pesar de haber sospechado que entraba en el infierno, que lo iba a arrastrar la vorágine, y no valiéndose de los otros, sino de él mismo, de sus propias taras que no se conocía, que no se hubiera conocido probablemente nunca, resueltas en amores tímidos con las muchachas de la calle, si la justicia no lo hubiera apresado para renegararlo.

Allí estaba con la visión neutra del tendido cuadriculado de la rejilla, conmovido por sentimientos disímiles. No podía creer

Publicaciones cubanas en la Red

lo que había ocurrido. Hacía dos días que, aunque atropellado, se sentía dueño de su destino; le irritaba pensar que su resistencia física era tan débil, pero de la misma derrota de su cuerpo sacaba fuerzas para desestimar el peligro que suponía el acecho del cínico en cuyo poder estaba, atado de pies y manos. Antes de que Brai le hablara ya había tomado la resolución; la tenía dentro de sí desde lo ocurrido en el juicio, aun desde antes, desde que precisó que los sentimientos de su amigo entregaban a éste, en vez de defenderlo, a las fuerzas ciegas del presidio. Además, él sentía, como un imperativo de su naturaleza, la inclinación al sacrificio; su fuerza era precisamente la que caracteriza a los débiles, a los enfermos del ánimo, que los asemeja a los místicos, esos otros desviados sexuales. La necesidad que sentía viva dentro de él, de echarse la carga encima, tomó cuerpo y se orientó cuando después de saber lo que le había ocurrido a su compañero, entregóse a cavilar; estaba dispuesto a todo, pero, ¿qué podía contra las fuerzas del presidio? ¿Qué hacer para librar a Pascasio de las garras de aquel cancerbero que él se imaginaba un ser terrible, capaz de todos los crímenes?

Aún no había encontrado el camino justo, cuando vio asomado a sus ojos el rostro cínico de su perseguidor. Éste, ¿no lo podía todo? ¿No lo veía siempre alrededor suyo, moviendo todos los hilos? Andrés no pensó en lo que pudiera ocurrir después: aunque fuera la muerte le importaba poco; Pascasio se había sacrificado por él, por culpa suya lo habían destrozado en las celdas; acaso estaba muriéndose en ellas mientras él permanecía sin hacer nada, cuando, con sólo vencer su repugnancia, podía devolverle lo perdido. Se daba cuenta de que entre él y Pascasio se levantaría una barrera, pero dejaba al tiempo la aclaración de la verdad. Era en eso donde sentía a su compañero dueño de una fuerza capaz de comprender su sacrificio.

A la mañana siguiente, Brai le descubrió un nuevo abismo; aquel hombre le hablaba honradamente y sabía lo que decía. No hubiera podido un farsante cualquiera expresarse en el tono y las palabras con que aquél lo hizo cuando estaban en el tanque, donde lo dejó sin una esperanza a que aferrarse. Por sobre todos los raptos de rebeldía que le conmovieron, se le imponía la realidad y su necesidad de sacrificarse. ¿Y ahora? Estaba en el taller después de haberse visto frente al rostro odioso y radiante de Manuel Chiquito que, sabiéndose dueño de la situación, se había mostrado exigente hasta hacerlo caer en la desesperación.

Las manos de Andrés, ya casi hábiles en la labor que hacían, se detuvieron nerviosas al pensar en lo que le esperaba, en lo que tenía cerca, a punto de realizarse. Su entrada en el taller era el primer paso para que los designios de su perseguidor fueran una realidad. Le había hablado con cínica franqueza: «Te tienes que ver conmigo primero, antes de que suelten a ése. Yo no estoy cogido con lazo. Después, ¿cómo me junto yo contigo? ¡Y digo! ¡Con lo juyuyo que tú eres! Más tarde sí; eso y todo lo que tú quieras, más de lo que tú quieras. ¡Todo! Pero primero lo mío.»

Con excepción de Costal, el encargado del taller de carpintería, nadie sabría nada. Cuando salieran los penados para ir a almorzar, Andrés se quedaría dentro, escondido detrás de los rollos de la rejilla, donde lo iría a buscar el Chiquito, ya escondido previamente en otro lugar cualquiera de la carpintería. Costal era el que tenía que darle la conformidad al escolta de la puerta antes de cerrar el taller. Después se quedarían solos dos horas, hasta que volvieran a abrir para la sesión de la tarde.

Andrés había escuchado todas estas explicaciones con una palidez mortal en el semblante. El hombre que le hablaba agitaba todas sus repulsiones, y, sin embargo, sentía en lo más

hondo de su ser una inquietud extraña que le hacía arder la sangre en las venas.

Se cogía asco a sí mismo. Se horrorizaba de encontrarse tan crapuloso, de descubrir, en él, abismos que nunca sospechara. Manuel Chiquito era su enemigo, el hombre que más cruelmente lo había engañado, y su cinismo le inspiraba una repulsión máxima; sin embargo, olvidado de Pascasio, de sus propósitos de sacrificio, de todo, oía de su boca los detalles precisos, no con el terror de la víctima, sino con los temblores del alucinado. La tarde anterior se resistía débilmente cuando lo quería llevar a la cuadra, y hubiera ido sin la interrupción de la Morita y sin haber oído, al instante, que Pascasio había sido asesinado. Cuando se enteró de que el «muerto» era el Trágico, tornó a aferrarse a sus esperanzas de felicidad. Acaso no sería necesario que él se sacrificase.

Todo el resto del día se lo pasó rehuyendo a Manuel Chiquito, excitado por la esperanza; confiaba en que lo que acababa de suceder variase el curso de los acontecimientos. Ignoraba que en el presidio todo marcha a un ritmo isócrono, sean cuales sean las circunstancias que lo agiten superficialmente. A la mañana siguiente oyó decir:

—Candela ha cogido el puesto de sargento de las celdas. Lo ha cogido igual que lo cogió el Trágico, por miedo. Ahora no se le puede arrendar la ganancia al moreno ranchero.

Se quedó espantado. Desde aquel momento no hizo más que buscar a Manuel Chiquito, que en seguida le gestionó el ingreso en el taller. Habían quedado en que Costal le avisaría si tenía que esconderse ese mismo día o esperar; y el encargado del taller ya había pasado varias veces por su lado, acelerándole los latidos del corazón, pero ninguna de ellas se detuvo.

¡Estaba a punto de consumarse todo! No comprendía, ahora, que Manuel Chiquito hubiera podido emocionarlo. Sólo quería

ganar tiempo. Temía el aviso, pero no quería esperar un día más en aquella incertidumbre desesperada.

Trabajaba al pie de un amplio ventanal enrejado. Aunque no podía ver hacia afuera, se imaginaba la vida libre al otro lado de los muros; la vida que, en los seis meses que llevaba encarcelado, ya se le hacía como algo mítico, inalcanzable. La primera labor del presidio es sembrar en la mente del recluso la idea de que entre él y el mundo exterior no hay nexo alguno. De que ya, para siempre, será un presidiario aunque recobre la libertad. Es decir, el presidio, en vez de regenerar, o, mejor dicho, en vez de generar fuerzas, las destruye. Andrés precisaba cómo cada día se tornaba otro, cómo las fuerzas turbias de la prisión lo modelaban a semejanza de sus demás compañeros, por los cuales, sin embargo, era cada vez mayor su repugnancia. Ya no era un extraño entre ellos, pues en el fondo sufría iguales necesidades y estaba sometido al mismo ostracismo. Además, ya tenía su parte de fuego en aquel infierno donde todos ardían.

Miró para los que le rodeaban tejiendo la rejilla, semejantes a monstruosas arañas en plena tarea. Casi todos estaban físicamente degenerados, lucían como momias, con los rostros inmóviles e inexpresivos y la mirada estrábica a fuerza de fijarla en el trabajo que hacían las manos. Se le fingieron espíritus maléficos creando destinos anormales con sus dedos infatigables, cuyas falanges estaban separadas por nudos negros. Creaba cada uno su destino; acaso todos, en conjunto, no hacían sino fabricar el de él, que los miraba fascinado, penetrado por un sentimiento de angustia indescriptible.

Separó la mirada con horror; a la entrada de la galería donde trabajaba se veía girar raudamente un aparato mecánico que de vez en cuando dejaba escapar un silbido estridente, que ya le obligara a levantar la cabeza en más de una ocasión. Oyó que alguien decía cerca de él:

—Esa madera está llena de nudos; ya verán como el sinfín hace hoy una de las tuyas.

Miró para el que había hablado, pero no le pudo ver nada en el rostro; ya estaba convertido en momia. A lo mejor se había equivocado y el que habló era aquel otro que estaba un poco alejado y que ahora lo miraba adormeciendo los ojos.

Los sucesos del día anterior habían producido tal conmoción entre los presos, que no se ocuparon de molestarlo a él, pero se daba cuenta de que aquello sería transitorio; sabía, o mejor, sentía, que mientras no llegara el final, su propio final, sería tema para aquellos hombres, cuya vida, en vez de deslizarse, parecía estancada como agua muerta. Precisaba que no tenía más estímulo para seguir viviendo que la agresión a las vidas ajenas, sobre las que echaban todo lo que, a fuerza de ser muertos, sobraba en las tuyas. Pero el final ya estaba allí; por poco que conociera el presidio, y aun la vida en general, sabía lo que le esperaba después que fuera pasto de la bestia que lo perseguía. Rebelde aún, en lo oculto de su espíritu, contra todo lo que le obligaba a entregarse como una prostituta, se aferraba a una sombra de esperanza, aguardando que un azar cualquiera lo salvase del cieno donde ya estaba a punto de revolcarse.

Andrés se disponía a reanudar su trabajo, cuando vio acercarse de nuevo a Costal, que le sostuvo intensamente la mirada hasta hacerlo palidecer. Tuvo la certidumbre de que venía a avisarle y lo asaltó un deseo incontenible de protestar, de gritarles a todos su tragedia. Instintivamente miró para los hombres que lo rodeaban y no vio más que las caras impasibles de los tejedores, con los ojos fijos en el cuadriculado del tendido, y los dedos inquietos como pequeños seres monstruosos de vida propia que fabricasen destinos trágicos. Con el terror en el semblante y el grito helado en la garganta, tornó a fijarse en Costal, que le hizo un signo afirmativo con la

Publicaciones cubanas en la Red
cabeza en el mismo instante que, precedido de un silbido estridente, se oyó a la entrada de la galería un chasquido seco, y después un grito espantoso.

Costal se volvió bruscamente lanzando un juramento, mientras todos los presentes se movilizaban como si de súbito hubieran recobrado la vida. Andrés se quedó tal como si el grito lanzado hubiera sido lanzado por él, y siguió con la vista a Costal, que corrió acompañado de los demás. El desconocido que pocos momentos antes había hecho la predicción reclamaba que se reconociera su acierto:

—¡Lo dije! ¡Lo anuncié! ¡Usted, usted me oyó! ¡Usted mismo! ¿No lo dije?

—Pero, ¿qué ha pasado? —preguntó Andrés, agitado por sus nervios.

—¿Y no lo ve? ¡Otro que se ha llevado el sinfín! ¡Para su madre! Ahora que lo empaqueten y lo manden para donde vino! ¡Otro! ¿No estar preparado para que asesine presos?

El grupo de hombres, que se había arremolinado a la entrada de la galería, se alejó llevando en medio de él un alarido continuado. Andrés se había quedado solo, y ya se disponía a seguir a los demás, cuando vio aparecer a Manuel Chiquito, que fue hacia él.

—Oye, ¡nos chivamos con esta mierda que acaba de pasar! Seguramente Costal no querrá hoy. No importa, mañana lo haremos con más gusto. ¡Mal rayo los parta!

Miró para todas partes, y comprobando que estaban solos, abrazó a Andrés, besándolo repetidamente en la boca. Tras un último beso se separó, diciendo:

—Bueno, más vale no meter la pata. Déjame ir.

Andrés se apoyó en el tablero. Mientras era besado, había cerrado los ojos, recordando a Pascasio. Gritó al que se marchaba:

—¡No olvide lo que le pedí!

Manuel Chiquito se detuvo haciendo un saludo con la mano; después, poniéndosela en la boca a modo de bocina, contestó:
—¡Todo lo que tú quieras!

Al volverse tropezó con un preso que llegaba y que se le quedó mirando para después fijarse en Andrés, mientras murmuraba:

—¡Cómo ha empezado esta gente! ¡Aprovechan todos los lances!

Se acercó al muchacho, que aún estaba turbado, y añadió:

—Ya vi cuando le diste su agüita, ¡y yo, muerto de sed! ¿Qué pasa? ¿No contestas? ¿Será que el tipo ese te comió la lengua con su lujuria?

Andrés lo miraba sin escucharlo; todos sus pensamientos estaban fijos en la respuesta que le acababa de dar Manuel Chiquito.

—¡Ah! —dijo el otro, notándole la mirada perdida—. ¿No oyes que te estoy hablando? ¿Acaso eres de los que les gusta que los braveen?

Andrés, comprendiendo de pronto lo que quería aquel hombre, cogió de encima del tablero una pequeña hoja de acero que usaba para cortar la rejilla y se puso en actitud defensiva.

—¿Qué te ocurre? —preguntó el otro, cediendo—. ¡No, hombre, no; más vale dejarlo al tiempo; ya te pondrás, como los otros, a lata de leche! Lo que te pasa ahora es que estás en el grito.

Se marchaba, pero como sentía perder aquella ocasión, regresó insistiendo:

—Sin embargo, nosotros podríamos gozar ahora sin que nadie se enterase. Eres un bobo si... ¡Mal rayo me parta! —exclamó al notar que llegaban los que habían salido acompañando al herido.

—¡Resbaloso! ¿Tú solo aquí con el ingreso? —dijo burlonamente uno del grupo.

Pero la tragedia todavía pesaba sobre ellos, y siguieron hablando del accidente.

—¡Qué racha! Siempre pasa lo mismo. En el tiempo que llevo aquí todavía no he visto que dejen irse un muerto solo. Siempre lo acompañan tres o cuatro.

—Así es —confirmó otro.

—Igual pasa con los tuberculosos. El día que a uno se le ocurre tirarse de cabeza a los fosos, hay que trancar el sanatorio o se queda vacío.

—Se contagian y les entran deseos de pasar la raya y sumar.

—¿Sumar qué cosa?

—¡Toma! Lo que se gana y lo que se pierde viviendo. Todo el que tire esa raya en el presidio sabe que no es negocio seguir en la lucha.

—Pues dile a Manuel Chiquito que haga la raya para ver si le mete la cabeza al sinfin.

—¿A qué viene ésa ahora?

—¡Ah, me lo reservo! Quiero hacer méritos —dijo el que habían llamado Resbaloso, echándole a Andrés una furtiva mirada.

Éste seguía ensombrecido la conversación de sus compañeros, pero no se fijó en la alusión. Se estaba viendo dormido para siempre, metido en una de aquellas cajas inquietantes que bajaban estrobadas por el garfío del patio de Aislados, donde por vez primera viera a Pascasio. Pero, ¿tendría valor? No era por él, que, como decía la Morita, no contaba; era por lo que dejaba atrás, por su amigo, que ni siquiera se enteraría, y lo continuaría pensando vivo cuando ya estuviera lejos del presidio, metido debajo de la tierra, comido por los gusanos. Aquella idea lo horrorizó. Se le hizo que seguiría viviendo

después de muerto, viéndose con los ojos de Pascasio el rostro chupado por la muerte y el cuerpo pululante de bichos. ¡No! Nunca tendría el valor necesario, aunque mil veces pasase la raya y se hartase de saber que «no era negocio seguir la lucha».

Sin embargo, ¿no le acababan de ofrecer que Pascasio saldría de la celda? Miró para la máquina que se alzaba delante de él como si ella pudiera ser la solución. ¿Qué hacer ~~simulando a la solista de la celda, una que el médico que iba~~ indefensión, que era el único producto de su vivir parasitario?

De súbito lo asaltó otra duda: ¿Y si Pascasio se desviaba hacia la Morita? En aquel andrógino era despreciable la grosera simulación femenina, pero tenía algo inapreciable, un raro don que lo diferenciaba de los demás. Y era aquel don el que le hacía temer a Andrés, y que los celos del primer momento se manifestaran ahora en toda su violencia. No, cada cual tenía que cumplir su destino. Él y Pascasio se habían encontrado y tenían que rodar juntos hasta el fondo del pantano. Sus celos, azuzados por la tara de su organismo, le hacían ahora abrazarse a aquel pretexto para mantener el derecho a defender lo que consideraba suyo. Aquella esperanza le iba a durar muy poco. Acababa de ponerse a trabajar a fin de organizar sus pensamientos desbordados, cuando el carpintero que le había hablado al marcharse Manuel Chiquito entró de nuevo al taller, diciendo:

—¡La última letra, caballeros! Matienzo se acaba de sacar a la Morita.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó uno de la rejilla.

—¡Ustedes nunca saben nada! Parece que con los embugarramientos se van de presidio. Pues la Morita se rifó ayer a cuatro latas de leche el número y se la sacó Matienzo. La cosa está tan mala, que hasta «ellos» tienen que recurrir a

Publicaciones cubanas en la Red
esas martingalas para poder ir tirando. Ahora tendrá dinero para un par de meses.

Andrés sintió vergüenza de sus celos; pensó en el asco que le daría a Pascasio saber aquello.

En la puerta se dejó oír el timbre del taller, y todos los presos suspendieron el trabajo para ir a almorzar. Andrés hizo lo mismo; al salir se encontró con Costal, quien al verlo abandonó la preocupación que parecía molestarle y dijo:

—¿Ya viste como se fastidió todo hoy? Mañana será otro día. Y oye, ¡yo también tengo mis esperancitas!

EL SANATORIO

19

—Oiga, compañero, si sigue así, está completo. Aquí el que le coge asco a la chaúcha, está listo.

—No puedo; siento que es terrible para mí, pero no puedo.

—¿Qué sucede ahí?

—Nada, que el Señor no le puede entrar a la batuba.

—Pues sin comer y enredado en el saco, va a parar de cabeza a la fosa común.

—Eso le digo yo.

Los reclusos comían de pie delante de sus cajones, cuyas tapas, abiertas horizontalmente y sujetas con cordeles, quedaban a la altura de sus cinturas. Los que estaban a los lados del ingreso —que ya había sido bautizado con el apodo del el Señor—, se preocupaban por la suerte de aque hombre que les inspiraba cierta lástima respetuosa, y que no probaba bocado en los días que llevaba en la galera. Era impresionante verlo delante del plato, moviendo el rancho con la cuchara de reglamento, sin determinarse a comerlo. Cada día llegaba de la limpieza con la fatiga echada encima de los hombros, y cada día parecía un milagro verlo regresar a ella. En la hora de descanso que permanecía en la galera no hablaba con

nadie. Se le notaba cada vez más largo y más enflaquecido, y ni el sol que cogía en el patio era suficiente para disimular la palidez del rostro.

Sus compañeros próximos lo miraban con recelo; les inquietaba tener al lado a aquel hombre que tosía secamente y que les enseñaba un camino que ellos trataban de olvidar. Sabían que lo más terrible que podía ocurrir en presidio era coger repugnancia a la comida, y que a ese peligro estaban todos sujetos, fuera cual fuera el tiempo que ya hubiera vencido. Llegaba un día en que no se podía probar bocado; a veces era por una simple indisposición, pero si después de ella continuaba la inapetencia, la cosa se ponía mal, y el temor hacía el resto. Unos lograban reaccionar, pero los más encontraban el camino del sanatorio, y ya no se volvía a saber de ellos. A las muchas semanas alguien preguntaba por el desaparecido, y entonces no se recordaba bien si se había muerto o si lo habían puesto en libertad.

Los vecinos del Señor continuaron aconsejándole:

—Haga un esfuerzo y métasela aunque no tenga ganas; la cuestión es hacer estómago.

—Oye, ¡y que no hay lance! El chiquito que ingresó con él ya está en talleres. Éste suelta el piojo en la limpieza. ¡El presidio es del carajo para arriba! Si no sirves para el jierro, tienes que defenderte solo.

—No; el asunto es cuestión de suerte.

—¿De qué? ¡De nalgas!

—Mira al Trágico; le llenan la barriga de plomo y ya dice el médico que se salva.

—¡No me digas!

—¡Que no te diga! ¿Y sabes dónde lo tienen? En la salita del sanatorio. Un cuarto y un enfermero para él solo. Dicen que en la enfermería tenía miedo, porque allí había unos cuantos

enemigos de él, que en un descuido se lo podían llevar por delante.

—Pues no sé qué te diga. En el sanatorio la mitad son gente que él tuberculizó a fuerza de goma.

—Sí, pero figúrate. Lo tienen solo en la salita y lo está cuidando el isleño Inclán, que se hace respetar por los tísicos.

—Lo que te digo. Ése no está bien en ningún lado si no es en las celdas. Si el chavea de que hablamos se pone fatal, tampoco cumple la condena por muchos socios que se eche.

Mauricio miraba a los que hablaban con los ojos extraviados; se había puesto dolorosamente pálido, y sus manos, flacas y largas hasta causar inquietud, se aferraban a la tapa del cajón convulsamente,

—¿Qué le pasa, hombre? —interrogó inquieto uno de los presos.

El ingreso no contestó; encogido en sí mismo hizo un esfuerzo, como tratando de resistir las arqueadas que le subían al estómago; la frente se le cubrió de sudor y los ojos parecían querer desorbitársele; un golpe de tos lo conmovió todo, y echándose adelante, manchó el cajón con una bocanada de sangre.

—¡Sangre! —gritaron palideciendo los que le rodeaban.

—¡Gallego, corre! ¡Uno con una hemotisis!

—¡Pronto! ¡Consíganse un pedazo de hielo!

—¡Pero corran, coño!

Los más cercanos al enfermo se habían apartado de él, pero viendo que se iba a caer, corrieron a sujetarlo. El ingreso continuaba vaciándose a vómitos que amenazaban ahogarlo, mientras los presos que lo sostenían le gritaban que bajase la cabeza.

Todos los penados de la galera se habían reunido alrededor del atacado, y lo contemplaban con el horror fijo en las facciones. ¡Aquel era el enemigo que los velaba! El que los

hacia escupir temerosos, escondiéndose de los demas, a la primera tos. El enemigo que todos temían, el que todos tenían más o menos metido dentro. ¿No lo dijo el especialista extranjero que visitó el sanatorio? .El noventa y nueve por ciento de los que viven en el trópico son tuberculosos. Los presos habían aprendido a decir bacilos Koch», hemotisis», y sabían cómo hacer las primeras curas, cómo, por ejemplo, obligar al enfermo a bajar la cabeza y ponerle pedazos de hielo en la nuca.

Cuando trajeron el hielo, ya se le había contenido la hemorragia a Mauricio, que miraba con la cara desencajada a los hombres que lo rodeaban; al tropezar la vista con la de Andrés, que también estaba en el grupo, se sonrió débilmente y inclinó la cabeza desvanecido.

—¿Lo subimos, Gallego? —preguntó uno.

—¡Eso no se averigua! —saltó nerviosamente otro—. ¿Quieres esperar a que se muera aquí? ¡Esta galera está faltal. El otro día Chichiriche, ahora éste. ¡Pido mi traslado!

—Sí, ¡lo que falta es que vengas ahora con salaciones! —protestó el gallego Prendes, indignado de que se hablase en aquella forma de la galera que estaba a su cuidado—. ¿No es lo mismo a dondequiera que vayas? ¡A ver! No hablen más y ayuden; hacen falta cuatro hombres.

Como todos temiesen ir al sanatorio, que sabían lleno de contagios, el Gallego tuvo que repetir la orden. Varios se adelantaron, entre ellos Andrés, y cogiendo al enfermo, que respiraba trabajosamente, siguieron al sargento de la galera, que se dirigió a la escalera de la azotea.

Al subir se cruzaron con Macaco, que venía conducido por un cabo sanitario que se apartó para dejarlos pasar, preguntando:

—¿Y eso? ¿Un herido?

—Sí, en los pulmones. ¿Qué, ya bajan a ese mono? Sería un milagro que no me lo manden para la Primera Central.

—Yo pienso que lo cogerá la celda —repuso el sanitario— ; fíjate en lo que lleva puesto. Le rompió la bata al interno de guardia para hacerse una corbata.

El idiota, al ver a su compañero de Aislados cubierto de sangre, comenzó a gritar lastimosamente, pero el grupo siguió la ascensión que la estrechez de la escalera hacía difícil. Al llegar arriba, Mauricio pidió que lo pusieran en el suelo. Aspiró con trabajosa ansiedad el aire libre y, para no caer, se sujetó al que tenía más cerca. Miró entonces para el paisaje que llamó su atención al primer día que lo viera, y volviendo la vista hacia Andrés, que lo observaba conmovido, le dijo débilmente, tratando de sonreír:

—¿Lo recuerdas? Yo sabía que se había acabado para mí.

Después añadió, con el mismo tono que un condenado a muerte debe emplear al hablar con el piquete que lo conduce a la ejecución:

—Vamos.

Al otro extremo de la azotea donde se alzaba la enfermería, se veía el edificio rectangular del sanatorio, delante del cual, en bata y tomando el sol, se paseaban algunos enfermos. A la sombra, en un rincón de la arcada que se levantaba frente al edificio, se veía un grupo de reclusos, también con batas de enfermo, discutiendo acaloradamente. Andrés sintió al acercarse un terror desconocido. Aquellos hombres parecían distintos a los demás; tenían los pómulos exageradamente pronunciados y las facciones hundidas; el sol les había ennegrecido el rostro, que parecía más oscuro al contrastar con las batas blanquísimas que vestían y que, al ser agitadas por el viento, lucían como vacías.

Los tuberculosos miraron al grupo que se acercaba y que se detuvo impresionado. Solamente el gallego Prendes,

Publicaciones cubanas en la Red
acompañado del enfermero y de Andrés, continuó su camino hasta que le salió al encuentro un recluso con galones de sargento que preguntó:

—¿Qué te trae por aquí, Gallego?

—Chico, te traigo a éste, que le dio una hemotisis».

—¿Tienes papeleta de ingreso?

—No; ahora mismo fue que le vino la sangre.

—Pues yo no lo puedo ingresar sin una orden del interno.

¿Quiénes somos nosotros para saber el que está tuberculoso?

—No sé, pero yo te lo dejo aquí hasta que se arregle ese papeleo. Comprenderás que en la galera no puede estar.

Los otros enfermos se habían reunido alrededor y miraban para Andrés hablándose en voz baja. Uno dijo:

—Sargento, si dejan al chiquito, yo le serviré de padrino.

—Tú te callas, Arpón; siempre estás en las tuyas. Oye, Isleño —añadió el sargento dirigiéndose a uno que llegaba vestido con el uniforme habitual de los presos—; mira el caso que me traen aquí: un hombre con una hemotisis y sin papeleta de ingreso.

—Ese no es problema, compadre. Manda a buscar al interno para que le dé ingreso aquí o en la enfermería. Se ve que el hombre está listo, y si se muere otro en la galera se levantará el chisme. El médico nos echará a nosotros la bronca, y tú sabes que la soga siempre se quiebra por lo más delgado.

Andrés, que no podía sacar la vista de los tuberculosos, vio como éstos, después de cambiar miradas de inteligencia, se fueron yendo disimuladamente hacia el interior del sanatorio. Al verlos de espaldas se impresionó más aún; las delgadas batas parecían descansar sobre púas. Se imaginó por un segundo a aquellos hombres desnudos, y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Si Pascasio no salía en seguida de las celdas, pronto vendría a acompañar a aquellos hombres; tal vez estaría lesionado por los golpes que le dieron.

Los enfermos pasaron por un cañón de aire y las batas se agitaban como banderas enredadas en su asta; después se perdieron en el sanatorio, y aunque Andrés dejó de verlos, todavía siguió sintiendo su presencia, como si algo de ellos se hubiera quedado afuera, alrededor suyo.

—¿Qué hacemos? —volvió a preguntar el sargento, preocupado.

—¡Ah! ¿Pero todavía estás en eso? Yo creía que pensabas en el tiempo que aún te falta por cumplir.

—Bueno, mira; ve tú a llamarme al interno; si no está en la enfermería, búscalo en el botiquín o en el comedor de los empleados.

El llamado Isleño iba a obedecer la orden, pero se detuvo dubitativo.

—Oye, ¿y el Trágico? ¿Y si le pasa algo por dejarlo solo?

—¡No fastidies!

El sargento se interrumpió; miró a su alrededor con extrañeza, y no viendo a ningún tuberculoso, dijo inquieto:

—¡Eh! ¿Y éstos?

—¡Tú ves! —exclamó el Isleño, corriendo hacia el sanatorio.

En aquel preciso momento se escucharon gritos espantosos que partían del edificio; todos corrieron, menos Mauricio y Andrés, éste sobrecogido de espanto.

—¡Corran! ¡Corran! —gritó el sargento—. Si le ocurre algo al Trágico nos mandan de cabeza para las galeras.

Andrés, dominado por una curiosidad morbosa superior a su medio, echó a andar, mientras su compañero murmuraba:

—¿También tú te vas? No necesitas estar conmigo ni en este último instante. Me ha tocado morir como un perro, solo y abandonado.

Andrés se detuvo en la puerta del sanatorio, dominado por un horror que lo inmovilizó: mientras unos tuberculosos trataban

Publicaciones cubanas en la Red de contener a los encargados del sanatorio, otros tenían tirado en el suelo al Trágico, que lanzaba horribles alaridos, mientras se debatía impotente.

—¡Tú, Arpón, Garcilaso! —gritaba un tísico tratando de abrirle la boca al Trágico con una cuchara, en tanto que los otros le sujetaban brazos y piernas—. ¡Ustedes que tienen sangre, escúpanle en la boca!

El Trágico sacudía violentamente la cabeza y gritaba, apretando después los maxilares rabiosamente. Tenía la cara cubierta de esputos sanguinolentos que le lanzaban los enfermos amontonados sobre él y cuyos rostros estaban desfigurados por la agitación y la cólera. Uno de ellos se arrodilló a su lado e inclinó la cabeza hasta que las dos caras se tocaron: luego le puso los pulgares en las sienes y le dijo con tono reconcentrado:

—¿Me conoces, Trágico?

—Cómo no, Miguel! Ayúdame. ¿Yo te hice algo a ti? Espera, ¿te hice algo?

—Ja, ja, ja! ¿Ni te acuerdas, verdad? ¡Ah, remaldecido! ¡Y tan presente que te tenía yo! ¿Recuerdas que me mandaste a ponerme de espaldas y bajar los brazos? En las celdas, sí, en las celdas; después me diste con el vergajo sobre los hombros. ¿No te acuerdas? Tú sabes bien que ahí está la punta de los pulmones.

—Miguel...

—¿Miguel? ¡Ni te acordabas siquiera! ¡Y yo que pensaba que le temías a mi venganza! Figúrate, me pasaba las noches pensando en ti, y creía que te despertaba con mis pensamientos.

—Miguel...

Los otros enfermos sentían escalofríos, comprendían que el que hablaba resumía el deseo de venganza de todos, aun de

Publicaciones cubanas en la Red
aquellos a quienes el Trágico nada debía, y que eran tal vez los que aparecían más indignados. Miguel continuó:

—Anda, abre la boca. Tal vez me quede aún algo del pulmón que me desbarataste. ¡Ábrela! ¡Anda, anda, ábrela! ¿Qué esperas?

Los pulgares del tuberculoso, ennegrecidos y nudosos como ramas secas de Árbol, se hundieron en los ojos del torturado, y le escupió en la boca, abierta por el grito de dolor que lanzó. El Trágico tuvo un último estremecimiento y se quedó quieto, con la boca abierta y los ojos fijos, muertos, en su enemigo.

—Se acabó —dijo éste con rabia.

—¿Que se murió? —preguntaron los otros, soltándolo y apartándose de él.

—Sí ¡valiente gusto nos hemos dado! ¡El asunto era que viviera! ¡Que se quedara con nosotros aquí, esputando sangre!

—¡Este maldito siempre tuvo suerte!

Todos, enfermos y asistentes, miraron en silencio el cadáver.

—¿Y ahora? —preguntó el sargento.

—¿Ahora? ¿Ahora, rayos? Si quieren que nos echen veinte años... Anda, ve y avisa. Ten cuidado no te pase a ti algo parecido.

El sargento salió apresuradamente, seguido del gallego Prendes y de Andrés, que apenas tenía ánimos para moverse; al encontrarse a Mauricio, inmóvil aún donde lo habían dejado, le dijo:

—Siéntese y espere que venga el interno; por lo que ha pasado no dejará de venir en seguida.

Mauricio hizo un movimiento afirmativo y siguió con la vista a Andrés que, emocionado por lo que había presenciado, apenas reparó en él; después se dirigió a un banco que estaba a la entrada del sanatorio y se dejó caer, haciendo un esfuerzo para contener una nueva arqueada que le apretó la garganta.

Adentro se oía ruido de discusiones que de pronto cesó, y al instante vio venir a un grupo de tuberculosos llevando el cuerpo inanimado del Trágico, el cual, después de balancearlo hacia adelante y hacia atrás para tomar impulso, lo lanzaron al centro de la azotea, donde quedó de cara al sol, tendido a lo largo, con una gran mancha roja en su bata de enfermo.

El ingreso no precisó bien lo que veía; sintió que la conciencia se le acababa y que de un momento a otro iba a entrar en la nada. Tal vez aquello que le parecía ver no era ya de este mundo; acaso fuera a él mismo al que levantaban. ¿Sería así como salía de la vida? Poco a poco se fue dejando caer en el banco hasta quedar completamente acostado, con un brazo colgante y el rostro aplastado contra el asiento.

Mientras tanto, Andrés, al bajar, llevaba la impresión de que su tragedia interior estaba superada, borrada, por todo lo que había visto. Pero aquello no lo consoló; sentía que le pesaba encima, que también era tragedia suya, como los pesares íntimos que lo agotaban.

Por un momento se sintió lejos de Pascasio, como si él tampoco contase por sí mismo, sino como algo que se confundía con la realidad que estaba viviendo.

Llegó hasta la Primera Central y, viéndola vacía, se dirigió al taller maquinalmente. Ya en él, se abismó en pensamientos que no tenían rumbo fijo, poblado su cerebro por imágenes angustiadas, entre las cuales aparecía de vez en cuando la de Pascasio, pero ya desprovista de su aureola de sacrificado, envuelta en brumas, con las facciones torcidas por muecas dolorosas, manchadas de sangre. Se lo imaginaba colgado de la reja, desmayado, mientras Candela le tiraba al rostro cubos de agua hirviendo.

Todo aquello no le hacía latir más apresurado el corazón; más bien se le adormecía, como si fuera inevitable y no existiera ni la posibilidad de un destino diferente. Él también se veía

Publicaciones cubanas en la Red colgado y ardido. Todos estaban igual. Todos, dentro y fuera del presidio. No echaba de menos la felicidad y la paz, como si éstas no hubieran existido nunca en su conocimiento. De vez en cuando la gente hablaba cerca de él, pero no se enteraba; eran como ruidos neutros, semejantes al que hacían las poleas de la maquinaria de la carpintería.

Alguin dijo, sin que Andrés se enterara del sentido de la frase:

—El juez está ahí; viene a notificarle al Jíbaro el procesamiento por el asesinato de Rompemontes.

Otro dijo:

—Parece que Costal tiene ya otro muchacho; esta tarde aún no ha venido por ahí. Digo: a lo mejor está preocupado por lo del sinfín. Parece que esta vez no encuentra ningún desesperado que quiera trabajarlo.

El tiempo pasaba sin que Andrés se diera cuenta. No precisaba si estaba o no trabajando; sentía solamente cansancio y le dolía la vista, pero no sabía la causa ni se preocupaba. Cuando escuchó el timbre del taller que avisaba el final del trabajo, se sorprendió. Ya se marchaba, cuando alguien llegó pronunciando el nombre de la Morita, haciéndole prestar atención; los presos comentaban animadamente.

—¡No me lo digas! ¿Y dónde fue?

—En la bóveda que antes cuidaba Pascasio, el ranchero. El mismo brigada Vega, que está en el Orden Interior, los sorprendió en el trájín.

—¿Qué fue? —preguntó otro preso que no había oído la noticia.

—Que cogieron a Matienzo y a la Morita en la bóveda de los peroles. Don Juan, el viejo de los Aislados, los encontró, y al parecer es cosa de Manuel Chiquito, porque éste le mandó

Publicaciones cubanas en la Red
al viejo una docena de bolas de hilos para tejer. Ya están en la celda.

—Algún pleito pendiente que tendría con Matienzo; ése no perdona.

Andrés sintió que todas sus inquietudes resurgían violentamente. Lo olvidó todo para retener como único pensamiento que Pascasio y la Morita estaban encerrados en el mismo lugar,

Y a la mañana siguiente, cuando se levantó, todavía lo enloquecía el mismo pensamiento.

EL FINAL

20

En la desafinada orquesta que fingía la maquinaria del taller de la carpintería faltaba una voz: precisamente, la voz más aguda, la que penetraba con más profundidad en el cerebro de los operarios, obligados, de vez en cuando, a levantar la cabeza. Los penados antiguos sentían aquel vacío, que los molestaba aún más que el propio silbido, a pesar de que éste, semejante a una serpiente enfurecida, era una constante amenaza de muerte: el sinfín estaba inactivo.

Ahora la nota más aguda correspondía a la sierra circular, sobre todo en el segundo corte, si serraba tablones de mayor espesor que el que era capaz de serrar su disco dentado en su primer corte. En éste, la mitad de la estridencia de la nota moría dentro del corazón mismo de la madera, pero, cuando se le daba vueltas al tablón —para que el segundo corte del disco coincidiese con el primero—, la nota se elevaba poderosamente aguda, como si al producirse expulsase a la que anteriormente había quedado presa entre las fibras heridas.

Las voces del cepillo cilíndrico eran más bien graves; se necesitaba que cepillase tablas de a pulgada para que la

vibración de éstas precipitase en fusas a la nota si dentro del escándalo inarmónico del taller. En el silencio obligado de tabla a tabla, alargado con calderones, se dejaba oír el violín descencerado de las lijadoras, sutil como el polvillo rojo de las aberturas enrejadas de la pared, por donde mismo se escapaba el bongoseo bárbaro de los martillos que claveteaban las rejillas de los asientos.

Uniforme, el vuelo de las poleas le hacía un plano sonoro a esta orquesta, dirigida tal vez por los fantasmas que de noche poblaban el taller y que muchas veces habían terminado un tablero de rejilla dejado a medias, o acabado de armar media docena de sillas que el día anterior el operario apenas había comenzado.

Ya avanzada la mañana, los que trabajaban en la galería de la rejilla escucharon el silbido peculiar del sinfín. Alzaron sus cabezas mirando con curiosidad. Acaso el encargado Costal hacía algún trabajo de urgencia. Pero no: a su lado estaba alguien en actitud del que aprende. ¿Quién era? Los enrejilladores se miraron unos a otros, interrogantes. La distancia que los separaba del sinfín era de unos doce metros, y además, el aparato estaba en el lugar más oscuro, sin contar que el —a todas luces— nuevo sinfinero estaba situado de espaldas. Andrés, que también había mirado atentamente, sufrió de pronto un escalofrío, pero en seguida sonrió: estaba loco desde que supo que la Morita había ingresado en las celdas; Pascasio no se le apartaba un momento de la imaginación. Sin embargo... Sus ojos miraron fijamente al hombre que estaba al lado de Costal. ¿No era acaso él? Como fascinado, dio unos pasos hacia el lugar donde estaba el sinfín.

—Oye, compa —oyó que decían—; ése se parece al ranchero que el otro día mandaron para las celdas sin tiempo.

—¿Quién? ¿Pascasio? ¡Qué va, hombre!

—¿No lo ves?

—¡Verdad que se parece! Del taller no es.

—¡Es él!

Andrés se detuvo estremecido. ¿Pascasio? ¿Cómo era posible? ¿Cómo Manuel Chiquito no le había dicho nada de aquello? Se fue a dejar llevar por la alegría, pero todo lo ocurrido en los últimos días se le agolpó en la mente. Temiendo subconscientemente dar qué decir, regresó a su tablero. Por momentos la alegría le crecía dentro, incontenible. ¿Cómo era posible? Se apoyó para no caer, perdido el equilibrio por los transportes de su emoción. ¿Pascasio? ¿Estaba allí? Sí, ahora mismo mostraba sesgado el perfil. ¡Era él!

Hizo un esfuerzo para contener el grito que se le atropellaba en la garganta, y enredó nerviosamente la rejilla que tenía en las manos. Allí estaba; venía a trabajar casi a su lado, en el sinfín. ¡El sinfín! Pero, ¿esa máquina no era la que mataba a la gente? ¿Cómo era posible que él fuera a trabajarla ahora, cuando nadie quería hacerlo considerándola mortal; cuando acababa de matar a uno y hacía pocos días, como le dijeron, a otro? ¿Acaso fue ese el precio de su libertad? ¿Se lo impusieron como condición para salir? ¿No sería una nueva astucia del Chiquito?

Andrés se había enredado en los dedos la tira de rejilla, como si para pensar fuera preciso estar moviendo las manos constantemente; dentro de él se mezclaban la alegría y el temor, formándose un solo sentimiento absurdo e irrefrenable que lo aturdía.

No podía ser; tenía que hablarle a Pascasio, que decirle que era imposible que arriesgase la vida de aquella manera.

Como no le quitaba los ojos de encima, vio cuando Costal se apartaba dejando que Pascasio ocupase su lugar frente al sinfín. Todos miraban la escena, pero a Andrés se le detuvo el corazón; no era vida lo que tenía en suspenso dentro de sí,

Publicaciones cubanas en la Red
agrandándole las pupilas hasta romperle la visión; la vida la tenía a doce metros por delante, pendiente del mecanismo trágico al cual había visto matar.

El sinfín dejaba ahora escapar un silbido simple; parecía que sólo estaba cortando rectas en una tabla delgada, para que el nuevo operario adquiriese soltura. Los otros lo comprendieron así y volvieron a su trabajo. En aquel momento, Costal, apartándose del sinfín, se encaminó hacia los tableros del enrejillado. Fue demorándose en todos, como si apreciase la labor hecha, y llegó hasta el de Andrés.

—¿Cómo va eso?

El muchacho no contestó, esperando que Costal dijese lo que pensaba al acercarse a él. El encargado miró disimuladamente a su alrededor y le dejó caer un papel entre las manos.

—Es de Chiquito—dijo.

—¿Y fue él quien mandó a Pascasio para aquí?

—¿Él? ¡Si con eso nos hemos buscado un lío! El mismo Pascasio pidió venir voluntariamente. A mí me dijeron que se interesaba por ti, y es cierto, porque me preguntó lo que tú me preguntas ahora.

—¿Qué cosa?

—Que si Manuel Chiquito te había conseguido el ingreso en el taller. Yo le dije la verdad; que ustedes dos parecían buenos amigos.

—¿Usted le dijo eso?

—Él lo sabía todo; en presidio no hay secretos. Oye, ¿sabes que tiene cara de salvaje? ¡Ah! Cuando entró en el taller te miró un segundo y luego escupió en el suelo. Bueno, ahí te dejó el papel ese. No olvides que yo también estoy puesto en la jugada.

Andrés sintió por un momento que todo giraba alrededor suyo, como si el taller estuviera sujeto a una polea gigante.

Sin embargo, ¿no era aquello lo que él buscaba? Ya podía apartarse, tirarse en un rincón a arrastrar la existencia, a esperar el día en que Pascasio supiera lo que tenía que agradecerle. ¡Se lo habían dicho todo! Sabiendo que no tenía fuerzas para romper con su amigo, se alegraba de que la maledicencia hubiera llenado su cometido; a su espíritu de sacrificio le satisfacía verse injustamente despreciado. Pero, ¿y el sinfín? Por muy entregado que estuviera a la contemplación de sí mismo, no dejaba de presentir que Pascasio estaría desesperado, y que si había venido a trabajar al peligroso aparato, lo hizo consciente del riesgo que iba a correr; a lo mejor trataba de suicidarse, de acabar. A lo mejor...

Delante del muchacho, a doce metros, el sinfín emitió un largo silbido; miró estremecido y vio que Costal lo manejaba, mientras Pascasio estaba de observador. Entonces se dispuso a leer el papel que el encargado le había dado, y lo abrió con un sentimiento de repulsión incontenible, obligado por la misma fuerza que debe sentir sobre su voluntad el que lee hasta el final un anónimo indignante. Manuel Chiquito le decía:

«He cumplido mi palabra. Quédate hoy en el taller, si no quieres que se vuelva para las celdas. Tú sabes que nadie sabrá nada».

Mientras leía, precisó que se deslizaba por una pendiente fangosa que lo llevaba de nuevo a la repugnante realidad. Se había olvidado de que estaba en deuda con aquel miserable, y ahora éste se lo recordaba, haciéndole sentir de paso la inconcebible fuerza con que contaba. Cierto: lo mismo que pudo sacar a Pascasio de la celda podía volverlo a hundir en ella; ponerlo a merced de Candela, que seguramente se lamentó de que la presa se le escapara de las manos. Andrés, como si le estuvieran pegando muchos puños, hundió la cabeza entre los hombros para cubrirse su indefensión. ¡Quedarse en el taller! Por un momento pensó en correr a Pascasio y contarle

Publicaciones cubanas en la Red
todo; pero estaba poseído de un sentimiento de impotencia que no le permitía sino pensar arrastrado por la fuerza de instintos contradictorios que lo perdían en la duda.

Estaba en aquella lucha cuando se oyó un estallido en la entrada de la nave, y todos se irguieron con los ojos dilatados. Andrés dio un grito, y viendo a los otros correr, hizo lo mismo, aunque sintió que los músculos se le agarrotaban. Cuando llegó con los demás al lado del sinfín, se sintió revivir: Pascasio miraba con indiferencia para los que estaban a su alrededor, mientras Costal, que había desconectado el motor, intensamente pálido, recogía los pedazos de la cinta de acero que acababa de estallar.

—Hemos tenido suerte —murmuró.

Pascasio no dijo nada; su mirada había tropezado con la de Andrés y lo miró fijamente, con dura expresión que no varió ni al notar que los ojos del muchacho se humedecían.

—¡Eh! ¡Estás herido! —gritó Costal, cogiendo una mano de Pascasio—. No es gran cosa. Yo mismo tuve la culpa por no haber cambiado la segueta.

Pascasio se miró la mano, que estaba ensangrentada, se limpió en la guerrera y se vio el dedo pulgar herido.

—No, no es nada —asintió—; un poco de aserrín y listo.

—Tienes que ir al botiquín. A la brava hay que sacar de la circulación a esta fiera. Ve tú mismo a que te curen y después levantaremos el parte. ¡Ya es demasiado!

Pascasio levantó los hombros y salió. Desde que la Morita le pudo decir, en un instante, mientras lo tenían baldeando el pasillo de las celdas, lo de Andrés y Manuel Chiquito, era otro hombre. No le cabía en la cabeza aquella monstruosidad. Bien que lo hubieran visto hablando con otro; nadie mejor que él sabía lo incapaz que era el muchacho para defenderse, pero que hubiera aceptado ir para un taller por gestiones de aquel miserable contra el cual ya lo había puesto en guardia, era

inconcebible. Sabía que la Morita era incapaz de engañarlo; creyó incluso leerle en el rostro la pena que le causaba contarle aquella cosa. Tanta impresión le hizo, que ni le preguntó si había recibido la nota que le mandó. Después supo lo del beso en el taller, cuando sacaron al hombre herido por el sinfín, historia que el Resbaloso contaba a todos los que querían oírla, y Pascasio cayó en una desesperación idiotizante, que Candela azuzó con sus burlas:

—¡Ya te lo volaron! Él mismo me pidió lo dejase hablar con Chiquito, ya que tú, me dijo, estabas listo para rato. ¡Bien sabía yo que ese rubito no aguantaba la candela! ¡No había más que verlo!

Pero lo dejó tranquilo, porque Pascasio se tiró contra la reja y empezó a dar gritos como si estuviera loco. El propio Candela se impresionó. ¿Qué le podía haber ocurrido a aquel hombre que él siempre vio tan tranquilo tirado en un rincón sin hablar con nadie? ¡A lo mejor la Morita lo volvió loco dándole bilongo para amarrarlo! ¿No decían que la brujería era un cuento?

La impotencia desesperada pobló la mente de Pascasio de imgenes sangrientas. Oscuramente comprendía que todas las ilusiones que se hiciera no eran más que el veneno que le penetró en la sangre durante los años interminables del presidio; pero también, oscuramente, comprendía que era tarde para él, que ya todo se había roto, que era un guiñapo sin ánimo para resistir, para salvarse en el recomienzo de su vida de antes, por otro lado tan amarga y estéril. ¡Si siquiera pudiera salir para hacer algo sonado! ¡Si pudiera! Había oído hablar del sinfín. Como todo preso antiguo, le guardaba un respeto supersticioso. ¿Si pudiera salir para trabajar aquel sinfín que siempre mataba?

Humildemente, como si pidiera limosnas, había echado hacia delante el rostro lastimoso en la penumbra de la celda; después,

suplicante, había extendido las manos. Por primera vez en su vida sentía algo en sí que nunca se reconociera; se refugiaba en la esperanza de la muerte, pero sin energías que ya no era capaz de sentir, sino con una humildad que le llegaba del ancestro, del barco negrero, o acaso de algún blanco cuya sangre le había desteñido el color.

En aquella actitud lo sorprendieron para conducirlo al Orden Interior, donde el brigada le dijo algo que él entendió a medias, torpemente. Sólo retuvo el nombre de Brai, repetido dos o tres veces; que lo mandaban para la galera de Brai, que Brai lo había garantizado como hombre de buena conducta; que Brai tal cosa, que tal otra... A Pascasio todo le parecía extraño, ajeno, como si se hubieran equivocado de individuo. El brigada tuvo que repetirle que ya le habían levantado el castigo para que se determinara a irse. Confusamente recordaba las palabras del brigada: «Menos mal que a ese salvaje lo han matado», y que mirándolo había puesto semblante condolido. Pero él, Pascasio, no sabía nada; dentro de sí mismo contaba con el gesto suplicante. Estaba arrodillado, pidiendo lo que, como todo lo perentoriamente necesario, no viene solo; lo que él no tenía, energías para ir a buscar. Mas allí estaba aquel sinfín que era la liberación. Y habló con el brigada: si el señor brigada fuera tan bueno... Sí, a él le gustaba la carpintería, y, además, estaba cansado de andar siempre con los hierros de la cocina. Cambiar le haría bien; él tendría mucho cuidado, era un buen obrero que, cuando libre, en el ingenio, tuvo a veces puestos de peligro que otros no querían.

Sólo cuando lo pusieron delante de Costal reaccionó algo y hasta tuvo fuerzas para sonreírle al brigada, viendo que éste, como si dudase de que saliera bien del sinfín, movía la cabeza:

—Usted verá que sirvo.

Luego, yendo con Costal, sintió que renacía, e incluso le preguntó si era cierto que Andrés estaba en el taller. Pero el

Publicaciones cubanas en la Red
primer asomo de su antiguo carácter no lo animó sino al divisar al muchacho entre los otros operarios del enrejillado.

Un oscuro esfuerzo de sus energías desplomadas lo sublevó, aunque apenas por un segundo. Estaba allí, al lado de la máquina que le había pedido humildemente a Dios, a lo desconocido. Aunque otros sentimientos comenzaban a animarlo, se consideraba incapaz del menor esfuerzo de voluntad. Era como un reo de muerte que, tras la lucha titánica para escapar de su muerte, hubiera caído en una resignación desolada, en un anticipo del no ser. Sin embargo, detrás de él, a unos cuantos metros, estaba la vida; estaba lo que lo había conmovido hasta las raíces, lo que lo había arrancado de su oscura existencia parasitaria para llevarlo, lleno de júbilo, hasta donde es imposible llegar impunemente. Si se le hubiera salvado un poco de sensibilidad se habría sentido limpio de culpa; había sufrido tanto, su existencia se había arrastrado tan dolorosamente al margen de lo normal, que todo en él hubiera parecido sobradamente justificado. Pero no pensaba en nada: el complejo psicológico se le resolvía en sensibilidades inmediatas, casi físicas; por ejemplo, le dolían aquel girar constante del sinfín y las explicaciones de Costal, que le parecían palabras sin sentido. ¿Qué le importaba todo aquello? Comprendía que allí también estaba de más, que lo único que le detenía era saber que a sus espaldas estaba el otro, el que le había hecho saltar los lazos que lo ataban a la existencia; el único que aún lo podía hacer vivir.

En aquel momento, Pascasio, con un pedazo de trapo envuelto en el dedo herido, caminaba desorientado por el patio, recordando la expresión de Andrés cuando corrió con los demás al ocurrir el accidente del sinfín. ¿Era posible que aquel rostro fuera el de un perverso? En los instantes que estuvieron mirándose, Pascasio sintió el aletazo de la verdad, pero se defendió de él como de un maleficio. Ahora nuevamente volvía

a sufrir el sentimiento desconocido de humildad que lo poseyó en la celda cuando suplicaba a la muerte la cura de sus males, a pesar de lo cual también todo su ser adquiriría vitalidad en un renacimiento imponderable de sus esperanzas. ¿No estaría engañado? ¿No lo habrían engañado los demás? ¿Qué pesaban los hechos conocidos al lado de la tragedia de aquel rostro que le era tan querido? ¿Qué podía pensar la evidencia misma contra tanta sinceridad adolorida? Poco a poco, el Pascasio que dentro de él permanecía arrodillado, se iba irguiendo hasta llenar su yo físico, hasta hacerle levantar orgullosamente la cabeza y henchir sus músculos, en los que ya sentía jubilosamente el dolor del flagelo de que había sido víctima en la celda. El nombre de Andrés le acudió vivo a la garganta como si hubiera resucitado en él. ¿Sería posible? ¿A quién le debía la felicidad de estar fuera de la celda? En un instante, todos los sentimientos le gritaron dentro su derecho a la vida; la amistad, la generosidad, el júbilo. Por segunda vez, de un muerto, de un vencido, resurgía el Pascasio pleno de vitalidad.

Tenía que ver a Brai, que parecía haber sido el que lo había garantizado; pero, sobre todo, a Andrés. ¿Qué habría pensado de él? Pero, ¿por qué no dijo nada cuando lo vio herido? Una oscura duda lo detuvo en medio de su optimismo y se la sacudió con ira. él daría el primer paso, él hablaría, él se confiaría. ¿Iría ahora mismo al taller? Ya se dirigía a la carpintería cuando escuchó el toque de retirada del trabajo. Mejor lo esperaba afuera, y así evitaba no sólo las preguntas de Costal, sino también las habladurías de los presos.

Echó a andar hacia el patio de baños donde estaba la carpintería. Cuando llegó, ya salían los primeros reclusos, que lo miraron al pasar, extrañados de verle el semblante tan eufórico. Dos comentaron:

—Mira ése qué contento está porque ha salido de la celda. No se da cuenta de que ha salido de Guatemala para entrar en Guatepeor.

—¡Y bien! Yo en su lugar le zafaba el cuerpo al sinfín.

Pascasio les sonreía a todos los que pasaban por su lado. Por fin salió el grueso de los operarios; hablaban entre sí, caminando precipitadamente para llegar los primeros a las galeras. A Pascasio se le hacía difícil echarle una mirada a cada uno, y a veces se levantaba sobre la punta de los pies para reconocer a alguno, oculto por otro de mayor estatura. Ya sólo le faltaban los rezagados; comenzaron a llegar los de los otros talleres situados en el patio principal. Empezó a inquietarse. ¿Y Andrés? ¿Habría pasado sin que lo viese? Acaso habría dado la vuelta por la otra salida del patio.

Se asomó a la reja de los baños desde donde se divisaba la del taller de carpintería y vio a Costal cerrándola y al escolta marcharse. Retrocedió hasta la galera. Sabía el lugar que le habían destinado a Andrés desde el día que le llevó el pedazo de carne, pero su sitio estaba vacío. Miró a todos los presos, uno por uno; vio a Brai, de espaldas, que preparaba los platos para coger la comida. Andrés no estaba. ¿Lo habrían trasladado de galera? ¿Acaso por el juicio estaría en la Aldecoa? Temió que aquella ofensa se hubiera realizado; inquieto, se dirigió al listero de la galera; al llegar a su lado hizo un esfuerzo para contenerse y preguntó:

—¿Ya me ha puesto en lista, compañero?

—¡Ahí Lo estaba esperando para que me dé sus generales completas, y decirle cuál es su lugar —respondió el listero.

Se levantó del banco en que estaba sentado, y abriendo el cajón sacó de él la relación de presos. Mientras Pascasio decía su nombre miró la relación; casi al final de ella estaba el nombre de Andrés.

—¿No ha habido traslados? —preguntó.

—Uno solo. El de un ingreso que fue para el sanatorio. Dicen que ya se viró; para arriba fue un carpintero porque parece que hay que hacerle una caja especial. Usted ocupa su puesto ahora.

Pascasio, que sin hacer caso de lo que decían había seguido con la vista fija en la relación, vio el nombre de Manuel Chiquito y sufrió una conmoción. ¡Tampoco éste estaba en la galera! Volvió a recorrer la galera para cerciorarse de nuevo de que ni Andrés ni el Chiquito estaban en ella. Ofuscado, salió del patio, que ya estaba casi desierto; oyó el ruido de los peroles que traían para el reparto del almuerzo, y se dirigió a los baños, donde no vio a nadie; pasó al patio principal y recorrió todos los claustros infructuosamente. Quiso entrar en la cuadra, pero el cabo encargado de cuidarla le cerró el paso nerviosamente; lo rechazó lejos de sí y entró en ella, viendo a dos presos que salían asustados de un rincón. Como de pronto no los reconoció por la oscuridad, se fue hacia ellos trémulo, pero al cerciorarse de que no eran los que buscaba, volvió a salir con precipitación, sin decir una palabra. El más viejo de los dos presos sorprendidos se llevó las manos a la cabeza, exclamando:

—¡Primera y última vez que me meto en el hoyo! ¡Qué susto me he llevado!

Pascasio continuó su búsqueda. Fue hasta el patio de Aislados, que estaba vacío. Allí se quedó pensando a dónde se dirigía. Sabía que le faltaba por registrar el otro patio donde estaban casi todos los talleres, pero de pasada había visto cerrada la reja principal. ¿La azotea? A ella no se podía subir sin motivo, mas se acordó de su dedo herido y encaminó sus pasos a la escalera. Ya subía cuando se le ocurrió una idea, cuya fuerza lo detuvo. ¿Y si estuvieran en la carpintería? Él no había visto salir a Andrés, y aunque Manuel Chiquito no trabajaba en ningún taller, le era fácil entrar en todos. ¿Cómo

no se le había ocurrido desde el primer momento? Aquél no era ni con mucho el primer caso.

El temor de que fuera cierto lo que pensaba le dio la certidumbre de que no se engañaba. Sintió como que le cruzaban a latigazos las espaldas para que se apresurara. ¿Solos en la carpintería? ¿Entonces era cierto? ¿Todo era cierto? Sufrió un principio de parálisis en sus músculos que mecanizó sus pasos. ¡Si pudiera apoderarse de la llave! Sabía que siempre quedaban depositadas en el Orden Interior, porque algunas noches, cuando el encargado de la cocina estaba ocupado, llevaba él la llave de la bóveda donde se guardaban los peroles. Ahora estaría sola la oficina, el brigada presenciando el reparto del rancho y el penado auxiliar almorzando.

Una vez más se puso en camino hacia el patio del Orden Interior al cual se abrían casi todas la galeras. Su pensamiento se había detenido y sólo lo movía una fuerza ciega e irrefrenable, como si estuviera poseído por una bestia ancestral. Llegó al cuartito que hacía de oficina del Interior, y no viendo a nadie en él, entró rápidamente. Sobre la mesa del brigada estaban todas las llaves de acero atadas por un cordel a sendas tablas, donde se leía el nombre del taller a que correspondían: «Sastrería», «Zapatería», «Talabartería», «¡Carpintería!» Cogió éstas con precipitación y salió de la oficina; afuera corrían, cual armones de artillería, los peroles de la comida. Pero él no oía nada, no sentía más que el gran salto que tenía en los músculos y el ronquido breve, de bestia irritada, que se alojaba en su garganta. Si lo hubieran soltado desnudo, en la selva, tal vez hubiera caminado dándose golpes en el pecho con los puños cerrados, como un gorila; y hubiera dejado libre el rugido que lo asfixiaba, como un desafío a todos los poderes.

Llegó a la reja de la carpintería y la abrió; ya dentro, se detuvo cautelosamente mirando para todas partes; volvió hacia atrás, cerró la puerta, y pasando el brazo por entre los barrotes,

le dio vuelta a la llave, sacándola de la cerradura y empuñándola. Sus ojos inquietos, de fiera hambrienta en caza, se volvían rápidamente a todos los rincones del taller; caminaba encorvado, alargando el cuello hacia delante, dilatando las ventanas de la nariz como si realmente fuera un ser de la selva; pero la boca tenía nudos dolorosos en las comisuras de los labios, y gruesas gotas de sudor se le prendían en la frente grasienta.

Al pasar por delante del sinfín dio unos pasos sin quitarle la vista, como si el aparato le recordase algo, y tropezó con una pila de balances ya cortados, que se vino al suelo con estruendo. Dio un salto y se aplastó temeroso en la sombra del sinfín. Después, paso a paso, continuó la búsqueda; cruzó por entre los tableros del enrejillado y se dirigió al fondo de la nave, donde se veían altas tongadas de tablas.

Buscó a uno y otro lado; ya se marchaba cuando creyó distinguir una mancha blanca detrás de unos grandes tablo-nes que casi llegaban al techo apoyados contra la pared. Con el rugido creciéndole dentro de la garganta se acercó, y su mirada febril tropezó con la de Manuel Chiquito.

Éste se aplastaba contra la pared tratando de disimular su corpulencia grasosa detrás del tablón. Estaba pálido y su respiración era afanosa, mientras veía acercarse a aquel hombre plegado en sí mismo, que tenía en el rostro una expresión frenética y levantaba hasta la altura de sus ojos la mano armada de una llave de acero.

Ya cerca el uno del otro se miraron un instante aún antes de que Pascasio, agarrándolo por el cuello de la guerrera, le rugiese el nombre de Andrés. Como Manuel Chiquito no respondiese nada, paralizado por el terror, tiró de él hacia afuera, y ya iba a pegarle con la llave, cuando vio al muchacho, que hasta aquel momento había quedado oculto por el cuerpo del otro.

Andrés, con la guerrera desabotonada, corrió hacia Pascasio y fue a decirle algo, pero no tuvo tiempo; quedó detenido de súbito, con la palabra en la garganta y los ojos humedecidos mirando hacia Pascasio, que con toda la fuerza de su brazo y de su salvajismo le había hundido en el cráneo el extremo cortante de la llave.

Manuel Chiquito corrió lanzando gritos. Andrés se mantuvo en pie una fracción de segundo, de nuevo trató de decir algo, y cayó a los pies de su agresor, que lo miró con los ojos dilatados por el horror.

De súbito Pascasio rompió a reír salvajemente mientras corría por el mismo camino que siguió Manuel Chiquito en su huida aterrorizada.

—¡Ja, ja, ja! ¿Dónde estás metido? ¿Dónde te puedes meter? ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

Corría, a saltos, con la llave ensangrentada, apresada como un puñal. Al llegar frente al sinfín, donde rodaron antes los balances, tropezó con ellos y cayó al suelo, quedándose un instante con la boca aplastada contra los filos de la madera, riéndose monstruosamente.

Comenzó a levantarse, pero ya las carcajadas se le iban quebrando en la garganta. Para acabar de ponerse de pie se apoyó en la plataforma del sinfín y al erguirse quedó frente al aparato, que miró tratando de reconocer. ¿Qué era aquello? En su vorágine interior se inició una idea, una larva de idea que fue creciendo, creciendo, hasta llenarlo todo, hasta penetrarlo como una espiral de barreno; era la insania. Tornó a reírse brutalmente, a la vez que hacía movimientos afirmativos de cabeza:

—¡Ja, ja, ja! ¡Tú eres el asesino! ¡Tú lo mataste! ¡Los matas a todos! ¡Ja, ja, ja! ¡A todos! ¡Ja, ja, ja!

Como el aparato no funcionaba, comenzó a darle golpes con la llave. Después volvió a caer en sus preocupaciones; él

sabía cómo detenerlo cuando estaba trabajando, pero... Buscó a su alrededor el conmutador de la electricidad y lo empujó, conectándole la corriente. El aparato seguía inmóvil, aunque las correas de la polea comenzaron a girar vertiginosamente. Asaltado por una furia incontenible golpeó el sinfín con la mano armada. Alguien gritó desde la reja de entrada del taller, deteniéndolo en su arrebato y haciéndolo estremecer. Siguió buscando, ya alocado, la manera de echar a andar la máquina, como si de aquello dependiera su salvación: de improviso tropezó con la palanca y le dio un golpe.

Las ruedas del sinfín comenzaron a girar con su silbido peculiar, haciendo correr la cinta de acero que las ceñía. Afuera se oían multiplicarse los gritos y por encima de ellos los golpes de los clubs de los escoltas, que daban contra el piso de cemento.

Viendo al sinfín correr a toda velocidad estallaron de nuevo las carcajadas de Pascasio, más terribles:

—¡Ya está! ¡Así es como tú matas, así! ¡Así lo mataste! ¡Así!

Le puso el dorso de la mano al reflejo blanco del acero y las venas cortadas dejaron escapar la sangre, que se extendió por la plataforma. Se miró la herida con los ojos extraviados. Aún tenía aferrada la llave; la intentó tirar lejos de sí, pero los músculos se le habían agarrotado y no pudo soltarla. Entonces la miró con terror, extendiendo el brazo para apartarla mientras gritaba:

—¡Tú fuiste! ¡Tú lo mataste!

En el sinfín la cinta de acero no era más que un destello blanco donde difícilmente se precisaba la velocidad. Acercó al filo la muñeca de la mano que sostenía la llave, y la hoja penetró en la carne llegando al hueso y arrancándole al aparato una nueva voz desconocida, a la vez que la velocidad se amortiguaba.

Sujetóse a la plataforma mientras la hoja terminaba de serrar el hueso, y la mano separada de la muñeca se aflojó soltando

la llave. Entonces se apartó del sinfín dando rugidos con el muñón en alto.

En la puerta del taller se oía el golpe de una mandarina contra la cerradura. Pascasio fue hacia ella con pasos vacilantes, desangrándose. Manuel Chiquito, que estaba agarrado a los barrotes de la reja con ojos desorbitados, lanzó, al verlo acercarse, un grito de terror, extendiendo los brazos hacia los que estaban afuera, estremecidos ante la aparición de la figura trágica.

—¡Sigue! ¡Sigue! —le gritó el brigada al preso, que daba golpes en la cerradura, empujándolo con el revólver—. ¡Dale sin parar! En último caso le tiro.

Tras un último golpe la puerta quedó abierta. Pascasio, que aún se mantenía en pie, alargó los brazos suplicantes, diciendo con un hilo de voz:

—Todo, todo va a terminar. Esperen...

Dio unos pasos más y cayó en los brazos de Brai, que lo recibió con los ojos cubiertos de lágrimas, mientras decía:

—¡Y yo que pensaba en ti para que ocuparas mi puesto! ¿Qué me hago ahora, tan viejo y tan cansado como estoy?

Los presos alineados en el Orden Interior, ignorantes aún de la tragedia, comenzaron su marcha acompasada hacia los talleres. Valentín, el loco, fuera de filas, simbolizando la protesta de los hombres sin mujer, describió un amplio golpe con el brazo que hizo temblar a las nubes, y gritó estentóreamente:

—¡Yo quiero comer ganllinan blanca! ¡Yo quiero comer ganllinan blanca!

Pero la llama del sol, penetrando en su pupila única, lo obligó a caminar a tientas como un ciego.